

ciencia ficción y fantasía

nueva dimensión



Revista española de ciencia ficción y fantasía, fundada por Sebastián Martínez, Domingo Santos y Luis Vigil.

Lectulandia

AA. VV.

Nueva Dimensión 11

Nueva Dimensión 11

ePub r1.0

Colophonius 16.05.2019

Título original: *Nueva Dimensión 11*
AA. VV., 1969
Retoque de cubierta: pherikit

Editor digital: Colophonius
Escaneo: luangoru
Edición de fuente original: johansolo
ePub base r2.1



más libros en lectulandia.com

nueva dimensión

1969/5

nueva dimensión

REVISTA BIMESTRAL DE CIENCIA FICCIÓN Y FANTASÍA

A cargo de:

Sebastián Martínez

Domingo Santos

Luis Vigil

AÑO 1969/5

Director:

J. M. Armengou

Colaboradores:

Joaquín Alberich

Dr. Alfonso Álvarez Villar

Luis-Eduardo Aute

Carlos Buiza

Alfonso Figueras

José Luis Garci

Luis Gasca

José Luis M. Montalbán

Octavi Piulats

Manuel Rotellar

Berit Sandberg

Daphne Sewell

Mercedes Valcárcel

Director de publicidad:

Andreu Romá Parra

Director artístico:

Enrique Torres

Ilustradores:

José M.^a Beá

Carlos Giménez

Esteban Maroto

Enric Sió

Adolfo Usero Abellán

Corresponsales:

Argentina: Elvio E. Gandolfo

Austria: Kurt Luif

Estados Unidos: Forrest J Ackerman

Francia: Jacques Ferron

Gran Bretaña: Jean G. Muggoch

Italia: Riccardo Levegghi

México: Luis Vázquez

Rumanía: Ion Hobana
Uruguay: Marcial Souto

Septiembre-Octubre 1969. Número 11

Miembro de The National Fantasy Fan Federation

Miembro del Círculo de Lectores de Anticipación

nueva dimensión HOY

EDITORIAL

¿Qué has hecho tú por la S. F.?

SE PIENSA

«Back to Methuselah»

por Martín Pitt

La creación de un universo

por James H. Schmitz

El impacto de la S. F. en el mundo de hoy

por Hugo Gernsback

SE DICE

**Libros, revistas, cine, comic, TV, teatro, radio, discos, premios, expos,
fandom, varios**

SE ESCRIBE

Las opiniones de nuestros lectores

nueva dimensión MAÑANA

NOVELA CORTA

Un lugar llamado Tierra

por Domingo Santos

CUENTOS

El programa del Destino

por Derek Lane

Las trampas del Tiempo

por John Baxter

El hombre que adivinaba

por André Carneiro

La autopista

por George Clayton Johnson

Delta

por Christine Renard y Claude F. Cheinisse

El fundador de la Civilización

por Romain Yarov

CLÁSICO

Un envenenamiento en el siglo XXI

por Jean Rameau

ARTE FANTÁSTICO

Portofolio

por José Baqués

ILUSTRACIONES DE

Miguel Albiol

Carlos Giménez

Jordi París
Adolfo Usero Abellán

PORTADA DE

Enrique Torres

HUMOR

Chas Addams en *New Yorker*

Virgil Partch en *Drink and be Merry*

Busino en *True*

Glen Zulauf en *Planète*

Anónimo en *Uranella*



¿QUÉ HAS HECHO TÚ POR LA S. F.?

Me acuerdo de cuando, hace tres años, empecé a recibir fanzines, primero franceses, luego americanos. Hasta entonces yo había sido un aficionado «de los de siempre» a la ciencia ficción, y ya tenía una respetable colección de obras nacionales y extranjeras; pero la llegada de los fanzines fue como una renovación. Fue el pasar de la ciencia ficción considerada como un mundo estático, en el que la única comunicación se producía en forma unilateral: el escritor escribía un libro y los lectores lo leían, a un universo dinámico, en el que sus lectores también se ponían en comunicación —a través de esos fanzines— con los autores y aún entre ellos.

No era una diferencia simple, de matiz. Era una alteración total de las bases sobre las que había creído asentado el mundo de mis aficiones. Me encontraba como el físico al que le arrancan las rígidas

y cómodas leyes newtonianas para sustituírse las por las resbalosas premisas einstenianas.

Al cabo de un tiempo, ya me movía por ese nuevo universo como pez en el agua. Dejando atrás la crisálida del lector solitario, me movía entre los enjambres de mariposas-fans que revoloteaban de fanzine en fanzine.

Lo mismo —sin tanto simbolismo bucólico— es lo que está ocurriendo en estos días al aficionado español. Cada día, al levantar una nueva piedra, o al apartar un estante de libros, aparece escondido un fan, hasta entonces lector dedicado a los solitarios placeres de la letra impresa, que tras el inicial asombro del «¡No-estoy-solo-en-el-mundo!» hace suyo el ideal común y se pone a colaborar con el resto del fandom.

Esto ha sido algo totalmente inesperado para mí. Sí, ya sabía que debían de haber más fans de los que conocía, y hasta tenía relación con un puñado de ellos: los núcleos pioneros de Barcelona y Madrid, ese —para seguir la denominación americana— Primer Fandom constituido por los Buiza, Garci, Frabetti, Montalbán... Pero de esto a esperar que en tan corto plazo iba a surgir un Segundo Fandom, con una entidad tan vigorosa como el C. L. A., y un faneditor tan prolífico como Jaime Rosal del Castillo... No francamente, el estado de cosas de hace tres años no lo dejaba imaginar.

Pues el fandom se propaga —como todos los grupos que cuentan con proselitistas activos— en una especie de «cascada» que hace que cada nuevo fan busque atraer a otros, y éstos a su vez algunos más, con lo que el crecimiento se hace en una forma tremendamente rápida; ayudado por el hecho de que el terreno que se siembra no es virgen, sino que ya está plagado de fans en estado «durmiente» que sólo necesitan de una insinuación para salir de su inmovilismo.

Y este editorial pretende ser eso precisamente: la insinuación a tantos y tantos lectores que —la comparación de nuestras cifras de venta con el número de aficionados adheridos al C.L.A. nos lo dice— no pasan del estadio primero de leer nuestras páginas y guardarlas luego cuidadosamente en sus bibliotecas. Tan sólo el 10% de los lectores de nuestro país pertenecen activamente al fandom.

Sí, ya sé que se me puede objetar que se trata de una cifra muy alta, que ninguna otra clase de literatura tiene un porcentaje tan alto de lectores «dedicados», que... Pero —aunque parezca intransigente

— yo no quiero aceptar tales argumentaciones. Para mí, la ciencia ficción es una literatura distinta a las demás, es absorbente, y es, por tanto, natural que sus lectores sean fans, mientras que no lo es el que lo sean los del género oeste o policíaco.

Por ello, el 10% aún me parece poco.

¿Por qué?

Porque quiero lo mejor para la ciencia ficción española. Quiero más fans no para aumentar el tiraje —me estoy dirigiendo a personas que ya compran mi revista— sino porque creo que hay mucho que hacer por la ciencia ficción en nuestro país, y que tan sólo se puede hacer si todos arrimamos el hombro. El C.L.A. arrimará el hombro, Nueva Dimensión arrimará el hombro, los «viejos» del Primer Fandom lo arrimaremos también, pero aún hacen falta más hombros.

Hacen falta más hombros para romper el hermetismo estúpido de tantos órganos de opinión que no consideran, o consideran negativamente, a nuestra literatura. Hacen falta más hombros para lograr que nos importen películas de verdadera ciencia ficción. Hacen falta más hombros para poner en marcha la primera HispaCon, o sea la primera Convención Española de ciencia ficción. Hacen falta muchos hombros, y no es comprensible que haya aficionados que no sean fans.

Es muy cómodo quedarse en casa y esperar que los demás lo hagan todo, para luego disfrutar de los beneficios sin el más mínimo esfuerzo. Pero, si todos lo hiciéramos así, no se haría nada, nadie disfrutaría de nada. Naturalmente, yo también preferiría leer esta revista en lugar de escribirla. Pero lo que pasa es que hace dos años me di cuenta de que si no me la hacía yo, no me la haría nadie.

Éste es el verdadero problema. No podemos esperar a que un hada buena —o un marcianito rosa, para estar más acordes con el género— baje del cielo para colmar nuestros deseos. Si queremos convención, la tendremos; si queremos fanzines, los tendremos; si queremos cine, lo tendremos.

Pero sólo si todos contribuimos.

Porque, parafraseando lo dicho por un reciente fanzine español: ¿Qué has hecho tú por la ciencia ficción?

EL PROGRAMA DEL DESTINO

DEREK LANE

En ésta su primera historia aparecida en español, Derek Lane nos presenta una interesante paradoja temporal, aunque vista desde un aspecto que, comúnmente, es poco usual en los relatos de este tipo: el aprovechamiento comercial de la misma. En una irónica farsa del programa *Esta es su vida*, que tantas pequeñas pantallas ha recorrido triunfalmente por todo el mundo, nos da una alucinante previsión de lo que puede llegar a ser la intromisión de la TV en la vida privada de sus televidentes... con sólo que la situación siga por los mismos derroteros que hoy en día está ya tomando.

ilustrado por CARLOS GIMÉNEZ y ADOLFO USERO ABELLÁN

Me pregunté cuántos de los aproximadamente trescientos millones de fans de Manley V. Goodfellow lo habrían reconocido en este momento. El carnoso rostro que irradiaba encanto en las pantallas mundiales estaba distorsionado por la ira mientras golpeaba con el puño mi escritorio.

—¡Programa! ¿Le llamas programa a esta bufonada? Un sujeto trabaja hasta llegar a ser gerente de un supermercado, se casa con la muchacha que ha vivido toda la vida en la casa de al lado, y todo lo que hace a continuación es criar cuatro de los niños menos atractivos que jamás se hayan visto. No es bastante bueno, Jackson. Tengo que pensar en mi reputación.

Recordaba a Goodfellow cuando aún no tenía ninguna reputación. Lo malo es que había subido demasiado rápido, elevado por el éxito del programa. Cuando *Esta será su vida* fue programada por primera vez, él era tan sólo uno de tantos entrevistadores. Su función era simplemente hablar con la persona que protagonizaba el programa, y proveer un diálogo de relleno entre los incidentes dramáticos grabados. Si es que había alguna estrella en el programa era simplemente el Visor Temporal Strogoff; no la pantalla simulada que ustedes ven en sus casas sino el verdadero, al que nadie más que el equipo de producción puede acercarse.

El visor suministraba el material para el programa, atisbando a lo largo de la línea temporal futura del sujeto. Pero el público se confunde fácilmente sobre esas cosas; y habían llegado a pensar en Goodfellow como en una especie de semidiós, que creaba el futuro con sus propias manos. Y juzgando por su conducta en los últimos meses, él también estaba empezando a pensar

lo mismo. Cada vez me encontraba con mayores problemas para tratar de evitar que interfiriese con la parte técnica del programa, pidiendo ciertos planos de cámara, o modificaciones en el guión.

—No tiene objeto que te enfades por eso —le dije—. La línea temporal de Stranmore está llena de buen material con interés humano, y la vamos a usar, te guste o no.

—¡Interés humano, y un huevo! —gritó Goodfellow—. No puedes continuar teniendo éxito con esas porquerías de historias de éxitos. Estaban bien para cuando se inició el programa; pero la gente es ahora más sofisticada, y quieren algo con un verdadero drama sanguinolento.

—Claro que lo quieren. Estamos todo el tiempo buscando por si aparece algo nuevo —le dije—. Hemos perdido semanas trazando las líneas temporales de sujetos que parecían ir a tener desarrollos interesantes, y finalmente teníamos que echar al cubo de la basura todo nuestro trabajo cuando nos encontrábamos con un hiato. El elemento de sorpresa es algo que siempre encontraremos a faltar, dada la misma naturaleza de los instrumentos de que disponemos.

Nuestra dificultad estaba en que a pesar del hecho de que el visor Strogoff era infalible en lo que mostraba del futuro de un sujeto, tan sólo podía dar una imagen limitada. Nos habíamos encontrado con el hecho de que aun cuando el esquema general de una vida humana ya estaba preestablecido, existía aún dentro de ese andamiaje una cierta posibilidad de autodeterminación por parte del sujeto. Había puntos de decisión en las líneas temporales de cada individuo, como pequeñas bifurcaciones por las que podía perderse antes de volver de nuevo a la gran carretera de su línea temporal. Esto significaba que si bien podíamos determinar incidentes dramáticos en la vida de un sujeto, casi siempre nos encontrábamos con espacios vacíos en las motivaciones en lugar de hallar las cadenas causativas que necesitábamos para convertir esos incidentes en significativos. La imagen de la vida de una persona que obtenemos a través del visor temporal se parece a un rompecabezas, del que faltan algunas piezas. Llamamos hiatos a esos espacios vacíos en la pantalla... también les llamamos otras muchas cosas cuando aparecen en medio de una buena línea, porque no podemos llenarlos por nosotros mismos. El programa tiene que ser totalmente verídico. Y si la verdad no da un buen programa, peor para todos.

Goodfellow sabía todo esto tan bien como yo, pero no estaba dispuesto a razonar.

—Has tenido muchas cosas buenas y no las has querido usar —dijo—. No olvides que yo también he pasado bastante tiempo en el departamento de investigación.

—Claro que hemos rechazado un montón de líneas temporales por ser inutilizables debido a varias razones —le contesté—. Entre otras cosas, tenemos que pensar en posibles demandas por libelo.

—¿Cómo puede ser libelo la verdad?

—No es ése el problema. Hasta que no se cambie la ley y se acepten las grabaciones del visor temporal como pruebas testificales estaremos siempre sujetos a posibles acciones en contra nuestra, como la que llevó a cabo Cortman.

—Y un año más tarde lo declaraban loco —dijo Goodfellow.

—Seguro que lo estaba... y se demostró que todo lo que habíamos usado en el programa era cierto. Pero para entonces ya era demasiado tarde, habíamos perdido el caso y le había costado a Global un saco de dinero.

—¿Y qué? Lo recuperan con las tarifas publicitarias. Deberíamos estar mostrando la vida tal cual es, todo lo que sucede...

Suspiré. Era la vieja rutina de Goodfellow, y ya estaba empezando a asquearme el oírlo tantas veces. Teníamos alquilado el visor Strogoff al gobierno. Éramos los únicos usufructuarios comerciales, dado que (a) los gerifaltes de Global tenían buenos enchufes en el partido gubernamental, y (b) habíamos tenido la fortuna de contar con Strogoff en nuestra nómina cuando había perfeccionado el instrumento. Aún así, existía bastante oposición en los altos círculos, y maniobras por parte de las compañías rivales. Teníamos que ser cuidadosos, y tener bien limpios nuestros expedientes, pues de lo contrario nos revocarían la licencia y *Esta será su vida*, el programa que más dinero había conseguido en toda la historia de la TV, desaparecería de las pantallas.

—Mira, Manley, he estado sudando en este puesto durante los dieciocho últimos meses —le dije cansadamente—. ¿Qué es lo que te hace suponer que tú lo ibas a hacer mejor?

—¡No te das cuenta de las posibilidades! —gritó—. Este programa es la cosa más importante que jamás haya sucedido en las comunicaciones de masas. El gobierno no se atrevería a interferir, no importa lo que hiciésemos.

—Yo no me fiaría de eso.

—Estás demasiado preocupado por lo mediocre —dijo Goodfellow—. ¿No te das cuenta de que millones de personas que viven vidas aburridas esperan ansiosamente durante toda la semana para que las dos horas de *Esta será su vida* den algún sentido a su existencia?

Me alcé y lo miré desde lo alto, que era algo que no le gustaba en absoluto. No estaba tan gordo como él, pero tenía casi un palmo más de altura.

—De acuerdo, Manley. Si has terminado, yo tengo trabajo que hacer.

—¿Y sigues insistiendo en que vas a usar ese programa con Stranmore? —me miró con los ojos entrecerrados.

—Pienses lo que pienses, el programa todavía va a la cabeza en las clasificaciones... y aún soy su productor. ¿Qué te parecería si tú hicieses tu trabajo y yo el mío?

—¿Y si rehúso participar en lo que va a ser un fracaso seguro?

Me alcé de hombros.

—Eso es cosa tuya. Pero si estuviera en tu caso, primero hablaría con el departamento jurídico.

Me miró por un momento, con la cabeza hundida entre sus amplios y robustos hombros, y luego salió de la oficina sin decir ni una palabra más.

—¡Guau! Realmente has hecho enfadar a su excelencia —dijo Terry cuando entró. Terry Nichols había sido mi secretaria en los dos últimos años, lo que quería decir que había participado en la concepción de *Esta será su vida*. Y aún así, a veces yo tenía la impresión de que no aprobaba el que fisgoneásemos las vidas privadas de la gente, aunque nunca lo hubiera expresado en palabras. No obstante, por alguna razón propia, jamás había abandonado el trabajo. Yo estaba satisfecho por ello, pues era algo más que decorativa, con su pequeño rostro de grandes ojos y su mechón de cabellos negros, muy cortos.

—Es muy posible, pero ya era hora de que se enterase de quien dirige este programa —contesté.

—¡Oh, oh! —Terry alzó una ceja—. ¿Así que tú tampoco estás muy contento?

—Ya tengo bastante con organizar el programa, sin tener que preocuparme en pelear con ese payaso pomposo.

—Si estuviera en tu caso, Peter, vigilaría mis tratos con él —dijo suavemente—. Tiene muy buenos amigos entre los jefes. La gente acostumbra a olvidarse de los individuos como nosotros, que trabajamos duro

entre bastidores, cuando hay por medio figurones como Goodfellow. Ellos son los que salen en las pantallas y en los periódicos.

Me acordé de las palabras de Terry cuando, a la mañana siguiente, abrí el periódico. La primera cosa que vi fue una fotografía de Goodfellow justo en el centro de la página. Y no obstante, no fue esta sino la fotografía que la acompañaba la que hizo que me olvidara del desayuno y me dirigiera a toda prisa hacia el Edificio de Televisión Global.

Todo el impacto del programa dependía del hecho de que el sujeto no sabía nada hasta que se hallaba en el estudio frente a Goodfellow, que le decía: «Ésta será su vida...». Todas nuestras investigaciones y nuestro trabajo preparatorio eran mantenidas bajo el más estricto secreto hasta ese momento, y nadie más que el equipo que trabajaba en el programa sabía hasta entonces quien iba a ser el sujeto.

Esto no sólo proporcionaba el consiguiente suspense sino que, al mismo tiempo, el secreto nos daba la seguridad de que nuestro trabajo no sería malgastado. Hasta ahora, nadie había tenido el suficiente coraje moral para rehusar servir de sujeto en un programa. Mientras que, si se les hubiera dado tiempo para reflexionar, en lugar de encontrarse ante el hecho, posiblemente muchas personas hubieran preferido que sus vidas futuras no hubieran sido expuestas en una transmisión a escala mundial.

El sujeto del próximo programa, Stranmore, opinaba así, porque por primera vez en la historia del programa alguien había hablado fuera de tiempo. Bajo su foto y la de Goodfellow se podía ver una declaración de Stranmore en la que decía que no tomaría parte en el programa, y que si se pasaba tal programa sin su autorización, entablaría un pleito contra Global por intromisión en su vida privada.



Cuando llegué a Global tomé el ascensor hasta el veinteavo piso y me apresuré hasta la oficina de Macklin, el Vicepresidente encargado de Producción. Era un hombre bajo y rechoncho, con la complexión de un cadáver de dos días y unos ojos de color marrón oscuro que lo veían todo. Contestó con un movimiento de cabeza a mi saludo y fue directo al grano:

—He ordenado a los de seguridad que investiguen la indiscreción. Pero lo importante es el programa. Tan sólo faltan treinta y seis horas. ¿Tiene un sustituto?

Con Macklin no valía el irse por las ramas. Había llegado a su posición por el camino difícil, y yo respetaba su habilidad aunque no su moralidad.

—No. Desde que pasamos a un programa semanal hemos estado usando los sujetos tan rápidamente como los vamos encontrando.

—Pero deberían de haber estado preparados para algo como esto —dijo secamente.

—Estoy de acuerdo. Pero por el momento nos lleva siete días completos el investigar a lo largo de la línea temporal de un sujeto para grabar lo que necesitamos. Si tuviéramos otro Strogoff quizá podríamos adelantarnos al programa.

—¿Entonces qué es lo que hacemos? —Sus ojos estaban clavados en mí mientras tomaba un cigarro de la tabaquera de su escritorio—. No podemos permitirnos el cancelar... el programa es ya algo demasiado grande.

—Ciertamente no existe tiempo suficiente para producir un protagonista distinto —dije—. La única cosa que se me ocurre es que tomemos las grabaciones de los programas anteriores y hagamos una especie de antología de los momentos más emocionantes de todos ellos.

Permaneció silencioso por un momento, girando el cigarro entre sus gruesos dedos, y luego dijo:

—No me gusta, pero por esta vez podría funcionar. ¿Cuánto tardará en tenerlo dispuesto para que lo pueda ver?

—¿A las seis de esta tarde?

—Que sea a las cuatro —me contestó, extendiendo el brazo para tomar una cubeta llena de papeles.

Terry y yo habíamos estado trabajando en el gabinete de montaje de grabaciones durante una hora cuando llegó Goodfellow.

—Lástima por lo de Stranmore —dijo—. ¿Qué es lo que vais a usar como sustituto?

Se lo dije.

—¿Y Macklin aceptó eso? —preguntó.

—¿Y qué otra cosa podía hacer? —le dije irritado—. Y ahora, por favor, déjanos tranquilos, Manley. Tenemos un montón de trabajo que hacer.

—¿Para qué? ¿Todo eso para hacer una rancia mezcla de repeticiones? Hará que nuestra valoración baje en treinta puntos.

—Tal vez, pero siempre es mejor que una cancelación.

Su desagradable rostro se entreabrió en una afectada sonrisa.

—Tal vez tampoco tenga que hacerse eso.

Cerré de un golpe el interruptor del visor de cinta que estaba utilizando.

—Escúchame ahora, Goodfellow. No tengo tiempo para andar jugando contigo. Cuando Macklin dice a las cuatro no está bromeando. ¿Qué es lo que tienes en mente?

—Harry Vince y yo hemos estado grabando algo que haría un mejor programa que esta bazofia —dijo—. Si vienes a su despacho podrás verlo por ti mismo.

—De acuerdo. Te daré diez minutos —dije, alzándome—. ¿Cuándo hicisteis esas grabaciones?

—Harry y yo hemos estado investigando la línea temporal de ese sujeto a ratos libres durante el pasado mes —me contestó—. Era algo así como un experimento acerca de la forma en que a mí me gustaría hacer el programa. Por el momento está sin acabar, pero podríamos pulirlo a tiempo.

Harry Vince, nuestro jefe de investigaciones, había sido alumno de Strogoff. Era un hombrecillo de rostro enjuto, con una orla de cabello oscuro rodeando un cráneo pálido y calvo.

—Saca esas grabaciones de Kraus, Harry —dijo Goodfellow—. Peter quiere darles una ojeada.

—Todavía no he tenido tiempo de romper ese hiato —dijo Vince parpadeando rápidamente.

—Eso no tiene importancia —dijo Goodfellow—. Lo cubriré con mi charla.

—No sé... no hay nada por un total de quince meses —dijo Vince, mientras tomaba una bobina de cinta de su envase y comenzaba a colocarla en un visor.

—¿En qué punto aproximado de la línea temporal se produce el hiato? —pregunté.

—Eso es lo importante —contestó Vince—. Comienza mañana por la noche.

Me giré enfadado hacia Goodfellow:

—¿No te dije que no tenía tiempo que perder? ¿Qué es lo que íbamos a mostrar durante el primer cuarto de hora, si es que usásemos este sujeto... una pantalla en blanco?

—Ya he pensado en eso —dijo Goodfellow—. Abrimos con alguna entrevista, acerca de su pasado, y mostramos algo de ese pasado que hemos grabado. Entonces podemos introducirnos en el primer incidente dramático.

Créeme, cuando los espectadores vean la clase de programa que hemos escogido se olvidarán de cualquier comentario crítico.

Vince disminuyó la intensidad de las luces y la cinta empezó a pasar a través de la pantalla monitor.

Goodfellow había tenido razón cuando había dicho que Paul Kraus era bastante diferente a los sujetos normales que aparecían en *Esta será su vida*. La cinta mostraba que Kraus había pasado tres años de su adolescencia en un reformatorio escolar, graduándose como un criminal sin escrúpulos. A los diecinueve años ya había organizado un negocio de prostitutas y de venta de drogas que cubría una gran parte de la ciudad, y ahora, a los veintidós, ya se había introducido en los «sindicatos» de los trabajadores de los muelles.

Esto era solamente una breve presentación. Después del hiato, que duraba quince meses, los incidentes malignos que mostraba la cinta empezaron realmente a ponerse al rojo vivo. Crímenes, violaciones, asaltos a mano armada... en cualquier momento de su carrera Kraus estaría involucrado en todos esos crímenes y en más. Lo que más aterraba al contemplar la cinta era el conocimiento de que, habiendo sido tomada por el visor temporal, era un registro inviolable de lo que iba a ocurrir en el futuro y que no había forma humana de hacer nada para evitar que esos acontecimientos sucedieran.

—Está bien, corta ahí —dijo Goodfellow. Se volvió hacia mí—. ¿Has visto lo que quería decir? Este Kraus hace que Capone parezca un maestro de escuela dominguero. Di el crimen que se te ocurra y Kraus, en algún tiempo de su futuro, será el rey en la especialidad.

Había algo en su entusiasmo que me hizo sentir enfermo.

—¿Realmente crees que voy a usar esa porquería en *Esta será su vida*? Daría por terminado el programa antes que utilizar eso. Ya es lo suficientemente horrible saber que esas cosas van a ocurrir, y no hay porque mostrarlas por todas las pantallas del mundo. Cualquier ciudadano decente y con espíritu cívico saldría y mataría a Kraus en el acto, y estaría haciéndole un servicio a la humanidad...

—Sabes tan bien como yo que eso es imposible —dijo Goodfellow—. Lo que tenemos aquí en la cinta es lo que su vida va a ser. No hay ninguna duda sobre eso. ¡Es una historia terrorífica!

—Tal vez lo creas así, pero aún soy yo el productor del programa —dije—. Tal vez en el pasado hayamos jugado sin piedad con las viejas normas sentimentales, pero nunca mostramos algo tan podrido y venenoso como eso,

y no lo vamos a hacer. —Salí de la habitación y me apresuré hacia el departamento de montaje. Aún tenía un programa por preparar.

Estaba ya cerca de completarlo cuando Macklin me llamó por el interfono y dijo que quería verme en el acto.

—Goodfellow me dice que ha rehusado utilizar el material que le ofreció para sustituir el programa —dijo Macklin.

—Claro que lo hice. No se podía aceptar.

Macklin hizo una mueca y apretó contra un cenicero los masticados restos de un cigarro.

—En su forma actual, quizá. Pero podría arreglarse un poco.

—¡No lo dirá en serio! —exclamé.

Sus ojos marrones se entrecerraron.

—Nunca bromeo, Jackson. Goodfellow me llamó hace una hora. He visto algunas de las cintas que ha hecho.

—¿Y usted cree que podrían utilizarse para el programa?

—Sí, con un buen montaje.

—¿Cómo puede hacerse un montaje de cosa semejante? —pregunté—. De cualquier forma que se mire, el tema del programa de Kraus debería ser *El crimen paga*. No puede mostrarse algo así en cien millones de pantallas. No sería moral.

—Será lo más sensacional que hayamos mostrado desde que el programa empezó —dijo Macklin—. Quiero que deje el trabajo que ha estado haciendo para montar esa antología del programa y que coopere con Goodfellow en la historia de Kraus.

—¿Y si me niego?

Su faz pálida no mostró ningún signo de emoción mientras decía:

—Goodfellow será el productor del programa.

—¿Haría eso?

—¿Por qué no? —dijo Macklin—. Ya se lo he dicho anteriormente, el programa es lo importante... no su maldita conciencia.

—¿Y después de mañana noche?

—Esperaremos y veremos —dijo Macklin, y sabía lo que él quería decir. Si mañana noche el programa era un éxito, se me despediría. Tal vez fuera lo mejor.

—Muchas gracias —dije, y salí de la oficina.

Terry se indignó cuando le expliqué lo que había sucedido.

—¿No permitirás que se salgan con la suya, verdad?

—¿Qué es lo que puedo hacer?

—Muchas cosas —dijo Terry, con vehemencia—. Por ejemplo, indagar y conseguir pruebas de que fue Goodfellow el que puso sobre aviso a Stranmore. Todo este asunto fue planeado deliberadamente por él. No es una casualidad el que tuviera a punto ese programa de Kraus.

Era una baja, pero no tanto para Goodfellow. Tal vez Terry tuviera razón.

—Stranmore trabajaba para algún supermercado de la parte Norte, ¿no es verdad? —pregunté.

—Aquí lo tienes —Terry me puso en la mano un pedazo de papel con las señas.

En media hora estaba en el supermercado, preguntando por Stranmore. Lo reconocí inmediatamente. Después de todo me había pasado una semana entera mirando su rostro en el visor, montando las cintas para el programa. Era un muchacho delgado y de aspecto amistoso, de cabello oscuro y espeso; llevaba una bata de almacén debido a que por el momento sólo era uno de los ayudantes en el mercado.

—Mire, señor. Por hoy ya he visto bastante gente de los periódicos. —Miró preocupado por encima de su hombro—. El Gerente está pataleando por todo el tiempo que he perdido, y es probable que me despida si esto continúa así.

—Está bien, hijo, no te preocupes —dije—. No te va a despedir. Me apuesto lo que quieras a que no lo hace.

—Lo dice usted muy seguro.

—Debería estarlo —dije—. Aquí vas a ser tú el gerente, dentro de pocos años.

Me miró con sospecha.

—¿Qué es lo que trata de venderme?

—Nada, Stranmore. Éstos son los hechos. No soy de ningún periódico... soy el productor del programa *Esta será su vida*.

Su cara se quedó muy pálida.

—¡Entonces ya puede largarse de aquí! —gritó—. Usted es el buitres que está detrás de todo eso, ¿no es verdad? ¿Qué es lo que se han creído... dedicándose a espiar en la vida privada de la gente?

—Espera un momento, Stranmore. Algunas gentes están agradecidas de saber sobre su futuro...

—Algunos, tal vez... pero yo no. ¡Y ahora, fuera! —gritó—. Lo que dije en los diarios es final. No quiero saber nada de su asqueroso programa.

Por primera vez empecé a comprender realmente los sentimientos de la gente que eran víctimas del programa. Antes, siempre habían sido meramente «sujetos», cuyas líneas de la vida había seguido a través del medio impersonal de las cintas del visor del tiempo; gente con la que sólo me había encontrado en persona durante la breve duración del programa actual, y a la que nunca había vuelto a ver otra vez. Preocupado siempre con la producción del programa, nunca había tenido tiempo para pensar en las reacciones de una persona cuya vida futura era expuesta a la curiosidad vulgar de una audiencia masiva.

—Está bien, Mr. Stranmore. Después de lo que ha ocurrido no hay ninguna probabilidad de que aparezca usted en el programa. Todo lo que quiero saber es como se enteró de que intentábamos utilizarlo como sujeto.

—Lo supe por primera vez cuando un reportero del *Globe* me llamó a mi casa la pasada noche —dijo.

Le di las gracias y salí precipitadamente. Mi próxima visita fue a las oficinas del *Globe*. Pero mi premonición de que podía haberme ahorrado el trabajo quedó justificada. No tenían intención de divulgar la fuente de su información, y no tenía modo de obligarlos a que lo hicieran. De cualquier forma, dudaba de que ellos mismos supieran la fuente. Lo más probable es que la información les hubiera llegado por medio de una llamada telefónica anónima. Había sido un estúpido al creer que Goodfellow se expondría a la posibilidad de dejar un rastro.

A la mañana siguiente fui a la oficina como siempre, a pesar de que las preparaciones del programa nocturno ya no estaban en mis manos. Tenía una idea en el pensamiento a la que había estado dando vueltas durante toda la noche... algo que tenía que hacer.

—Pase lo que pase, voy a dejar el programa —le dije a Terry—. La conversación que tuve ayer con Stranmore me ha hecho comprender por primera vez lo que estamos haciendo a esa gente que traemos aquí como sujetos.

Su cara mostró la clase de expresión que yo había esperado ver desde hacía tiempo, y dijo:

—¿Lo has visto al fin? Ya empezaba a perder la esperanza.

—Sí, pero antes de que me vaya he de hacer un programa más... aunque nunca se llegue a mostrar. ¿Quieres ayudarme a confeccionarlo, tan pronto

como el visor quede libre?

—¿El sujeto es quien yo creo que es? —preguntó.

Afirmé con la cabeza.

—Debo examinar la línea de la vida de Goodfellow. He de saber por cuanto tiempo va a salirse con la suya con esta clase de suciedad. Entonces quizá empiece a creer en algo otra vez.

Terry alargó la mano y me tocó suavemente en el brazo.

—Yo te daré algo en lo que puedas creer, Peter, te lo prometo.

Comencé a pensar en lo maravilloso que sería vivir una vida normal con una mujer como ella, lejos de esta jungla de plástico y metales cromados.

—Gracias, Terry —dije—. Lo tendré presente cuando hayamos finalizado este último trabajo.

El programa empezaba a las ocho, pero desde bastante tiempo antes toda la actividad estaba enfocada alrededor del auditorio, y no había nadie por los alrededores cuando Terry y yo nos introducimos en la habitación del visor del tiempo.

Conecté el instrumento, y los dos nos sentamos esperando a que el aparato se calentara.

—¿Estás seguro de que lo que estamos haciendo es correcto? —preguntó Terry.

—Por primera vez estoy seguro de ello —dije.

La pantalla mostró una mancha de luz, formándose luego una imagen. Mostró a dos hombres subiendo a un taxi.

—Harry debe haber estado trabajando en ese punto del hiato hasta el último momento —dije—. Ése es Kraus, con Barney Wilson. Barney lo ha de traer al programa.

—¿Quieres decir que el hiato se ha disipado?

—Podría ser. Quizá se ha producido un punto de decisión durante estas últimas horas.

—¿Tal vez por el hecho de ser presentado en el programa? —sugirió Terry.

—Posiblemente... de todos modos no es importante. El programa de Kraus ha terminado para nosotros. —Me incliné sobre el panel de control y empecé a hacer los ajustes necesarios. Había estado tanto tiempo aquí con Harry Vince, observando a los sujetos, que sabía muy bien como funcionaban los controles, y el instrumento pronto estuvo dispuesto para mostrar la línea de vida de Goodfellow.

Pero no se formó ninguna imagen...

—¡Es curioso! Debe haber un hiato en este punto de la vida de Goodfellow. —Aceleré el aparato de observación, cubriendo en pocos segundos un período de seis meses, y esperé a que la imagen se aclarara. Pero no hubo nada excepto una mancha difusa.

—Prueba más lejos —dijo Terry tensamente.

Conecté el acelerador otra vez, cubriendo esta vez un año completo.

—Nada.

—¿Estás seguro de que lo has sintonizado correctamente para Goodfellow? —preguntó Terry.

—Desde luego, lo he hecho antes docenas de veces. —Decidí tratar de hacer un experimento. Cambiando el ajuste a como estaba anteriormente, lo sintonicé en el punto en que Kraus subía al taxi con Barney Wilson. Entonces aceleré por un momento. La imagen se hizo confusa, luego se resolvió otra vez, para mostrar a Kraus y Barney caminando juntos por el costado del auditorio de *Esta será su vida*.

—Ésta será su vida... ¡Paul Kraus! —El rostro de Goodfellow, con su sonrisa de locutor brillando bajo los focos, apareció a gran tamaño en la pantalla.

—¿Hemos de ver todo esto? —preguntó Terry.

—Puede ser importante —dije.

Goodfellow y Kraus estaban ahora en el escenario. Goodfellow estaba hablando al público, efectuando la introducción del programa. Estaba de pie, dando la espalda a Kraus.

La cara del criminal estaba pálida y rígida, los ojos hundidos en su cabeza mientras se agachaba a medias, como un animal dispuesto a saltar.

—¡Peter! ¿Qué está haciendo? —susurró Terry.

Kraus estaba deslizando una mano pálida y de largos dedos hacia el bolsillo interior de su americana. Mientras observaba la acción conocí súbitamente la respuesta a la aparente paradoja de una sociedad que permitía que Kraus continuara con sus actividades criminales después de que habían sido expuestas en el programa.

La razón del hiato en la línea de la vida de Kraus era la decisión que había tomado en este momento... la decisión que *evitaría* que su futuro fuera mostrado. Pero hasta ese momento, hasta el desarrollo de la nueva situación, el hiato había permanecido. Y el hiato en la línea de la vida de Goodfellow...

—¡Quédate aquí, Terry! —grité, y salí corriendo de la habitación del visor. El visor iba un poco adelantado con respecto al tiempo real, no estaba

seguro de cuanto... pero tal vez aún habría una probabilidad.

Llegué a la puerta trasera del auditorio y la abrí de un empujón. Arriba, en el escenario, algo brillante relució por un momento en la mano de Kraus. Goodfellow se detuvo súbitamente en la mitad de su discurso, su boca cayendo abierta sin formar ningún sonido. Entonces, como una torre dinamitada, empezó a caer lentamente hacia adelante, hacia el foso de la orquesta.

Mientras caía, vi el puño del cuchillo hundido en medio de su espalda. No había habido ningún hiato en su línea de la vida... no tenía futuro.

Las luces del escenario se apagaron, y la cortina empezó a descender. A mi alrededor, las mujeres estaban chillando...

Título original:

THE DESTINY SHOW

© 1960, *Nova Publications Ltd.*, by arrangement with *E. J. Carnell*

Traducción de S. Velázquez

LAS TRAMPAS DEL TIEMPO

JOHN BAXTER

John Baxter es un autor del otro lado del mundo... exactamente de Sydney, Australia. Nacido en 1940, a los doce años se sintió atraído por la *SF*, entrando a formar parte del club de aficionados a esta literatura de su ciudad, editando fanzines y poniéndose en contacto con fans del mundo entero. John trabaja como funcionario del Gobierno en Nueva Gales del Sur, y está interesado en la fotografía, la cinematografía y la música de jazz. Sus primeras obras profesionales aparecieron en la revista británica *New Worlds*.

ilustrado por CARLOS GIMÉNEZ y ADOLFO USERO ABELLÁN

Las rosas de cristal crecían entre el silencio a lo largo de la balaustrada, suspendidas en sus baños de fluido. Azul, verde, ámbar, roja; cada una se alimentaba con su sal particular y extraía su color del agua incolora. Envuelto todavía en su bata, Net San Yada caminó a lo largo de la hilera, contemplando cada una por turno. Algunas eran todavía inertes bolsas de apretado follaje en la extremidad de un tallo desnudo. Otras estaban apenas floreciendo, pero una, de un color verde pálido, estaba temblando en plena explosión de su capullo. Así que, cuidadosamente, introdujo su mano en el tanque y con un pequeño tirón cortó el tallo. Mientras la sacaba, algunas gotitas cayeron de los recovecos más profundos de la flor.

Entonces la mantuvo en su mano, separada de su elemento nativo pero conservando todavía memorias del mar en su verde translucencia. Triunfalmente llevó la flor al interior y la instaló en un nicho. El haber cogido una rosa tan perfecta era una forma excelente de empezar un nuevo día.

Quitándose la bata, Yada comenzó a vestirse. Lo hizo lenta y cuidadosamente, arrojando su cuerpo con una reverencia casi religiosa. Para él, la elección del pliegue que daría mejor aspecto a una túnica, o de la faja que haría mejor juego con sus calcetines, eran decisiones tan importantes como cualquiera de las que debería tomar como Primero del Control Temporal. Aunque el aire ya estaba algo fresco hoy, la gente que había visto por las calles iban ataviados con alegres colores blancos o marrones claros. Así que tendría que escoger un traje de verano. Eligió uno fino de lana gris clara y se lo puso. El disco azul de su rango, que llevaba en el pecho, era como un trozo de cielo visto entre nubes. Mientras se colocaba la faja, sonrió

satisfecho por el emblema. A su edad, y ya con un círculo azul... y sin ninguna razón por la que no pudiera llegar aún más alto.

Ataviado, perfumado, con el cabello anudado en su nuca y muy corto en la frente para dar aún una mayor longitud a su ya estilizado rostro, Yada inició el trabajo de aquel día. Su oficina consistía simplemente en una habitación sin ningún mueble y con el suelo enteramente acolchado. Tras cruzar las piernas, se sentó en el suelo sobre sus talones, se cruzó de brazos y consideró los asuntos del día. Primeramente había la cuestión del personal necesitado veinticinco años hacia adelante en Katsaido. Había considerado el problema durante la noche y ahora estaba seguro de que deberían ser enviados al menos cuarenta hombres. Iba a ser difícil para ellos. Dentro de veinticinco años Katsaido se convertiría en un intempestivo infierno de aullante viento y nieve, en el que los hombres morirían rápidamente. Pero un alto personaje había ofrecido pagar bien por la eliminación de ciertos elementos irritantes de su comunidad, así que...

Hizo una nota en un rincón de su mente que era su libro de apuntes y pasó al siguiente asunto. Por el momento, los viajes temporales en este sector estaban limitados al paso ocasional de una unidad de vigilancia y, aún más raramente, a algún corto viaje de placer de los dignatarios locales. Yada y su gente se hallaban todavía a prueba y lo estarían por muchos años. Esto significaba que le faltaban muchos datos vitales que le permitieran moverse libremente por el tiempo. ¿Qué soborno debería ofrecer a un correo extratemporal para obtener acceso ilimitado a las coordenadas del sector? Éste era un problema bastante complicado, un problema que requería mucha delicadeza y cuidado.

Por esta razón, se irritó cuando unos discretos rasguños en el exterior de la puerta le indicaron que tenía un visitante. ¿Quién sería a esta hora? Seguramente alguien importante, pues de lo contrario sus sirvientes no lo hubieran molestado. Componiendo su rostro, Yada dio unos golpes para significar su permiso a entrar. Silenciosamente, se abrió la puerta.

Casi en el mismo momento en que vio la imponente figura en la entrada, ya estaba Yada planeando qué hacer. El helado horror que le había producido la túnica negra con su acusador cuadrado blanco fue reprimido y encerrado en las profundidades internas de su mente, allá donde se escondían las pesadillas. Para el Demandante, Net San Yada presentaba un aspecto tan despreocupado como el del ciudadano más inocente.

—Te saludo, Cuadrado Blanco —dijo formalmente Yada.

El otro hizo una reverencia, con sus manos tan apretadas contra sus costados que parecían clavadas allí.

—Yo también te saludo. —Hizo una pausa, y continuó—: Se te demanda, Círculo Azul.

Era una sentencia de muerte, pero Yada dejó que las palabras colgasen en el aire como volutas de humo, visibles pero sin importancia.

—¿Puedo saber por quién?

—Puedes —dijo lentamente el Demandante—. Por los familiares de Sent Sa Knio, por ofensas contra el honor de la familia.

Así que Knio se había ido de la lengua. Naturalmente, debían de haberlo matado, u obligado a suicidarse, y ahora clamaban por su sangre. Había pocas cosas que irritasen más a un clan que el que uno de sus miembros fuese sobornado para traicionar secretos de familia. Todo escape parecía imposible, pero le quedaba un camino.

Yada se alzó del suelo con elegancia.

—Te agradezco el mensaje —dijo—. Si esperas en la habitación contigua, me prepararé.

El Demandante hizo una nueva reverencia y se giró para marcharse. En su mente no cabía duda de que Yada se reuniría con él en unos minutos, pues el escapar habría sido una falta contra el honor imposible de imaginar. Pero Yada no era ningún caballero. Con la agilidad y rapidez de un gato saltó sobre el hombre que se alejaba. La hoja que siempre llevaba oculta en la faja se hundió en la ancha espalda. El hombre de la túnica negra inició un grito parecido a un gorjeo, que tenía más de sorpresa que de dolor, tratando convulsamente de alcanzar el mango que sobresalía entre sus omoplatos. Por un momento permaneció helado en una postura de increíble agonía. Luego, se derrumbó muerto al suelo.

Enfermo de miedo y horror, Yada se apoyó sin fuerzas contra el marco de la puerta, contemplando a su víctima. Haciendo eco a su jadeante respiración oyó un extraño sonido, parecido a un suave gemido de dolor. Miró a su alrededor. En su nicho, la rosa de cristal sonaba débilmente. Algún armónico del grito de agonía había encontrado resonancia en un acorde vital de su estructura.

Mientras la contemplaba, la nota subió de tono, casi llegando hasta el umbral auditivo. Abriendo sus pétalos, la rosa estalló en su total floración final. Luego, el sonido cesó abruptamente y la flor se desmoronó, quedando convertida en polvo. Yada no perdió tiempo en considerar el significado de

este signo. Brutalmente abrió de un tirón la puerta corrediza de la habitación contigua y caminó hasta la pared más lejana. Parecía ser de madera, como las otras, pero al empujarla se rasgó como si fuera de papel.

Tras la pared falsa, un pequeño cubículo contenía la jaula de alambres y cristal que era una máquina del tiempo. Había costado muchas vidas el robar el secreto de esta máquina y aún más el construirla y ocultarla en su casa, pero ahora la inversión estaba pagando sus dividendos. Apartando los restos de la pared, Yada se arrellanó en el sillín. Los alambres se curvaban protectoramente sobre él. Conectó el mando principal y, mientras se calentaba el mecanismo, revisó las provisiones, las armas y la vestimenta que había almacenado allí hacía mucho, en previsión de una emergencia similar a ésta.

A través del agujero en la pared le llamaban las silenciosas paredes de su hogar. Pensó que quizá no era realmente necesario el escapar, que tal vez aún pudiera salir de esto con audacia. Pero sabía que era demasiado tarde. Los intersticios entre los alambres se estaban ya desvaneciendo entre neblinas formadas por un nimbo dorado, y la máquina estaba vibrando ansiosa bajo sus pies. Dio una última mirada a su mundo, y pulsó el control.

¡INTRUSIÓN!

El hombre de guardia parpadeó y volvió a contemplar cuidadosamente la luz que se encendía y apagaba. Luego, apretó el botón de alarma y lo siguió apretando.

—¡Intrusión, intrusión, intrusión! —aulló ante el micrófono—. Todo el personal a sus puestos. Alerta roja. ¡*Intrusión!*

La alarma le llegó a Ley Farrar, Monitor Principal de Ciudad Temporal, mientras estaba entrevistando a un visitante intertemporal. Era un enviado del siglo XXII, dominado por África, un hombre de mayestática figura con la variopinta vestimenta tradicional de los embajadores africanos. En la loggia, que era lo más aproximado que la ciudad tenía a una oficina, se le veía como una brillante mariposa entre polillas. Contra los deslumbrantes colores de su ropaje, el de los monitores parecía desvaído. Divertido, Farrar contempló cómo miraba a lo largo de la Ciudad Temporal. Obviamente, los amplios parques y las desperdigadas y diseminadas viviendas lo asombraban.

—La ciudad temporal —comentó diplomáticamente—, no se parece a lo que yo había imaginado.

Farrar sonrió.

—Supongo que no —dijo, recordando los tremendos pilares de acero y cristal del Jo'burg del siglo XXII cociéndose bajo un ardiente sol—. Aquí no

nos gusta demasiado el vivir apiñados. El sistema de transporte...

En aquel instante el aullido de la alarma general rasgó el silencio del atardecer como un grito pidiendo auxilio. Farrar no lo dudó ni un instante. Antes de que el primer sonido de cinco segundos de duración hubiese terminado, ya estaba corriendo hacia el complejo de control.

Sin embargo, la velocidad se convirtió pronto en algo imposible. Los corredores, normalmente silenciosos, de la Ciudad Temporal se habían convertido en aullantes torrentes de humanidad. Los lentos eran empujados, las bandejas de cerámica eran derribadas al suelo y pisoteadas. A lo largo de los pasadizos se abrían puertas que daban a habitaciones en las que repentinamente habían cesado las actividades normales de la vida. Los teléfonos colgaban de sus cordones, los grifos seguían manando sobre bañeras de las que ya se derramaba el líquido y, en una cabina, una afeitadora eléctrica zumbaba suavemente para sí.

Empujando como el mejor, Farrar se abrió camino entre el tumulto como pudo. En el voladizo de observación que rodeaba la habitación de control, la multitud se hacía menos densa a medida que los hombres iban ocupando eficientemente sus puestos. Subiendo por los curvados escalones de dos en dos, corrió hasta la consola del operador más cercano. Arriesgándose a dar una ojeada por encima de su hombro, el hombre inclinó la cabeza en algo que podía ser un deferente saludo, volviendo inmediatamente a su frenética manipulación de los controles.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó Farrar, aunque podía deducir la mayor parte por las luces que se encendían y apagaban.

—Intrusión en el Sector 17, señor... siglo XXXIX. Parece haber atravesado el 18, 19 y tal vez el 20. Hemos enviado una sonda para comprobarlo, pero va a ser difícil el hallarlo allí.

—¿Diría usted que es un accidente?

—Probablemente no. Hemos controlado todas nuestras máquinas en el 17. No hay información sobre ningún movimiento durante los dos últimos días. Parece una máquina privada no autorizada.

—Entonces, será incontrolada.

—Probablemente. Sin señalización, sin mecanismo automático de dirección. Un buen problema.

Farrar ya sabía eso. Y la dimensión del problema dependería de lo rápidamente que actuase en las próximas horas.

Se apartó de la consola y recorrió con la vista los brillantes paneles situados a cada lado. En cada uno de ellos, un hombre cuyas manos se movían con la velocidad y la seguridad de un pianista de conciertos estaba calculando las nuevas rutas que los viajeros tendrían que usar, colocando avisos para que evitasen la zona de peligro y tratando de prever lo que iba a suceder luego.

Mientras Farrar los contemplaba, podía ver como los hombres se iban haciendo gradualmente con el control de la situación, dominándola tal cual uno domina a un caballo desbocado. Trabajaban bien, trabajaban como el equipo muy entrenado en que se habían convertido en los pocos años que habían transcurrido desde que la Ciudad Temporal había surgido a la existencia. Y sin embargo, por alguna razón, esto irritaba a Farrar. Era un trabajo inútil. En la sonda temporal y su cámara de televisión, tenían el medio para averiguar por anticipado cualquier acontecimiento y así poder alcanzarlo a través del tiempo, para llegar al instante preciso en que se produjese y así controlarlo. Pero había millares de siglos que examinar y millones de emergencias que solucionar.

Por cada una que era prevista, se pasaban por alto una docena, que permanecían desconocidas hasta que estallaban encima de ellos. Quizá en algunas décadas... pero no tenía utilidad el lamentarse por el hecho de que los días tenían tan sólo veinticuatro horas. El Control del Tiempo tan sólo podía cambiar algunas cosas y ésta no era una de ellas.

Al cabo de unos pocos minutos los paneles se habían calmado. Los senderos de luz que representaban los caminos temporales navegables ya no estaban interrumpidos por los negros puntos de los viajeros. Aquí y allí unas señales indicaban los lugares en los que máquinas detenidas estaban esperando que pasase la emergencia. A través de los senderos 15, 16 y 17, una señal negra separaba el área incomunicada en donde un viajero ilegal había enmarañado irremediablemente el río del tiempo. Dentro de esta área estaba prohibido el viaje temporal: de hecho resultaba peligrosamente imposible. Por los intercomunicadores todavía se oía un rugir continuo mientras se suministraban nuevas coordenadas y los viajeros eran guiados por otros caminos, pero ya no era tan urgente como había sido. Ciudad Temporal estaba llevando a cabo el trabajo para el que había sido construida.

Dando la espalda a la confusión, Farrar regresó de nuevo al voladizo. Pasaría un tiempo antes de que hubieran noticias más concretas, así que no tenía nada que hacer, excepto esperar. Y sin embargo, el esperar era usualmente la cosa más difícil. Paseó su mirada por los alrededores buscando

casi con desesperación algún objeto que apartase de su mente la inevitable ansiedad, y halló una figura confusa en pie junto a la barandilla, mirando hacia abajo en una fascinada contemplación de la actividad que se producía a sus pies. Se le acercó, y puso una mano amistosa sobre el hombro del africano.

En el pozo de la habitación de control, parpadeaban y correteaban luces de una multitud de colores, grandes sombras manchaban las paredes con sus imágenes grotescamente distorsionadas. Había incesantes idas y venidas de hombres a la carrera, un rugido de voces y un ruido que era aumentado en una forma tan extraña como las sombras. Parecía la boca del Infierno.

Apretando con mayor firmeza el hombro del embajador, Farrar lo llevó hacia afuera. Ahora no había nadie en la loggia. La brillante luz del atardecer se desparramaba por entre las columnas sin que nadie la apreciase. El único movimiento era el producido por una fuentecilla que murmuraba entre las sombras. Se sentaron a su lado.

—Siento lo que pasó —explicó Farrar—. ¡Hemos sufrido una Intrusión!

El africano, con un esfuerzo visible, bajó de las nubes. Casi dolorosamente, sus ojos volvieron a estar enfocados.

—¿Intrusión? —preguntó, cortésmente asombrado.

—Un salto temporal ilegal —explicó Farrar—. Aparentemente alguien del siglo XXXIX se construyó una máquina del tiempo y saltó al XLVIII... a la parte mala del XLVIII.

Abruptamente, el rostro del enviado perdió los restos de su expresión embobada. Sus ojos se entrecerraron calculadoramente.

—No tenía ni idea de que hubieran áreas prohibidas —dijo con suavidad. Ya podía imaginarse a sí mismo preparando el discurso inquisitorio que pronunciaría en la ONU sobre esta abusiva constricción en la libertad de movimiento.

El significado de este cambio repentino no pasó desapercibido para Farrar. En la forma más casual que pudo lograr, se arrellanó y sonrió.

—¿Áreas prohibidas? Oh, no... yo no las llamaría así. Simplemente hay ciertas secciones del río del Tiempo en las que los viajes deben ser rígidamente supervisados. —Era tedioso el tener que repetirlo de nuevo en lo que debía de ser la milésima vez, aunque tal vez le sirviera para apartar su mente de la crisis.

»Mírelo así —continuó—. La imagen convencional del Tiempo, tal como la imaginamos parte de nosotros, es un río... una especie de corriente, ¿no es

así? (*Excepto que no fluye, añadió para sí mismo. Y que no se comporta como ningún líquido conocido por el hombre. Y que corre al menos en cinco dimensiones. Y que es un sujeto incalculablemente más complejo de lo que nadie pensó*). Bueno, piense en el Tiempo fluyendo como... como esta fuente de aquí.

Satisfecho consigo mismo por haber hallado una comparación válida, se giró hacia el estrecho canal sobre el que caía el agua de la fuente para volver a ser bombeada en un ciclo sin fin. En el ligeramente inclinado canal, una corriente de agua fluía con suavidad, continuamente.

—¿No parece lisa? —preguntó Farrar—. Pues mire a esa superficie. Aún una corriente lisa como ésta tiene sus inconsistencias. El líquido fluye más rápidamente en el centro que en los lados, y va más deprisa en la parte de arriba que en el fondo. Pues bien, comparado con el río del Tiempo, esto es un modelo de predictibilidad. El problema del Tiempo es que contiene gente, y acontecimientos... en una palabra, historia. Y la historia no es rígida. Se halla en el Tiempo como un reguero de color en el agua, como la mancha de un colorante que se disuelve. El más ligero movimiento puede alterarla, modificar su fluir.

El africano parecía interesado.

—Así que las antiguas paradojas: el matar al propio padre, el regresar a la prehistoria y cambiar el devenir del Tiempo aplastando una sola flor, ¿todo eso podría suceder?

Farrar asintió con seriedad.

—En la práctica es aún mucho peor. Aún el mismo hecho de moverse hacia el pasado podría anularlo todo por milenios. Sin querer, uno podría aniquilar no sólo a su padre sino a toda la raza.

Volviéndose de nuevo hacia la fuente introdujo un dedo en el agua que fluía rápida. Inmediatamente comenzó a dividirse y burbujear por los lados de la obstrucción. Aparecieron turbulencias.

—Ya lo ve, aún cuando coloco un pequeño objeto en la corriente se producen alteraciones. Si alguien se zambulle y nada contra la corriente, los resultados son catastróficos. A eso lo llamamos Intrusión.

—Pero en este caso, el hombre logró completar su salto. Eso debe de probar que no ha causado ningún daño grave. ¿No hubiera sido barrido junto con todos los otros acontecimientos en que se hallaba mezclado si es que hubiera alterado mucho el Tiempo?

Farrar negó con la cabeza.

—Me temo que el Tiempo tenga un as en la manga. El que lo use o no es lo importante. Vea, el río...

Se detuvo y miró hacia la escalinata. Un ordenanza corría hacia ellos. De su mano pendía una banda de blanco papel de gráficos. Farrar se lo arrebató ansiosamente.

—¿Bueno o malo? —preguntó.

El hombre hizo una mueca.

—Peor.

Miró a las líneas rojas que zigzagueaban a lo largo del papel y asintió anonadado.

—Supongo que el muy tonto se lo merece —dijo—, pero no puedo dejar de sentir cierta compasión por él.



Yada llevó a la máquina hacia algún tiempo en los siglos muertos tras la última de las guerras atómicas. Había escogido el punto cuidadosamente. Después de haber estado estudiando durante horas los pocos planos de que

disponía. Ningún lugar era más seguro que ése. Nadie iba ya allí. La Tierra había sido quemada hasta la aridez. Tan sólo quedaban unas pocas personas y se hallaban escondidas muy por debajo de la superficie, ocultándose del ahora desvanecido trueno de las bombas. Pasarían aún años antes de que reptasen fuera de sus refugios y comenzasen la tarea de reconstruir la civilización. Hasta entonces, Yada estaba seguro. Tenía tiempo para prepararse, tiempo para planear.

Aún antes de que la maraña de cables hubiese comenzado a perder su brillo, pudo notar la helada mordedura del viento. Soplaba incesantemente, ásperamente, arrastrando todo a su paso y convirtiéndolo en polvo. Dedos insistentes tiraron de su traje, tratando de hacer que se uniese a su incesante recorrido sobre el globo. Yada se hundió aún más en el asiento y se arrebujó contra su vestimenta.

A través de la luminosidad que se apagaba contempló un paisaje desprovisto de todo lo que no fuera esencial. Una llanura gris se extendía en todas las direcciones excepto en una. En aquélla, el horizonte estaba formado por una masiva cordillera que soportaba sobre sus picos el plumizo cielo. Todo presentaba un aspecto extraño. Las montañas eran demasiado altas, demasiado agudas. En una de ellas un glaciar de hielo negro serpenteaba como un camino hacia el infierno.

Ignorando deliberadamente su imponente presencia, Yada empezó su trabajo. Primero una pesada chaqueta de piel de carnero sobre su túnica para resguardarlo del frío. Luego, comida. Abrió su paquete de raciones y preparó un refrigerio. Hizo esto con un gran cuidado, atendiendo a la pequeña llama de la lámpara y midiendo las especies y los trozos de carne seca con el cuidado de un tallador pesando gemas. Era todo lo que le quedaba: su habilidad, su cuidado en hacer las cosas meticulosamente y bien. Se complacía en esta pequeña riqueza, considerando inapreciable cada momento en el que podía hacer uso de ella.

Cuando estuvo preparada la comida, colocó los alimentos humeantes en su mejor cuenco y se sentó al refugio de la máquina para comer. Mientras la comida llenaba de combustible el motor de su cuerpo, se sintió mejor. Después de todo la situación no era tan mala como podría haber sido. Había escapado a una muerte cierta y esto solo ya justificaba los riesgos que había corrido. Pero además, se había llevado consigo comida, vestido y armas. Con estas materias primas y con su habilidad innata no debía de serle difícil hallar un tiempo en el que tomar residencia y amasar otra fortuna. Sonrió para sí.

Quizá hasta fuese adecuada una pequeña recompensa. Seleccionó entre sus raciones una lata de fruta en conserva y tragó su contenido, dejando alegremente que el almíbar gotease por su barbilla.

Poco después de haber hecho la limpieza, se dio cuenta de que estaba desapareciendo la luz. Era extraño. Al llegar era muy brillante. Recordaba haber visto el sol como una mancha de fría radiación tras las nubes. El comer le debía de haber llevado más tiempo del que pensaba. Por un momento se preguntó si tenía que echarse a dormir inmediatamente o pasar algo más de tiempo preparándose, pero ya estaba cayendo la oscuridad y el horizonte había desaparecido entre las tinieblas.

Subiendo a la pequeña cabina, se arropó lo mejor que pudo, acurrucándose bien. Cuando logró ponerse confortable, el cielo era de una negrura absoluta. No había ni luna ni estrellas. El mundo había desaparecido, borrado como si nunca hubiera existido. Yada cayó en un sueño inquieto.

Se despertó doliéndole los músculos, con un sentimiento de náusea en el estómago y casi tan fatigado como antes. La brillante luz del sol traspasaba sus semicerrados ojos y agitaba la sugestión de un dolor de cabeza con el que se había despertado. Cuando abrió más los párpados el dolor aumentó en intensidad y recordó con tristeza que sus suministros no incluían ninguna droga lo bastante débil como para curar esto. El sol estaba ya muy alto, contemplando por entre las simas de las montañas el insignificante espécimen de humanidad allá abajo. Su luz no daba calor y el viento soplaba tan fuerte como siempre.

Saliendo de la cabina, Yada se echó el aliento a las manos y golpeó con los pies el suelo para restablecer la circulación. Se sentía como si no hubiese cerrado los ojos. Casualmente miró su cronómetro. Los números de la esfera le hicieron asombrarse. Se lo llevó al oído, pero el tranquilo zumbido de la unidad de energía le indicó que todavía funcionaba. ¡Y sin embargo, según el reloj, había dormido tan sólo dos horas!

¡Dos horas! Eso era ridículo. La noche, en esa latitud de la Tierra, nunca duraba menos de siete horas. ¿Acaso la máquina le había llevado a un mal sector del Tiempo? Se giró para comprobar los controles, pero parecían correctos. Por un momento permaneció quieto, tratando de resolver el problema mentalmente. Fue entonces cuando se dio cuenta que su sombra se

estaba moviendo. Estaba girando alrededor de él con la precisión de una manecilla de un reloj.

Casi contra sus deseos, miró hacia arriba al pálido sol que, lenta pero perceptiblemente, se movía a través del cielo. En el espacio de unos pocos minutos había recorrido desde el amanecer hasta el principio de la tarde. Pronto, se fue haciendo oscuro y el sol pareció apresurarse hacia la noche. Cuando caía contra el horizonte, un breve atardecer lució naranja, rojo, índigo y al final se hundió en el negro. La noche envolvió a Yada en una fría sábana de oscuridad. Se quedó inmóvil, petrificado. El único sonido era el latir de su corazón y el suspiro sin fin del viento.

Pasaron menos de cinco minutos hasta que el sol se alzó de nuevo. Mientras subía sobre las montañas, Yada vio que éstas también estaban moviéndose: desde las cimas y por los campos de nieve rodaban avalanchas, que se derrumbaban y arrastraban como brillantes sombras... y el glaciar se estaba moviendo. Ya no era una masa que se deslizaba lentamente, sino que fluía en un oscuro torrente bajando por la montaña y desapareciendo en el interior de la tierra con tanta limpieza como si ésta se lo estuviese tragando.

De nuevo saltó el sol a través del cielo y se zambulló, dejando el mundo en la oscuridad. El viento estaba aumentando en intensidad y bajo sus pies temblaba la tierra. Por primera vez, Yada sintió la necesidad de escapar, pero en la oscuridad no podía leer los instrumentos. El pánico lo inundó como una oleada, pero repentinamente fue reemplazado por una sensación de tranquila resignación.

Deliberadamente salió de la cabina y dio la espalda a la máquina. Ya no importaba, tan sólo quedaban los últimos momentos del largo viaje a lo que, fuera lo que fuera, estuviese más allá. La luz volvía ahora, notó con un interés despreocupado, aunque no era la luz del sol. Un resplandor azul lo iluminaba todo, comunicando aún a la misma árida llanura una apariencia de suavidad. La luz se hizo más brillante y luego aún más. Sintió como su piel le cosquilleaba y sus pulmones comenzaban a arder. Repentinamente el aire era menos denso, más frío. Hizo una última inspiración... y entonces la luz, el trueno y el terremoto estallaron en él. No recordó nada más.

El equipo trajo la máquina y el cadáver. Incrédulamente, Farrar examinó la chatarra cuando la sacaron.

—Es increíble —dijo—. ¿Viajó realmente el muy tonto a través de cuatro sectores en *esto*?

—Es difícil de creer —dijo el jefe del equipo. Su ordenanza le estaba aún ayudando a despojarse de su respirador, traje de presión y armadura. Tan sólo se veía la parte superior de su cabeza por encima de la protección aislante de su traje. El resto del equipo estaba torpemente esparcido por la habitación como si fueran los crustáceos a los que se asemejaban.

—Es tan sólo una cáscara de nuez —continuó—. No tiene monitor, ni piloto automático, ni la más mínima protección exterior. Cuando lo alcanzó el vórtice no tuvo ni la más mínima oportunidad.

—¿Está muerto? —preguntó Farrar.

—¿Cómo no? Lo que lo mató fue principalmente la descompresión. Esa área había sido tremendamente agitada, especialmente durante las guerras. En una simple estimación, diría que en los últimos segundos la densidad del aire debió de caer desde lo normal hasta el equivalente de unos cinco mil metros. Y además de eso recibió una dosis de radiación que podría matar a un centenar de hombres.

—¿Radiación? No sabía que esa parte del río estuviese todavía caliente.

—No lo está. —Tomando un arrugado trozo de papel de su bolsillo, el hombre lo desplegó sobre la mesa. Lo atravesaban cinco líneas rojas, más o menos paralelas. En cada una de ellas, aproximadamente en el mismo punto, se veía una pequeña oscilación en el lugar donde las plumillas se habían agitado momentáneamente. En cuatro casos, la línea volvía a la normalidad tras la alteración, pero no en el quinto. En vez de esto, el trazo se curvaba en un agitado círculo, se cortaba a sí mismo y continuaba. El hombre señaló con un gran dedo enguantado al círculo.

—Puede ver que es un vórtice grande. Su movimiento a través del río debió de causar un nudo de cuatro siglos. Y dos siglos antes todavía había guerras atómicas. Parece como si el remolino cogió parte de ese período y... bueno, ya puede usted imaginárselo.

Farrar asintió y contempló la destrozada máquina. Podía imaginárselo... pero el pobre diablo que había ido en *esto* no podía. No habría llegado a saber lo que le había pasado, nunca podría haberse dado cuenta de que el repentino holocausto al que era lanzado era su propia obra. El tiempo fluye, sí... pero cuando es disturbado también forma nuevas corrientes, y ocasionalmente, cuando la alteración es lo bastante grande, gira sobre sí mismo en un titánico remolino. Gira, da vueltas, vuelve a cruzar su camino y, ansioso por continuar, ruge a lo largo de su antiguo cauce. Deprisa, más deprisa, empujándose a sí mismo y arrollando a cualquier cosa y a cualquiera que se halle en su camino.

Había alguna especie de justicia poética en la forma en que este viajero había sido ajusticiado por las leyes que había roto en vez de por cualquier agente externo. Sería una advertencia para cualquiera que tratase de saltar por el Tiempo sin pensar en las consecuencias. *Y también un aviso, dijo una débil voz, de que los hombres no debían de entremeterse con las cosas que no entendían.* Pero Farrar no escuchó a esto.

En la llanura había ahora silencio, pero no el silencio de la paz. En la oscuridad que se iba haciendo más profunda, trastabillaban sombrías figuras, inexorablemente perdidas. En ocasiones se encontraban y se miraban a los ojos con un horror estupefacto, y luego continuaban. Como trozos de restos abandonados por la inundación, llenaban los años arruinados. En cada rostro se veía la mirada del terror y de la absoluta soledad. Recordaban el sepulcro, y no querían morir de nuevo.

Título original:

THE TRAPS OF TIME

© 1964, Nova Publications Ltd., by arrangement with E. J. Carnell

Traducción de B. Samarbete

UN ENVENENAMIENTO EN EL SIGLO XXI

CLÁSICO

JEAN RAMEAU

A veces, uno se topa con la sorpresa de hallar, en el más insospechado libro ojeado al azar, un relato que entra de lleno en la más estricta ciencia ficción. Éste es el presente caso: les confesamos honestamente que no sabemos nada de Jean Rameau, y que nuestra sorpresa fue grande al descubrir este relato en un libro suyo publicado en París en el año 1887, bajo el título de «Fantasmagories (histoires rapides)». Es probable que Rameau haya escrito otras historias de tema similar, como parecen señalar los títulos de algunas de sus otras obras como «Poèmes fantastiques» y «La vie et la mort». No obstante, todo esto son suposiciones: agradeceremos cualquier información adicional que pueda sernos suministrada.

1

Fue hacia el año 1934 que los franceses —envenenados lentamente por sus proveedores de comestibles y por los olores nauseabundos que, después de haber infectado París, se expandieron rápidamente sobre toda Francia— se apercibieron de que su naturaleza y sus necesidades habían cambiado completamente y que, como nuevos Mitrídates, estaban no solamente armados contra el veneno sino que tenían necesidad de absorberlo tres veces por día, si no querían morir de inanición.

Este estado de cosas, gracias a los progresos de los falsificadores, no hizo más que acelerarse y, en el año 2056, fue necesario construir villas y *cottages* en los albañales de París, para uso de los mundanos y mundanas que, abandonando las poblaciones termales y el malsano campo, experimentaban la necesidad de fortalecerse, durante algunas semanas, en los bienhechores efluvios del gran colector.

2

En junio de 2083, época en la cual ocurre esta historia, los extranjeros y los turistas eran muy numerosos en los albañales parisinos. Todas las villas estaba ocupadas, y un simple *cottage* en los alrededores del depurador de Saint-Denis se alquilaba a precios de locura.

Entremos en una de estas villas —la villa Microbio—, situada en la avenida Lasage, y asistamos a la magnífica cena que dos jóvenes esposos, llegados a los albañales para pasar su luna de miel, ofrecen esa noche al Todo París elegante y mundano.

3

La mesa del espléndido comedor está regiamente dispuesta. Por todas partes hay luces, cristales, flores. Flores raras y distinguidas, flores artificiales que exhalan los perfumes más sanos y recomendados, en los cuales dominan la asafétida y la valeriana.

De pronto, un enorme grito.

El joven esposo rueda bajo la mesa.

—¡Cielos! —claman cien voces.

Se le levanta, se le observa, y se constata que el rostro del joven recién casado presenta acusados tonos violetas, como antiguamente los cadáveres de la gente que habían absorbido algunos jugos venenosos.

—¡Oh! ¡Mi marido ha sido envenenado! —grita la desgraciada esposa.

Y cae desvanecida.

4

En efecto, ha sido envenenado.

¡Una venganza de mujer!

¿Pero envenenado por quién? ¿Con ayuda de cuál terrible sustancia? Esto es lo que la encuesta no pudo establecer desde un principio.

—¡Examinen todos los alimentos, todas las bebidas! —ordenó la inconsolable viuda tan pronto hubo recuperado los sentidos.

Y se hizo tal y como había ordenado.

Se llevó el vino al laboratorio municipal.

El laboratorio municipal respondió:

«Vino de primera calidad.— Composición: 23 partes de agua del Sena, 57 partes de vitriolo, 17 partes de decocción de viejos guantes de piel, 3 partes de esencia de trementina, constituyendo el total un excelente crudo Château-Lèoville, 2046».

—¡Analicen el vinagre, el aceite, la ensalada! —recomendó la viuda, que quería saber cómo había muerto su marido.

Pero todos esos productos fueron hallados irreprochables.

Los guisantes provenían de las mejores fábricas de Grenelle y contenían un cuarenta por ciento de acetato de cobre.

La pimienta había sido proporcionada por una empresa de demoliciones y no contenía más que ladrillo triturado *extra*.

El vinagre era rico en amoníaco y en agua de Javel. En cuanto al aceite, la compañía de Orleans no había empleado nunca uno mejor para engrasar sus máquinas.

—¿Qué veneno ha abatido pues a mi pobre marido? —se preguntó la desconsolada viuda.

5

—¡Ah! —gritó de pronto—, este vaso lleno aún a medias en el cual bebió el difunto, ¿qué es lo que contiene?

Presentó el vaso a los expertos.

Éstos, apenas hubieron echado el ojo al brebaje, palidieron de terror.

—¡Atrás, señora! —clamaron, con la mente atravesada por una terrible sospecha.

Y, cubriéndose las manos con guantes impermeables y la cabeza con una máscara dotada de lentes de cristal, analizaron el misterioso brebaje.

Habían adivinado.

—¡Ah, señora! —dijeron a la viuda, que tenía el alma en un hilo y que adelgazaba de día en día—. ¡Qué abominable crimen!

—¿Es un veneno horrible?

—¡Un veneno aterrador!

—¿Cuál?

—Agua pura.

Y los servidores que oyeron aquello empezaron a castañetear sus dientes y huyeron aterrorizados.

6

Pero la infortunada viuda no huyó.

Sublime, se aproximó a los químicos.

—¡Denme el resto del veneno! —dijo.

—¿Por qué, señora?

Y entonces, adorable de gracia y aflicción:

—He jurado morir de la misma muerte que mi marido.

Pero los químicos rehusaron. Hicieron cavar un profundo agujero y arrojaron en él el temible líquido.

—¡Malditos sean todos! —gritó la pobre joven.

Y, alocada, echó a correr por las calles de París, buscando a alguien que quisiera darle la limosna de algunas gotas de agua pura.

7

No encontró.

Fue a casa de un farmacéutico.

—Dos gramos de agua pura, señor —suplicó.

—¿Tiene usted prescripción? —pidió el discípulo de Galeno.

La viuda, desesperada, visitó así todas las farmacias de la capital, ofreciéndoles montones de oro.

Todos fueron insobornables.

Y entonces, alocada, abandonó París y se puso a errar por el campo.

—¡Ah, la lluvia! —se dijo—. ¡Esto es agua pura! ¡Voy a esperar a que llueva!

Pero, después de observar con atención el cielo, vio —cosa de la que había dudado— que, por medidas de seguridad pública, el Estado había hecho instalar una especie de techumbre sobre el campo, a fin de que el agua del cielo no cayera jamás sobre una mucosa humana.

—¡Un río! —dijo entonces—. ¡Un arroyo! ¡Una fuente!

Pero ya no había en Francia ni fuentes, ni arroyos, ni ríos. Sabiamente, el Estado había hecho captar todos los cursos de agua pura, por miedo a que los habitantes del campo fueran a envenenarse, y sólo el Sena se deslizaba a cielo abierto, triunfalmente, a causa de su riqueza en microbios, los cuales eran tan

grandes y tan inverosímilmente prósperos que la gente se dedicaba a pescarlos con caña, desde París hasta el Havre.

8

Y, después de ocho días de vanas caminatas, la pobre viuda se desplomó, agotada, en una llanura desierta. Y, desgarrada por no poder morir como su marido, esperó con resignación la muerte.

Pero entonces el Creador sintió piedad por ella.

El cémit se ensombreció de golpe y, en el momento en que la inconsolada viuda balbuceaba el nombre de su esposo, expiró gloriosamente, envenenada de igual modo que su bienamado.

El cielo, con un enorme pedrisco, había roto la campana bajo la cual se resguardaban los franceses y, misericordiosamente, habiéndose percibido de que la viuda poseía una nariz respingona, se había dignado llover dentro.

Título original:
UN EMPOISONNEMENT AU XXI^e SIÈCLE
Traducción de P. Domingo

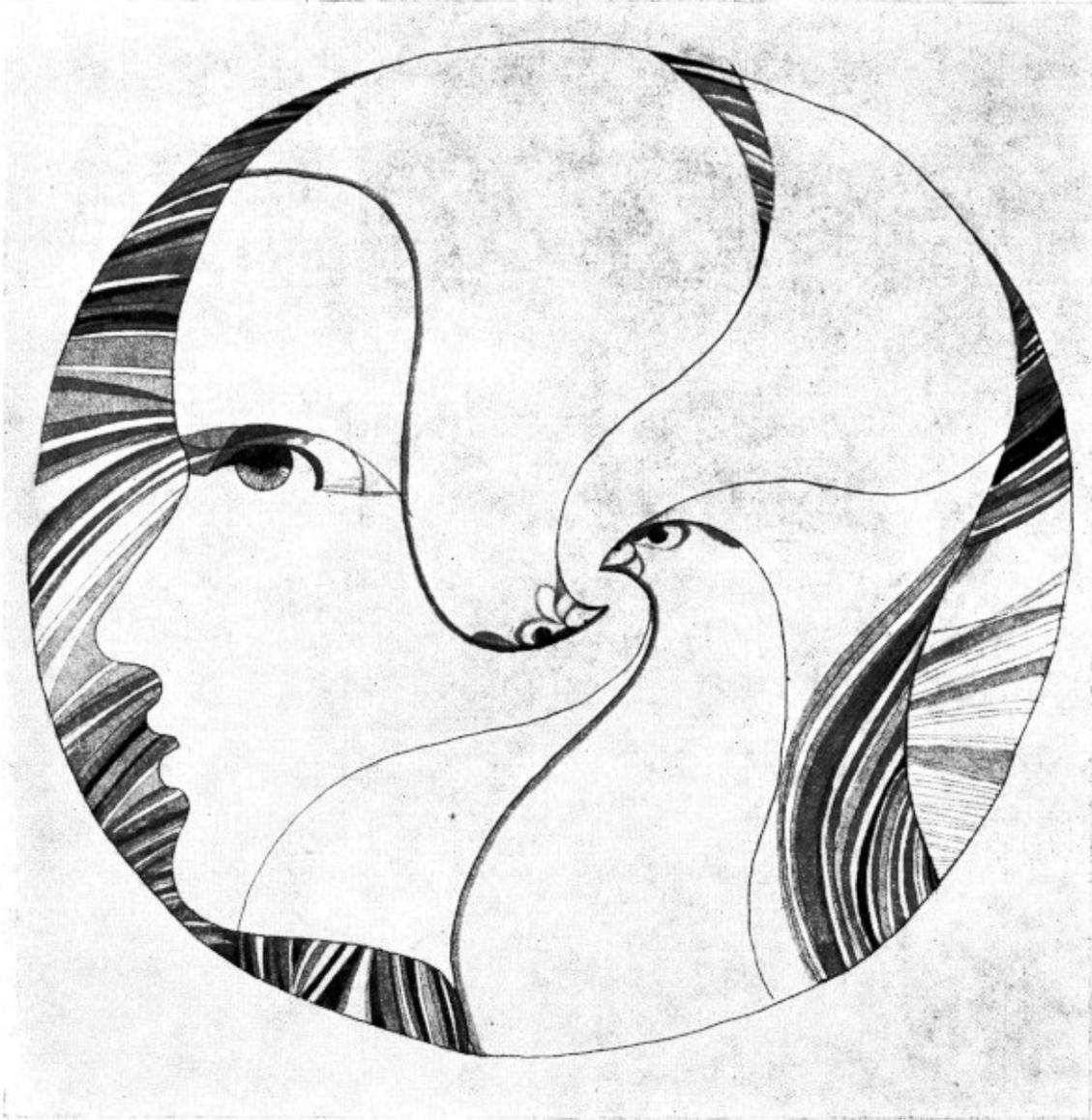
BAQUÈS

DIBUJOS • LITOGRAFIAS • PINTURAS

La obra gráfica de Baqués siempre ha dejado trasver un fondo profundo, fuertemente sensibilizado, cargado de imaginación y fuerza surreal. Esta potencia artística que cualquiera de sus creaciones acusa con notoriedad, procede tanto de su misma personalidad como de su refinada sensibilidad. De aquí que no haya parado la fuerza creativa de su espíritu, en la simple creación gráfica. Baqués ha procurado expresar la fuerza de sus contenidos con todas las técnicas y procedimientos que las clasificaciones artísticas han deslindado como pintura, esculturo-pintura, grabado, fotografía, rompiendo barreras ajenas a la auténtica creación. En cada una de estas notas Baqués es el mismo, las constantes poetizantes, cachemirescas, evanescentes, permanecen invariables. Las técnicas son sencillamente distintos modos de expresión de una misma manera de hablar, de ejecutar la transmisión. Si en su grafismo la fuerza del color nos resulta viva, locuaz, llamativa —por exigencias evidentes del poder de imagen— en sus grabados pintados o en sus dibujos coloreados los valores, la gradación tonal, serán nítidamente valorados desde el simple difuminamiento al lapicero, a la penetrante y opaca masa de óleo. Este tecnicismo pulquérrimo, amorador de la técnica y de lo minucioso, del hacer manual en general, le sirve para transportarnos a un mundo de tangible idealidad donde aúna la carga romántico-afectiva de su querencia por las biológias, los cristales coloreados, las alas de mariposa o las viejas ermitas. Su capacidad de fabulación de lo irreal dotan a todo ello de esa nota tan particular como acentuada que nos hace descubrir en cualquiera de sus plurales quehaceres unas comunes constantes, originales, novedosas y logradas que manifiestan una misma mano creadora y un mismo espíritu: el de Baqués.

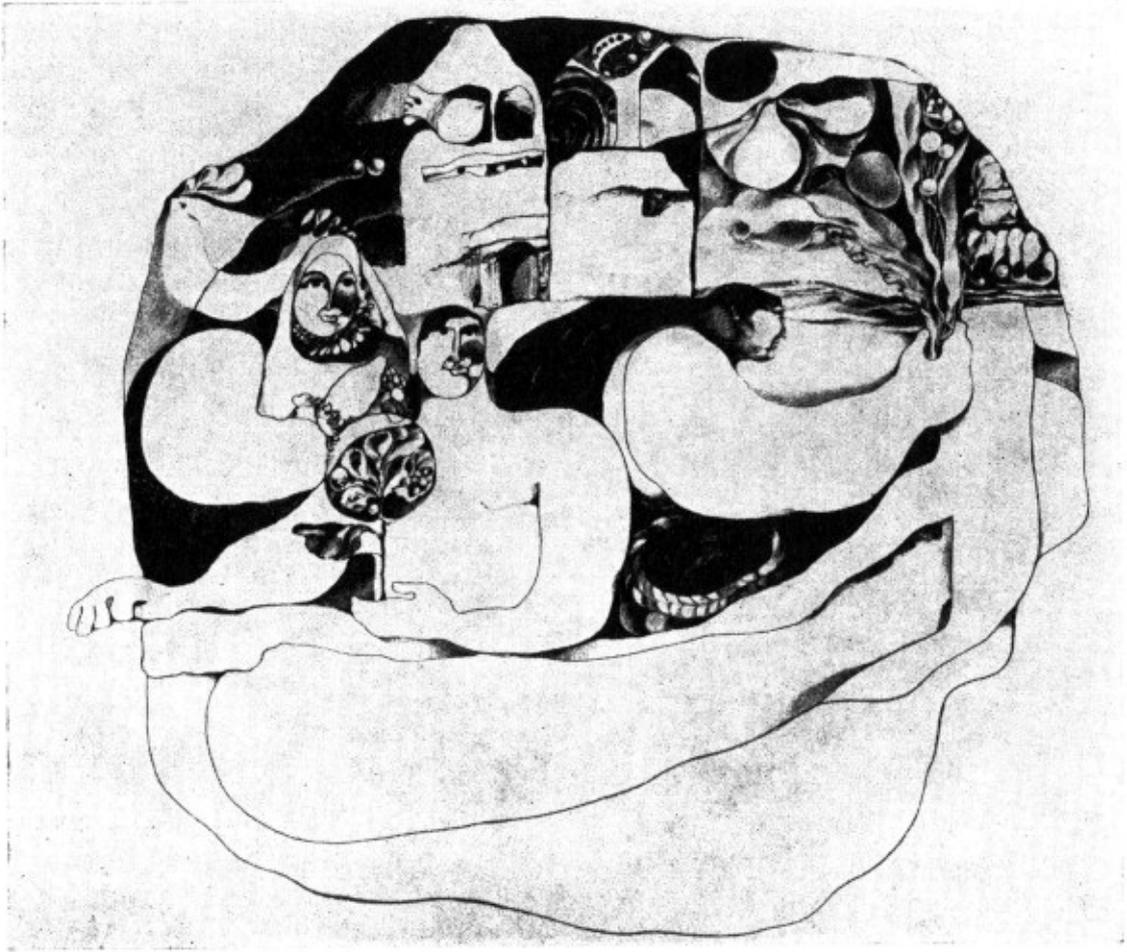
Daniel Giralt-Miracle

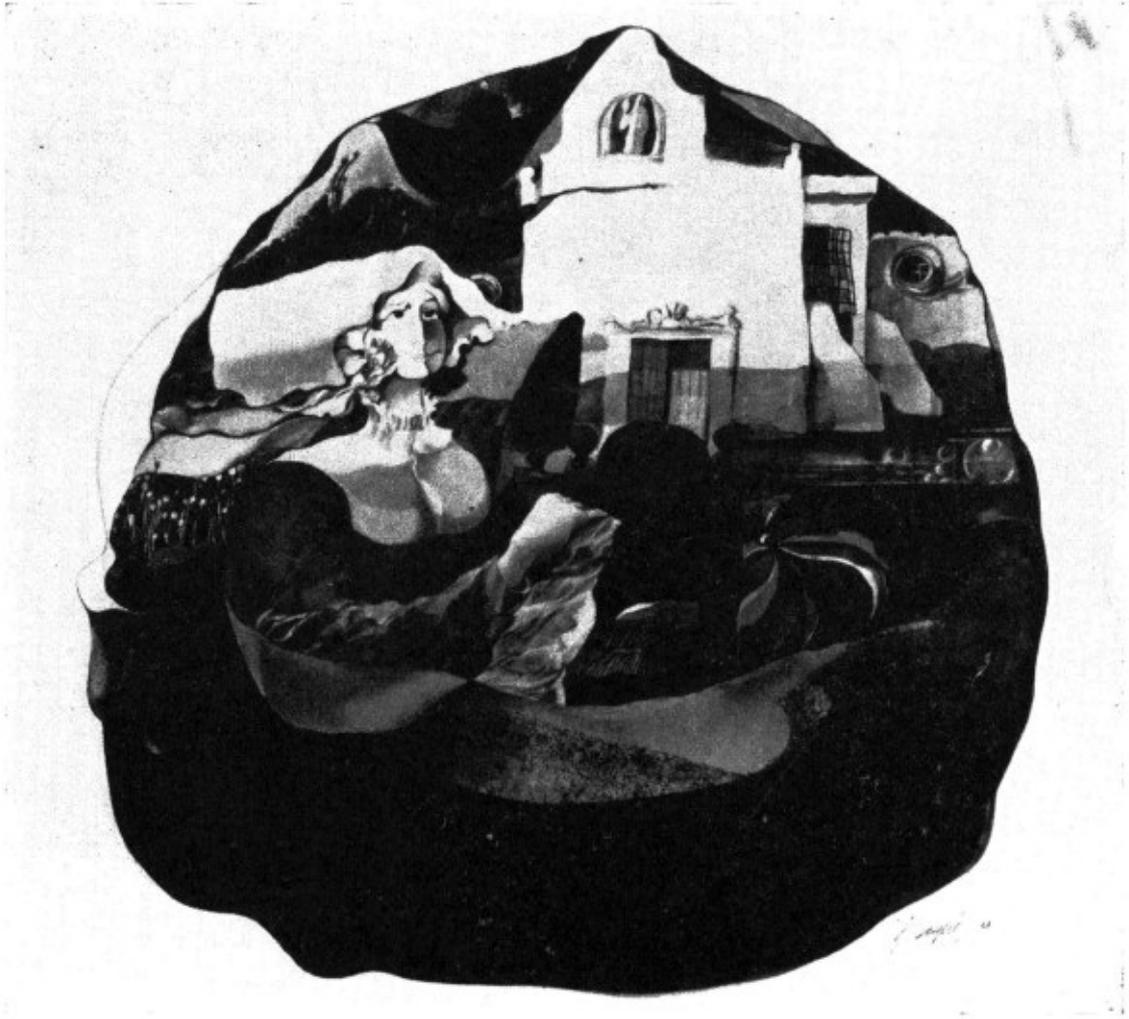
Barcelona, Octubre 1969.

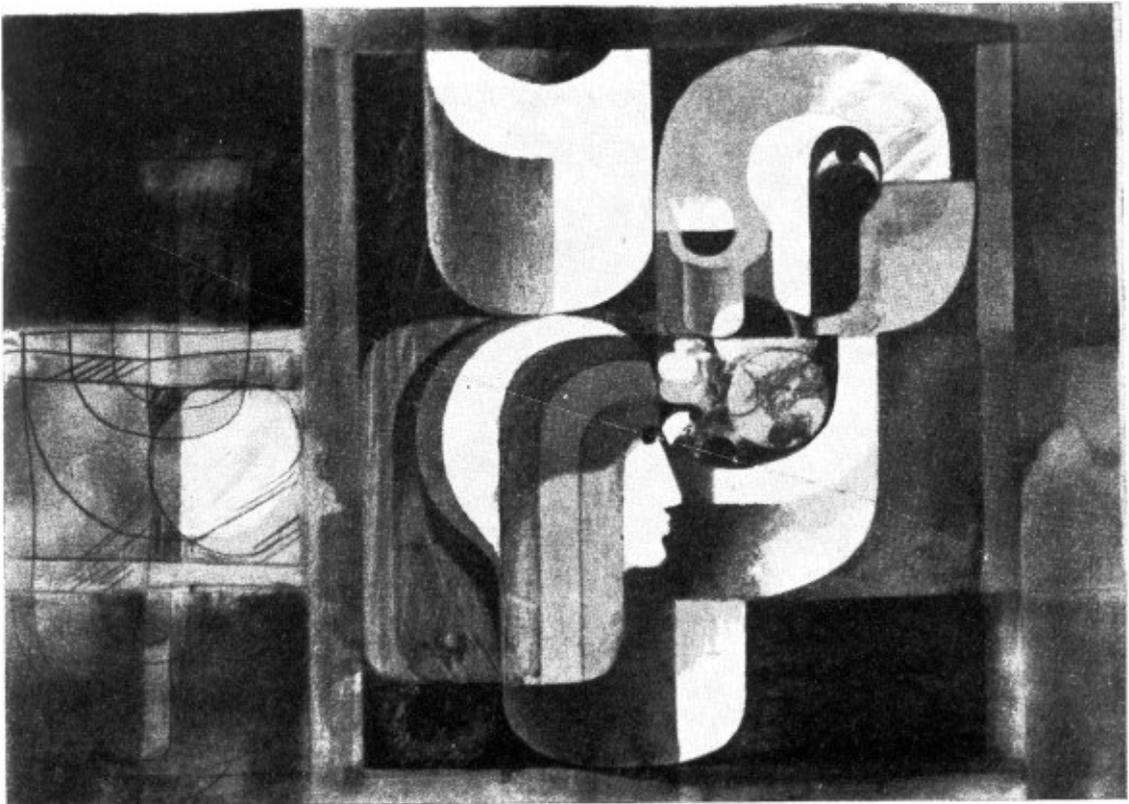
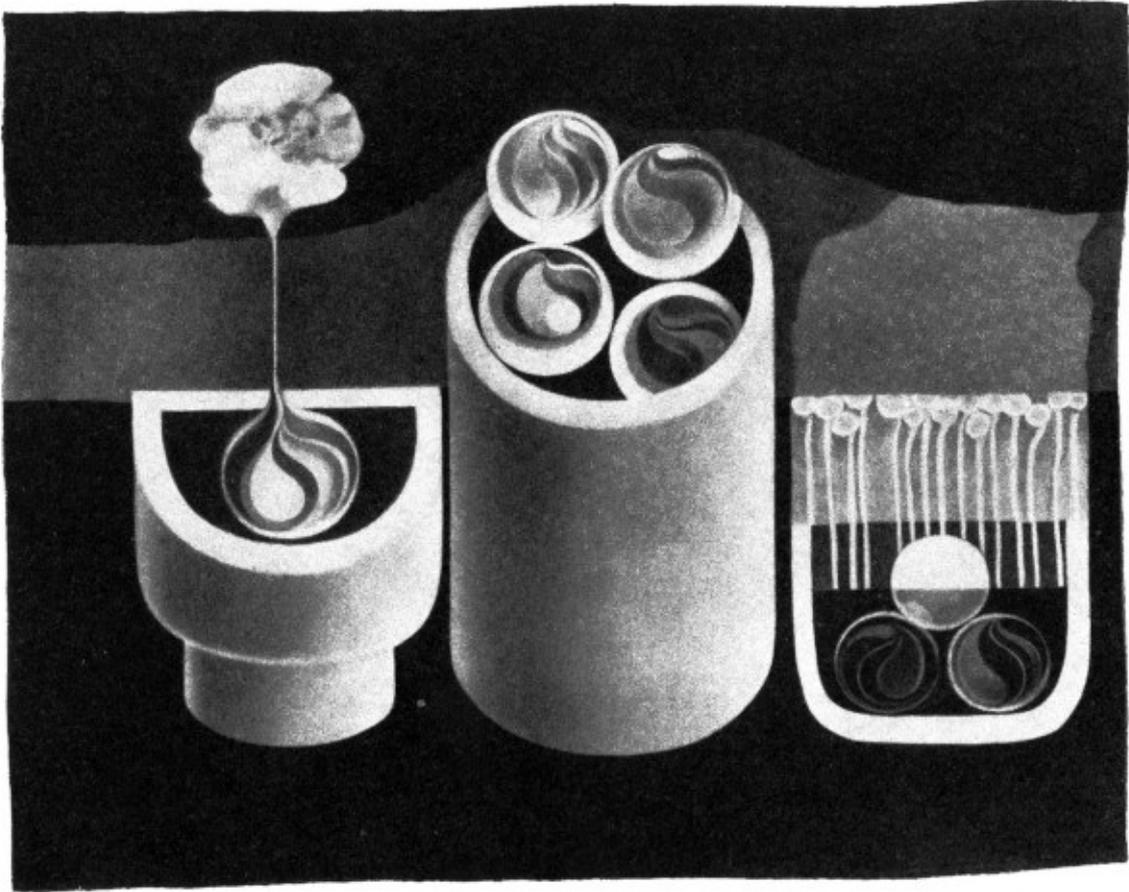


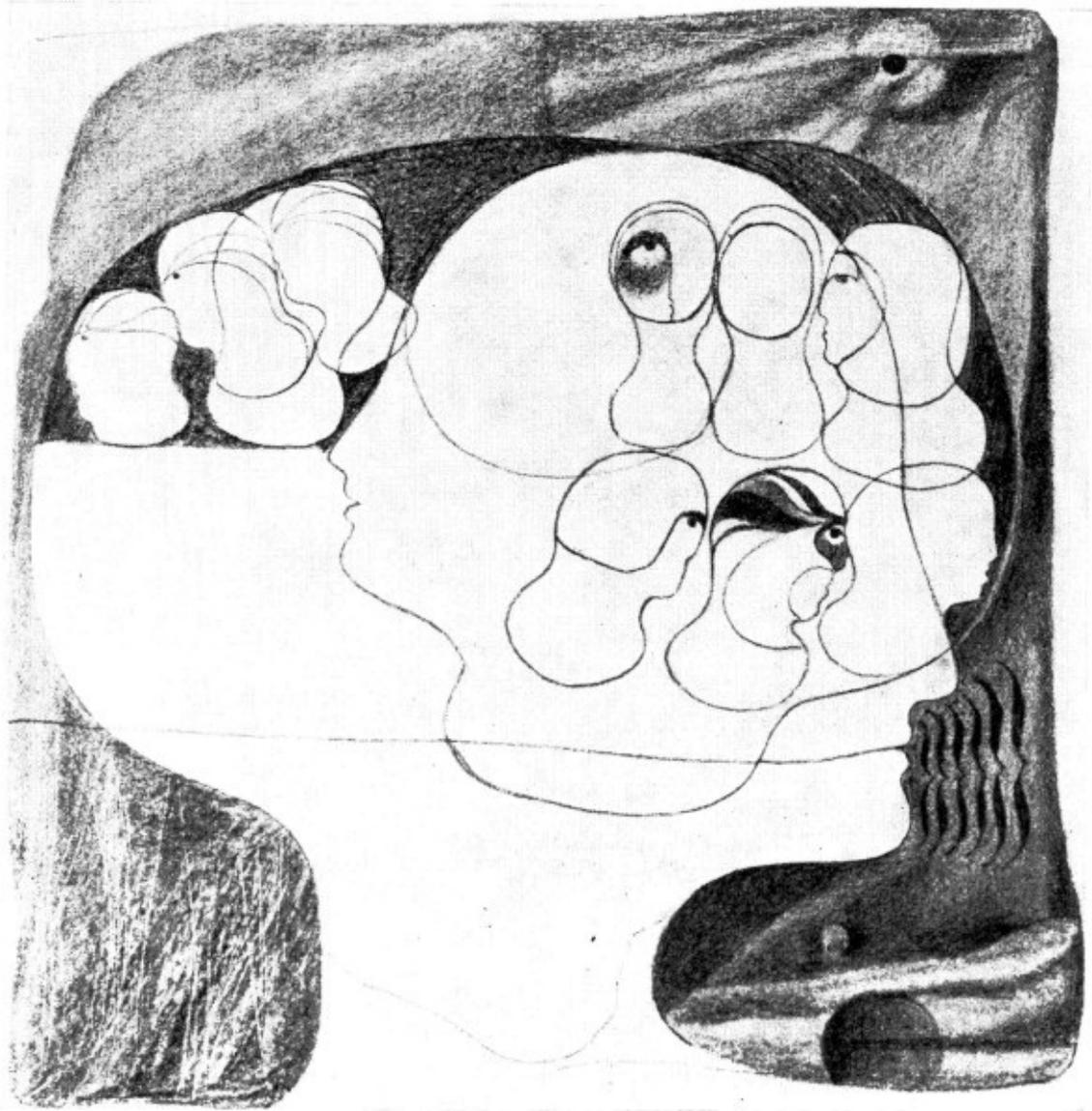


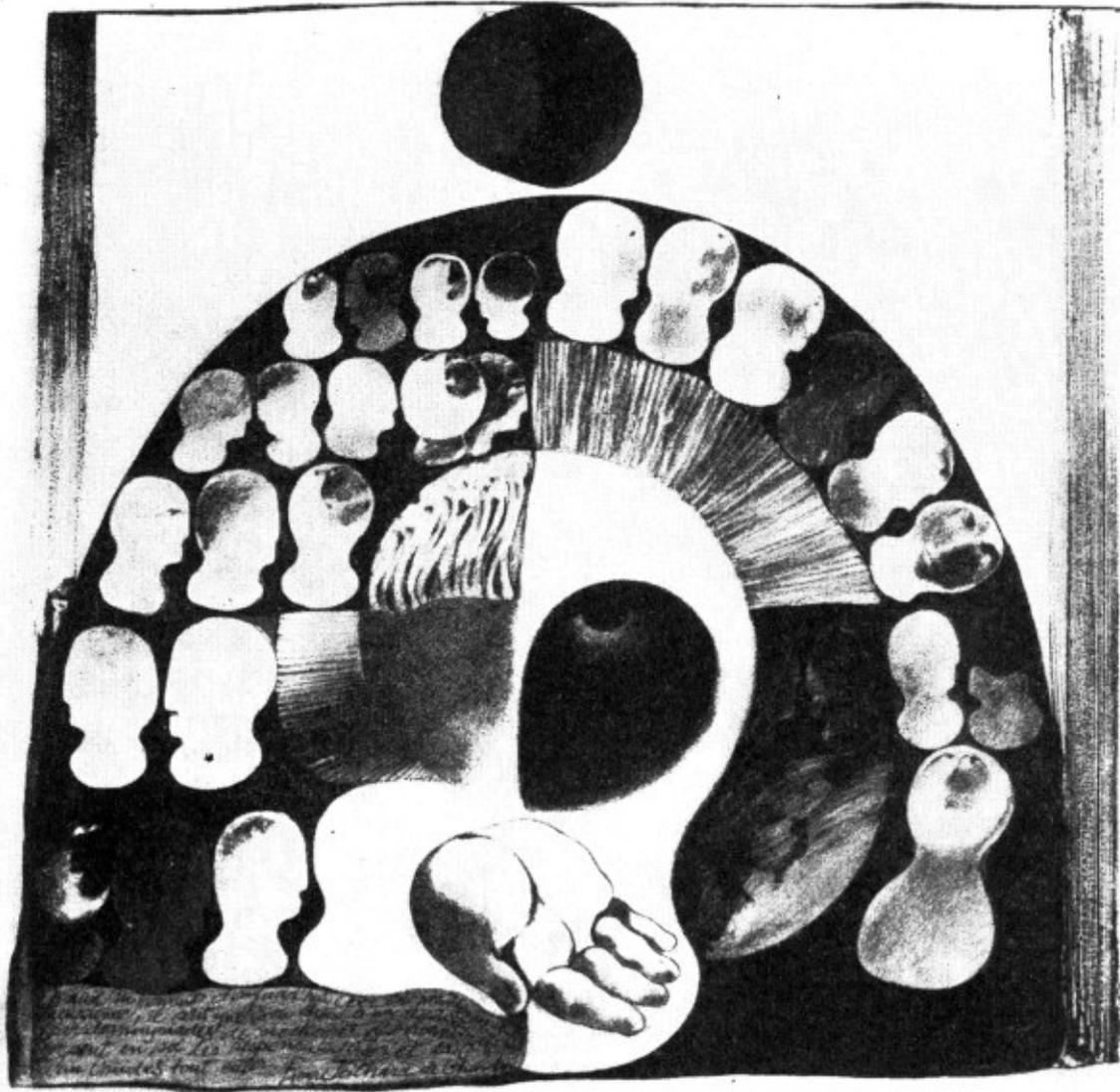


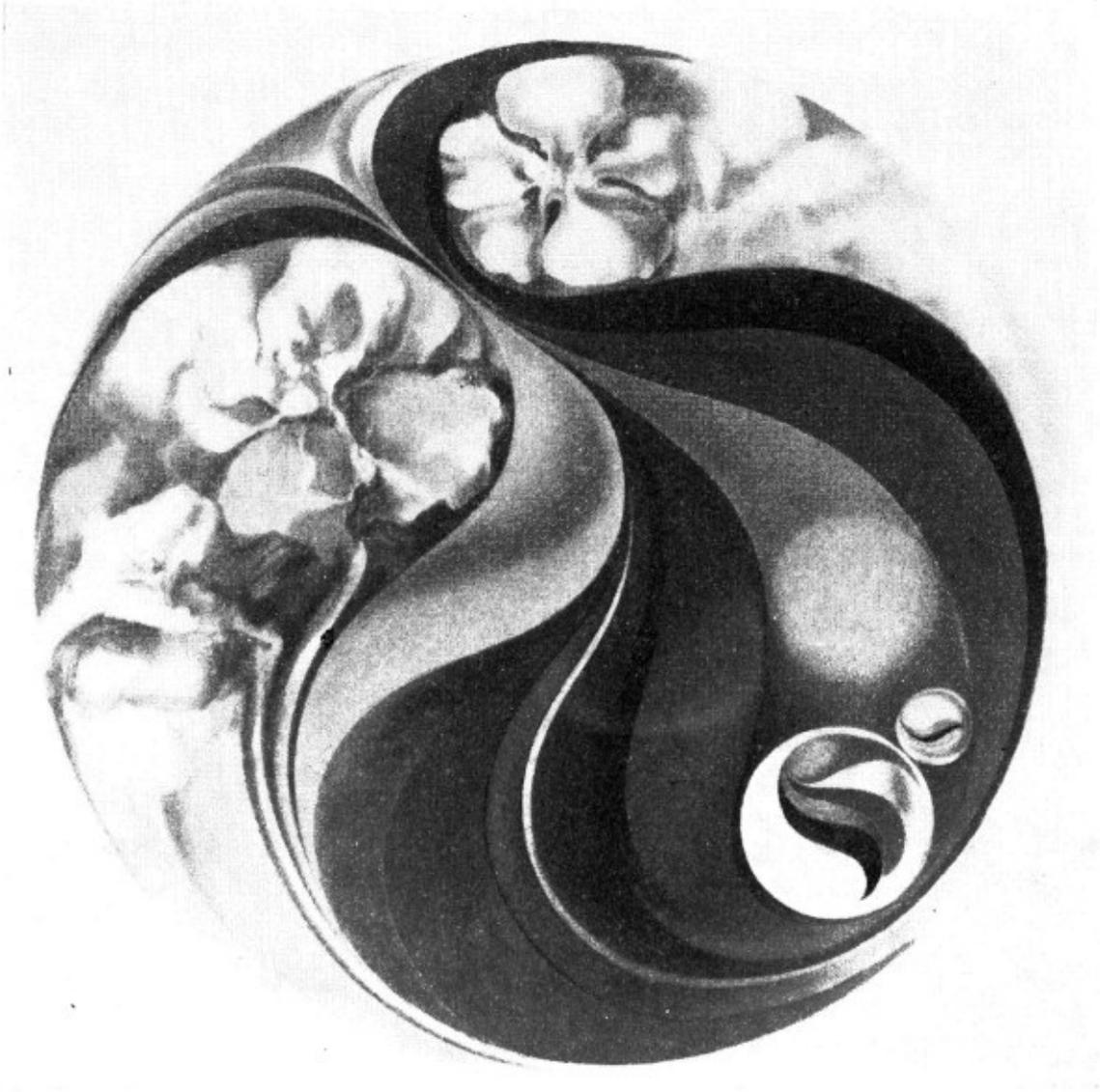




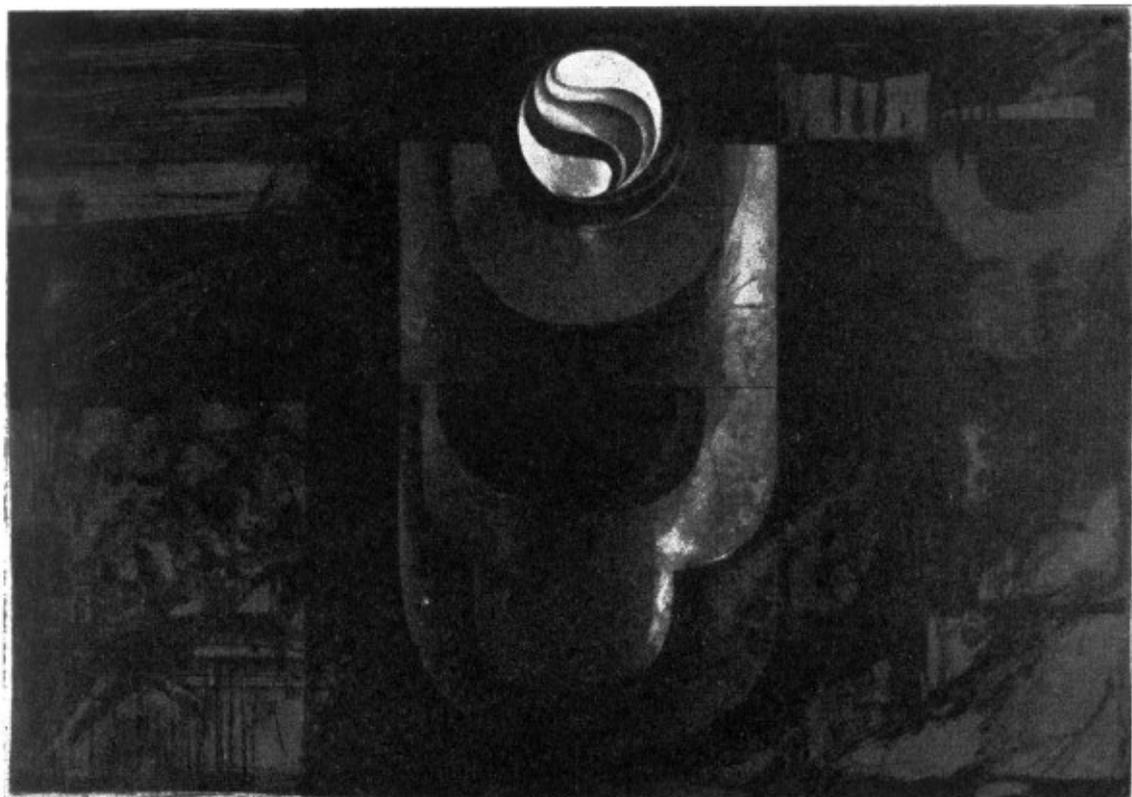
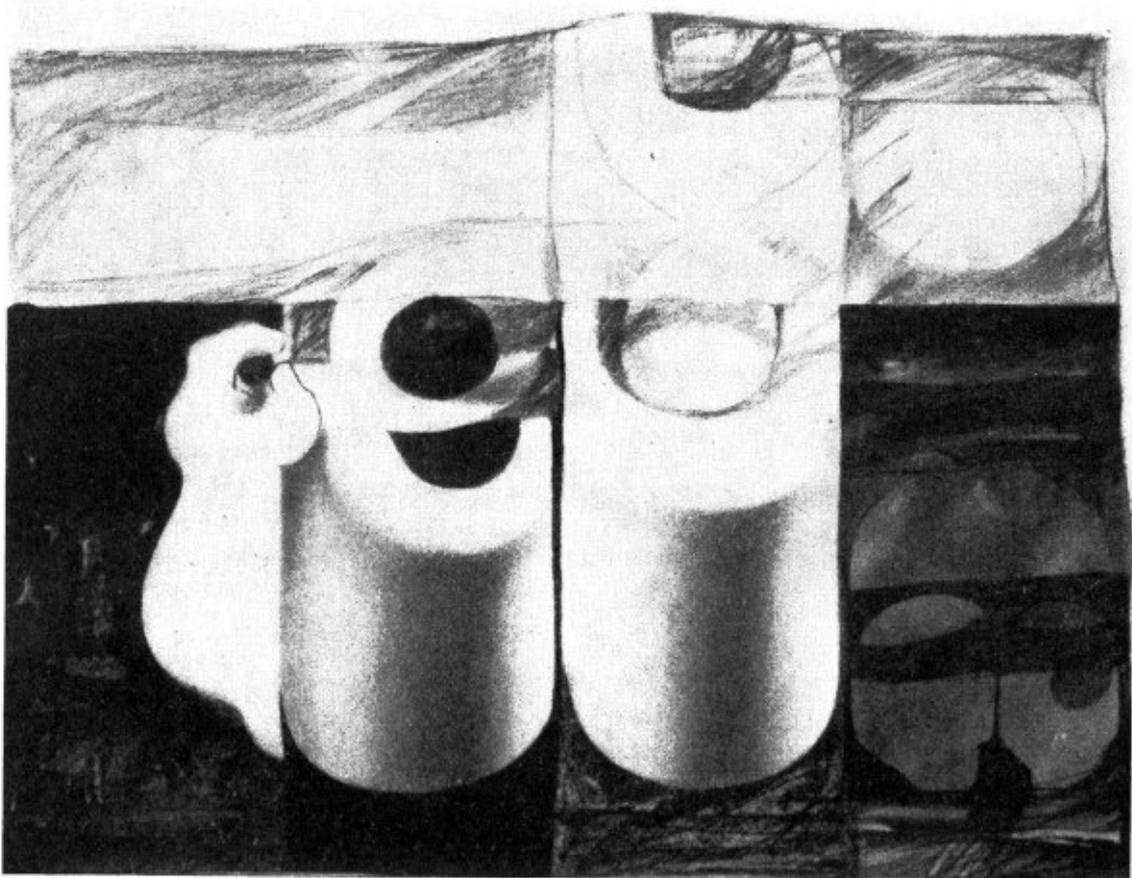














JOSÉ BAQUÉS

Curriculum Vitae

Nace en Montmeló (provincia de Barcelona) el 8 de junio de 1931.

Formación autodidacta.

En 1959 establece estudio propio, dedicado exclusivamente al Grafismo Publicitario.

Art Director y Diseñador Gráfico.

En 1962 Primer Premio de Dibujo del «Círculo Artístico de Sant Lluç».

En 1962 es galardonado con el Delta de Plata de ADI/FAD.

Obras publicadas en las más importantes revistas especializadas de Arte Gráfico internacionales como «Graphis» de Zürich, «Gebrausgraphick» de Munich, «Arts D'Agency» de Italia y «Aiga» de New York.

En 1967 Primer Premio de Carteles «Concurso Internacional de Dibujo Joan Miró».

En 1968 expone litografías en la Galería Kruga de Belgrado en colaboración de Grafistas FAD y grafistas yugoslavos con temas de «Don Quijote»,

posteriormente en el Colegio Oficial de Arquitectos de Barcelona.

En 1968 es premiado en la «II Bienal de la Flor en la Gráfica contemporánea» en Pistoia (Italia).

En 1968 exposición individual en la Galería AS de Barcelona. Dicha exposición obtiene Diploma de Selección, que patrocina Radio Barcelona, para ser expuesta parte de la obra en «Señal 69».

En 1969 es seleccionada una de sus obras para ser expuesta en el Takishamaya Department Store de Tokyo, en representación por España.

En 1969 participa en el «Pictorama 1».

En 1969 2.º Premio de carteles Caja de Pensiones para la Vejez y de Ahorros.

Miembro de Grafistas Agrupación FAD y Agrupación de Diseño Industrial de Barcelona ADI/FAD.

Profesor del Conservatorio Municipal de Barcelona «Escuela Massana».

Profesor-catedrático de la asignatura de Grafismo en la Escuela Oficial de Publicidad.

EL HOMBRE QUE ADIVINABA

ANDRÉ CARNEIRO

El brasileño André Carneiro no es nuevo en nuestras páginas, ya que suyo es aquel magnífico cuento que publicamos en el número cinco, *La escopeta*. Ahora traemos otro de los excelentes relatos cortos de este joven escritor y poeta, dedicado también a un tema clásico en nuestra literatura: la inadaptación del individuo poseedor de «poderes especiales» a la sociedad. Carneiro se revela en esta obra como un poseedor de unas profundas dotes literarias, que son innatas en un artista tan polifacético como es él, que además de la literatura se ha dedicado también al cine, a la fotografía artística y a la pintura, campos en todos los cuales se ha hecho merecedor de numerosos premios.

ilustrado por JORDI PARÍS

No podría citar una fecha aproximada. Recordaba que, ya tiempo atrás, le llamaban mentiroso. La sorpresa de recordar cosas que los demás afirmaban no haber sucedido. Fue a un jardín zoológico con sus padres. Se divirtió con el elefante, vio leones y jirafas. Su madre observó después, con paciencia: «No estuvimos en ningún jardín zoológico. Viste una película o soñaste, pero ya que te gusta tanto te llevaremos el próximo domingo».

Procuraba aceptar las explicaciones. Pero sabía que los sueños eran vagos, sin continuidad o lógica. No, no eran sueños que lo impresionaran.

Todo esto fue desvaneciéndose hasta desaparecer. Pasó de adolescente a hombre, luchó para ocupar una posición, con alegrías y tristezas normales.

Ahora (lo reconocía con cierta perturbación) todo parecía querer volver a comenzar. En un domingo lluvioso fue al cine. Allá dentro vio a un colega de negociado. La cinta policíaca, de dramáticos lances, provocó al día siguiente un extraño diálogo: «Fulano, ¿se acuerda de la escena del disparo, ayer, cuando la muchacha descendía de las escaleras?». El compañero que viera en la sesión respondió intrigado: «Disparo... escaleras... no entiendo...».

—Sí, hombre, la película de ayer. Le vi en el cine...

—Debe estar equivocado, ayer fui al fútbol. Hace un mes que no voy al cine.

Admitió haberse engañado, naturalmente. Aprendió a no protestar: mejor que olvidasen. No habló más del asunto hasta que, algunos días después, el

amigo le contara que acabó acudiendo a ver aquella película de la que le hablara, añadiendo que la había «reconocido» por la escena del disparo...

Era funcionario público. Se llamaba Fernando; soltero, de padres fallecidos y parientes distantes que apenas conocía. No se podía decir que profesase ninguna religión, no se preocupaba por los problemas del alma. Hacía mucho que evitaba lo trascendental. Las veces que se había enfrentado con lo inexorable había sentido aborrecimiento y dudas sobre sí mismo. Considerábase más activo e inteligente que muchos de sus amigos, pero no exageraba, consciente de la limitación de sus propios juicios.

Una tarde pasó por su mesa un funcionario de otro piso. Fernando se acordó:

—¿Cómo se encuentra? ¿Fue bien la operación? Incluso parece estar más fuerte que antes...

El hombre se detuvo intrigado:

—¿Pero qué operación?

—¿No lo operaron a usted del apéndice?

—No, en absoluto; supongo que debe estar equivocado.

Fernando se disculpó:

—Naturalmente. Me hablaron, pensé que había sido usted...

Nadie le dijo nada. Al pensar en el amigo había sentido aquella certeza. Una semana después el colega faltó al trabajo. Fue acometido por una crisis de apendicitis aguda y operado. Cuando volvió, convaleciente y pálido, fue a preguntar a Fernando:

—Usted habló de mi operación una semana antes de que ocurriera. ¿Cómo se explica una cosa así?

Era una rara coincidencia. La historia pasó de boca en boca, vino gente de otros departamentos a comentar. Fernando sonreía: «Pura suerte, como quien acierta en la lotería...». Continuaba trabajando rutinariamente, sin pensar en el asunto. Preparaba en cierta ocasión unos papeles, cuando levantó la cabeza hacia una funcionaria que pasaba. Fernando sintió una atracción que lo movía a pensar en ella. Cuando, una hora después, ella volvió, antes de que la viera presintió un interés que lo hizo concentrarse. Una escena, diferente de un sueño, pasó por su mente. Un coche venía por una carretera. La mujer del despacho estaba en él. No la veía en el automóvil, pero sabía de su presencia. El coche hizo un brusco giro, se desvió de la carretera, rompió la valla de un puente y se hundió completamente en las aguas.

Durante aquellos momentos Fernando había permanecido con los ojos abiertos, como distraído, sin percibir nada a su alrededor. De repente el ambiente volvió a llenarse de ruidos, olores y fisonomías familiares. Se prometió a sí mismo tener la máxima discreción con sus «visiones». Pero era difícil apartar de su pensamiento el coche hundiéndose. ¿No tenía una obligación moral de avisar a su colega? Intentaba olvidarlo: «en realidad, ¿con qué derecho puedo asustar a los demás pidiéndoles que no vayan en coche?». Permaneció en silencio hasta terminar el expediente. Por la noche no durmió bien, esperando recibir el anuncio del desastre. Al volver al trabajo respiró aliviado al ver a la mujer en su mesa. Se dirigió hacia allá, no pudo evitar las palabras, hasta que terminó pidiéndole que hablaran en privado. Ella se levantó, fueron al corredor. Comenzó, embarazado:

—Discúlpeme, tal vez sea una indiscreción, pero desearía saber si pretende usted hacer en breve un viaje en automóvil.

—No, no pretendo... bueno, este fin de semana voy con unos amigos a una excursión. Tenemos que ir en coche. ¿Puede considerarse esto un viaje?

Fernando explicó como «viera» el desastre, su preocupación de si debería o no hablarle de ello. La funcionaria quedó impresionada, se lo agradeció, prometió no comentarlo con nadie.

Al lunes siguiente, cuando llegó al despacho, todos le rodearon, hablando al mismo tiempo. La mujer, con los ojos enrojecidos, le agradecía «haberle salvado la vida». A trozos, entre interrupciones y comentarios admirados de los que llegaban preguntando: «¿qué pasa? ¿qué pasa?», supo los hechos. La mujer había avisado a sus amigos de la «previsión», diciéndoles que desistía del paseo y pidiéndoles que ellos hicieran lo mismo. Se rieron, entre los comentarios burlones y el disfrazado recelo de algunos. Partieron. El automóvil saltó por un puente, sólo dos se salvaron, los otros tres murieron.

Fernando era el héroe del día, un héroe extraño, al cual se le hacen preguntas incontestables y a quien se procura colocar una aureola milagrosa. Aún no disminuía el movimiento en torno a su mesa cuando llegó un aviso: el Director quería hablarle. No esperaba nada bueno. Había salvado una vida, eso era lo que todos afirmaban, pero no estaba enteramente seguro de ello. En todo caso, se dijo, el Director no lo llamaría para reprenderlo. Introducido en el despacho, pese a que la antesala estaba llena, se sentó en silencio. El director le ofreció un cigarrillo y le preguntó cómo había comenzado todo. Fernando resumió su última previsión, pero el otro quería saber de «antes», le arrancó detalles, hizo comentarios, y por fin preguntó si había leído ya algo sobre parapsicología. Ante su respuesta negativa, extrajo dos libros de su

biblioteca, de Rhine y Amadou, ambos en traducción española, y se los entregó. Arrepentido, tal vez, por tanta intimidad, lo despidió, recomendándole prudencia y que no hablase del asunto, principalmente en horas de trabajo. Fernando salió satisfecho. Había sido creído, lo cual no ocurría con todos. Lo irritaban con sonrisas irónicas y peticiones de que viera «cosas».

Habían telefonado a un periódico. Luego apareció un reportero rodeado de entusiasmados deponentes. Joven y superficial, no consiguió que hablase mucho. La noticia apareció al día siguiente, a dos columnas, atribuyendo al «funcionario público profeta», además de los hechos, diversas estupideces.

En el club que frecuentaba, en el círculo de sus relaciones y hasta a gentes desconocidas, llegaban las noticias de los «poderes» de Fernando. Al principio era difícil responder si aquello lo perturbaba o no. De modo general, las personas son crédulas, y él sentía un secreto respeto hacia los que le hacían preguntas. Hay los que creen por miedo a lo desconocido, pero hay también los que rechazan lo fuera de lo normal por la misma razón.

Comenzó a recibir peticiones para experiencias llamadas científicas, sesiones espiritistas o reuniones de aniversario. Aquella súbita popularidad no era del todo desagradable. Exceptuando los que dudaban, la mayoría le prestaba una nueva consideración. Comenzó a hacer algunas «demostraciones» con notable éxito. Entretanto, era grande la diferencia entre lo que realmente pasaba y lo que narraban de él. Intentaba negar las historias inventadas, observando que su testimonio (el más autorizado) no era el más aceptado. Los relatos desmentidos por él continuaban circulando, sustentados por «creyentes» sinceros. Fernando empezó a leer sobre parapsicología y todo lo que se relacionase con el asunto. Supuso que así penetraría en el origen del fenómeno y aprendería a controlarlo. Desgraciadamente la ciencia le enseñó muy poco, excepto a desconfiar de los milagros y a investigar con calma lo desconocido.

La agitación que lo rodeaba se calmó. Sin un documento (escrito o grabado) que probase su previsión del desastre, el hecho se deformaba a medida que era transmitido oralmente, con detalles jamás ocurridos.

Fernando ya no procuraba «ver» nunca nada. Así las visiones no se proyectaban, lo que le daba la impresión de que podía controlar la aparición del fenómeno. Un día, la tentación de «experimentar» sus facultades fue más fuerte que todo. Acababa de leer, en la oficina, la página política de un periódico. Sintió el «aviso» bajo la forma de una extraña disposición. Las formas fueron adquiriendo vida en su mente. Vio una escalera y al fondo un

jardín. Sentía que se trataba de una casa muy grande, relacionada con las cosas del gobierno. Un hombre de facciones vagas y bigote blanco descendía por las escaleras, otros le acompañaban detrás. La visión era triste, como si fuera a ocurrir algo angustioso. Alguien surgió por entre los árboles del jardín. Empuñaba un revólver, apuntando al hombre del bigote. Éste se llevó una mano al pecho, donde corrió un hilo rojo, abrió la boca y se sentó en la escalera, con la cabeza colgando entre las rodillas. Como en una televisión que se apaga, Fernando no percibió nada más. Transpiraba. Estaba seguro de haber visto algo importante. El hombre del bigote —¿quién era?—... tenía la certeza de conocerlo. Se levantó, fue a la otra habitación, caminó por el corredor, observó el movimiento de la ciudad por la ventana. En las paredes aún había las hojas rotas de la propaganda política de las últimas elecciones. Ahora lo reconocía. Era el gobernador electo. El problema de ocultar o no su presentimiento era ahora más serio. ¿Cómo prevenir al gobernador? ¿Sería tomado en consideración? Si veía el futuro, ¿tenía por ello la oportunidad de modificarlo? En la previsión del desastre anterior había «visto» el accidente, pero no podía afirmar que la funcionaria estuviera dentro. ¿Fue su aviso lo que la impidió morir, o aquello estaba ya «escrito»? ¿Cómo podía ver lo que no iba a ocurrir? ¿Emitían los que tramaban el crimen entrevisto ondas desconocidas que él captaba, siendo su previsión apenas una deducción mental, o «veía» este mismo futuro? En el colegio religioso donde había estudiado había aprendido sobre la omnisciencia de Dios. Aunque Él dio al hombre el libre albedrío, sabe el camino que va a tomar y las acciones que cometerá. Ahora volvían estos problemas insolubles de la adolescencia, pero objetivos y apremiantes. No había mucho donde escoger. El desastre previsto ocurriría. Alguien, avisado, se salvaría. Intentaría lo mismo con el Gobernador. Ya eran las seis. No quería ir a las redacciones de los periódicos, que causarían un escándalo. ¿Cuándo podría ocurrir *aquello*? Mientras esperaba, tal vez un hombre ya estuviese con la cabeza colgando inerte, un hilo de sangre entre los dedos... Tenía que decidirse aprisa. Veíase delante del palacio solicitando una audiencia, el gobernador escuchándolo solícito... El frío de la tarde penetraba en su pullover. Fernando miraba el tránsito un poco alucinado, el problema se distanciaba, no tenía nada más que hacer sino ir a casa, comer, dormir sosegado... El hombre en la escalera, la sangre corriendo entre los dedos... Levantó un brazo para parar un taxi que pasaba, entró rápidamente. «Palacio del Gobierno». Se vio ante dos portalones, preguntando a los guardias por dónde debía entrar. En «Información» supo que el gobernador aún despachaba. Lo enviaron a otra sala. Era difícil saber a

quién dirigirse. Entraban y salían personas, y no hallaba a quien podía introducirlo. A todos repetía su deseo de ver al gobernador. El asunto era de gran importancia, pero todos, sentados en los sillones, con el aire fatigado de quien espera, inmóviles y de mirada perdida, que se agitaban esperanzados a cada puerta que se abría, pidiendo siempre «por favor» con una sonrisa obsequiosa, tenían también asuntos de «mayor importancia» que tratar. Algunos se dirigían a los oficiales de gabinete con palmaditas en la espalda, tal vez eran frequentadores habituales. Después de una hora de espera oyó un rumor general, personas que se levantaban con exclamaciones decepcionadas. El gobernador había cerrado el expediente, se había ido. Fernando no se movió del local, sintiéndose extraño en aquel ambiente, y desalentado de irse sin haber conseguido nada. Un funcionario se acercó:

—¿El señor está esperando a alguien? El despacho se ha cerrado, tal vez mañana.

Se levantó y respondió, desanimado:

—Es difícil probárselo, pero el asunto que me trae aquí es respecto a la propia vida del gobernador...

El funcionario parpadeó, sorprendido. Fernando tenía un rostro vulgar pero simpático. Sus gestos y su voz no indicaban a una persona nerviosa o desequilibrada. Alguien surgió al final del corredor llevando una cartera. El funcionario indicó:

—Mire, aquél es el secretario del gobernador. Si consigue que él lo oiga, quién sabe, mañana...

El hombre de la cartera llegó a la escalera. Fernando lo abordó:

—Necesito hablar con el gobernador hoy mismo.

—Hoy es imposible, además, mañana también. ¿Es una reclamación, una súplica?

—No —protestó inmediatamente—. Lo que le tengo que decir se refiere exclusivamente a la vida del gobernador.

Algo, tal vez, en esa frase, hizo detenerse al secretario.

—Si puede usted explicarme el caso en tres minutos puedo escucharle; si no, mañana. El coche me está esperando abajo, y voy retrasado.

—Bien —comenzó Fernando—, lo que le voy a informar es realmente extraordinario, espero que no me juzgue un loco o un charlatán. Oiga, sería indispensable que usted leyera esto —extrajo del bolsillo un recorte arrugado de un pequeño reportaje sobre él, donde eran descritas sus «profecías». Se excusó—: Usted ya sabe, los reporteros dicen muchas tonterías, pero en esencia lo que está aquí ocurrió...

—Sí, lo recuerdo, el caso se comentó aquí en palacio. ¿Pero qué es lo que tiene usted que comunicarme?

Fernando le resumió su visión. El secretario escuchó, recostado en la barandilla, repitiendo: «Escalera, jardín al fondo, sólo puede ser allí en el patio». Después se volvió hacia Fernando:

—Si es el lugar donde pienso, el gobernador baja por allí muy raramente, cuando recibe manifestaciones o algo parecido. —Dejó la cartera—. Bien, ¿qué es lo que usted quiere que haga? ¿Pedir al gobernador que no aparezca por allá?

Fernando vaciló.

—Sí, quería que el gobernador lo supiese. Si muriese de la manera en que lo vi, me sentiría culpable si no hubiera tomado alguna medida para informarlo.

El secretario comenzó a descender de nuevo, hablando en el tono de quien se despide.

—Para mí, resulta un tanto delicado dar consejos al propio gobernador basándome en previsiones. —Ya estaban en la calle y el secretario sonrió, un tanto irónico—: Mi querido señor, puede usted volver tranquilo a su casa. Naturalmente, no va a suceder nada de lo que usted soñó. —Fernando quiso interrumpirle para decir que no era un sueño, pero el otro prosiguió—: Sueño o no, puede estar seguro de que el gobernador no lo tendría en consideración. Si tengo ocasión, haré una referencia a Su Excelencia. Muy agradecido y hasta luego—. Tocó a Fernando en el hombro, entró rápidamente en el automóvil, partió.

Era tarde, recordó que no había comido. Entró en un pequeño restaurante, hizo el pedido, mientras recordaba la sonrisa irónica, la partida rápida. «Le haría una referencia, si tuviera ocasión...». Se sintió ridículo, como si hubiera cometido una idiotez. Ciertamente, el gobernador no llegaría a saber nada. Las frases mecánicas del secretario, el gesto amable pero distante con el cual se descarta a los inoportunos. Su esfuerzo había sido en vano. Le quedaban los periódicos. Hubiera preferido no tener que colocarse en evidencia, con la consiguiente responsabilidad de un engaño. Pagó la cuenta y fue a la redacción del periódico que ya lo entrevistara. Nunca había entrado en ninguno. Se vio perdido entre aquellas mesas, nadie lo miraba ni preguntaba lo que deseaba. Intentó explicar que tenía algo, que comunicar con respecto al gobernador. Fue interrumpido y enviado a otro redactor. Recomenzó otra vez, mostró el recorte del bolsillo, explicó que era una cuestión de conciencia

publicar su «previsión», ya que el gobernador, probablemente, no llegaría a saber nada sin esta providencia. El redactor no se sorprendió, comenzó a escribir a máquina. Llamó a un fotógrafo, que tiró una placa. Fernando hacía largas consideraciones, que apenas eran respondidas. De repente el reportero se levantó, se despidió, diciendo que terminara, que iba a llevar el reportaje al secretario de redacción. Salió con la sensación de haber procedido correctamente, pero con la idea de que iba a verse nuevamente en los periódicos, ahora con un hecho de mayor repercusión. Lo curioso era que, si impedía la muerte del gobernador, la previsión no se confirmaría.

Fernando se preparaba para dormir, cuando allá en la redacción el secretario gritaba: «¿Quién hizo este reportaje?». El título decía: «FUNCIONARIO PROFETA VE AL GOBERNADOR MUERTO». El reportero se aproximó. El secretario le tiró la noticia con la fotografía cogida a ella.

—Rasgue esto. Con la situación actual no se habla ni una palabra sobre el gobierno, y mucho menos que el «hombre» va a morir. ¿A quién está pensando usted que pertenece este negocio?

Algunos rieron. El reportero cogió la noticia, volvió a su mesa, la tiró a la gaveta y no pensó más en ello.

Al día siguiente, el secretario del gobernador tuvo un día atareado. Según las anotaciones de su gabinete, atendió a ochenta y dos personas, aparte los diputados y líderes políticos, que abrían su puerta con familiaridad y no precisaban solicitar ser recibidos. Habló con el gobernador decenas de veces, siempre de asuntos relevantes. Su mente estaba entrenada para seleccionar lo que realmente importaba. En las fronteras de su olvido, Fernando era tan sólo un ingenuo que había retrasado diez minutos su salida a causa de su sueño.

Por la mañana Fernando compró el periódico, hojeándolo ansioso. En la segunda edición de la tarde y al otro día hizo lo mismo, hasta convencerse de que no le habían prestado atención. Habló con sus compañeros, que le sugerían soluciones, pero no hizo nada.

La semana fue pobre en acontecimientos, hasta que el gobierno federal anunció un nuevo plan para la contención de gastos y fue abierto un riguroso expediente con plena autonomía para verificar un desfalco. En el ámbito estatal se declaró una huelga en los ferrocarriles. Los sindicatos acusaban al gobernador de torpedear los aumentos y de lanzar a la policía contra los grupos de huelguistas.

Pasaron seis días desde que Fernando «soñara». Era un lunes, había más de trescientas personas rodeando las puertas de palacio. Llevaban pancartas y gritaban a coro. En la sala de reuniones, el gobernador conferenciaba con tres

dirigentes sindicales. Estaba rojo, sus manos temblaban, pero habló con voz segura:

—Pueden decir a los obreros de allá abajo que voy a explicarles personalmente mis razones, esto es, las razones del gobierno. Ahora bien, quedan ya advertidos de que no admitiré ningún tipo de desorden.

Las puertas fueron abiertas, y la multitud entró en el patio que limitaba con el jardín. El gobernador descendió, seguido por sus auxiliares. Abrieron la puerta que daba a la escalera del patio. El gobernador echó una mirada y comenzó a pisar el primer peldaño. Desde un lado del jardín, alguien vino corriendo con un revólver en la mano. Cuando estuvo cerca disparó dos tiros seguidos. El gobernador osciló un poco, sintió flaquear sus rodillas, se sentó en un peldaño. Su mano oprimía el pecho, la sangre corría por entre sus dedos. La cabeza colgaba entre sus rodillas. Lo mantenían sujeto, pero ya estaba muerto. El asesino corrió unos doscientos metros amenazando con el revólver. Fue abatido por una ráfaga de subfusil, de la cual solamente una bala le alcanzó en la cabeza.

Hubo ediciones especiales. El retrato del gobernador a cuatro columnas, el de Fernando en un ángulo con el subtítulo: «Extraordinaria y trágica previsión». El secretario del gobernador confirmó más tarde la visita al palacio: «Cumplí con el deber de informar a Su Excelencia, que apenas sonrió, sin prestarle mayor atención».

Fernando se vio asaltado por una extraordinaria notoriedad. Comenzó a faltar a la oficina. Eran telefonemas, cartas, solicitudes, entrevistas. Participó en un programa de televisión, donde narró los hechos. Allí estaba su colega funcionaria, salvada del desastre, y el reportero a quien narrara el crimen previsto. En la confusión de luces, cámaras y técnicos circulando de acá para allá, su imagen penetraba en todas partes. El entrevistador hablaba sin parar, sugiriendo respuestas, repitiendo adjetivos, y cuando en medio de una frase Fernando vacilaba, el locutor la finalizaba sin que pudiera corregirlo.

Las razones del crimen permanecerían para siempre en la oscuridad. El criminal, según se probó, era un psicópata, sujeto a crisis de violencia. Si fue instigado por motivos políticos fue algo que nunca se consiguió saber. Fernando fue visitado por un investigador, que le hizo preguntas. Imaginaban que tal vez la previsión fuera una denuncia. Pero no pudo probarse.

Antes Fernando tenía pocos conocidos, una vida regular, el cine, amigas, idas a la playa algunos fines de semana. Ahora era arrastrado por una corriente de invitaciones y reuniones. Por su apartamento aparecían personas dispuestas a pagar una «consulta», dando explicaciones seguras sobre las

predicciones. Recibió cien mil cruzeiros por posar en una foto de propaganda recomendando un producto. Compareció en algunos programas de radio y se convirtió en un frecuentador solicitado de las entrevistas y mesas redondas de la televisión. En uno de estos programas le fue pedida una «demostración». Intentó explicar que no era así, tan simple. Pero lo usual en aquel programa era hacer una «sorpresa desafiante» al entrevistado. El presentador apareció con una caja rectangular, cerrada. Allí, un espectador del auditorio colocó algo. Pedían a Fernando que adivinase. Éste se puso encarnado. No conocían nada de fenómenos paranormales, era un recurso desleal para divertir al público a su costa. Nunca había dicho que fuera capaz de adivinar cualquier cosa que fuese. Con la caja ante sí, intentó una concentración difícil. Protestó:

—Ésta es una broma que no puedo tomar en consideración. No voy a adivinar lo que hay aquí, ni aunque fuera un huevo.

El presentador llevó la caja junto a los espectadores, la cámara rodó hasta tomar un primer plano de la tapa que se abría. Un huevo rodó dentro de la caja. Una salva de aplausos cubrió las palabras del locutor, que continuó con sus frases y comentarios, como si fuera un gol victorioso en un campeonato de fútbol. Fernando también se sorprendió de su acierto. Más tarde intentó reconstruir aquellos minutos, saber por qué y cómo había adivinado. De cualquier manera, este episodio tendría mucha influencia en su vida. Acabado el programa, entre los abrazos admirados y los cumplidos de gente desconocida, el director de la estación le pidió una entrevista para otro día. Faltó al trabajo y fue. El director lo llevó a una agencia de publicidad, donde dos muchachos le presentaron el esbozo de un gran programa de televisión. La atracción principal sería él. Su primera reacción fue rehusar, pero un verdadero cerco verbal paliaba las dificultades, facilitándolo todo.

—¿Pero cómo puedo saber si mis «poderes» o lo que sea funcionarán en el momento correcto?

Ellos garantizaron que los fallos serían calculados, no irían a perjudicar el conjunto. Resistió hasta que dijeron las cifras previstas del contrato, que podían aumentar más tarde, dependiendo del patrocinador. En un mes ganaría más que en todo un año en la oficina. Se calló, con el dinero ocupando su pensamiento en forma de adquisiciones y placeres. Las dificultades argumentadas por él mismo se atenuaban: adivinaría, como ya lo había hecho antes. Aceptó. Recibió abrazos, y se fijó otra reunión. Salió de allá con el recelo de que todo aquello no fuera real. Este cambio en su vida era demasiado sorprendente.

El esquema del programa fue discutido en la siguiente reunión. Su base era la historia de los hechos inexplicables o paranormales de todo el mundo, que poseían documentación científica. Fernando haría comentarios, seguidos por una «demostración» final. No comprendía como aquellos hombres experimentados, trabajando con enormes cantidades de sus clientes, confiaban en su éxito. Memorizó rápidamente el pequeño *script* a «improvisar». El tiempo pasaba en ensayos, reuniones con el personal del estudio, de propaganda y los representantes del patrocinador. Sin darse cuenta, llegó el día de la presentación. Se levantó más temprano, agitado y nervioso. A medida que corrían las horas, el pánico crecía, se veía delante de las luces cegadoras olvidándose del papel, diciendo tonterías, silbado por el repleto auditorio. El entusiasmo por el dinero era asfixiado por las dificultades antepuestas y que juzgaba no ser capaz de superar. Llegó a telefonar al director, sin encontrarlo. Quería decirle que hiciera modificaciones, que arreglase preguntas de entrevista, a las cuales ya estaba habituado. Las saetas de su reloj pulsaban hacia adelante, faltaban tres, dos, apenas una hora para la gran presentación. Estudió el papel, salió, encontró amigos y conocidos, escondió la preocupación, recibió felicitaciones que agradeció embarazosamente. Ya no había ningún medio de huir. Faltaban veinte minutos. Confusión de técnicos, cables, luces, gente de un lado para otro. No tenía el hábito de beber, pero fue al bar del estudio, tomó dos copas de coñac. Un calorillo descendió por su estómago, su cuerpo se distendió, en una relajación agradable. Cuando volvió estaban buscándolo. El programa comenzó. Tenía que cambiar algunas frases con alguien que representaba a un científico. No le fue muy difícil esta parte, sabía lo que tenía que hacer. Finalmente, después de una escena teatralizada, se explicó algo más sobre parapsicología. La «demostración» sería un simple test en el cual sería ensayado el fenómeno. Las posibilidades negativas estaban previstas. Para Fernando, en cambio, era diferente. Él necesitaba acertar. Un espectador del auditorio le vendó los ojos con algodón, un paño negro y esparadrapo. Puesto de espaldas al público, se sorteó un número distribuido en la entrada. El escogido, un hombre de media edad, aparentando calma, fue conducido al escenario. Lo colocaron detrás de Fernando, de perfil a la cámara. Se hizo un gran silencio, se podía oír las suaves ruedas de la cámara n.º 2 que se aproximaba. Fernando dijo: «Es un hombre». La multitud aplaudió. Demoró unos segundos más. «Está vestido de marrón, vive en un lugar alto, muy alto. Me llama la atención el número nueve, ¿es cierto?». El hombre confirmó: «Es cierto, vivo en lo alto de una calle, la casa es el número nueve». Fernando dijo

alguna cosa más, se refirió a un puente, que el hombre no supo identificar. Finalmente citó el nombre de Catalina, que era el nombre de su esposa. El programa finalizaba triunfalmente.

Al día siguiente, toda la ciudad conversaba sobre el asunto «Fernando», con historias paralelas, reminiscencias de hechos inexplicables que guardamos en la memoria. «Un fenómeno que desafía a la ciencia», como decían los locutores con distintas frases. Fernando se convirtió en comentario obligatorio en cualquier reunión. Fue el inicio de un torrente que acabó invadiendo diversos estados, tal vez todo el país. El programa «Fernando», como era llamado, penetraba en todas partes, consiguiendo un índice de audiencia que ni el más optimista de sus creadores previera jamás. En *video-tape*, todos los canales del país se disputaban su transmisión. El patrocinador inicial fue luego sustituido por una marca extranjera de electrodomésticos, y las historias escenificadas de adivinaciones, previsiones, visión a distancia, etc., pasaron a influenciar el pensar y el actuar de la población. Los periódicos aumentaron o crearon sus secciones de horóscopos. Algunas industrias fabricaban barajas para echar la suerte y juguetes «mágicos» para niños. Los cartomantes y curanderos vieron, sorprendidos, aumentar su clientela, accesible y confiada. Lo inexplicable, lo fantástico, ganaba fuerza. Los llanos de Umbanda, llenos, recibían visitas, que también incorporaban al santo y eran adoctrinadas por el Padre João o el caboclo Ubijara. Las agencias de publicidad sentían aquella atmósfera sobrenatural, propicia al milagro. Los jabones, desodorantes o dentífricos ya no eran recomendados por sus cualidades químicas, los factores R.S. o X-18 que mataban microbios, sino porque proporcionaban buenos sueños, armonizaban la vida o traían suerte a los compradores. Los puestos de periódicos pasaron a vender patas de conejo, horóscopos y medallones benditos.



Fernando se iba convirtiendo en un hombre nacional. Varios estados seguían sus demostraciones. Largamente anunciado, su programa semanal era aguardado ansiosamente por todos. Bastaron algunas semanas para transformarlo, de funcionario público (cuyo empleo simplemente había abandonado), en figura conocida por todo el mundo, atendida con deferencia en bares y restaurantes, citada en chistes e historietas, base de comparación para definir a quien intentaba adivinar o prever cualquier cosa. Tenía

defensores entusiastas y críticos sin piedad. Citaban detalles de su biografía, la previsión del desastre, el crimen del Gobernador, punto álgido e incontestable, que los detractores recibían con sonrisas irónicas, ya que nada podía probar que su ida anticipada al periódico fuera absolutamente cierta. Citaban al secretario del gobernador: «Oh, sí, un político interesado, como todos, debe haber inventado aquello para conseguir publicidad, atraer electores...». Con respecto a las adivinaciones televisivas, eran «trucos, combinaciones...». Incluso si Fernando saliese volando sin alas por el estudio estarían seguros de que se trataba de una mixtificación.

Cualquier posición excepcional trae consigo la responsabilidad de mantenerla y justificarla. Fernando se sentía cargado de deberes y obligaciones, no creyéndose completamente a la altura para sustentarlos. Tiempo atrás, no hubiera osado hacer sobre sí mismo una previsión ni siquiera aproximada. El éxito había transformado su vida. Adquirió hábitos nocturnos, hizo amigos ricos, conoció mujeres provocativas y fáciles. Compró ropa nueva, se cambió a un apartamento mayor. Pasaba los domingos en casas de campo o playas particulares, sintiéndose embarazado al seleccionar las invitaciones, desdoblándose en una vida intensa, con fotografías en las páginas sociales de los periódicos, entre familias de prestigio. ¿Era más feliz de lo que había sido antes? Tenía que responder sí. Estaba disfrutando de bastantes cosas con las que sueñan los hombres. Pero no se sentía tranquilo ni seguro de que fuese justo. Tan sólo porque poseía un medio de prever o adivinar, había subido en la escala social, ganaba dinero e importancia. Su facultad no le parecía una cualidad o don que se disfrutara después de un perfeccionamiento, una dedicación indispensable, como los músicos o los autores, los artistas en general. No necesitaba entrenarse, ni sabía exactamente cómo se manifestaba su poder. En medio de comidas y paseos, entre elogios curiosos y admiración, sufría con su posición, como si disfrutase de un premio obtenido mediante engaño. Siempre había sido honesto. Después del primer mes, discutió acerbamente con el representante de la agencia de publicidad. El director de la estación escuchaba en silencio, aunque estuviese de acuerdo. El joven, después de unas frases conciliadoras, sugirió que podían «dinamizar» el programa empleando un proceso natural y justificable que garantizase todas las veces una adivinación espectacular. Los vendedores ambulantes, los magos, prestigiatos y políticos, usaban este recurso simple y eficiente. Bastaría con preparar, entre las adivinaciones legítimas, una ensayada antes, hecha con ayuda de alguien de confianza colocado en el auditorio. La agencia se encargaría de todo...

Fernando se exaltó. Lo que mantenía su dignidad era esto precisamente. «Tengo la impresión de que el público percibe, siente esta actitud, y por eso me apoya». El joven de publicidad sonrió. Con respecto al público, sus ideas eran distintas. Fernando, irreductible, hizo que la conversación se detuviera allí, pero continuaron, en adelante, insistiendo en que las adivinaciones eran lentas, en que precisaban arreglar algo que moviese más el interés de los televidentes.

No es cierto que alguien pueda acostumbrarse a la pobreza y a las dificultades. Sin embargo, los placeres y las comodidades que trae el dinero se insinúan en nuestras vidas con tal facilidad, torciendo principios y convicciones, que nos sentimos adaptados, como si siempre hubiéramos vivido con ellos.

Fernando sobrepasó el breve período de deslumbramiento, cuando pensaba que aquello era demasiado bueno como para que durara. Se apegaba a la nueva profesión, a la que no sabía dar ningún nombre. Ya no corregía las historias exageradas que oía a su propio respeto. Cambiaba de tema, sonriendo con modesta anuencia. También perdió la antigua despreocupación de funcionario público. El día del programa constituía una pesadilla que debía enfrentar, un punto de interrogación que lo afligía, sin poder tomar ninguna providencia. Su participación en los comentarios de la parte teatralizada la realizaba con interés y facilidad. Pero las «demostraciones», que mantenían a casi la totalidad de los aparatos conectados con su canal, eran un salto en la oscuridad, una tarea cuyo fracaso podía alcanzarlo sin previo aviso.

Fernando miraba hacia el frío rostro del agente de publicidad. Los espectaculares aciertos del principio apenas se repetían. Los pacientes, sorteados en el auditorio, no siempre daban facilidades. Muchos negaban algunas aproximaciones, se callaban, mirando hacia Fernando, como esfinges prontas a no perdonar ningún fallo. Una vez sucedió que Fernando no fue capaz de «percibir» nada. Al público no le interesaban las explicaciones científicas de la irregularidad paranormal. En el auditorio y en millares de casas, los espectadores miraban decepcionados, como si el fenómeno no fuera tan extraordinario, como si fuera necesario que se repitiera infaliblemente para convencerlos a todos.

En el programa siguiente transpiraba, con los músculos tensos, con el recelo de decir lo que le venía a la cabeza y que el sorteado, impasible, volviera a responder: «No, no recuerdo nada de eso». Con una extraña sensación, que más tarde pudo entender, fue acertando, casi sin ninguna

desviación. El aplauso total que recibió parecía el de los primeros éxitos. Fernando exultaba, aunque su sensibilidad le avisara de algo.

Aquella misma noche hubo una reunión a puerta cerrada con Fernando, el director y los dos representantes de la agencia y del patrocinador. Presentaron encuestas de audiencia. Los antiguos índices bajaban de manera alarmante. Fernando se justificó: «Eso fue porque los aciertos disminuían, pero, con el éxito de hoy, todo se restablecerá». El agente de publicidad estuvo de acuerdo, dando casi una conferencia: «El espíritu humano es ávido de soluciones sobrenaturales y maravillosas. Todos creen en historias fantásticas, sin pensar en que solamente una, entre diez mil, puede ser legítima. Una facultad como la suya (y señalaba a Fernando), que debería ser estudiada por la ciencia, si no pasase en nuestro país, pasma a los crédulos y perturba a los escépticos, aunque no los convierta. Sin embargo, la gente no se contenta — como lo haría un científico— con comprobar un solo hecho que los sentidos comunes no pueden explicar. Viviendo entre supersticiones y creyendo en todos los milagros, no se conforman con una sola demostración. Quieren que se repita siempre».

Miró nuevamente a Fernando, hizo con las manos un gesto de aviso: «Usted tiene que aceptar la realidad, usted está luchando con el público, que es ciego, influenciado y exigente. Usted le presentó los fenómenos más raros, y él quiere más y más. Tenemos que satisfacerlo, de cualquier manera, o fracasaremos». Cambió de tono, volviéndose hacia Fernando: «Debo informarle que el programa de hoy fue “facilitado” por un agente nuestro. La gente no quiere la mitad de un milagro. Démosle pues un milagro entero, aunque sea falso».

Fernando se levantó indignado. Nadie lo había prevenido. Se sentía frustrado e incapaz de modificar la situación. Sus argumentos caían blandamente ante las respuestas lógicas del director y del publicista. Para ellos sólo existía un aspecto. Fracasado el programa, se perdía el público, el patrocinador y los beneficios (de los cuales ellos absorbían la mayor parte). Para Fernando, era la alternativa entre la dignidad y el dinero. Acabó callándose, sin tener nada que decir. El publicista justificó aquel procedimiento. No era preciso usarlo siempre, continuaría adivinando tal y como acostumbraba, con el recurso de valorizarse, de vez en cuando, para la avidez del gran público.

No estaban allí para pedir su opinión, sino para informarle de que sólo así podrían continuar. La ambición se consuela con el atraso ajeno. Fernando

rememoraba sus éxitos y la incompreensión, la estrechez mental de los que no creían, y también de los que desfiguraban la verdad por exceso de credulidad.

Salió en silencio, lo que equivalía a una aceptación. Cuando abdicamos un principio, pasamos a justificar, a convencernos de una inevitabilidad que antes no percibíamos. Al final, ¿qué obligación tenía de respetar a los televidentes o a los radioescuchas, que lo miraban con ojos asombrados, como a un fenómeno de feria? ¿Por qué tendría que ser una fábrica de magia, bajo las exigencias insaciables de todos? ¿Qué importaba que fueran engañados a veces...? No creerían ni más ni menos que cuando todo era auténtico.

Circunstancia rara en los medios de difusión, el programa recuperó el primer lugar en las preferencias populares. Era «científico» e irrefutable, como las demostraciones prácticas de Fernando. Su técnica mejoró. Hablaba con mayor seguridad. Aprendió a construir frases esquivables cuando adivinaba. Así los yerros no eran destacables. Adquirió el hábito de tomar un coñac antes del programa. Sentíase entonado, «percibiendo» más. El fraude dinamizador era ensayado con cuidado. Había vacilaciones, pequeños engaños, y una adivinación final, incontestable, cuyo desarrollo hacía contener la respiración al público, ansioso, fanático de Fernando. Los escépticos sonreían irónicos, sin impresionarse, pero tampoco se perdían su programa.

Acabado éste, aceptaba cualquier invitación: odiaba su vuelta al apartamento, donde, incluso de madrugada, permanecía con los ojos abiertos, sin poder dormir, pensando. Era un «profesional» muy bien pagado (aunque los otros ganaran más). Representaba un papel. Entretanto, también «adivinaba», hasta hacía previsiones que sus pacientes consideraban extraordinarias. ¿Lo eran realmente? Perdió su ingenuidad, cuando decía secamente lo que veía, ayudando él mismo al paciente a no sugestionarse. Se sentía, a veces, como un hipnotizador, haciendo afirmaciones que sólo obtenían un «sí» como respuesta, con los ojos fijos en los del otro, transformándose en una entidad que todo lo sabe y nunca falla. «La ciencia debería ocuparse de este hombre», decían los más informados. En sus madrugadas de insomnio, esbozaba una amarga sonrisa interior. Con el coñac ahogando sus inhibiciones, el ojo rojizo de la cámara acompañándolo por el escenario, el locutor repitiendo frases y frases, vivía aquellos minutos del programa como si fuese una operación dolorosa, en la que estamos amarrados y recordamos solamente frases y gestos sueltos, hasta que todo acaba y queremos extraerlos de la memoria.

Las acusaciones de fraudes, estafas y trucos existían desde el principio. Fernando, en los inicios, se exaltaba con los que dudaban, dispuesto a darles las mayores garantías de su sinceridad. Después se vengó de todos: sí, existía el fraude, aunque introducido posteriormente. Lo que importaba era ganar dinero, comprar objetos de primera calidad, frecuentar los mejores lugares. En la columna de un conocido cronista social, surgió la pregunta de si «no era burlarse del público el presentar como auténticos fenómenos parapsicológicos preparados por una conocida agencia de publicidad». Comentarios menos directos que éste ya habían sido publicados, pero el prestigio del autor, lejos de disminuir, aumentaba.

Fernando encontró al director de la estación preocupado. El secreto se hacía cada vez más difícil de mantener oculto. Los «colaboradores» de las adivinaciones eran reclutados con cuidado, ganaban bien su parte, cómplices a los que no interesaba denunciar nada. Pero un secreto ya no lo es si es confiado a otra persona. Los amigos «de confianza», las esposas, amantes, hermanos, dejaban escapar la verdad sobre Fernando. Nuevamente decaían los índices de audiencia. Adivinaba siempre, y esto empezaba a cansar. Lo milagroso se volvía rutina, ya no interesaba. Los muchachos de la agencia, los redactores del programa, junto con Fernando, intentaban introducir variantes, hacerlo todo más dinámico. A esta altura, ni siquiera un milagro auténtico ayudaría. Ellos mismos habían abusado de lo fantástico, lo habían empleado tanto que el público se había habituado.

Así estalló el escándalo. Ampliamente denunciados por otro canal, «los fraudes de un programa pretendidamente científico» fueron desenmascarados. Uno de los que habían «colaborado» con Fernando contó con todo detalle cómo engañaban a los espectadores. Los ensayos previos, los recursos usados, el «sorteo» preparado. Ilustres invitados participantes daban su opinión, en una especie de mesa redonda. Eran políticos conocidos, médicos, abogados. Nadie creía en Fernando, «estafador profesional», «elemento desintegrador de los conceptos cristianos de nuestro pueblo...». Sobre el célebre crimen del gobernador, inicio de su carrera, hicieron insinuaciones de «que posiblemente él formaba parte de la cuadrilla subversiva que hiciera caer al demócrata, etcétera».

Radio, televisión, periódicos y revistas trataron del tema. Aparecieron detalles aparentemente escabrosos, la fotografía de Fernando en una «boite» sospechosa (la misma que saliera en una página social, cortados los acompañantes). Hacia él se canalizaban todas las responsabilidades.

Vino lo inevitable. El patrocinador rescindió el contrato y, de una hora a otra, se vio abandonado por la agencia, por el director de la estación y sin empleo. El movimiento en su casa recrudesció como en los tiempos del estreno, pero ahora eran sonrisas irónicas, preguntas impertinentes, reporteros a la caza de confesiones sensacionales. No sabía qué decir ni cómo huir de los hechos. Le contó la verdad a un reportero que le pareció comprensivo: cómo disminuyó su capacidad de adivinar, y el recurso empleado por los publicistas para renovar el interés hacia el programa. La revista lo presentó como víctima, lamentando que ningún instituto científico hubiera tomado conocimiento de los probables fenómenos provocados por el «funcionario profeta».

Con esta agitación se modificaron nuevamente sus hábitos. Desaparecieron los amigos ricos e influyentes, que lo invitaban a recepciones y fines de semana. Lo buscaban personas humildes y de la clase media para conocerlo, para solicitar curas o «arreglar» casos sentimentales o de familia. Fernando no se irritaba con las tonterías que le decían, inventaba subterfugios para no atender a los pedidos absurdos. Al final, aún agradecía la solidaridad de aquella gente crédula, que no creía en las denuncias contra él.

Como asunto periodístico pronto fue olvidado. Salvo en breves referencias y en los chistes inevitables, ya no se publicaba nada a su respecto. Su programa en la televisión fue sustituido por uno de «Preguntas y Respuestas». Pasaban los días, vivía horas vacías, con menos curiosos que acudían a él. Lo dominaba una apatía, no podía admitirse buscando un empleo (¿cuál?), ganándose la vida como antes. Aún poseía dinero, suficiente para algunos meses de vida modesta, muy diferente del alto patrón al cual se había habituado. Volver al antiguo empleo, conseguir una readmisión problemática, era difícil. El Fernando funcionario público había desaparecido. Existía ahora un hombre ambicioso, que había experimentado el éxito y sus facilidades y no sabía cómo recuperarlo. Imaginaba soluciones, una previsión fantástica, que convenciese a todos, la invitación para un nuevo programa... A veces veía la realidad sin disfraces, sabía que su carrera de «artista» estaba muerta. Urgía hallar un empleo, cerrar aquel período de sueño, casarse, tener hijos, volver a ser un hombre anónimo y normal. Las tentativas se iniciaban mal. Las miradas de reconocimiento, las sonrisas, impedían incluso una pregunta. Aunque no existiera razón, se sentía humillado al buscar un empleo, él, a quienes todos conocían, que había sido objeto de comentarios en todo el país. Buscó amigos y conocidos, algunos de posición, cuyas casas había frecuentado y en donde había sido bien tratado. Muchos no le recibieron,

diciéndose ausentes, otros lo trataron con cortesía, se mostraron amables, sin encontrar ninguna solución que sirviera. Ya no había vuelto a encontrar más a los viejos compañeros del negociado, ni ninguno de ellos hubiera podido acompañarle a los lugares que frecuentaba.

De los centenares de personas que lo invitaban con insistencia, no quedaba ninguna que fuera realmente amiga (no del «profeta», sino simplemente del funcionario). Sus antiguas amigas de hábitos sencillos, que se empolvaban para ir al cine o se divertían en una fiesta de barrio, hacía ya mucho que no las veía. Las otras, que iban a peluqueros de fama, conocían marcas extranjeras de perfume, tenían joyas y dinero, ya no podía invitarlas, ni sabría de qué hablar con ellas. El único compañero que la fama le había dejado era el coñac, que le traía un poco de optimismo, la impresión de que le permitía «ver» nuevamente. Evitaba salir de casa para no ser señalado e identificado. Una tarde, sin nada que hacer, miraba el distante paisaje a través de la ventana, cuando llamaron a la puerta. Era una vieja gorda, habladora, que deseaba hacer una «consulta». Eso era común. Generalmente, las despachaba en la puerta con cualquier disculpa. Esta vez, ella entró y se instaló en un sillón. Conversaron largamente sobre problemas personales, narrados con detalle, dificultades que le arrancaban largos suspiros. Fernando respondía gentilmente, dándole consejos de sentido común. En el fondo, no se sentía aburrido. Tener a alguien como compañía, obligado a prestar atención, a hablar, era mejor que contar las manchas del techo, en la soledad. Mientras le daba las gracias, al levantarse para salir, ella sacó de la bolsa dos billetes y los colocó debajo del cenicero. Iba a hacer un gesto para devolverlos, pero abrió la boca en un «no era necesario» casi inaudible, mientras la señora, satisfecha, se deshacía en elogios. Había perdido su tiempo, había ayudado a la vieja, ¿por qué no tenía que recibir el dinero dado espontáneamente? Una consulta con un psicoanalista costaría mucho más. ¿Conseguiría mejores resultados que él?

Recomendadas o no por la vieja, recibió a otras personas en aquella semana que, además, le pagaron pequeñas cantidades, ahora necesarias, ya que las reservas se acababan. Poseía aún gran cantidad de ropa, hecha por sastres de fama. Pero su figura no era la misma de antes. Despidió a la mujer que hacía la limpieza del apartamento, para economizar. El polvo lo cubría todo, vestía camisas sucias, iba con la barba crecida, el cabello cubriéndole las orejas. Ese desaliño, más las gafas oscuras que pasó a usar constantemente, impedían que lo reconociesen. Frecuentaba un bar de las inmediaciones, donde no le preguntaban si era «Fernando, el profeta». Apenas

aparecía, el coñac, de mala calidad, surgía frente a él. Discutía con empeño de fútbol, un nuevo interés que lo ponía dentro del ambiente. Continuaba recibiendo personas, su única renta para vivir. Con el auxilio de la bebida, se ponía a prever como antiguamente, a describir episodios, bajo los admirados ojos de los que le rodeaban. El éxito eventual convencía a los clientes, pero no a Fernando. Sería difícil explicar, pero él sabía cuando «atisbaba» algo auténtico. Esa convicción misteriosa no surgía nunca, y él se desesperaba en una concentración inútil, con su frente transpirando, los músculos tensos, en busca de un secreto invisible y perdido. Tuvo que cambiarse de apartamento, que ahora estaba por encima de sus posibilidades. Fue a un cuarto, en una vieja casa de huéspedes, a una manzana de distancia. Vendió por una miseria los muebles finos y otras cosas que no cabían allí, y parte de su ropa. Días después volvió al apartamento y sólo entonces reparó en la cuidada entrada del jardín, la alfombra de espuma, los tastos de flores. Los nuevos inquilinos prometieron informar de su dirección a los que la preguntasen. Fueron amables, descendió en el ascensor con una mezcla de alivio y decepción, no lo habían reconocido.

Por algún tiempo el dinero de los muebles le ayudó a vivir, solo, sin frecuentar la casa de nadie, bebiendo coñac en el bar, adoptando las frases vulgares de los compañeros, su vocabulario y sus palabrotas. Perdió algunos kilos, su ropa de buena calidad ya no le caía bien, las manchas por limpiar, los pliegues perdidos hacía ya mucho tiempo. Ya no le señalaban por las calles, hasta su nombre transformaron los amigos del bar en el de Nando. La bebida empezaba a darle aquel aire abúlico de quien no tiene nada qué hacer ni sabe para dónde ir. Aparecían clientes, y en la pensión indicaban el bar, que se transformaba en lugar de recados e informaciones. Por una selección natural, su «clientela» se reducía a gente pobre, operarios, costureras, jóvenes preocupados por el futuro, que iban allí por indicación de alguien. Cuando le preguntaban el nombre respondía apenas Nando, y poquísimos lo identificarían con el famoso Fernando, a quien el país entero conociera por la televisión.

Bebía desde la mañana, y ya no se esforzaba en adivinar nada. Las personas le consultaban porque «era *médium* vidente» o «leía muy bien la suerte». Tenían preocupaciones que variaban poco. Fernando las enunciaba, proponía soluciones, pedía que volvieran otra vez. Con preguntas hábiles terminaba sabiendo detalles, que usaba como si él mismo los hubiera descubierto. Procuraba ajustarse a los deseos ansiados por los clientes. Con

esto, pagaba el alquiler de la pensión con gran dificultad. No era lo que quería ni lo hacía con gusto. Generalmente los astrólogos y cartomantes, por deshonestos que sean, a costa de atribuirse poderes terminan creyendo que predicen o adivinan realmente. Fernando, cuyos fenómenos pasados le sorprendían incluso a él mismo, sabía que engañaba fríamente a los ingenuos. Esta ausencia de convicción era notada, tal vez inconsciente, lo que reducía a los interesados. Pasaban días enteros sin que nadie viniera a llamar a su puerta. Atrasaba el alquiler, tomaba prestado dinero de los conocidos del bar, se colocaba a su lado, soltando carcajadas, contando chistes, hasta que lo invitaban a beber.

Tiempo después, en la redacción de aquel periódico que no quiso publicar la previsión de la muerte del gobernador, apareció un hombre casi andrajoso, con la barba y los cabellos descuidados, las manos trémulas, el andar cansado de los viejos dolientes. El portero dudó en dejarlo entrar, llamó a un redactor, que le preguntó el nombre. Era «Fernando, el funcionario profeta». Si no fuera por una vieja y rota tarjeta de identidad hubiera sido arrojado afuera. Entre el elegante Fernando de otros tiempos y aquel mendigo no había la menor semejanza. El pobre hombre estaba nervioso, con los ojos brillantes, en su ansia por explicar y ser creído. Estaba «percibiendo» otra vez, repetía muchas veces. Fue después de un coñac, «vio» a un hombre cometiendo un crimen en el Viaducto, tenía la certeza. Doce, había el número doce, media noche, a esta hora llegaría el hombre. Las frases regresaban, insistía Fernando, «preveía» como antiguamente, argumentaba buscando reminiscencias, repitiendo casos, hasta que el redactor lo interrumpió, fue a la mesa del secretario. «Así el profeta ¿se transformó en aquel desgraciado de allí?». «Fue un farsante muy experto. Nunca “engullí” aquella historia de la muerte del gobernador. En todo caso coja a un fotógrafo, vaya a verificar quién va a morir a medianoche esta vez».

Fernando salió con el fotógrafo y el reportero. Llegaron al probable lugar indicado por él. Faltaba aún bastante para la medianoche. La noche era fría, había poca gente en las calles. Con voz trémula por el frío, repetía la visión, acentuaba el número doce, hacía gestos, hasta se reía de algún recuerdo. Parecía feliz. Cuando faltaban veinte minutos para la medianoche, andaban por la calzada, el fotógrafo preguntando si era aquel lado mismo, y a cada persona que surgía miraban disimuladamente, con el fotógrafo preparando el *flash*. En un monasterio próximo dieron doce campanadas. Se olvidaron del frío, a la expectativa. Por dos o tres veces casi echaron a correr detrás de alguien que hizo algún movimiento al andar o se desviaba sospechosamente

hacia uno u otro lado. A medida que pasaban los minutos, la tensión disminuía. El reportero comenzaba a rezongar, el frío aumentaba, los solitarios pasaban aprisa, mirando curiosos hacia aquellos tres hombres, parados, que aguardaban. A las doce y treinta minutos el reportero dijo que se iba, que era inútil esperar más. Vio a Fernando y sintió pena. Había desaparecido el brillo de sus ojos, sus hombros estaban caídos y apretados a causa del frío, los labios rojos, los cabellos revoloteando por encima de sus orejas. La imagen del desaliento, del fracaso total. El reportero, a punto de maldecir las «malditas previsiones», se calló. Fernando lo miraba, sus labios iniciaron una palabra, que no surgió. Con una agilidad de la que nadie lo juzgaría capaz, trepó a la baranda del viaducto y saltó. El fotógrafo y el reportero apenas pudieron hacer un gesto. El cuerpo estaba allá abajo mientras, nadie sabía de donde, empezaban a surgir curiosos desde todos lados. El fotógrafo se acordó entonces de usar su cámara.

Los periódicos imprimieron titulares: «Se suicida célebre estafador». En el depósito nadie reclamó el cuerpo. Fue sepultado como indigente. En la pensión, la patrona se apropió de sus cosas, que no daban para pagar los alquileres atrasados.

Los amigos del bar pasaron de mano en mano los recortes maltratados de los periódicos. Comentaron sorprendidos la importancia de Fernando, su fotografía de los buenos tiempos, frente a las cámaras. Morir así, con tanto eco en los periódicos, valía la pena. Y, entre la bebida y el fútbol, sintieron un poco de envidia.

Título original:
O HOMEM QUE ADIVINHAVA
© 1968, *André Carneiro*
Traducción de P. Domingo

POR PRIMERA VEZ EN ESPAÑA
Y A NIVEL NACIONAL,
LOS AFICIONADOS A LA CIENCIA FICCIÓN
SE UNEN EN EL

C.L.A.

CÍRCULO DE LECTORES DE ANTICIPACIÓN

LOS PRIMEROS MARTES DE CADA MES,
REUNIÓN DEL C.L.A. EN BARCELONA

EL C.L.A. BUSCA DELEGADOS EN TODAS
LAS LOCALIDADES DE ESPAÑA PARA CREAR
LA PRIMERA RED NACIONAL DE
AFILIADOS A LA CIENCIA FICCIÓN

TODOS LOS INTERESADOS PUEDEN PONERSE
EN CONTACTO CON:

C.L.A.
Apto. de Correos 1573
Barcelona

TODO AFICIONADO
A LA CIENCIA FICCIÓN DEBE
UNIRSE AL C.L.A.

LA AUTOPISTA

GEORGE CLAYTON JOHNSON

George Clayton Johnson, del que presentamos aquí una de sus obras más representativas, abandonó desde joven la práctica de su primitiva profesión, la arquitectura, para dedicarse de lleno a la literatura, en cuya nueva capacidad se ha revelado, además de como un brillante escritor, como un excelente guionista de televisión; hasta el punto, que su coadaptación del relato de Ray Bradbury *Icarus Montgolfier Wright* ha merecido recientemente el codiciado galardón de un Oscar.

ilustrado por MIGUEL ALBIOL

El enorme y rápido coche centelleaba sobre la autopista.

Arthur C. Danyluk llevaba el volante. Lo giró de un lado a otro experimentalmente. Por supuesto, no pasó nada. Nunca pasaba nada en la autopista. La red se ocupaba de eso. Trató de recordar cuanto tiempo había pasado desde la última vez que había puesto esta máquina en manual. Parecía que años.

Soltó el volante y estudió sus gruesas y suaves manos antes de dejarlas caer sobre su regazo. Miró al desierto, deformado por el calor, y luego a la muchacha que se sentaba junto a él. Tenía el televisor vuelto hacia ella y lo estaba contemplando con mirada perdida, como en trance.

Consciente de su atención, ella estiró los brazos por encima de su cabeza, lánguidamente, moviéndose sin sacar la vista de la pantalla. Podía ver manchas de sudor en los sobacos de su blusa.

—En la próxima ciudad a la que lleguemos haré que reparen el aire acondicionado —dijo él—. No puedo imaginarme que es lo que ha sucedido...

Ella se giró por un momento para mirarle con aire ausente, luego volvió su atención de nuevo hacia la película.

—Es una pena que tuviéramos que tirar toda la comida al triturador de basuras, pero se habría estropeado en el congelador.

Cuando ella no le contestó, él abrió la portezuela del bar y sacó una delgada copa. Apretó el botón del suministrador y contempló como el transparente líquido caía burbujeante. El chorro se terminó cuando la copa estaba tan sólo a medio llenar.

—El último de los martinis. Supongo que tendremos que apretarnos los cinturones hasta que lleguemos a la próxima ciudad —galantemente, le entregó a ella la copa.

—Gracias —dijo ella—. Estoy sedienta. —Se llevó la copa a los labios y dio un sorbito. Puso mala cara—. Está caliente. ¿Quién puede beber ginebra caliente? —Depositó la copa en el bar—. Hemos estado yendo en automóvil durante *siglos*. Si hubiera sabido que eso iba a durar *tanto*, simplemente no hubiera venido.

—Las cosas no están tan mal —dijo él calmándola, y pensando que aún podían ponerse peor—. Seguramente llegaremos a algún sitio al atardecer. Este cacharro va a casi 350 kilómetros por hora.

—¡Oh, mira! —dijo ella con voz de tragedia—. ¿Qué es lo que ha pasado a la imagen?

Señalaba al televisor. La pantalla era una masa de líneas ondulantes.

—Déjame ver —dijo él. Encaró la pantalla hacia él y ajustó un botón. La pantalla se oscureció.

—Mira lo que has hecho ahora —dijo ella.

—No he sido yo —dijo él con voz cargada de enojo—. Primero se estropea el sistema de refrigeración, luego la televisión. No me puedes echar las culpas *a mí* por todo eso.

—No, supongo que no.

Se quedó malhumorada por unos momentos, mirando por la ventanilla hacia el brillante desierto que pasaba a su lado. Pequeñas gotitas de sudor cubrían su labio superior.

—Dios —dijo al fin—. Me siento como si estuviera en un horno. ¿No podrías abrir una de las ventanillas para que al menos entrase algo de aire?

Se removió en el asiento. Se le subió la falda, dejando al descubierto unos centímetros de sudorosos muslos. No pareció darse cuenta.

Él se inclinó hacia adelante y apretó el botón de control, esperando oír el sonido del motor que movería el cristal de la ventanilla. No pasó nada. Lo apretó de nuevo. Luego sus dedos bailaron por encima de los botones que controlaban las demás ventanillas.

—Parece como si hoy todo se hubiera ido al cuerno —dijo. La miró, notando una repentina oleada de simpatía—. Llegaremos pronto a un parador. Tomaremos algo frío y haremos que nos lo reparen todo.

—Mira ahí afuera —dijo ella, señalando el desierto que pasaba corriendo al lado del coche—. ¿Habías visto alguna vez antes algo tan *muerto*?

Él suspiró y no dijo nada.

—Debería de haberme puesto algo más ligerito —dijo ella. Llenó su boca de aire y sopló en el interior de su rellena blusa.

Él pensó en tocarle la rodilla.

El coche dio un repentino tirón.

—¿Qué fue eso? —dijo ella.

El coche tosió, perdiendo velocidad.

—¡Haz algo!

Sus manos encontraron el volante y lo asieron con incertidumbre. El coche estaba perdiendo rápidamente velocidad. Le llevó algunos segundos el encontrar el interruptor manual. El volante, repentinamente vivo, se notaba extraño entre sus manos. Afortunadamente, había un espacio vacío entre los coches que le permitía pasar a la pista de menor velocidad, por lo que maniobró el vehículo hasta meterse en ella.

—El motor se está parando —dijo.

Examinando un amplio trozo de la carretera, dio un tirón al volante hacia la derecha y se sintió violentamente empujado hacia adelante. Extendió el brazo para sujetar a la muchacha mientras su pie golpeaba el freno. Apretó hacia abajo, y el coche se detuvo pesadamente en el polvo del arcén.

Cuando vio que la muchacha no había sufrido daño, buscó en su bolsillo y sacó el pañuelo. Comenzó a secarse el cuello y la cara con él.

—Bueno, no te quedes ahí sentado. Mira a ver qué es lo que no funciona.

—Sí —dijo él—. Naturalmente.

Se quedó sentado en el asiento y miró a los botones e indicadores del cuadro de control. Todas las pequeñas lucecitas se habían apagado.

—¿Y bien?

—Tan sólo un minuto —dijo—. Espera a que se enfríe.

Giró tentativamente la llave y escuchó el sonido del motor de arranque. Falló una y otra vez. A Arthur le sonaba como un monstruo rechinando los dientes. Soltó la llave, sintiéndose enfermo.

—¿Qué, lo puedes arreglar? —preguntó ella. Su cabello de brillante color rubio le caía sobre la frente, por lo que se lo echó hacia atrás con gesto impaciente.

Él apretó el acelerador varias veces y probó de nuevo el arranque. Gruñó resonantemente.

—No lo entiendo —dijo.

—Pues esto es una verdadera tontería —le contestó ella—. ¿Nos vamos a quedar aquí sentados? No podemos hacerlo.

—El mecánico me aseguró que el coche estaba a punto para el viaje — dijo él.

—Tal vez no tengamos gasolina.

—¿Es que no ves el indicador? —le dijo él con brusquedad. Marcaba lleno.

—Bueno, no tienes por qué ponerte nervioso —le dijo ella—. Si hubiera sabido que ibas a comportarte de esta forma, nunca hubiera aceptado pasar mis vacaciones contigo. —Sacó su polvera y la abrió—. Mira lo que está haciendo este calor con mi maquillaje.

—Siempre podemos parar a alguien para que nos ayude —dijo él.

—¿Es que no lo puedes arreglar tú?

—¿Y qué demonios sé yo de coches? —le contestó—. Todo lo que sé es que esta cosa me ha costado doce mil dólares y que no hay ninguna razón para que se *muera* así.

—Me parece que lo razonable sería abrir el capó y mirar qué es lo que no funciona. Tal vez se ha soltado un cable o algo así.

Arthur sintió como la irritación aumentaba en su interior. ¡Tener que soportar *ahora* a esta individua parlanchina!

Comenzó a buscar por el cuadro de mandos un botón o una palanca que llevase la palabra capó. Tenía que haber alguna forma en que abrir aquel estúpido capó.

He estado conduciendo un coche durante casi treinta años, pensó. Tengo éste desde hace dos, y en todo ese tiempo nunca he abierto el capó de ninguno. ¿Y por qué tendría que hacerlo? Para esto están las estaciones de servicio. ¿Por qué tendría uno que gastarse doce mil dólares en un coche si luego tenía que arreglarlo por sí mismo?

—Tal vez se abra desde fuera —le dijo la muchacha.

Se levantó y dijo:

—Lo sé, lo sé.

Abrió la puerta y salió del coche. El sol le dio un golpe como un puñetazo. Por un momento vio el desierto como si fuera el negativo de una película; todas las áreas oscuras las veía blancas. Luego todo volvió a quedar enfocado.

¡Dios, que lugar desolado! No podía ver una sola señal de vida, excepto la autopista y los brillantes automóviles que pasaban zumbando. Por delante de él, la autopista subía a lo alto de una cresta. Los coches parecían deslizarse por la carretera, y luego, al llegar a aquel punto, hundirse en el suelo. Desaparecidos. Para ser reemplazados por otros coches en un torrente sin fin de brillantes esmaltes.

Todo lo demás era el desierto.

Muy a lo lejos había unas difuminadas colinas casi perdidas en el dorado relumbro del sol reflejado.

Podía notar como la humedad era casi arrancada de su piel mientras se dirigía hacia la parte delantera del coche. Se arrodilló sobre una piedra para buscar la palanca del capó. Debía de estar en algún sitio, pensó. No fabricarían un coche en el que uno no pudiese llegar al motor. Notaba una creciente ira. Lo hacían tan fácil para uno, pensó. Le vendían a uno una máquina que sólo podía arreglar un especialista con equipo de alto precio. Le llenaban a uno los oídos con ampulosas frases que prometían toda una vida de uso sin problemas. Cuidaban del motor, llenándolo con gasolina y lubricantes, para que así, en alguna forma, uno se hiciera la idea de que el coche era más de ellos que de uno mismo y entonces, para rematarlo todo, instalaban la red en las autopistas para que uno ni tuviera que conducir el coche.

Sus tanteantes dedos encontraron una palanquita cuidadosamente oculta entre la intrincadamente forjada parrilla. La empujó. Cuando nada sucedió, engarzó sus dedos alrededor y tiró de ella. El capó se abrió mágicamente como la puerta de la caverna de Alí Babá.

Arthur esperó a que el enorme capó se quedase detenido antes de adelantarse para mirar dentro.

Allí estaba, anidado en las profundas sombras.

El motor.

—Dios mío —dijo Arthur Danyluk.

En una ocasión, hacía mucho, cuando era pequeñito, su padre lo había llevado a un museo. Habían vagado por corredores sin fin hasta llegar a una tremenda sala.

En el mismo centro de la sala, alzándose hasta el techo, estaba la Gran Locomotora Negra. Recordaba el asombro con que había contemplado la enorme masa de metal extrañamente moldeado. Las ruedas descansaban sobre raíles y parecía alzarse sobre él como una gran bestia negra.

Ahora contempló el motor de su coche y notó el mismo asombro constriñéndole la garganta.

Podía ver gruesos cables enrollados formando un laberinto, juntándose aquí y allí con finalidades incomprensibles. Había dos extrañas cajas y unos bloques cilíndricos colocados al azar encima, a los lados y a través de una masa central de algo extraño, negro y aceitoso. Estaba acurrucado entre brillantes paredes metálicas que parecían doblarse sobre sí mismas. No podía

ver una sola porción del todo que presentase un plano o una curva que no estuviese cortado. Pequeños cables y tubitos conectaban unas partes con otras, dividiéndose y volviéndose a unir en una pesadilla de complejidad.

¡El motor!

Tragó aire, parpadeando.

Extendió la mano y golpeó con los nudillos, aprensivamente, una de las masas más grandes. En alguna parte, pensó, en alguna parte dentro de todo aquello había algo que no funcionaba. Agitó la cabeza anonadado.

Podía oír la voz de la muchacha que le llegaba ahogada y casi inaudible:

—¿Qué estás haciendo? ¿Has encontrado dónde está el problema?

Sí, pensó: he encontrado el problema.

Trató de mantener tranquila la voz:

—Todo me parece normal —dijo—. Nada parece estar roto.

—¿Has comprobado los terminales?

Trató de ver dónde terminaba cualquier cosa.

—Naturalmente —dijo—. Fue lo primero que miré.

—¿Ya sabes que te has llenado de porquería?

Miró hacia abajo, a su camisa nueva. Tenía una larga y repugnante mancha de grasa en la parte delantera.

—No importa —dijo.

Volvió al asiento del conductor y se sentó tras el volante. Probó de nuevo con el motor de arranque, dejándolo gruñir durante largo rato antes de cerrar la llave de contacto.

—Bueno, eso es todo —dijo.

—¿Quieres decir que no hay nada a hacer?

—Eso creo.

Vio cómo miraba a sus rodillas desnudas y tiraba hacia abajo de la falda.

—Tendría que haberme hecho examinar la cabeza —dijo ella al fin—. Podría estar allá en la ciudad, bebiéndome un cóctel helado.

—No tenías por qué venir —dijo él, enrojeciendo.

Ella cruzó los brazos sobre sus senos.

—No nos peleemos —dijo él suavizando su tono—. Tal como veo las cosas, tenemos varias alternativas. Podemos quedarnos aquí un rato sentados y esperar para ver si el problema del coche se arregla por sí solo. Tal vez cuando se enfríe el motor, vuelva a ponerse en marcha. Si resulta que es algo más serio, podemos hacer señas a un coche que pase y pedirle que nos lleve hasta la ciudad más cercana. Podemos enviar a un mecánico a que recoja el

coche. Mientras esperamos, podremos comer algo, beber algo frío y cambiarnos de ropa. Cuando hayan arreglado el coche, podremos continuar.

Su tono calmado pareció dar confianza a la muchacha.

Permanecieron sentados durante unos momentos. Ella sacó la polvera y comenzó a reparar su maquillaje. Examinó con cuidado sus pestañas, antes de buscar en su bolso para sacar un delgado aparato de metal. Comenzó a mejorar la curva de las pestañas. Él trató de no mirarla.

—Ahora —dijo al fin—. Probemos.

Dio vuelta a la llave y el motor de arranque continuó fallando. Dio violentas patadas contra el acelerador. No pasó nada. Lo intentó de nuevo.

—Bueno —dijo—. Puedes esperar en el coche mientras yo hago señales a alguien. No habrá ningún problema.

—De acuerdo —dijo ella—. Pero apresúrate.

Salió del coche y se acercó a la autopista. Cuando se aproximó el primer coche levantó el pulgar.

Pasó a su lado corriendo... igual que el segundo y el tercero. Zumbaron en un restallido de calor y movimiento. Se sintió bastante tonto al estar allí, junto a la autopista, con su pulgar alzado. Miró por encima del hombro hacia la muchacha. Ésta había sacado unas diminutas pinzas y, atisbando en el espejo de su polvera, estaba ocupada en arrancarse algunos pelos de las cejas. Volvió su atención a la autopista y a la avalancha de coches.

¡La autopista!

Seis canales de metal en movimiento corriendo bajo el calor del día. Y sin embargo, cada coche iba separado de los demás. Era como si sus ojos fueran a cámara lenta fotografiando cada máquina que pasaba. Dentro de cada uno de los coches podía ver a la gente. Estaban lánguidamente recostados, atontados, caídos en posiciones de aburrimiento en sus mundos privados de metal brillante, tela, imitación de cuero y plástico.

Se le ocurrió entonces que tan sólo podía pedir ayuda en el canal exterior. Era totalmente imposible para los coches de los otros cinco canales el maniobrar para pasar al de menor velocidad en el corto tiempo que tardaban en cruzar por delante suyo, aunque hubiesen querido hacerlo.

—¡Maldición! —dijo la muchacha—. ¿No puedes hacer nada bien? ¡Agita la mano para que te puedan ver!

—De acuerdo —contestó—. ¡Ya lo estoy tratando!

Agitó la mano débilmente.

No van a parar, pensó. Nadie va a parar. Todo el mundo tiene tal prisa que nadie tiene tiempo. ¿Y por qué tendrían que ayudarme a mí? ¿Cómo podrían

saber que no soy ningún bandido que los pudiera atracar y robarles su coche y su dinero? Una sensación de fuerza le invadió al pensar en sí mismo como un fuera de la ley. ¿Pero acaso no soy eso? ¿No estoy solitario en la autopista, más allá del alcance de la ley y de los hombres? Claro que hay policías en los puestos de control y en los paradores para vigilar el tráfico manual, pero aquí fuera simplemente no existen. Soy un fuera de la ley por el simple hecho de estar solo, lejos de los demás.

La sensación de fuerza se desvaneció, para ser reemplazada por una creciente debilidad. Comenzó a sentir miedo.

Pasó una hora mientras estaba allí, haciendo señas a los coches. El sol lo mareaba y podía sentir como los músculos de su espalda y de sus piernas se hinchaban. Le empezaron a picar los ojos y notaba en carne viva su garganta.

Los coches parecían llegar en grupos. En un momento la autopista parecía estar vacía en toda la distancia que abarcaba la vista, silenciosa y soñadora bajo la luz del mediodía, y luego llegaban los coches en un apretado nudo de chillante sonido, diez o veinte de ellos apretados en tropel.

De vez en cuando, un coche solitario o un par de ellos atravesaban la autopista, separados de los demás, corriendo como polluelos metálicos buscando a la gallina, como temerosos de hallarse solos en la pista de concreto.

En estas ocasiones, Arthur Danyluk hacía movimientos exagerados con su brazo y su pulgar, esperando que uno de los vehículos se detuviera. *Podían detenerse, pensó, sin ser alcanzados por otros coches, pero los autos pasaban de largo como si no existiese.* En una ocasión, dentro de un coche amarillo, vio a una jovencita llevándose una copa a los labios. Adquirió conciencia de su tremenda sed.

Pasaron otros quince minutos.

Bueno, pensándolo bien, discurrió estremecido, ¿dónde iba a salir un coche de la autopista si es que decidía salir? ¿Dónde podría detener un conductor, si es que tuviera la rapidez de reflejos para desconectarlo de la red, un coche para que estuviese a salvo del tráfico?

Más allá, por la autopista, había un trozo de terreno liso con una longitud de unos seis coches en donde podría detenerse un auto, pero aún así tendría que clavar sus ruedas en el polvo tal como él había hecho. Y esto podía ser peligroso. Trató de imaginar la habilidad de manejo que se necesitaría para frenar un coche y detenerlo en aquel pequeño espacio. Resultaría claramente imposible si al conductor lo seguían de cerca otros coches.

Mantuvo en alto su cansado brazo durante unos pocos minutos más, y luego lo dejó caer a su costado.

—¿Qué estás *haciendo*? —dijo la muchacha, inclinándose por la puerta abierta. Él le hizo un gesto para que se apartase y entró en el coche.

—Tengo que descansar unos minutos —dijo—. Estoy agotado.

Se recostó en el asiento, respirando laboriosamente.

—Estoy sedienta —dijo la muchacha. Se la veía pálida y trastornada.

No le contestó.

Se echó hacia adelante y asió el volante con ambas manos. Apretó el acelerador varias veces y luego giró la llave del contacto. Escucharon el sonido hueco del motor de arranque.

—Bueno —dijo ella—. ¿Qué es lo que hacemos ahora?

—Déjame descansar unos minutos y trataré de parar a alguien —se derrumbó cansado en el asiento.

—No veo por qué has de estar tan cansado. No has hecho nada.

La ignoró y miró a la autopista. Por delante se veía la elevación en donde se perdía de vista la carretera. Trató de calcular cuán lejos se hallaba. Las distancias eran equívocas bajo el sol del atardecer. Tanto podría estar a un kilómetro como a cinco.

—Escucha —le dijo a la muchacha—, vamos a hacer lo siguiente: tú te quedas en el coche y vigilas. Si alguien se para le dices lo que ha sucedido. Yo voy a caminar. Tal vez hay una casa o una estación de servicio por ahí.

—¿Vas a dejarme?

—Como quieras —le dijo cortésmente—. Si deseas caminar, a mí me da lo mismo. Pensé que lo mejor para ti sería que te quedases aquí, resguardada del sol, pero si lo deseas puedes venir conmigo.

La miró fijamente, deseando sacársela de encima. Ya tenía bastantes problemas como para estar soportando sus impertinencias.

—¿Qué, ya has decidido lo que quieres hacer?

—Oh, Dios —dijo ella, frustrada—. ¿Por qué no pude elegir a un jovencito que supiera algo de motores...?

Terminó la frase por ella:

—¿En vez de un tonto, gordo y maduro?

—Yo no he dicho eso.

—Pero lo has estado pensando.

Ella vio la cara que ponía y no contestó.

Se alzó cansinamente, dio la vuelta y comenzó a caminar siguiendo la autopista, abandonándola en el silencio de la noche.

Para cuando había recorrido un kilómetro sus piernas estaban ya rígidas. Sentía un dolor en el costado.

Un hombre maduro, pensó. ¿Es lo que soy? Recordando, le parecía que siempre lo había sido. Tan sólo un tonto y gordo hombre maduro, incapaz de hacer nada por sí mismo. Hacía que un jardinero le fuese a arreglar el césped. Que alguien le cocinase sus comidas, le hiciese la cama, le lavase la ropa...

El vivir se había hecho demasiado complicado. Había habido un tiempo en que cada hombre hacía las cosas que utilizaba. Construía su casa con árboles y barro. Tejía su propia ropa y plantaba su propia comida. Ciertamente no tenía muchas cosas, pero tampoco se sentía inseguro cuando se hallaba en su casa rodeado por los productos de sus propias manos. Si algo se rompía, lo podía reparar en la misma forma en que lo había construido. Pero ahora todo era demasiado complicado. Diez mil hombres metían comida en latas y, cuando se abrían esas latas, lo que quedaba por comer podía ser colocado en un refrigerador, donde no se estropearía. Pero el refrigerador era construido por hombres, y si se estropeaba se llamaba a otros hombres para que lo arreglasen usando herramientas creadas por *otros* hombres, y todos los hombres, puestos juntos, recibían el nombre de sociedad. Era un sistema estupendo si uno formaba parte de él, pero si uno perdía la llave y se quedaba fuera, podía morir golpeado a la puerta.

Sus piernas comenzaron a fallarle de nuevo. Descubrió repentinamente que estaba trastabillando de un lado a otro, zigzagueando como un borracho mientras caminaba.

Aguanta, pensó. Mantente firme.

Alzó cuidadosamente sus pies y los colocó uno tras otro, concentrándose en esta tarea.

Su costado le hacía más daño, y estaba jadeando.

Muy por delante, la carretera se alzaba hasta el deslumbrador horizonte.

Trató de canturrear en voz baja, para establecer una cadencia de marcha, pero el sonido era tan sólo un débil quejido.

Decidió no mirar hacia adelante. Era más fácil mirar hacia el suelo mientras caminaba.

Recordaba que cuando era un niño, su padre había hecho que plantaran manzanos en la parte de atrás de la casa. Cuando la fruta estaba ya madura, su padre la recolectaba y la llevaba en cestos al sótano. Allí cortaba y pelaba las manzanas, metiéndolas en un depósito grande, triturándolas. Luego las ponía en vasijas de barro y esperaba que se convirtiesen en sidra.

Su madre se reía y le decía a su padre que en el supermercado vendían sidra a medio dólar la botella, pero su padre sonreía y no le hacía caso.

En el otoño, su padre acostumbraba a sentarse entre las hojas muertas del patio posterior, sobre el césped que había plantado por sí mismo, bajo un manzano que había hecho crecer de una simiente, bebiendo su sidra y mirando al pedregal que había edificado con sus propias manos.

Su padre era un hombre feliz.

Arthur nunca lo había comprendido hasta este momento en que se hallaba en la autopista.



Mientras caminaba, cabizbajo, se dio cuenta de los restos que llenaban el borde de la carretera. Sus ojos contemplaron arrugados paquetes de cigarrillos, latas de cerveza, trozos de papel... y luego algo extraño. En trozos de terreno liso, vio pisadas de conejos. Las pisadas formaban un claro sendero en el polvo. Se detuvo. Sus ojos siguieron las huellas a través del desierto.

Fue entonces cuando divisó un conejo, el primero que había visto en toda su vida.

Se hallaba entre dos cactus, a unos siete metros de distancia, con las orejas tiesas, mirándole.

Dio otro paso, esperando que estallara en movimiento. El conejo se quedó rígido, moviendo la nariz, y luego se puso de cuatro patas y mordisqueó el matorral que tenía más cercano.

Vaya, pensó. No tiene miedo. Probablemente nunca ha visto a un hombre a pie en toda su vida. Podría llegarme hasta él antes de que escapase. Parecía increíble que el conejo viese pasar todo el día a los coches y desconociese la existencia de los humanos.

Repentinamente, apartó al conejo de sus pensamientos, mientras llegaba a la cresta de la elevación del camino. Por delante de él sólo se veía más desierto, atravesado por la autopista que iba a perderse entre unas bajas colinas situadas a muchos kilómetros de distancia.

Escuchó el sonido de la bocina.

Miró y vio cómo el coche pasaba a su lado. Entornando los ojos, pudo ver a una rubia sentada al frente, al lado de un hombre de aspecto muy joven. La muchacha le hizo un saludo burlón. El coche era una reliquia, parecía un modelo de 1965. Esto significaba que no podía ser conectado a la red. El pensar que un coche podía ser manejado manualmente por una autopista, le produjo un cierto shock. Entonces su sistema nervioso sufrió otro shock.

Notó como se le hundía el estómago. Había reconocido a la muchacha: era *su* rubia.

El regreso al coche fue un infierno.

De vez en cuando tenía que detenerse, sentarse y descansar. Estirado entre la porquería de al lado de la autopista, se maldijo a sí mismo, a su coche, y maldijo a la gente que pasaba por su lado.

En alguna forma se alzó y continuó caminando.

Podía notar como se le formaba una ampolla en el talón de su pie izquierdo. Resultaba claro que sus elegantes zapatos no estaban hechos para caminar.

Recorrió los últimos centenares de metros en una desigual carrera, y se desplomó contra el costado del coche. No tenía fuerzas para abrir la puerta y meterse dentro.

Pasó media hora antes de poderse poner en pie.

Vio las marcas dejadas en el suelo por el otro coche al frenar para detenerse. Las líneas oscuras de goma daban testimonio del riesgo

desesperado que el conductor había aceptado para detener su coche en el polvo. Notó como la ira lo sumergía totalmente. Cuando le pasó, se sintió vacío.

¿Por qué no podía ella haber atraído a un hombre mientras él estaba allí? No, tenía que esperar hasta que él se había alejado por el camino. Y entonces había llegado aquel conductor idiota para quemar sus neumáticos mientras rescataba a la doncella en peligro. Pero luego pensó: ¿no habrías hecho tú lo mismo? Si vieras a una rubia fenomenal sola en la autopista, ¿no harías todo lo posible para ayudarla? Se preguntó por qué no se le había ocurrido antes. Nadie dejaba abandonada a una muchacha bonita en problemas. Hubieran parado por ella, pero no por un hombre con el mismo problema. Hubieran parado por una docena de buenas razones. Por haber estado solos o por estar con alguien. Por el tráfico, por, por, por...

Arthur Danyluk podía sentir su grasiento sudor cubriéndole el cuerpo mientras el caliente sol caía sobre él. Volvió a meterse en el coche. Bueno, pensó, ¿y qué hago ahora? ¿A dónde voy? ¿He de quedarme aquí con el pulgar en alto hasta que me desplome con una insolación o hasta que mis tejidos se queden secos y muera de sed? Y, cuando se haga oscuro y llegue el frío, ¿tendré que quedarme temblando en el asiento trasero de este coche inútil hasta que el sol se alce de nuevo?

Y, cuando llegue la próxima semana, ¿estaré rígido en el interior de un ataúd de doce mil dólares al lado de la autopista? ¿Esperaré a que los insectos y animalillos roan mis huesos?

Se sintió cansado, viejo y temeroso.

Se cubrió los ojos, protegiéndolos del relumbro del sol en el capó. Tenía la lengua hinchada dentro de la boca.

Sentado allí, vio claramente el desierto por primera vez. Vio al verdadero enemigo: el reseco polvo y la escasa vegetación, las rocas y los guijarros.

¿Eres tú la razón por la que se construyeron los duraderos edificios y las rápidas máquinas y las grandes autopistas, en forma de que por su misma complejidad y por su mismo gran número podamos construir más rápidamente de lo que tú puedas gastar y destruir?

Podía notar como pequeñas manchas doradas bailaban bajo sus párpados cuando los cerraba muy apretados.

¿Es así como van las cosas?, pensó. ¿Debemos juntarnos para conseguir la fuerza con que sobrevivir? ¿Está desamparado un hombre solo? ¿Acaso yo, Arthur Danyluk, no tengo posibilidad alguna?

El desierto esperaba... El mismo desierto que habían cruzado los pioneros, hombres que rehusaban seguir las normas, que desafiaban los peligros si había una posibilidad de labrar su propio camino.

Y entonces, dentro de sí, supo la respuesta. Pensó en su padre, y una expresión de dureza se formó en sus ojos.

Con su gruesa y blanda mano, abrió la puerta del coche y salió. Fue al portaequipajes y lo abrió. Escogió una llave inglesa de la caja de herramientas. ¡Por todos los infiernos, no iba a pasar hambre! Tenía cerillas con que prender fuego. Y las pisadas que había visto, el conejo... Allí había vida. En otro tiempo tenía buena mano para lanzar cosas. Y había leído que algunas plantas del desierto contenían agua.

Miró a los automóviles que pasaban a su lado en gran marea y escuchó el tamborileo de los motores en el silencioso aire del desierto. La luz reflejada de las puertas y los parachoques le golpeaba la vista. ¡Malditos sean, pensó, no los necesito! Echando hacia atrás sus hombros, se giró, enfrentándose al desierto. La autopista se desvaneció tras él, los apresurados coches se perdieron entre el caliente silencio. Ahora tan sólo le rodeaba la tierra virgen. Por delante, por detrás, por los dos costados.

Arthur C. Danyluk se dirigió a enfrentarse con el enemigo.

Título original:

THE FREEWAY

© 1963, *Star Press Inc.* by arrangement with *Forrest J Ackerman*

Traducción de E. Pérez

DELTA

CHRISTINE RENARD

y

CLAUDE F. CHEINISSE

Excepto algunos intentos aislados, como el famoso *The Lovers* (Los Amantes) de Philip José Farmer, el tema sexual parece estar olvidado por los autores de *SF*, siendo usado a lo más tan sólo como complemento. Algunos autores han querido ver en ello un cierto desinterés del público hacia estos temas, lo cual —dicen— ha motivado que los autores tampoco lo tocaran con demasiada profundidad. Pero el hecho de que el relato que les presentamos aquí, obra conjunta de dos de los autores jóvenes franceses más cotizados del momento, haya merecido el primer puesto dentro de una antología que recogía a diecinueve obras de otros tantos autores de esta nacionalidad, da que pensar. Porque, por supuesto, el tema de este relato es precisamente las posibles relaciones sexuales de los habitantes de la Tierra con visitantes extraterrestres, cuya conformación sexual es probable que sea muy distinta a la nuestra.

Si yo leyera los periódicos, tal vez nada de todo esto hubiera ocurrido. Pero no leo los periódicos, no estoy al corriente de nada. De muy pocas cosas en todo caso. Y la etnología, terrestre o no, apenas me interesa. De acuerdo, sé reconocer vagamente de qué rincón de la galaxia viene este que tiene los ojos color púrpura, o aquel otro cuyos brazos tienen cuatro articulaciones... algunas veces sé también quienes son apreciados, poco apreciados, odiados o temidos por nosotros, los terrestres. Pero esto no va más lejos: desconozco los detalles. Quizá nada de todo esto me hubiera ocurrido si yo hubiera sabido...

¿Pero para qué buscarme excusas? Sabía bien que no puede nacer un niño de la unión de dos especies distintas, sabía también que, por esta razón, se prohíben los matrimonios interraciales. Sin embargo, prescindí de ello. Así que... si yo hubiera sabido también *el resto*, tal vez todo hubiera ocurrido igual. No buscaré pues vanas excusas: he aquí lo que hice.

La superiora del colegio de huérfanos de Dijon, que es también mi tía y quien me ha educado, había decidido enviarme a cuidar de los niños más pequeños de la señora N***, la cual tenía una villa en La Ciotat; así podría

disfrutar de unas vacaciones al borde del mar. Las calas eran hermosas, llevaba en mi maleta los libros para el examen que estaba preparando, hacía buen tiempo, y los niños eran encantadores. Pero no me sentía feliz. Mis veinte años pesaban sobre mí, la soledad me angustiaba. Y me despreciaba por sentirme emocionada al oír las canciones tontas de la radio. Quería hacer grandes cosas, pero también era joven, era hermosa y, sí, me sentía desgraciada. Desgraciada de no tener a nadie, ni un amor al que llorar, ni nada que lamentar. Nada interesante por hacer, nadie interesante a quien ver durante el día. Y me despreciaba por ser así, y cuando por la noche me miraba ante el espejo, viendo mis cabellos rubios que descendían hasta casi las rodillas, me decía: «Tengo veinte años, la edad de amar, la edad de tener un amante». Pero el hijo de la señora N***, que tenía veinte años, y sus amigos, me parecían vulgares y estúpidos.

Fue entonces que llegó Irveille.

Aquel día estaba en los pinares, por encima de una cala. Buscaba guijarros curiosos; él también, o esto al menos es lo que dijo. Supe por su acento que era Extranjero. Supe que era un Arturiano cuando se quitó sus gafas negras. Puesto que los Arturianos tienen ojos distintos a los nuestros; unos ojos magníficos, triangulares, donde el iris ocupa todo el espacio, unos ojos que se oscurecen o palidecen al ritmo de sus emociones. *Esto* lo sabía. Para mí, ésta era la única diferencia entre ellos y nosotros.

Me dijo que se llamaba Irveille. A decir verdad no es exactamente así, pero transcribo como puedo este sonido para el cual no poseemos letras; así es como lo haré a todo lo largo del relato.

Andamos lentamente entre los pinos, recogiendo de tanto en tanto un guijarro, y hablamos de todo y de nada. Sí... él me habló de Arturo. Yo no me cansaba de oírle hablar de los peces de ojos bordeados de pestañas (como aquellos de los primeros dibujos animados, que se pasan aún en algunos clubs de aficionados al cinema plano del siglo xx), de las flores minerales, de la noche que llega bruscamente, de los niños que crecen más rápidamente que en la Tierra. Pero no me habló de esta diferencia esencial entre nuestros dos mundos: ¿por qué no lo hizo? Intentaba hacerme conocer su planeta por los minúsculos detalles que no pueden saber aquellos que jamás han abandonado la Tierra y que no citan los libros de viajes. ¿Qué libro podrá describir jamás el aroma de los vergeles inundados de sol y el vuelo de las golondrinas en otoño? Irveille me hablaba de lo que no puede hallarse en las enciclopedias. Él no sabía que mis conocimientos sobre su mundo se reducían a casi nada: Arturo (en realidad se debería decir Arturo IV, pero siendo el único planeta

habitado de su sistema le damos el nombre del sol) gira alrededor de una enorme estrella anaranjada. Nuestros gobiernos se hallan en buenas relaciones, nuestros niveles técnicos y científicos son más o menos comparables (con un ligero avance por parte de los arturianos en algunos campos). Es un mundo rico, que exporta objetos raros y preciosos a toda la galaxia. Ávidos de viajes, los arturianos nos visitan a menudo, y existen colonias permanentes de ellos en los lugares de la Tierra privilegiados por su clima. Creo que esto es todo lo que yo podía decir de este mundo y de sus habitantes; esto, y los ojos triangulares. ¿Sabía yo entonces que en la Tierra se les consideraba una raza de señores enormemente refinados y altaneros? No sé. A decir verdad, me es difícil ahora concretar entre mis recuerdos.

—Vamos a bañarnos —dijo Irveille. Y descendimos hacia el mar. Recuerdo que pensaba con alivio en que llevaba mi traje de baño bajo mi vestido y que éste, abotonado de arriba a abajo, sería fácil de quitar, y que lamentaba al mismo tiempo que este traje de baño barato estuviera tan mal cortado. Hasta entonces no se me había ocurrido pensar en aquello. Mientras tanto, Irveille hablaba de las aguas de Arturo:

—Elisabeth, no puedes imaginarte lo cálida que es el agua ahí abajo. He creído sofocarme del sobresalto en el primer baño que he tomado aquí, y algunos de entre nosotros no han podido acostumbrarse nunca.

Llegamos a la playa. Una silueta que, a contraluz, se destacaba sobre el cielo y el agua, nos hizo un gesto. Irveille dijo simplemente:

—Aquí está Imonea.

Su imagen, en aquel instante, ha quedado grabada en mi recuerdo, indeleble sobre el fondo vibrante de luz. Iba vestida aproximadamente como Irveille, un pantalón de tela clara y una túnica oscura, pero el corte era diferente: unos pliegues en el talle hacían resaltar la línea aguda de los senos, altos y menudos, sobre la delgadez del talle que apenas se ensanchaba en las caderas.

Vino hacia nosotros. Su andar era flexible y armonioso, y llevaba su cabeza, coronada por cortos cabellos negros, levantada. Pensé en Tristán: «*ancho de espaldas y delgado de caderas...*». Tristán... hermoso, trágico, vibrante de juventud y de fuerza, y de orgullo también. ¿Sabía entonces que se odiaba un poco a los Arturianos por toda esta belleza y esta gracia desdeñosa propia de los hijos de grandes familias que desde hace siglos tienen la vida fácil? Me vino a la memoria una expresión inglesa: «*Nacido con una cuchara de plata en la boca*».

Irveille nos presentó la una a la otra sin dar detalles: «He aquí a Imonea, he aquí a Elisabeth». Nada más; así es como actúan los arturianos. Ella me sonrió y me tendió la mano. Me miró de una manera que me desconcertó. Recuerdo haber experimentado, una sola vez, una turbación semejante. Tenía entonces dieciséis años, un grupo de chicas mayores que yo estaba contando historias escabrosas y, para hacer coro, dije algo que después he olvidado pero que de hecho era, sin que yo me diera exactamente cuenta, una obscenidad enorme. Hubo un silencio, todas me miraron, y enrojecí ante mi ignorancia y ante todo lo que presentía. Cuando Imonea me miró, experimenté lo mismo y enrojecí. Sin embargo, aún no había adivinado nada.

—Vamos a beber algo en alguna parte —dijo Imonea.

Renunciamos al baño, y nos instalamos en la terraza de un pequeño café enclavado entre las rocas, desde donde se veían los pinos y la cala. Imonea me ofreció un cigarrillo, que rehusé: aún no había fumado nunca. Ella me rozó la mano, y ahora me digo que esto debió de impresionarme, porque lo recuerdo muy claramente. Hablamos de Arturo y de la Tierra, de música y de pintura. Su cultura terrestre era sorprendente. Estaban extremadamente obsequiosos conmigo: mis menores deseos eran satisfechos inmediatamente. Apenas iniciaba un gesto, ya me tendían lo que deseaba.

Después cenamos juntos. Era mi día libre, y había creído que iba a arrastrarlo miserablemente en la soledad; esta velada me parecía un cuento de hadas. Bebí un poco y me puse a hablar, demasiado sin duda. Explicué la muerte de mis padres cuando era aún muy pequeña, y mi triste infancia en el colegio del que mi tía era superiora. Conté cómo me sentía diferente de las chicas de mi edad, cuán desamparada me sentía ahora que estaba sola y, por primera vez en mi vida, un poco independiente. Les dije que tenía veinte años y que quería hacer grandes cosas.

No había recogido mis cabellos, y los sentía colgar pesados y cálidos en mi nuca. Imonea tomó un mechón y lo enrolló en su dedo. «Tienes un pelo espléndido, es tan raro entre nosotros ver algo así. Una sobre diez mil, tal vez».

Al salir, quise ponerme la chaqueta. Una mano me la colocó con solicitud sobre los hombros, era Imonea, alguien me abrió la puerta, era Irveille. En un espejo sorprendí una mirada de entendimiento entre ellos.

Regresamos. Quiero decir que me acompañaron hasta la casa de la señora N***. También recuerdo esto. Estaban allá, ante mí, en el momento de despedirnos ante la puerta de la casa. Lo recuerdo. Jamás me he sentido tan pequeña, tan frágil, demasiado rubia y demasiado infantil. Jamás tampoco me

he sentido tan mujer. Es ahora que me doy cuenta de ello, pero creo que entonces ya lo sentía. La atmósfera, entre nosotros, era turbadora; de pronto sentí miedo. Estaban allá, tan altos, tan extranjeros, tan diferentes, enigmáticos... Me pareció de pronto evidente que esperaban algo de mí, y que sus ojos extraños me miraban en una especie de interrogación. Me sentí como cogida en una trampa, y subí los escalones de la entrada sin decirles hasta la vista.

No sabía que en Arturo nunca se dice hasta la vista.

A la mañana siguiente, cuando salí de mi habitación para levantar a los niños, la señora N*** me dijo que lo haría ella misma y que quería hablarme. Las palabras que me dijo no llegaron hasta mí. No las recuerdo. Sólo recuerdo su significado. Quedaba despedida desde aquel mismo momento, sin certificado, por conducta inmoral, ya que se me había visto cenando con dos arturianos. Quizá, si hubiera exigido explicaciones... Pero sentí aquella escena como una manifestación de odio racial por parte de aquella gran burguesa mezquina y segura de sí misma. Respondí que los arturianos valían tanto como los terrestres. Me repuso que, puesto que consideraba las cosas así, era evidente que la decisión tomada a mi respecto estaba justificada. No dije nada, ni una palabra más. Hice mi maleta y salí por la puerta de servicio, como si hubiera cometido algo vergonzoso. La cocinera y la criada se cruzaron de brazos y rieron irónicamente cuando pasé. No sabía entonces que, pese a los salarios excepcionalmente elevados que ofrecían, los arturianos no conseguían hacerse servir por terrestres. Pese a que esto les costaba verdaderas fortunas, tenían que hacer venir criados de otros mundos.

Mi maleta era pesada: muchos libros, un poco de ropa interior, mi chaqueta y otro traje. La señora N*** había sido generosa, en su deseo de verme partir: un mes de adelanto y una indemnización. Pero yo no quería regresar a casa de mi tía y ¿cómo hacer para tomar una habitación en el hotel, cómo hacer para encontrar trabajo? El mundo entero me parecía hostil y cerrado.

Por segunda vez dejé mi maleta. Las lágrimas enturbiaban mi vista, y los pañuelos estaban en el fondo de la maleta. Mi peinado se deshacía, y una correa de mi sandalia acababa de romperse. Comenzaba a hacer terriblemente calor. Dos manos se posaron en mis hombros. Era Irveille. Me tendió un pañuelo. Tomó mi maleta. No sé si fue en este momento que comencé a quererle. Prefiero pensar que fue más tarde, pensar que lo quise porque era tal como era que decirme que lo quise porque llegó en el momento preciso.

Cuando mis lágrimas cesaron de correr, le dije que había sido despedida, que no tenía ni techo ni trabajo y que no sabía cómo encontrar ni lo uno ni lo otro. Pero no le dije el motivo de mi despido, sentía vergüenza por este insulto de una mujer de mi raza hacia esos extranjeros que eran nuestros huéspedes. Dije: «... a causa de algunas divergencias de opinión sobre la educación de los niños». Pareció creerme. Dijo: «Ven a nuestra casa: Imonea se sentirá feliz de acogerte».

¿Imonea era su mujer, su amante o su hermana? Los arturianos eran tremendamente irritantes no dando jamás explicaciones sobre la situación de la gente y su relación entre ellos. Pero había algo sobre todo que no olvidaba: Imonea iba a acogermme, se sentiría feliz de hacerlo; me daba cuenta de que esto no era una fórmula de cortesía, y me sentía tan lamentablemente sola y desesperada.

Apenas recuerdo nuestra llegada a la villa, el vestíbulo, las vastas habitaciones, toda aquella claridad, todo aquel lujo. Yo seguía a Irveille: fue en el momento en que entramos en el salón que sentí llamear mi alegría a causa de una frase, de una simple frase: Imonea se hallaba hablando ante el visiofono, en la pantalla había la imagen de un oficial del Servicio de Inmigración.

—Sí —decía Imonea—, se han equivocado ustedes. Irveille es soltero: he aquí su número...

No escuché la continuación. Sentía mi corazón que latía fuertemente. Irveille era soltero, no era el marido de Imonea. Así, para mí, estaba libre, yo estaba libre para amarle, libre para esperar su amor. Irveille no estaba casado, mi corazón repicaba.

El resto fue algo como un cuento de hadas. La villa que tenían alquilada era magnífica. Mi habitación era deliciosa, con una gran terraza sobre el mar. Imonea e Irveille tenían todas las atenciones conmigo. Un cuento de hadas. Jamás había tenido una vida tan dulce, ni en el colegio ni en casa de la señora N***, donde tenía la habitación más inconfortable y bastante trabajo. Durante algunos días no opuse resistencia; me dejé halagar, mimar, me dejé amar. Sí, así es; ahora puedo decirlo, y entonces ya lo pensaba aunque fuera sin expresarlo: me dejé amar. Y no intentaba comprender. Sí, les debía todo y yo no podía hacer nada por ellos, pero aceptaba los hechos. Creo ahora que rehusaba con todo mi ser el comprender.

Y ellos creían que yo había comprendido.

Una noche, recibimos la visita de Maereille e Isloa. Llegaron después de cenar.

—Hola —dijo Imonea—. ¿Siempre solteros?

—Bueno, sí... —dijo Maereille.

—A mí me conviene esto —dijo Isloa.

Hablaban en francés por cortesía hacia mí, pero esto no me ayudaba demasiado a comprender. Ya que todo me daba a entender que vivían juntos. Hablaban de su habitación común, e incluso incidentalmente de su lecho común. Saqué de ello la conclusión de que Isloa prefería una situación irregular y rehusaba casarse con Maereille oficialmente, pero esto encajaba mal con el resto de la conversación.

Después de su partida, Irveille e Imonea hablaron de ello.

—La lástima —dijo Irveille— es que creo que Isloa no se preocupa porque la situación le gusta así. No lleva nunca a nadie, y despide sin cumplidos a todas aquellas personas a las que trae Maereille.

—¡Cómo se ve que no les has mirado! Me pregunto si, en un cierto modo, esta situación no le gusta también a él, y entonces la sabotea a conciencia presentándose con personas inverosímiles. Isloa se pone a gritar, discuten, se reconcilian, y de nuevo vuelve a comenzar todo...

—Los arturianos somos enormemente complicados —me dijo Irveille acariciando mis cabellos—. ¿Esto no te da miedo?

Dije que no. Es insensato, pero dije que no, mirándole fijamente a los ojos. No, Irveille, esto no me da miedo.

Aquella tarde empecé a reflexionar; bruscamente, me di cuenta de que Irveille e Imonea me habían aceptado sin pedirme nada, y que nunca se planteaba el problema de mi partida. Había pasado cinco días de ensueño, y guardaba de ello un recuerdo confuso y delicioso: paseos por el mar, exposiciones, excursiones por la costa... había dejado colmarme de atenciones. Pero bruscamente la curiosidad que había despertado en mí la visita de Maereille e Isloa me empujaban a interrogarme, tanto sobre mis anfitriones como sobre mí misma.

Era algo como en el colegio, el examen de conciencia de todas las noches. ¿Por qué permaneces aquí, Elisabeth? ¿Por qué? Porque estoy bien aquí, Padre mío, porque la vida se me hace fácil y suave y son atentos conmigo, cosa que no había tenido nunca. ¿Pero aún, Elisabeth? Sí, aquella noche daba vueltas y vueltas en la cama, intentaba comprender lo que me retenía en la villa, daba vueltas y vueltas en la cama sin poder apartar de mi mente la imagen de Irveille.

Hacía mucho calor, y decidí ir a tomar una ducha fría. Irveille se había ido a acompañar a Maereille e Isloa a los Bajos de Provenza: no había pues nadie más que Imonea en la casa, y es por eso por lo que salí desnuda de mi habitación. Sentía un placer infinito en realizar cosas así, que me daban la impresión de liberarme de la cárcel del colegio. Llegué al cuarto de baño en el momento en que Imonea salía de él.

Retrocedió al verme.

—Perdona, Elisabeth, lo siento.

Sonreí, un poco sorprendida por su reacción, y creo que respondí algo tan banal como:

—Pero si no tiene importancia.

—Estás hermosa, así —dijo ella, con una voz baja y como ronca.

Esto no me sorprendió demasiado: Imonea era pintora, y en efecto yo debía de estar hermosa en aquel corredor bañado por la luna, con mis cabellos sueltos a la espalda. Y me sentí muy feliz, ya que si Imonea me encontraba hermosa Irveille, que tenía sus mismas normas, debería encontrarme igualmente hermosa.

—Si no tienes sueño —continuó Imonea con la misma voz baja—, ven a la terraza. Se está bien allí esta noche.

Iba a seguirla cuando llegó Irveille. Cuando oí el coche me precipité en el cuarto de baño: mi deseo de luchar contra las ideas recibidas no llegaba hasta el punto de dejarme ver desnuda por un hombre. Les oí hablar en arturiano. Permanecí mucho tiempo bajo la ducha, después froté mis rodillas y mis talones con piedra pómez, después me limé y pulí las uñas de los pies. No terminaba de ocuparme de mi cuerpo, yo que durante tanto tiempo no me había preocupado más que de mantenerlo en buena salud. Finalmente, a disgusto, me envolví en una toalla para franquear el corredor y regresé a mi habitación para acostarme. Un poco más tarde oí la puerta del cuarto de baño, y bruscamente me hirió mi egoísmo: durante más de una hora había permanecido allí, en el momento en que Irveille regresaba polvoriento del camino, y naturalmente él no se había permitido ni el llamar a la puerta. Como si se hubieran abierto todas las compuertas, los recuerdos surgían como oleadas: incidentes mínimos, pequeños hechos insignificantes, pero que de pronto se presentaban bajo una nueva luz. Irveille e Imonea me mimaban, me lo daban todo, no me pedían nada. Habían comprendido rápidamente todos mis gustos. Hablaba yo de Fray Angélico, y por la noche encontraba un álbum de reproducciones en mi habitación. Decía que me gustaban las cortinas

azules, y por la noche las hallaba en mi ventana. Y yo aceptaba todo esto como si fuera normal.

Hubiera querido decírselo, explicarles en seguida cómo me emocionaba su bondad, lo feliz que era en su casa. Y hubiera querido decirle a Irveille que lo amaba, cuánto lo amaba. Pero enrojecía ante este solo pensamiento. Irveille. Creo que, si me hubiera tomado en sus brazos, me hubiera desvanecido de felicidad. Imonea. ¿Qué sentimientos me inspiraba ella? La admiro, me decía; pero sabía que ésta no era la verdad, no toda la verdad.

Tenía la vaga impresión de estar equivocada, de ser culpable, de haber hecho algo malo. Me parecía confusamente que mi deber era irme. De todos modos, era preciso abordar el tema. Sería más fácil con Imonea, quizá ella estuviera aún en la terraza. Esta vez, me puse una bata de baño antes de abandonar mi habitación.

Ella estaba allá, acodada en la barandilla. Con la garganta anudada por la timidez, me detuve, lista para retroceder. Pero ella me había oído. Dijo:

—Elisabeth, sabía que vendrías. ¿No tienes frío?

Sacudí la cabeza, sacudiendo al mismo tiempo mi largo cabello bajo la luz de la luna. Lo hice a conciencia: sabía que a ella le gustaba este gesto.

Irveille llegó. Tenía consciencia de que estaba desnuda bajo una simple bata de baño, pero no me moví. Me sabía hermosa así, al menos sabía que ellos me encontraban hermosa.

Y después sentí bruscamente la misma impresión que el día en que los había encontrado. Una sensación de ser dominada, de estar maniatada. Eran mayores que yo, poseían sorprendentes situaciones a escala galáctica, y yo no era más que una pobre pequeña estudiante, pobre y sin ningún futuro, incluso en la Tierra, incluso en Francia. No era nada, no tenía nada. No tengo más que mis cabellos y mis veinte años, pensé desesperadamente. ¿Es que esto puede ser suficiente? ¿Ser suficiente para quién?

Hubiera querido decirles que les daba las gracias por su acogida y que había apreciado todas sus atenciones, que hubiera querido poder hacer algo por ellos. Hubiera querido hablar también de mi partida, ya que finalmente era preciso pensar en ello. Hubiera sido preciso sobre todo decirle o hacerle comprender a Irveille que lo amaba. Pero esto me era imposible. Toda una educación de reservas pesaba sobre mis hombros con un peso mayor que el de mis cabellos.

Torpemente, dije:

—Es preciso que piense en irme.

—Elisabeth —dijo Irveille—. ¿Quieres realmente dejarnos?

Irveille, pensé desgarradamente, si supieras cómo desearía no separarme nunca de ti...

Miré la punta de mis pies.

—No es esto, sino que me hallo en vuestra casa, tal vez os molesto, y después... ¡soy tan pobre! No podría nunca recibirlos en casa, yo... no tengo nada...

Irveille tomó mis manos, y esto me produjo una emoción tal que las lágrimas asomaron a mis ojos.

—Elisabeth, somos tan felices con tu presencia. Nuestro mayor deseo sería el de llevarte a nuestro mundo con nosotros.

No respondí una palabra. Irveille había dicho: «... *con nosotros*».

Fue a la mañana siguiente que recibí una carta de mi tía. No había tenido el valor suficiente para ponerla al corriente de mi despido, pero la señora N*** se había encargado de ello. Quemé aquella carta, que me producía demasiado daño. Mi tía apelaba a todos mis buenos sentimientos y sobre todo al reconocimiento, me hablaba también mucho de Dios y de la Iglesia y de sus decretos, y me hablaba de mi alma inmortal y de «algunos pecados que, ellos sí son mortales». Estas frases provocaban mi indignación y mi cólera, pero lograban su objetivo: jamás me sentí tan indigna, tan culpable como en aquel momento. Al mediodía no pude comer, fui a echarme un rato pretextando un dolor de cabeza.

Cuando Imonea vino a buscarme me halló en un mar de lágrimas. Le dije:

—He recibido una carta de mi tía, y lo que me ha escrito me es insoportable.

Los postigos estaban medio cerrados; en la penumbra, Imonea me atrajo hacia ella y lloré en su hombro. No deseé el hombro de Irveille, no en aquel momento. Imonea hablaba suavemente, con su hermosa voz grave y un poco sorda, con el acento cantarino de los arturianos:

—Tu tía te quiere seguramente mucho, y ella querría para ti lo que cree que es lo mejor. Pero tú, Elisabeth: ¿cuál es tu deseo?

Lo que yo deseaba... Una frase sorprendente, casi incongruente para mí apenas una semana antes: nunca había tomado mis deseos por ley, nunca había pensado que esto fuera posible. Ninguna frase podía trastornarme más, ni siquiera después de cinco días de aquella vida de sueño en la que mis deseos eran enteramente colmados.

Escribí a mi tía una carta corta y seca. Comenzaba así: «*Dentro de tres días cumpliré veintidós años...*».

Fue en la velada en casa de Irvine que intenté finalmente informarme, saber cuales eran las normas éticas de los arturianos, ya que todo era demasiado incoherente, ya que casi comprendía y esta semiincertidumbre era peor que todo.

Para esta ocasión me había puesto —siguiendo los consejos de Irveille e Imonea— un vestido de arturiana: velos múltiples de colores tornasolados recubiertos de una fina red de metales preciosos. ¿Por qué no se me ocurrió que Imonea hubiera debido ponerse un traje similar? Aceptaba como un hecho que ella fuera vestida casi como Irveille, contentándome con admirar la elegancia, la perfección de su sobrio traje, su pantalón ajustado y su túnica corta, evocando un poco el atuendo de los señores de la Edad Media de la Tierra.

El principio de la velada fue para mí un encanto. Irveille recibía en un jardín de ensueño iluminado por linternas de todos los colores. Había bebido un poco y todo el mundo me miraba, sobre todo a causa de mis cabellos que, a petición de Irveille y de Imonea, había dejado sueltos a mi espalda. La mente se defiende bien cuando no quiere comprender: veía algunas arturianas increíblemente frágiles y como inmateriales en sus múltiples velos, y veía a otras arturianas de aire desenvuelto en sus hábitos masculinos, pasando un brazo protector en torno a los hombros de jóvenes adoradas como las vírgenes de los iconos. Y yo no comprendía pero esto no me sorprendía, como si, en una región oscura lejos de la clara consciencia, la verdad hubiera ya estallado.

Entre la multitud encontré a otras dos terrestres. Una de ellas, una mujer estrepitosa, un poco vulgar y muy encendida, me dijo:

—¡Ah, eres tú! Había oído hablar de que Irveille e Imonea habían encontrado a una terrestre.

—¡Encontrado! —dije fríamente—. ¡Vaya unos términos!

—¿Te sorprende mi modo de decirlo? Pero dime: ¿te gusta su sistema?

No respondí inmediatamente, y ella se alejó para que le llenaran de nuevo su vaso. Pero la palabra «sistema» no se borró de mi mente. Supe poco después que aquella mujer se hacía mantener por unos y otros. ¿Y por qué no los arturianos, si eran ricos? Fue la otra terrestre la que me lo dijo; era etnólogo, y se paseaba con una estilográfica, un block de notas y un magnetófono. Mi caso la interesaba mucho, puesto que, decía, «... ¿quién mejor que usted habrá podido acercarse a su cultura?».

—Hace poco tiempo que vivo en casa de Irveille e Imonea, y no soy etnólogo —dije con reticencia. Pero era necesario más para desanimarla.

Continuó:

—Conozco a Irveille e Imonea. Pertenecen muy ciertamente a la élite, son seres notables, pero en lo que concierne a sus costumbres se hallan dentro de la norma, no pueden estar más dentro de la norma. Y son las costumbres de los arturianos lo que me interesa; es sobre ello que preparo mi tesis...

Atrapé la pelota en el aire.

—Yo apenas he leído nada sobre Arturo. ¿Podría indicarme usted algunos títulos?

Encantada, sacó de su bolsillo un pequeño opúsculo, diciéndome:

—Esto no es más que un documento de base, pero al final tiene usted una bibliografía un poco más completa.

Luego, para desembarazarme de ella, me vi obligada a prometerle una entrevista para dentro de dos días.

Después encontré a un terrestre que se había casado con una arturiana, una arturiana de cabellos de plumón dorado, delgada y frágil como una estatua de marfil. Me dijo con un tono amargo:

—Evidentemente, para una mujer, el sistema arturiano es en el fondo el ideal. Pero créame, para un terrestre que se casa con una arturiana, esto no tiene nada de divertido.

—¿Por qué? —le pregunté—. ¿No es usted feliz?

Ciertamente, aquel pobre muchacho no podía encontrar una interlocutora más tonta ni menos informada, pero él huía de la etnólogo para preservar sus secretos de alcoba, y la aventurera tenía demasiadas cosas que hacer para escucharle. Le era necesario confiarse con una mujer de la Tierra, y yo estaba allá.

—Le aseguro —me dijo—, que no soy un bruto, pero las arturianas tienen la costumbre de ser tratadas como ídolos. Yo no lo consigo. Tengo una buena situación, pero mi mujer gastaría fácilmente dos veces lo que gano.

—¿No lo sabía usted antes de casarse?

Pareció reflexionar, pesar sus palabras, antes de responder:

—Lo sabía, por supuesto, pero no quería comprenderlo. Creía que lo superaría, puesto que... biológicamente... en fin, quisiera que comprendiera mi posición. Vea: en ningún plano, una arturiana no puede sentirse satisfecha con un terrestre. Creo que el amor entre nuestras dos razas es imposible, salvo quizá para las terrestres, si es que ellas pueden habituarse...

Me dirigió una extraña mirada, pero no me hizo ninguna pregunta; no sentía deseos de hablar más que de él. Continuó:

—Y, después, hay esa amazona que viene demasiado a menudo para mi gusto. Y éste no es el problema menor de mi hogar...

Yo seguía callada.

—... No, no representa ningún problema, ya que esto termina por convertirse más bien en excitante, incluso experimento una cierta curiosidad. Pero esto es todo: ¡rehúso construir mi vida así, rehúso esta clase de hogar!

Enrojecí, cielos, enrojecí. Esto era para mí peor que todo, tenía la confusa impresión de hallarme mezclada en las peores ignominias. Me sobresalté cuando me presentó a su mujer. Me hallaba tan turbada que no la había visto llegar: una miniatura exquisita, más delgada y frágil que yo; parecía no tocar el suelo, sino dejarse llevar por sus velos.

—Mi mujer Arine —dijo el terrestre—, y una de nuestras amigas, Avia.

Tendí maquinalmente la mano. Avia iba vestida como Imonea, y rodeaba a Arine de atenciones. El terrestre, con el aspecto bruscamente triste y contrariado, declaró que quería irse a casa. La mujer no protestó. Hubo breves despedidas, mundanas, graves. Quedé sola con aquella arturiana que me acababan de presentar, aquella Avia que iba a mezclarse en mi vida de tan estrecha manera. En aquel momento no sabía nada de ella.

Tuvo una sonrisa desengañada al verlos partir.

—¡Y bien! —dijo, como una conclusión.

No respondí nada. ¿Qué podía responder?

—¿Les conoce? —añadió ella, designando a la pareja que se alejaba.

—He hablado con él un momento, ahora mismo. Creo que es muy desgraciado.

—¡Oh, sin duda alguna! Un terrestre no puede pretender hacer él solo la felicidad de una arturiana. Pero tiene sus prejuicios, y no desistirá.

—¿Qué podría hacer pues?

Sí, esto es lo que dije, sin ver lo que tenía de atrevido la pregunta. Y por hablar, por mostrarme documentada, por decir algo, añadí:

—Para una terrestre, evidentemente, es distinto.

Recuerdo el embarazado silencio que siguió. Como siempre, por hacer algo, jugueteé con un mechón de mis cabellos.

Bruscamente, Avia reemprendió la conversación, cambiando deliberadamente de tema. Me dijo que era escultora, me habló de su trabajo, y me invitó a ir a pasar un fin de semana en la villa que había alquilado en Cassis para mostrarme su trabajo. Esto me tentaba mucho. Se lo agradecí, le dije que sí, sí, seguramente iría, y anoté su número de visiofono. Y, en aquel momento, sentí aquella misma impresión de pánico que me sacudía a veces

cuando estaba con Imonea o Irveille. Retorciendo entre mis dedos un mechón de cabellos, dije:

—Quisiera irme a casa. Ahora.

Ella tuvo una sonrisa sorprendentemente brillante, y deslizó su brazo bajo el mío para ayudarme a circular a través de la gente.

—¿Me permite que la acompañe? —dijo, con una voz casi baja.



No tuve miedo de hablarle de Irveille y de Imonea, que estaban en alguna parte entre la gente. Ella proseguía ya:

—Si usted quiere, podríamos ir a ver el mar; a esta hora, las calas son maravillosas. —Su mano se apretó más en torno a mi brazo—. Si no soy indiscreta, dígame dónde vive.

—En casa de Irveille e Imonea.

Se paró en seco, dejó mi brazo, y retrocedió un paso. Sus ojos habían palidecido. Me miró de arriba abajo. Cuando volvió a tomar la palabra, era casi un silbido:

—¡Es el colmo! Figúrese: son mis amigos, unos amigos muy queridos. Estoy aquí tan sólo desde ayer. Sabía que tenían una terrestre, pero estaba lejos de suponer que fuera usted, usted, quien aceptara...

Las palabras zumbaban. ¿Qué era lo que quería decir todo esto? Acudían a mi mente historias turbias, pero también una frase de la etnólogo: *«Irveille e Imonea son gentes notables, forman parte de la élite de su mundo, y desde el punto de vista de sus costumbres se hallan dentro de la norma...»*. Dentro de la norma, Señor, la norma de Arturo... *«Sabía que tenían una terrestre...»*. Pero a fin de cuentas, ¿qué era lo que me ocultaban y qué era necesario que yo supiese?

Avia puso sus manos en mis hombros, me hizo retroceder un poco para mirarme mejor.

—Escúcheme bien —dijo—. Se lo repito: Irveille e Imonea son mis amigos de siempre. Les he defendido siempre, ante y contra todos, ya que son los seres más vulnerables del mundo a causa de su bondad. Les he defendido siempre contra las pequeñas intrigantes como usted, que saben que tienen una fortuna enorme y muchas relaciones. Cuando supe que habían recogido a una pequeña huérfana desesperada, no me sorprendió que hubieran hecho un acto más de salvamento, y después supe que se trataba de un asunto serio y me alegré. ¡Por una vez habían encontrado a alguien que les gustaba tanto al uno como al otro!

Temblando, murmuré:

—Que les gustaba tanto al uno como al otro...

Avia me sujetaba aún por los hombros. Me sacudió:

—¡Ya es bastante! Tiene usted la habilidad de hacer creer no importa qué a Irveille e Imonea con su aspecto de ángel. Pero conmigo esto no sirve...

Hubo voces numerosas, un grupo que llegaba. Avia dijo con prisa:

—Hablemos tranquilamente.

Hubo exclamaciones, frases alegres en arturiano: varias personas, al parecer, conocían a Avia, y se alegraron de hallarla allí. Avia me presentó y, cuando supieron que yo era terrestre, pasaron inmediatamente al francés.

—Íbamos precisamente a reunirnos con Irveille e Imonea —dijo Avia tan pronto como pudo—. Discúlpennos.

No los hallamos entre el gentío. Nos abordaron varias veces; gente que la conocían, otros que me conocían. Avia no se separaba ni un paso de mí, como un guardia de corps de la propiedad de Irveille y de Imonea. Para colmo de desgracia tropezamos con la etnólogo, que se arrojó sobre nosotras, demasiado contenta. Farfullé las presentaciones. Alguien acaparó a Avia, que se alejó a disgusto algunos pasos, furiosa de dejarme un instante sin vigilancia.

—Figúrese —dijo la etnólogo— que acabo de entrevistar a una pareja de arturianos que aquí representa una pareja normal, al menos exteriormente, y que entre ellos son considerados como una aberración. Es por eso que se han instalado en la Tierra, donde son aceptados. Es extraordinario, ¿no es verdad? Había una sorprendente carga afectiva en...

Vi a Imonea y planté a mi compatriota, contenta al pensar que Avia no me vería más cuando terminara con el inoportuno.

—¡Al fin! —dijo Imonea—. Habías desaparecido desde hace tanto rato... Irveille estaba tan fatigado que se ha ido: lo he acompañado a casa en el coche y he vuelto a buscarte. ¿Dónde estabas?

—Con una de vuestras amigas —dije, muy cansada.

Imonea pareció feliz de que hubiera conocido a Avia: precisamente quería invitarla para presentarnos mutuamente.

—No vale la pena, ya está hecho.

Llegamos junto al coche. Imonea se volvió hacia mí y me preguntó:

—¿Cómo, no la encuentras simpática?

Su tono era ansioso.

—Sí —dije entrando en el coche—. La he encontrado muy simpática al principio. Es ella la que no siente simpatía por mí. Pretende que permanezco en vuestra casa a causa de vuestro dinero.

Imonea conducía lentamente, como para prolongar la conversación. Después de un largo silencio, preguntó muy suavemente:

—¿Qué le has respondido?

Sentí entonces una inmensa pena y una gran cólera. Imonea hubiera debido irritarse; en cambio; había permanecido calmada. Así pues, creía que...

—No he dicho nada, porque ha venido gente y porque me sentía demasiado sorprendida. Pero te respondo ahora a ti, y mi respuesta es que haré la maleta mañana por la mañana, porque esta noche ya es demasiado tarde.

Imonea frenó, aparcó el coche al lado de la carretera y se volvió hacia mí.

—Mi querida chiquilla, me siento tan apenada... tú no comprendes. Irveille y yo no hemos llegado a saber si nos quieres. Pensamos que tú eres feliz con nosotros, pero no es lo mismo. Es una tortura para nosotros el no saber...

Bruscamente, se inclinó sobre mí y me tomó entre sus brazos.

—Elisabeth, dime: ¿por qué, por quién permaneces entre nosotros?

Fue contra su hombro que dije, con un hilo de voz:

—Estoy con vosotros porque amo a Irveille.

Ella deshizo su abrazo, puso en marcha el coche.

—Bien, esto es ya un avance. —El coche arrancó bruscamente—. Y yo... ¿tienes alguna objeción a mi presencia?

Esta vez, me sentía confundida. No respondí nada. Ella quiso pasar un brazo sobre mis hombros. Creo que retrocedí, balbuciendo algo como: «No, por favor...».

—Bien —dijo Imonea calmadamente—, es todo lo que quería saber. —El coche volvió a partir en una tromba.

—Entra en seguida —dijo Imonea al llegar—. Voy a llevar el coche al garaje. No te preocupes por las puertas, ya lo cerraré yo todo. Buenas noches.

—Buenas noches.

Me sentía confusa, y tan cansada, tan cansada... Sin embargo, no me acosté. Tendida en mi cama, me puse a leer el opúsculo que me había dado la etnólogo.

Era muy sencillo. Lo comprendí inmediatamente, lo cual no me impidió continuar mi lectura, fascinada, hasta la última página.

Mi error había sido, sobre el supuesto de que se parecían tanto a las gentes de la Tierra, el haber tomado a los arturianos por seres humanos, el haberlos juzgado según las normas humanas. ¡No! El gesto de Imonea hacia mí, en el coche, no tenía nada de desplazado, no era en nada anormal.

Irveille no era un hombre. E Imonea no era una mujer.

En Arturo IV (pero ¿cómo podía ignorarlo? Después he sabido que todos los periódicos de la Tierra habían estado llenos de este tema, desde el primer contacto de las dos razas. Es cierto de todos modos que en el colegio no se

leen los periódicos)...en Arturo, la especie dominante (en su lenguaje ellos le llaman «los hombres», como en todas partes, por supuesto) comporta tres sexos.

Sólo el sexo femenino es desde todos los ángulos idéntico al de la especie humana. Las mujeres de Arturo son muy hermosas y terriblemente femeninas: son unas pequeñas cosas frágiles y tiernas que apenas abandonan la casa. En la Tierra se les ha encontrado rápidamente un nombre, para distinguirlas de... las otras: se las llama las *niñas-niñas*. Ya que hay también otras criaturas que, a los ojos de un terrestre, parecen mujeres, aunque se las distingue por su aspecto un poco ambiguo, una silueta casi andrógina, con una gran estatura y su pecho alto y menudo. Tiene un carácter dominador, un comportamiento muy masculino. Y no hay nada de sorprendente en ello, ya que estas *amazonas* (así se las llama en la Tierra, y jamás hubo un calificativo tan acertado... Imonea, oh, Imonea, la comparación se me había ocurrido ya antes, mucho antes...) estas amazonas son en realidad los machos de la especie. Pese a ello un médico terrestre no prevenido, examinando a una de ellas, podría equivocarse, ya que su aspecto externo es de apariencia femenina: haría falta examinarlas interiormente para descubrir la diferencia. Y sin embargo, desde el nacimiento, es imposible equivocarse sobre el sexo del recién nacido de apariencia femenina, niña-niña o amazona: la amazona pesa más del doble que la otra.

En su lenguaje seco y terriblemente preciso, el opúsculo no me ocultaba nada. Incluso había varios esquemas, muy realistas: Imonea, te veía tendida sobre una mesa de mármol negro, con el vientre abierto, este vientre que no estaba hecho para albergar ningún niño...

Tan grande era entonces mi ignorancia sobre las cuestiones sexuales que ni siquiera me pregunté, antes de proseguir mi lectura, como podía operarse la fecundación. El manual lo indicaba más lejos, en unos términos científicos en donde estaban ausentes todo pudor y todo impudor. El tercer sexo es de apariencia masculina. De apariencia solamente; biológicamente, unos neutros (y, en la Tierra, es precisamente así como se les llama: los *neutros*). Su única función en la fecundación es un papel de transporte. Irveille, mi Irveille tan viril: cuando Imonea y tú hubierais hallado el tercer elemento, la niña-niña que os faltaba, tu parte hubiera sido, en un vínculo casi simultáneo, el transportar los gérmenes del uno al otro, y nada más. Biológicamente, los niños que pudieran nacer de esta triple unión no te deberían nada, no poseerían ninguno de tus genes; no se te parecerían... y sin embargo, en esta sociedad tan extraña a nuestros ojos, tú serías su padre.

En el manual no había más que un breve recordatorio de nociones anatómicas supuestamente conocidas por el lector; en seguida, la mayor parte de la obra estaba consagrada a las implicaciones etnológicas de esta situación. Protegida, rodeada del afecto de los dos conjuntos viriles, la niña-niña de Arturo no trabaja, se deja adorar. Por otro lado, la frecuencia de los embarazos no le deja apenas el descanso de cualquier actividad: es difícil formar uno de estos extraños hogares, difícil a tres personas el gustar lo suficiente, cada una, a las otras dos, para realizar una unión estable; y por ello los hogares estables son mucho más raros que en la Tierra. Si se tiene en cuenta por otro lado el hecho de que el número de descendientes debe ser al menos la mitad más elevado que en la Tierra, resulta evidente que seis o siete niños no representan, allá, más que una familia mínima. Encantadora flor de invernadero, mimada y no teniendo más trabajo que el de ocuparse de sus numerosos niños, tal es la niña-niña.

Pesado es el conocimiento, pero menos que la incertidumbre. Tuve la impresión de poder respirar más libremente, y me metí inmediatamente bajo una ducha fría. Agua fría en la nuca, en los ojos, por todo el cuerpo. «Ahora ya sé», me repetía. Salí tiritando, envuelta en una bata de baño. Me parecía ahora que sería capaz de todo, capaz sobre todo de ir a decirles a Irveille e Imonea: «Ahora ya sé, sé lo que esperáis de mí». No quería pensar en lo que vendría después, pensar en lo que diría cuando ellos quisieran conocer mi decisión. El problema era demasiado arduo para que yo lo afrontara. Me rehusaba con todas mis fuerzas.

Me vestí. Me sentía ligera y vacía, como ebria. Llamé a la puerta de Irveille. No hubo respuesta. Dormía. Dormía con un sueño de plomo. Sabía que los arturianos toman drogas extremadamente potentes que les aseguran, a voluntad, un sueño sin pesadillas y un despertar tranquilo. Era preciso pues ir a ver a Imonea, y en seguida.

Antes de llegar a su puerta vi las cartas en la mesa del vestíbulo. Una a mi nombre. La abrí y la leí.

«A Elisabeth, a quien he amado. Un adiós antes de morir, y morir contenta, ya que suprimo así el obstáculo entre Irveille y tú. Elisabeth, amor mío: un adiós para pedirte que seas feliz sin remordimientos y que cuides a Irveille».

Había otra carta: a duras penas descifré el nombre de Irveille en caracteres arturianos en el sobre.

No pensé en absoluto: a partir de este instante actué mecánicamente, eficazmente, sin una falsa maniobra. Me veo muy claramente marcando en el

cuadrante el número de Avia. Me parece oír aún su voz lenta y baja:

—Léame la carta dirigida a Irveille.

—No puedo, está en arturiano.

—¿No puede descifrarla?

—No, apenas los nombres propios que conozco.

—Ahora vengo. Mientras tanto, despierte a Irveille echándole agua fría sobre el rostro. Hágale beber café muy fuerte. Cuando lo haya bebido, espere algunos minutos, dele la carta y prevéngale de mi llegada.

Hice todo esto calmadamente, rápidamente. Cuando desperté le di la carta, superé mi inmenso deseo de permanecer con él, y descendí a abrir la verja para el coche de Avia, que llegó en tromba al término de algunos minutos, derrapando en la arena del camino.

En seguida, lagunas en mis recuerdos. Lo que me ha quedado grabado es Irveille y Avia hablando en arturiano sin preocuparse de mí. Ambos de la misma estatura en sus vestidos sobrios y oscuros, y yo en ropa de playa azul claro, inútil y estúpida, sabiéndome... no, no despreciada, peor: expuesta a la indiferencia.

Telefonaron a varios sitios, la mayor parte de las veces en arturiano, algunas veces en francés. Después salieron y se dirigieron hacia el coche. Yo les seguía. Avia se deslizó ante el volante, Irveille a su lado. Me acerqué antes de que cerraran las portezuelas.

—Decidme, decidme: yo no se arturiano...

—¡Ah, sí! —dijo Irveille rápidamente—. El coche se ha estrellado en un barranco. Imonea ha sido transportada al hospital arturiano de Cassis, tal vez lleguemos a tiempo.

Supliqué:

—Llévame también —y, sin esperar respuesta, salté dentro del coche al mismo tiempo que Avia arrancaba.

No recuerdo nada del trayecto. Como en un sueño incierto, recuerdo vagamente la llegada al hospital, los médicos, las enfermeras que atravesaban el vestíbulo... todos arturianos, neutros y amazonas, pero ni una niña-niña.

No sabía el arturiano y sin embargo, en los labios del médico, una amazona de ojos pálidos, vi formarse la palabra «muerta». Ella está muerta, han llegado demasiado tarde. No sabía el arturiano, pero esto es lo que ella dijo: lo supe desde la primera palabra.

Avia entro en la habitación con el médico, aquel que acababa de decir esto. Yo permanecí siempre en el vestíbulo. Vi a Irveille descender la escalera

con un paso irregular, y yo descendí tras él. Lo vi descender porque lo amaba; los otros no lo vieron. Y era yo quien estaba allá cuando, con un gesto rápido, sacó una pistola de sus ropas y se disparó una descarga en la sien.

Murió inmediatamente, con el cerebro abrasado, mientras allá arriba salvaban a Imonea.

Cortesía e indiferencia con respecto a mí. Hubiera preferido que me golpearan, que me escupieran al rostro, que me arrojaran en prisión o al espacio: todo, menos esas miradas frías que ignoran mi minúscula presencia, que pasan por encima de mi cabeza. Y, sin cesar, hablan siempre en arturiano, nunca en francés.

Supongo que el cuerpo de Irveille ha sido desintegrado según la costumbre arturiana, e ignoro si ha habido una ceremonia, ignoro si Irveille tenía familia allá, en Arturo. Avia ha debido ocuparse de ello. Para mí, sólo una cosa cuenta ahora: que Imonea vive. Y la partida está lejos de estar ganada: lo presiento, pese a que no se me diga nada.

El personal es abundante, competente y dedicado, y no se me necesita para pasar las noches (por otro lado, no tengo derecho a entrar en la habitación donde ella yace en coma, rodeada de complicados aparatos que la mantienen en vida o que informan a los médicos sobre su estado). Sin embargo, no me iré. Los medios financieros de los arturianos les han permitido construir un hospital suntuoso. Contigua a cada habitación de enfermo se encuentra una inmensa pieza que unos biombos transforman en habitaciones individuales, un cuarto de baño, una terraza, todo esto para la familia o los amigos de los enfermos arturianos que deseen instalarse en el hospital para no abandonar su proximidad. Una pantalla permite ver al yacente a cada instante, se le puede hablar por un altavoz si su estado lo autoriza. Camareras algolianas, estilizadas y eficientes, se hallan a disposición de aquellos que han elegido no abandonar a su enfermo. He dicho «aquellos» ya que he sabido más tarde que, a lo que recuerdan los arturianos, no se ha visto nunca a una niña-niña permanecer en el hospital.

Angustia y tensión mucho más intolerables para mí, a quien no se toman la molestia de dar noticias. El primer día, conseguí obtener una rápida información de cómo estaban las cosas: Imonea se encuentra en coma, un aparato la hace respirar a través de una cánula flexible que se hunde en su garganta. En los frascos de perfusión que dominan su cama, se efectúan delicadas mezclas para restablecer sin cesar un equilibrio químico que su organismo no se halla en estado de asegurar. En sobreimpresión sobre la

pantalla donde adivino su forma, protegida por registros y aberturas tubulares, se inscriben permanentemente dos líneas vacilantes. La de arriba refleja el estado de su corazón: si se vuelve recta, si el corazón de Imonea deja de latir, una máquina tomará rápidamente su lugar: será un incidente grave, pero en absoluto definitivo. La de abajo está formada por lentas ondulaciones, que traducen la actividad —muy lenta, muy perturbada, se me dijo— de su cerebro. Si esta línea se hace recta, será el fin: lo que se llama, tanto en la Tierra como en Arturo, un «coma traspasado». Lo más atroz es que el cuerpo, después de esta muerte del cerebro, podrá ser mantenido en vida por todos los aparatos que lo rodean. Ignoro qué decisión será tomada entonces: detener esta maquinaria ya inútil o proseguir una reanimación ya sin objetivo. Ignoro quién deberá tomar esta decisión. Lo ignoro todo: después del primer día, ya no se me tiene al corriente de nada. Paso mis días ante la pantalla, vigilando las blandas ondulaciones de la línea de abajo. Supongo que, si Avia se queda, es porque aún no se ha perdido toda esperanza. Llego a sentir piedad por ella, al ver su rostro arrasado por la inquietud. Imonea es su amiga de la infancia, su muerte sería una amputación. Vela. ¿No es necesario que ella esté allí cuando vuelva a la conciencia, si vuelve? ¿No es necesario que ella esté allí para anunciarle la muerte de Irveille?

Yo también quiero estar allí. ¿No cometerá Imonea un acto irreparable cuando sepa que Irveille se ha matado creyéndola muerta? Un soplo de esperanza, seco y ardiente como el viento que acaricia las flores minerales de Arturo (es Irveille quien me lo dijo, hace ya siglos), un soplo de esperanza seco y ardiente: *No se matará porque yo estoy allá, porque yo la necesito y ella me ha amado tanto*. Espontáneamente, he hallado las leyes no escritas del pueblo de Arturo.

Fue en este momento, por cansancio, que decidí aprender el arturiano: ¿cómo soportar más tiempo la orgullosa altivez de los arturianos que no me dirigen la palabra, cómo soportar el no saber? Puesto que me ignoran, yo los ignoraré también. No plantearé preguntas. Aprenderé el arturiano, mientras vigilo sobre una pantalla una delgada línea temblorosa.

He comprado en el vestíbulo del hospital varios manuales, gramáticas y libros de vocabulario. Poseo facilidad para las lenguas, a Dios gracias, y memoria. Trabajo todos los días como una condenada. Y he aquí que comienzo a comprender. Ahora sé: aún tres días antes de que estén seguros de salvarla, aún tres días, Imonea, amor mío: si tú murieras ahora, ya no podría vivir más.

Escucho ávidamente las conversaciones, pero nadie lo sabe porque nunca digo nada. Permanezco frente a la pantalla y a la pequeña línea temblorosa, no soy molesta, y puesto que nadie sabe que comprendo no sienten reparos en hablar ante mí. Sé ahora en qué mezquina estima se me tiene, a mí, cuyos brazos no han sido lo suficientemente fuertes como para retener a Irveille, y en qué mezquina estima se tiene a Irveille, que no ha tenido la fuerza suficiente de querer vivir por mí. Oh, tía, usted se cubriría la cara horrorizada, pero sepa que las faltas, allá, no son las mismas que aquí. Allá, cuando la muerte golpea una pareja triangular, cada uno de los dos que quedan se debe al otro. Irveille es un cobarde, y yo no soy más que una pequeña terrestre insignificante que no ha sabido retenerlo, mi amor no ha sido lo suficientemente fuerte como para retenerlo, había dado tan poco sentido a su vida que no valía la pena de ser vivida después de la muerte de Imonea.

Cada día aprendo el arturiano con furor. Gracias, tía, al menos me enseñasteis a trabajar. Apenas duermo, apenas como, he debido adelgazar, mis vestidos son demasiado grandes. Avia lee libros sobre arte, sobre nuestro arte, mira reproducciones, dibujos. Nuestras relaciones son educadas y heladas, y sin embargo yo tengo tantas cosas que decirle, tantas preguntas que hacerle. Pero nada me intimida tanto como esta amazona de mirada altiva, de boca despectiva. Enrojezco cada vez que me dirige la palabra, con su voz grave y baja. Y después hay también otra cosa. Desde la noche del drama, considero a Avia como perteneciente a un sexo diferente. Sé que puede desearme, que me ha deseado. Esos minutos turbadores en la recepción de Irvine, antes de que supiera quién era yo, me vuelven a la memoria, y me refugio en mis libros de arturiano frente a la pantalla sobre la que se inscribe el destino de Imonea.

Tía, ¿sabe lo que hago? Durante catorce horas, quince horas al día, estudio palabras y reglas de gramática. No se cubra la cara horrorizada, tía, es para salvar a un ser humano. Un ser humano (incluso si usted no le reconoce como tal) junto al cual deseo, si sobrevive, pasar el resto de mi vida. Llore por mí si lo desea.

Esta mañana he oído en el corredor una conversación que no iba destinada a mí. Sí, yo, Elisabeth, escucho ahora, cada día, conversaciones que no van destinadas a mí. A esto se le llama «indiscreción». Tanto peor. Después de todo, espero el despertar de una amazona para decirle que la amo. Tía, cúbrase el rostro.

Así pues, escucho tras las puertas. En el corredor, Avia y dos médicos. Uno de ellos dice: «Si tiene razones para vivir cuando vuelva a la conciencia, podremos confiar en salvarla». Oh, me faltan palabras, muchas palabras, pero he comprendido claramente el sentido general. Avia ha respondido con una voz plana, descorazonada: «Sí... ella quiso matarse porque esta terrestre no la amaba, así que, ahora que no le queda más que ella, ¿por quién quieren ustedes que viva?».

Se han alejado. Sentía la garganta atenazada por los sollozos. No he pesado lo suficiente en la balanza como para dar a Irveille razones de vivir, ¿por qué debería pesar más para ella? Ella morirá, ya que mis brazos no serán lo suficientemente fuertes como para retenerla, y así les habré matado a los dos, así quedaré más sola que nunca, sola y condenada...

Me he hundido en el diván, con las lágrimas cegándome. Avia ha entrado, me ha tendido un pañuelo, ha dicho secamente:

—Va a recobrar el conocimiento. ¿Es esto lo que la hace llorar?

He conseguido hablar a través de mis lágrimas, hablar en arturiano:

—Sí. Porque la he oído en el corredor con los médicos.

No sé si ha reaccionado inmediatamente al hecho de que me haya expresado en arturiano. Ha puesto sus manos en mis hombros.

—Elisabeth, ¿por qué?

En este arturiano elaborado y demasiado gramatical que he aprendido con tanto trabajo, he respondido:

—Pienso que sabe usted muy bien por qué.

Ha encendido un cigarrillo antes de responder, lentamente, como es su costumbre:

—Si usted fuera arturiana, pensaría que ama a Imonea más que a nada en el mundo. ¿Es esto?

La he mirado directamente a los ojos.

—Es esto.

—Entonces, ¿por qué le ha dicho lo contrario con tal convicción que ella ha querido morir?

Esta vez he enrojecido y he desviado los ojos, ganada por mi timidez. Ella esperaba. He respondido en francés, ya que en arturiano me hubiera sido demasiado difícil:

—No sabía nada sobre Arturo, creía que Imonea era una mujer como yo. Y esto me ha impedido comprender los sentimientos que me unían a ella.

Dije todo esto sin tomar aliento, mientras Avia permanecía silenciosa.

—¡Por las estrellas! —dijo finalmente—. ¡Por las estrellas!

Esta tarde me ha traído flores minerales de Arturo y libros. La atmósfera, a mi alrededor, ha cambiado como bajo los efectos de un golpe de varita mágica. No sé lo que ha dicho Avia, pero a partir de este día, desde las camareras algolianas hasta el médico-jefe, todo el mundo me ha inundado de atenciones. ¿No era yo la que estaría a la cabecera de Imonea cuando volviera en sí? Para ellos era ya una arturiana, una niña-niña, un ídolo.

Avia, por otro lado, se las ha ingeniado para hacerme descubrir su mundo. No duda de la decisión de Imonea. En arturiano —siempre en arturiano, para habituarme a esta lengua que será la mía— me habla de su patria. Lo cuenta bien. Me parece ver las grandes flores minerales, los pájaros de inmensas alas y las nubes iridiscentes que se recuestan en el suelo en grandes capas perseguidas por el viento seco y cálido, y las inmensas casas centradas sobre un patio desbordante de una vegetación fantástica, lujosas mansiones que son el joyero de la acolchada vida de las niñas-niñas.

Me habla de estas extrañas familias, estas parejas triangulares tan difíciles de formar, tan frágiles. El caso más clásico es aquel del neutro que encuentra a una amazona: ellos dos buscarán la niña-niña indispensable que convenga tanto a uno como al otro. Mientras no la han hallado, forman una pareja soltera. Más raras son las parejas solteras compuestas por una amazona y una niña-niña, y aún más raros aquellos que están formados por una niña-niña y un neutro. Como estas parejas no pueden procrear, la sociedad no las admite más que como un estado temporal, yendo en general parejas con la juventud, y la ley no sanciona estas uniones.

Intento representarme una familia completa. El neutro que trabaja, la amazona que trabaja, la niña-niña en su pedestal, servida por una multitud de domésticos algolianos, mimada por sus dos esposos y perpetuamente encinta. Imagino los niños de los tres sexos, los niños que como en la Tierra juegan «al papá y a la mamá». Pero ellos son tres a inclinarse sobre las cunitas de muñecas de los tres sexos...

Y después Avia me cuenta las aventuras que les han ocurrido a aquellos que ella conoce, o hechos diversos de los periódicos.

Está Irvine, que llora lágrimas amargas ya que ama a un neutro que la ama, y ama a una amazona que la ama, pero sin que los otros dos puedan entenderse.

Está Areille, que no sabe hacia donde dirigirse. Su mujer (quiero decir la niña-niña de la pareja triangular) quiere reemplazar a Irmea, con la cual están casados desde hace diez años, por una tal Icelea. Pero él sigue amando a

Irmea, e Irmea no quiere oír hablar de divorcio. Es la guerra fría en el seno de este hogar donde hay ya ocho niños.

Está Creille, que ama a Lucine y no querría a nadie entre ellos, pero Lucine, que es sana y normal, busca la amazona que quiera venir a su hogar y le permita tener los niños que desea. Creille no es normal, añade Avia; debería hacerse examinar, o en todo caso venir a la Tierra, donde Lucine y él pasarían por una pareja normal... aunque ella será desgraciada toda su vida.

Escucho contar la trágica historia de Ervine, que ha sido abandonada por Naereille y Alcea a causa de una niña-niña estúpida y mezquina, pero muy hermosa. El caso es raro: en general, es el que se va el que deja una pareja tras él, una pareja célibe unida en la misma desgracia, el mismo furor, y volviendo a encontrar poco a poco el común gusto a la existencia y buscando en común el indispensable tercero.

En un periódico de gran tirada leo un hecho sangriento. Tres actores oficialmente casados, muy conocidos bajo los seudónimos de Louveille, Louvine y Louvea, realizaban una tournée. Louveille y Louvea encontraron a Louvine en los brazos de Estreille y Verthea, y los mataron a los tres.

Avia está preocupada: su joven hermana Hymine, que se casó el año anterior con Floreille y Mirnea, se ha prendado de Arnea, la hermana de Floreille (se debería decir la «hermana-amazona», para que la traducción francesa fuera inteligible; naturalmente, como hay tres géneros, hay en el lenguaje arturiano tantas palabras como situaciones posibles en estas complejas familias). La emoción de Avia muestra claramente que en Arturo los tabús del incesto son tan rígidos, tal vez más, que en la Tierra.

Los tabús de la homosexualidad también. Otro hecho distinto me lo prueba con suficiencia: ¡una amazona es condenada al exilio en un planeta de la periferia por haber intentado arrastrar a una niña-niña a formar una pareja triangular con ella y otra amazona!

Avia desaprueba esta sanción: dice que debería ser derecho de todo arturiano el buscar su felicidad en la infinidad de combinaciones entre dos y tres personas que puedan concebirse, y que por otro lado existen realmente, pese a la reprobación de la sociedad.

A fuerza de oír hablar de las uniones y de las desuniones de las parejas triangulares, llego a hacerme una vaga idea de lo que se hace y de lo que no se hace, de las desgracias clásicas y de aquellas que sorprenden.

Avia dibuja mientras habla. Tiene talento, y sé que es conocida como escultora. Es hermosa y brillante, pero parece solitaria. No me atrevo a preguntarle. Me ha hablado un poco de su infancia. Una familia de cinco

niños, lo cual es poco en Arturo: dos amazonas, dos neutros y una niña-niña, la pequeña Hymine, ídolo de toda la familia. El padre-neutro murió muy joven, los otros dos padres no intentaron jamás reemplazarlo. Avia habla amargamente de ello: ha sufrido mucho a causa de este hogar incompleto. Les recrimina a su madre y a su padre-amazona el no haber hecho más concesiones a sus sentimientos en atención a los niños.

Esto me indigna. Me parece que se entierra muy pronto a los muertos en Arturo, y que los inmensos lechos ocupan mucho lugar en la vida de los arturianos.

—Ciertamente —dice con calma Avia—. Somos mucho más sexuales que vosotros, ¿no lo sabías? —Y añade con una fría ironía—: Esto es lo que muchos de los terrestres no nos perdonarán jamás. En cuanto a nuestros muertos, créeme, los amamos en el fondo de nuestro corazón, pero un lugar no debe permanecer vacío en ningún hogar.

Yo escucho. Los hilos tendidos por otra moral se tejen a mi alrededor. Allá, es un pecado no colocar a un vivo en el lugar que un muerto ha dejado vacío.

Así es este mundo, así es esta sociedad en la que voy a integrarme. Intento imaginar mi vida con Imonea, su presencia cálida y luminosa... y la ausencia de Irveille. En la pantalla que me separa de la yacente, una delgada línea de oro describe grandes ondas amplias y regulares que, me han dicho, son el signo de un próximo despertar.

Avia continúa hablando del suntuoso planeta de los señores arturianos a los que los terrestres odian por su belleza, su riqueza, su tranquilo orgullo... y por otra cosa también.

He sentido miedo.

Sí, intento ahora imaginar mi vida de arturiana al lado de Imonea, y los relatos de Avia esculpen una ausencia en este hogar mutilado, *una ausencia que me parece intolerable*.

Título original:

DELTA

© 1967, Fiction

Traducción de P. Domingo

UN LUGAR LLAMADO TIERRA

DOMINGO SANTOS

En este relato, aparecido originalmente, en una primera versión, en el periódico *Informaciones* de Madrid, Domingo Santos toca uno de los temas más queridos por los autores de *SF* desde los lejanos tiempos del *Mundo Feliz* de Huxley: el enfrentamiento del individuo a una sociedad tecnocrática para la que lo único que cuenta es el número. Tal vez para algunos la ortodoxia de este relato sea extremista, para otros incluso discutible; pero la implícita denuncia que hay en él es algo que no puede olvidarse, si no queremos que nuestro mundo se hunda en el fango de la total impersonalidad.

ilustrado por CARLOS GIMÉNEZ y ADOLFO USERO ABELLÁN

En verano hacía calor, en invierno frío, y de vez en cuando llovía. El sol iluminaba a menudo los días y la luna se levantaba a menudo por la noche. El sol y la luna miraban un planeta no muy grande. En él vivían unas formas. En otro tiempo se les había llamado: los hombres.

WALTER JENS,
El mundo de los acusados

I

Se llamaba Juan, aunque en la primera etapa de reorganización después del Gran Cambio le hubiera sido asignada una nueva clave de identificación: HZ.27364.V. Pero él seguía siendo Juan, porque así había sido llamado cuando era pequeño, cuando las cosas aún estaban en su sitio y el mundo era mundo. Se llamaba Juan, a pesar de que la placa de identificación que llevaba colgada al cuello se empeñara en darle otro nombre.

Era viejo. Muy viejo. Demasiado viejo quizá. Había vivido tanto tiempo que apenas recordaba ya los primeros años de su juventud. Tenía... ¿qué importaban los años que tenía? Muchos. Muchísimos. Tantos como su propio mundo.

No se ocupaba de nada en especial. Muchas veces habían intentado atraparle dentro del cepo de acero de la Nueva Organización, pero nunca lo habían conseguido plenamente. Era libre, y seguiría siéndolo mientras le quedara algo de vida. Era la única persona en todo el mundo que aún podía

andar por donde quisiera, y él lo sabía. Y aquello le producía una sensación de placer indefinible, que no hubiera cambiado por todo el poder de la Tierra.

Al principio, cuando se produjo el Gran Cambio y las subsiguientes reorganizaciones que todo esto trajo consigo, existían muchos como él. Eran hombres que no podían amoldarse a ningún cambio ni ser encajados en ninguna de las nuevas tareas. La gente los llamaba «vagabundos», y se apartaba instintivamente de ellos. Pero pasó el tiempo, y poco a poco fueron siendo absorbidos por la Nueva Organización. Y los que no fueron absorbidos quedaron abandonados en un rincón y fueron muriendo poco a poco.

Ahora sólo quedaba él. Hacía mucho tiempo que sólo quedaba él. La gente se había olvidado del significado de la palabra «vagabundo», y cuando le veían lo miraban con curiosidad. Los policías de las ciudades intentaban atraparlo para meterlo dentro de la organización. Y él huía siempre, huía, huía.

Éste era su constante camino: huir. De ciudad en ciudad, siguiendo los bordes de las pistas rodantes y procurando no pisar los inmensos campos donde el trigo, el maíz, las hortalizas, las verduras, crecían abundantemente, con rapidez. Huir de un lado para otro, ajeno a todo y al mismo tiempo copartícipe de todo. Huir, huir, huir, buscando siempre algo que, lo sabía, no iba a encontrar jamás.

Estaba solo en el mundo. Pero seguía recorriendo sin cesar el camino, esperando resignadamente el que, algún día, le llegara el final.

Contaba historias. En realidad, ésa era su única ocupación: contar historias. Historias antiguas, extrañas, maravillosas. Historias totalmente desconocidas para la mayor parte de la gente. Historias que muchos no comprendían, que algunos juzgaban ridículas, y que otros tal vez imaginaban sublimes.

—Hubo un tiempo —todas sus historias empezaban con «hubo un tiempo»— en que el mundo era muy distinto a como es ahora. Aún no existían las Ciudades, ni tampoco las pistas rodantes. No existían los enormes campos de cultivo ni los viveros de engorde. La tierra estaba repartida, y los hombres la cultivaban por sí mismos. Era hermoso verlos agachados sobre el suelo, con la azada en la mano, abriendo surcos o enterrando con cuidado las semillas. Y los animales recorrían libremente los prados, pastando la verde hierba y rumiando con cuidado sus meditaciones.

La gente lo escuchaba con extrañeza. Muchos de ellos no comprendían sus palabras. No entendían el significado de algunos conceptos como azada, o

semillas, o hierba. Eran cosas desconocidas: cosas antiguas, cosas olvidadas.

—Existían grandes ciudades, sí; pero también había pueblecitos minúsculos, con sus tejados rojos y sus fachadas todas blancas, recién pintadas con cal. La gente tenía entonces amplios espacios en donde moverse, en donde huir de sus semejantes y tener unos instantes de soledad. Existían grandes extensiones yermas, estériles completamente, y otras totalmente cubiertas de árboles, y otras de pasto. Había grandes parques, y jardines, y fuentes. Y también playas, y montañas, y ríos, y valles maravillosos, y cascadas, y arroyos, y...

—Pero de esta manera se desaprovechaba mucha tierra —le interrumpía entonces siempre alguien.

Y Juan, al oír aquello, callaba súbitamente. Bajaba la cabeza, y no podía evitar que una honda tristeza se apoderara de todo su ser.

—Sí —reconocía—. Así se desaprovechaba mucha tierra...

Muchos de los oyentes de HZ.27364.V eran niños. Ellos, que jamás habían oído a sus padres hablar de aquellas cosas, escuchaban maravillados las sorprendentes historias que les contaba Juan. Y le hacían también preguntas. Muchas preguntas.

—¿Jugaban también los niños de entonces?

—Sí, tenían muchas cosas para jugar. Tenían caballos, y trenes, y muñecas... Muchas cosas.

—¿Y eran electrónicos todos sus juguetes?

—Sí... sí. Habían algunos que eran electrónicos.

—Pero otros no.

—No. Afortunadamente, otros no.

—Pero entonces debían aburrirse mucho.

—¿Existían convoyes a control dirigido?

—No, no existían.

—¿Y naves de gomoplastic?

—No, tampoco.

—¿Y radares de largo alcance?

—No; no había radares, ni detectores.

—¿Y los niños asistían a la escuela hipnótica?

—No existían escuelas hipnóticas entonces. Los niños asistían a unas pequeñas escuelas donde un profesor explicaba las maravillas que hay en el mundo. Y los niños aprendían así...

Y los niños hacían preguntas, y preguntas, y más preguntas. Juan intentaba responderlas todas. Y, a medida que lo iba haciendo, una gran tristeza se apoderaba de él. Porque estaba hablando de cosas pasadas, muertas, de cosas que ya nunca volverían a existir. Era tan distinto todo aquello...

Al principio la gente le escuchaba con agrado, incluso con interés. Algunos le daban como premio a sus relatos algunos discos de cambio, y esto le permitía a Juan comprar algunas cosas. Sin embargo, con el tiempo, la gente empezó a rehuirle, y los policías vestidos con uniformes grises intentaban detenerle cada vez más a menudo. Sus historias dejaban de interesar.

Juan empezó a darse cuenta de algunos de los motivos. Realmente, su aspecto resultaba algo extraño para los demás. Llevaba la barba crecida y hacía mucho, mucho tiempo que no se había aplicado la depiladora; su vestido era de corte antiguo y estaba muy gastado en los lugares de mayor uso, estaba construido con un material distinto del actual, y además constaba de dos piezas distintas en vez de una; llevaba el pelo largo y enmarañado, y lo cubría con una extraña prenda que él llamaba sombrero; no usaba botas ajustables sino unos zapatos bajos, rotos por muchos sitios. Iba sucio y desgarrado... y a la gente eso no le gustaba.

Él intentaba hacerse comprender:

—Antes me lavaba muy a menudo, en los ríos y en los arroyos. Pero ahora los ríos han desaparecido: vinieron los hombres, y los convirtieron en grandes canales subterráneos para aprovechar toda el agua y toda la tierra, que antes cubría el agua. Ahora debo lavarme en esas casas que vosotros llamáis baños asépticos, y me da vergüenza el hacerlo...

La gente no le entendía. No entendían que no trabajara, que vistiera de aquella extraña forma, que malviviera recogiendo unos discos de cambio aquí y otros allá. No entendían que no viviera como ellos en un nicho-vivienda o en un apartamento de la Ciudad, que no trabajara como ellos ocho horas diarias en un centro de producción, en una fábrica o en un despacho. No comprendían que fuera un ser aparte, distinto por completo de todo lo demás.

Juan sabía todo esto. Sabía que era único en su especie y que, por ello, estaba completamente desplazado del mundo que le rodeaba. La gente le rehuía cada vez más; los policías vestidos de gris le perseguían incansablemente, y tenía que huir siempre de las Ciudades. Muy poca gente entendía su filosofía. Y Juan seguía contando sus fantásticas historias, sus

historias maravillosas, y recorriendo constantemente su camino de Ciudad en Ciudad, andando por las orillas de las pistas rodantes, procurando no pisar los repletos campos donde el trigo, el maíz, la patata y tantos y tantos otros vegetales crecían apresuradamente, como si tuvieran prisa en morir.

Pero estaba cansado. Cansado de huir, cansado de ver gente apartarse hoscamente a su alrededor. Muchas veces había deseado terminar de una vez con aquella vida, aceptarlo todo y hundirse definitivamente en el anonimato donde eran felices todos los demás: desaparecer junto con los otros, fundirse en las normas ordenadoras del Gran Cambio. Un secreto impulso lo mantenía aún en su sitio, pero sabía que no podría resistir mucho tiempo más. Llegaría un día en el que todo terminaría para él: sería englobado, pese a todo, en la Nueva Organización, y así terminaría su vida vagabunda. Sería uno más entre tantos millones de hombres sin rostro, sin alma, sin voz. Y tal vez entonces llegaría al fin el descanso y la paz.

¿Para qué resistirse? ¿Para qué luchar?

II

—Allí está la Ciudad —le dijeron. Y Juan siguió su camino, sabiendo lo que iba a encontrar al final.

Era la Ciudad más grande del país: era la Gran Capital. Se extendía sobre más de doscientos kilómetros cuadrados de superficie, y habitaban en ella noventa y dos millones de personas. La Ciudad estaba como acostada sobre un círculo de pequeñas colinas, mirando al mar. Juan la recordaba de otros tiempos. Había sido una ciudad muy bonita, la más hermosa del país, aunque por aquel entonces no fuera aún la capital. Tenía una gran zona residencial, y un barrio antiguo muy apretado allá, junto al puerto. Las casas bajas, de menos de diez pisos, parecían escalar las laderas de las colinas como si quisieran ver mejor la azul superficie que se confundía con el cielo allá, en el horizonte. Era limpia y hermosa, de paseos anchos y alegres, con jardines, parques y árboles en las aceras.

Pero se desaprovechaba mucho terreno. Y vinieron los arquitectos del Gran Cambio, y derribaron los edificios, y levantaron en su lugar grandes torres de acero, cemento y vidrio, pistas de circulación, enormes complejos de nichos-vivienda. Desaparecieron las grandes avenidas, y los parques, y las plazas, y los jardines. De su antiguo esplendor quedó tan sólo un pequeño edificio, un antiguo templo formado por ocho largas y estrechas agujas que parecían querer apuntar hacia el cielo y que era una reliquia, la única reliquia

que quedaba ya de la edad antigua, hundida, aplastada casi entre los grandes bloques de los edificios que la rodeaban.

Juan se dirigió a la Ciudad siguiendo la pista rodante del interior, la enorme arteria de la circulación que se hundía en línea recta en la geografía del país, atravesando montañas y valles. A su paso vio, como siempre, los inmensos campos de cultivo, los grandes silos, las enormes factorías de engorde de carne. Los transportes circulaban rápidamente por las pistas, y Juan los veía pasar como centellas: ¡zummm!, ¡zummm!, zummm! En el cielo, en las cuatro bandas de circulación inferior, los aéreos se entrecruzaban en rápidas intermitencias. Eran grandes sombras que cruzaban el suelo en todas direcciones, como grandes pájaros que volaran sobre los campos. Grandes pájaros. Porque los otros, los pequeños pájaros, los de antaño, los que se posaban en los árboles y le cantaban al sol, habían desaparecido ya.



Juan llegó a la Ciudad. Y, como siempre que entraba en una Ciudad nueva, la visión de aquel enorme complejo lo aturdió.

Es demasiado grande la Ciudad. Es tan sólo un inmenso conglomerado de hierro, cemento y vidrio, unido en un absurdo anhelo de llegar hasta el cielo. Las casas son miles de ojos sin pupila que permanecen fijos en el vacío, inmóviles, muertos. Allí no existe la línea curva: todo es recto, frío, cortado en seco, con ángulos duros de afiladas aristas. Las pistas rodantes se entrecruzan en sus diecisiete niveles de circulación, en todas direcciones, formando como un maremágnum de hilos, un tejido asombrosamente complejo que encierra en su caótica tela de araña a toda la Ciudad.

Sin embargo, los hombres están contentos con su Ciudad. Es —dicen— el más fiel exponente de su poder. Es un esfuerzo de titanes el haberla levantado, y ellos, sólo ellos, lo han hecho. Eso les hace sentirse poderosos. La miran fijamente, y sienten el cosquilleo del orgullo en su corazón. Es su gran obra, dicen: su inmensa obra.

Pero el hombre, dentro de la Ciudad, no es más que una hormiga. Demasiado pequeño ante los enormes edificios, demasiado pequeño ante las diecisiete pistas de circulación, demasiado pequeño ante el gran complejo inorgánico de su estructura, se siente aplastado. Ocupa apenas una pequeña celdilla perdida en aquel gran conglomerado, una habitación de unos metros cuadrados enterrada en el interior de uno de aquellos fríos bloques de acero y vidrio. Allí nace, vive, trabaja, ama y muere. Nadie apenas percibe su presencia, es sólo un rostro más entre tantos otros rostros, un número y unas letras en algún remoto Registro Central. Permanece completamente ignorado. Sólo es verdaderamente dueño de una placa de identificación, unas letras, un número. Durante toda su vida vive sujeto a ellas. Cuando muere, la placa es retirada y en el lejano Registro Central se destruye una tarjeta perforada. Como si nunca hubiera llegado a existir.

Por todo ello, Juan se sentía impresionado ante la Gran Ciudad. Antes existían en ellas sitios donde uno aún podía ir: los parques, los jardines, las avenidas. Luego, todos ellos desaparecieron, y la Ciudad se convirtió en algo inhóspito para todos los que eran como él. De esta manera huyeron al campo, buscando la libertad que en las Ciudades había desaparecido. Pero el campo también se transformó pronto: vinieron las grandes máquinas y allanaron la tierra, limaron las montañas, cortaron el curso de los arroyos, crearon los grandes campos de cultivo. La naturaleza desapareció a manos del hombre. Y ellos perdieron su último reducto, su postrer hogar.

Entró en la Gran Ciudad. Y, como siempre, se sintió impresionado ante su inmensa mole. Vio que la gente se apartaba a su paso y le miraba con extrañeza y curiosidad. Sabía que le veían distinto, más distinto que nunca. Y de repente sintió la extraña sensación de que *sí* le importaba el que le mirasen. Se sintió culpable sin saber por qué. E instintivamente se pegó a las paredes, procurando huir de aquellas miradas que lo atravesaban.

Anduvo sin rumbo fijo, hundido bajo los diecisiete niveles de las pistas de circulación, aplastado por los enormes edificios de más de cien pisos. Y, sin saber cómo, se encontró de pronto ante un extraño sitio que no esperaba encontrar.

Era una pequeña plaza cuadrangular, hundida como un pozo entre las altas moles que la rodeaban. Tenía unos pequeños parterres verdes, a pesar de que hasta allí apenas llegaba el sol. Y en su centro se levantaba una extraña construcción antigua, distinta por completo a todo lo que la rodeaba.

Juan se detuvo, extasiado. Había oído hablar de ella, incluso la recordaba de sus lejanos tiempos de juventud. Ahora era tan sólo un lejano e inexplicable monumento, un caduco homenaje a lo antiguo; pero en otro tiempo había sido un famoso templo, cuando los templos aún existían y la gente creía en Dios. Admiró las ocho torres circulares, delgadas y esbeltas, construidas en forma de aguja, todas ellas de piedra y colocadas paralelamente, cuatro a cuatro, unidas entre sí por unos arcos de extraña y atrevida arquitectura. Y sintió que algo en su interior se identificaba con aquel arcaico monumento que le recordaba lejanos tiempos olvidados, aquellas historias que antes solía contar.

La gente pasaba indiferente a su alrededor, sin conceder apenas importancia a nada. Oyó a alguien que decía:

—No sirve para nada. Es un desperdicio inútil de espacio. Pero pronto lo derribarán: han destinado el lugar para un nuevo bloque de viviendas...

Juan sintió una fuerte punzada. Miró nuevamente aquellas altas y afiladas torres, extrañamente barrocas frente a la fría funcionalidad de los edificios que las rodeaban. No, no era posible. No podían hacer aquello con lo único que quedaba del viejo mundo perdido.

Alguien le dio unos suaves golpes en el hombro. Juan se volvió. Un austero hombre vestido de gris, alto, frío, severo, lo miraba fijamente, con la autoridad que le daba su uniforme.

—¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí? ¿Por qué va vestido de esta extraña manera? Vamos, muévase, diga algo. Muéstreme su placa de identificación.

III

Bien, de nuevo había llegado.

Eran muchas las veces que alguien le había detenido de aquella misma manera, formulándole aquel mismo tipo de pregunta. En cada Ciudad, en todas las ocasiones. Siempre hasta entonces había intentado eludirlas, siempre se había defendido como había podido de aquel ataque directo.

Pero ahora era distinto.

Miró hacia atrás, hacia las ocho torres circulares del antiguo monumento.

—Me llamo Juan —dijo.

El policía era alto, mayestático. Frunció ostensiblemente el entrecejo al oírle.

—¿Juan? No conozco este nombre. ¿Dónde está su placa?

Juan, como cualquier ciudadano que hubiera sobrevivido al Gran Cambio, llevaba una placa de identificación colgada del cuello, una placa que no podía ser arrancada. La mostró.

—Bien —dijo el hombre del uniforme gris—. HZ.27364.V. Bien. ¿Dónde vive?

Juan hizo un gesto vago.

—Por ahí. En cualquier lugar.

Sobre las diecisiete pistas de circulación, los transportes pasaban rápidamente de un lado para otro, en todas direcciones, presurosos, centelleantes. Las sombras de los grandes pájaros metálicos cruzaban el suelo, deformadas por la perspectiva.

—Esto no es una respuesta —dijo el policía—. Todo el mundo tiene su ficha de trabajo. Todo el mundo trabaja. ¿Por qué va vestido de este modo tan extraño?

—Es toda la ropa que poseo.

—¿Y por qué no ha solicitado que le den otra en el departamento de vestido?

Juan se encogió de hombros.

—¿Para qué? No me hace falta. Aún tengo ésta.

El policía gris estaba perplejo.

—No lo comprendo —murmuró—. Dice que no vive en ningún sitio determinado, no tiene ficha de trabajo, no posee otra ropa que ésta para cubrirse ni le interesa poseerla. ¿Qué es lo que hace? ¿De dónde viene?

Juan dudó unos momentos. En otra ocasión hubiera sorteado de alguna manera aquellas preguntas. Hubiera contado alguna de sus historias, *su*

historia, y hubiera convencido quizá al policía de que era feliz así. Sin embargo, ahora, las cosas habían cambiado. Ya no era feliz viviendo de aquel modo. Le hacía falta algo más. Lo había sabido desde que entrara en la Ciudad, desde que viera aquel viejo monumento y oyera que se proyectaba derribarlo para construir sobre sus ruinas un aséptico bloque de ciclópeas viviendas. Lo antiguo se desmoronaba para dejar paso a lo nuevo. Su época había pasado ya.

—No importa lo que haga ni de donde venga —dijo—. Los hechos son bastante claros para usted. No tengo tarjeta de trabajo, no tengo asignado domicilio fijo, no tengo ropa decente que ponerme. Soy un vagabundo. ¿Qué piensa hacer conmigo?

El policía dudaba.

—¿Vagabundo? —murmuró—. No conozco esta palabra. —Vaciló—. Espere un momento: avisaré a mis superiores.

Juan esperó.

Un transporte plateado se detuvo junto a los dos hombres, y un tercero descendió de él.

—¿Ése es el hombre? —preguntó.

—Sí —dijo el policía.

El recién llegado examinó atentamente a Juan. Juan se sentía tranquilo. Ahora, después de tanto tiempo, sentía por primera vez una gran laxitud. Por fin, la Nueva Organización había vencido.

—¿Es cierto que no tiene ningún destino de trabajo?

—No, no lo tengo.

—¿Por qué?

Una leve sonrisa vagó por los labios de Juan.

—En mis tiempos —dijo—, el hombre no estaba obligado a trabajar. Podía escoger libremente lo que quisiera: era algo potestativo. Yo elegí algo que no me atara a nada ni a nadie, que me dejara libre para ir y venir a donde quisiera y como quisiera. Escogí ser vagabundo.

—¿Vagabundo? No conozco esta palabra.

Juan miró al policía.

—Es verdad, ahora ya no existe. Pero hace tiempo sí. Y era una palabra maravillosa.

—¿Y qué hacía un vagabundo? ¿Qué es lo que hace usted?

—Nada. Un vagabundo se limita a recorrer el mundo de un extremo a otro, sin lazos que le aten a ninguna parte. Se detiene en cualquier pueblo, y

ayuda a alguien a realizar sus tareas más pesadas a cambio de un poco de comida, unas monedas, un techo para dormir. Eso es lo que hace un vagabundo.

—¿Y no tiene residencia fija? ¿Ni trabajo concreto?

Juan se encogió de hombros.

—El mundo entero es su residencia. Cuando no puede cobijarse bajo un techo, el vagabundo se tiende en pleno campo, debajo de un árbol. En las noches frescas del verano es hermoso mirar directamente al cielo y contemplar las estrellas del firmamento hasta dormirse. Es muy hermoso.

—No comprendo sus palabras.

—Lo sé. Ahora no existen los pueblos, ni existe el campo, ni existen más árboles que los de las plantaciones. La gente no se tiende cara al cielo para mirar las estrellas. No hay establos, ni heniles, ni granjas. Por eso ya no existen vagabundos. Por eso usted no comprende.

El hombre asintió con la cabeza.

—No se preocupe —dijo—. Le daremos alojamiento y trabajo. Todo el mundo tiene derecho a alojamiento y trabajo. No comprendo cómo ha podido usted vivir tanto tiempo sin ninguna de esas dos cosas.

—Yo tampoco —dijo Juan. Y miró nuevamente las ocho torres del viejo edificio—. ¿Es cierto que van a demolerlo? —preguntó.

—Por supuesto que sí —dijo el otro—. Fue una incomprensible debilidad el conservarlo. Es antiestético, voluminoso e inútil. Será más práctico un nuevo bloque de viviendas.

Juan tenía lágrimas en los ojos.

—Sí —reconoció—. Será más práctico.

El transporte plateado los condujo a través de la Ciudad, por desconocidas pistas de circulación. Era la primera vez que Juan subía a un transporte, y la sensación le desagradó. Iba demasiado aprisa. Además, no comprendía cómo podía sustentarse ingrávito a unos centímetros del suelo, y correr siguiendo el trazado de la pista de circulación sin que nadie lo guiara, orientándose por lo que el otro hombre llamó «pista magnética». Era algo sumamente extraño, como todo lo que gobernaba la Gran Ciudad.

Así llegaron ante un edificio exactamente igual por fuera que todos los demás edificios, y el transporte se salió de la pista y fue a colocarse en el nivel inferior, junto a la puerta de entrada. El hombre que había acudido a buscarle descendió, y Juan le siguió.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—El Control Central de la Ciudad —dijo el hombre—. Entre.

Juan entró. Dentro olía a antiséptico. Su olfato, acostumbrado a los mil olores de la tierra virgen, de los prados, de las riberas de los riachuelos desaparecidos, se sintió herido ante aquella total ausencia de olor, no, ante aquel olor extraño que pretendía anular todos los demás olores. Apenas hubo transpuesto la puerta, una cortina de haces invisibles le quemó con sus radiaciones toda la piel y ropa, liberándole de cualquier germen o parásito que pudiera llevar consigo. Así purificado, pasó al interior.

El edificio estaba lleno de corredores brillantemente iluminados. El hombre que le acompañaba lo condujo hasta una pequeña cabina. La gente circulaba rápida a su alrededor, eficientemente, sin apenas prestarles atención. Sólo algunos le dirigían una breve mirada de curiosidad, para volver casi inmediatamente la vista al frente y seguir su marcha presurosos, como si quisieran recuperar el precioso segundo que acababan de perder contemplándole.

La cabina donde entraron era un ascensor. Su rápida subida puso un temblor en las piernas de Juan, el zumbido creó un eco doloroso en sus oídos. Pero todo cesó rápidamente. La puerta se abrió de nuevo y Juan y su acompañante se encontraron ante nuevos pasillos que recorrer.

Al final penetraron en una gran estancia. Era una nave amplísima y muy bien iluminada, donde trabajaban no menos de trescientas personas, inclinadas sobre sus mesas de trabajo colocadas en dobles hileras. No levantaron la cabeza al oír abrirse la puerta. El hombre que acompañaba a Juan se detuvo frente a un tablero lleno de botones y pulsó uno de ellos. Al fondo, como movido por un resorte, un hombre se puso en pie. Juan tuvo la sensación de que el pulsador había accionado un oculto mecanismo en aquel cuerpo, poniéndolo en funcionamiento al recibir el impulso.

El hombre atravesó toda la habitación y llegó junto a ellos. Dirigió una rápida mirada a Juan; después se volvió hacia su acompañante.

—¿Qué ocurre?

—Este hombre —dijo el otro—. Ha sido hallado junto al antiguo templo, el que va a ser derruido. Dice que no tiene domicilio fijo ni ficha de trabajo. Dice que es algo que él llama «vagabundo».

—¿Vagabundo? —el hombre hizo un gesto de extrañeza.

—Sí. Habrá que buscar sus antecedentes en el Control Central. No comprendo lo que sucede.

El otro asintió con la cabeza.

—Voy a comprobarlo. Realmente, es muy extraño. —Miró a Juan—. ¿Vagabundo? Bien, siéntese un momento. Voy a investigar.

El otro hombre se fue, y Juan se sentó en un rincón. En la enorme nave, las trescientas personas trabajaban incansablemente, inclinadas sobre sus mesas, realizando un trabajo completamente desconocido para él. Juan tuvo la impresión de que cuando terminara la jornada sonaría un timbre y todas ellas se desconectarían automáticamente y quedarían allí, inmóviles, frías, muertas, hasta que al día siguiente un nuevo timbre volviera a conectarlas para que reanudasen el trabajo, hasta que otro timbre las desconectara de nuevo, para volver a conectarlas al día siguiente, y así una, y otra, y otra vez, hasta el infinito, en una cadena sin fin. Luego desechó aquellas ideas de su cabeza. Se hundió un poco más en el asiento, y esperó.

Permaneció sentado durante mucho tiempo, mientras en la gran habitación los hombres y las mujeres trabajaban afanosamente, embebidos en una tarea que le era completamente desconocida.

Sentado allí, en aquel rincón, con los ojos fijos en las grandes mesas y la mente inquieta, se preguntaba en qué y para qué trabajarían aquellos hombres y mujeres. Lo que harían, lo que buscarían con aquella tarea. Quizá ni ellos mismos lo supieran. Recordaba las palabras que había oído pronunciar en una ocasión a un hombre importante, allá en los principios del Gran Cambio: «El hombre, solo, no es nada. Es la comunidad la que vale. Por eso todos debemos trabajar unidos para la comunidad. No importa que no sepamos lo que hacemos, no importa que trabajemos automáticamente. Debemos pensar que nuestro trabajo quizá no sea importante en sí mismo, pero que, a lo largo de miles, de millones de manos, lo que hacemos tendrá una utilidad común. Individualmente no somos nada, pero conjuntamente somos todopoderosos. Ésta es nuestra fuerza».

Ahora, ante Juan, los hombres y las mujeres trabajan sin descanso en algo que quizá no comprendían, en algo desconocido que para ellos se había vuelto rutina. En otros tiempos, Juan hubiera pensado que aquello era algo denigrante para el ser humano, pero ahora sus ideas habían cambiado. Quizá era él quien estaba equivocado. Quizá en aquella actitud ante la vida, en aquel conformismo de los demás, estuviera la verdadera felicidad. Tal vez no valiera la pena amargarse por algo que no se comprendía. Tal vez, si intentara una prueba...

La Nueva Organización era maravillosa, sin duda, puesto que había prosperado. ¿Tenía algún motivo el luchar contra ella en vez de dejarse

arrastrar?

En las industrias, el hombre de la Nueva Organización trabaja. Está parado ante una enorme máquina. Cada treinta segundos exactamente, levanta un brazo y mueve una palanca que tiene ante sí, esperando a que se produzca un chasquido. Entonces suelta la palanca, retira una pieza de metal y se inmoviliza. Vuelve a esperar treinta segundos. Levanta nuevamente el brazo y mueve la palanca. Aguarda el chasquido, retira la pieza y espera. Treinta segundos más.

Así siempre. Hora tras hora. Día tras día. Año tras año. Una y otra vez, sin cesar. Continuamente. Hasta que es relevado de su puesto por otro hombre, que seguirá realizando en su lugar aquella misma operación, una y otra vez, durante toda su vida.

En las oficinas, sentados ante las grandes máquinas, los empleados de la Nueva Organización esperan. Cuando se enciende una luz verde en la máquina, introducen una ficha perforada en una estrecha ranura. Luego aguardan. La máquina rumia ruidosamente lo que ha recibido, y lo engulle. Se enciende de nuevo la luz verde. Y el operario introduce otra ficha.

Una y otra vez. Sin descanso. Sin el menor momento de reposo.

En los controles, en los lugares de responsabilidad, los hombres de la Nueva Organización están sentados ante una gran pantalla cuadrículada. Cada cuadrícula significa un hombre. Silenciosamente, calmamente, aguardan a que se encienda alguna luz, señal de que alguien les necesita. Cuando esto ocurre, pulsan un botón. Averiguan los motivos de lo que ocurre. Si es de su competencia, dan la solución; si no, informan a sus superiores. Cuando todo ha quedado solucionado, la luz se apaga. Y de nuevo la espera.

Todo esto miles de veces, millones de veces. Durante toda la vida. Sin la menor variación.

Éste es el resultado del Gran Cambio, el gran poder de la Nueva Organización. Todos los hombres son de este modo felices: tienen ante sí un trabajo y una seguridad. ¿No es maravilloso el Gran Cambio?

El hombre que recibiera a Juan se levantó, allá al fondo de la gran nave, y avanzó hacia él. Llevaba una pequeña cartulina en la mano.

—HZ.27364.V —leyó.

—No —dijo él—: Juan.

—No importa —respondió el otro—. Es correcto. Sin embargo, ocurre algo extraño aquí. No tiene usted filiación laboral ninguna.

—Lo sé —dijo Juan.

—En nuestra Organización —dijo el hombre—, su caso no puede existir. Todo ciudadano tiene su filiación laboral. Mírelos a todos —señaló hacia atrás—: cada cual tiene su trabajo específico. ¿Cómo ha podido usted vivir hasta ahora?

Juan hizo un gesto ambiguo.

—No vale la pena que se lo cuente. No lo entenderá.

El hombre estaba perplejo. Miró la ficha perforada que tenía entre sus dedos. Para él, aquélla era una situación enteramente fuera de lo normal. Casos como aquél sencillamente *no se presentaban*.

—Es preciso que vaya a hablar con el Ordenador —dijo—. Su caso debe ser resuelto inmediatamente.

IV

El Ordenador estaba sentado frente a una gran pantalla cuadriculada. Era un hombre importante, pues controlaba toda una sección especializada dentro de la Gran Ciudad. De su supervisión dependía que el trabajo se llevara a cabo correctamente o no, que siguiera el ritmo establecido, que la calidad fuera la deseada. Y ello repercutía directamente en el buen funcionamiento de todo el conjunto laboral.

Algunas veces, uno de los pequeños cuadraditos de la pantalla se encendía, indicando la existencia de alguna anomalía en cualquiera de los departamentos que estaban bajo su supervisión. Entonces era tarea suya el solucionar lo más rápidamente posible aquel fallo y hacer que todo volviera a marchar correctamente en el menor tiempo posible.

En la gran pantalla que tenía ante sí se encendió de pronto uno de los cuadrados. El Ordenador conectó rápidamente el canal central de comunicación, enlazándolo directamente con el centro correspondiente.

—Emergencia —dijo una voz impersonal—. Envío toda la documentación.

Hubo una pausa. Poco después, una máquina escupía una larga hoja de papel apretadamente escrita. El Ordenador apagó la luz de la pantalla. Luego cogió la hoja de papel y la leyó.

—¿Usted qué es lo que hace? —le preguntó Juan al hombre que había sacado su ficha—. ¿Cuál es su misión aquí?

—Esta oficina es la de control de las patrullas de vigilancia y represión —dijo el hombre—. Yo estoy a cargo de una de sus secciones. A veces, ¿sabe?, ocurre que alguno de nosotros sufre algún desajuste emocional, algo que lo incapacita para su trabajo o para sus funciones normales de ciudadano. Los hombres que están aquí recogen entonces las señales que les envían los agentes ambulantes de vigilancia y, una vez clasificadas y ordenadas, me las envían a mí.

—¿Y usted qué hace con ellas?

—Las examino. Si son de trámite, dejo que las máquinas resuelvan. Si presentan alguna dificultad, remito los informes a mi correspondiente Ordenador.

—¿Y el Ordenador qué hace?

El hombre se encogió de hombros.

—No sé más. Yo sólo conozco lo que se refiere a mi trabajo.

El Ordenador leyó atentamente el informe recibido. El caso era realmente extraño, pensó con un deje de sorpresa. No entraba dentro de su capacidad. Sería preciso pedir instrucciones.

Revertió el canal de enlace y dio una orden a través de la máquina.

—Que me traigan a ese hombre. Debo hablar con él.

Luego empezó a preparar el informe que, a su vez, debería enviar al Ordenador General.

Juan se sentía desorientado. Desde que entrara en la Gran Ciudad había sido llevado incesantemente de un lado para otro, sin saber a dónde. Ignoraba el lugar en que se encontraba ahora. Había recorrido multitud de pasillos, había atravesado innumerables puertas, e ignoraba por qué y para qué.

Ahora se encontraba ante una puerta más. Había pasado por grandes estancias, donde cientos de personas trabajaban sin descanso, inclinadas ante sus extrañas máquinas. Todas iguales, todas reproducciones de sí mismas. Sin la menor diferenciación.

Atravesó aquella nueva puerta y se encontró en una sala mucho más reducida que las anteriores. Allí, tras una gran mesa llena de botones situada frente a una enorme pantalla, un hombre le observaba.

El Ordenador le hizo un gesto con la mano, indicándole que pasara.

—HZ.27364.V —dijo. Juan pensó que nunca hasta entonces había oído tantas veces, en un mismo día, aquellas siglas que le costaba identificar como las suyas propias—. Entre.

Juan avanzó unos pasos. La enorme mesa, la gran pantalla, le imponían un cierto respeto. Nunca había visto nada tan grande como lo que estaba viendo ahora. Hasta aquel momento había permanecido siempre fuera de los engranajes de la gran maquinaria administrativa de la Ciudad. Ahora, por primera vez, veía sus entrañas.

—Me llamo Juan —dijo, como si con aquello quisiera defenderse. Aunque sabía que aquellas palabras habían perdido ya todo su valor.

La Ciudad es como un inmenso engranaje que gira, gira y gira. Su interior está lleno de ruedas. Hay ruedecitas pequeñas, medianas, grandes, y todas están unidas en un solo conjunto. Todas giran a un mismo ritmo; la una mueve a la otra, y esta interacción hace que todo el complejo en pleno se mueva también. Todas son pues necesarias, todas son imprescindibles.

La Ciudad es como una gran central nerviosa. Existe un nervio central, y ese nervio se bifurca, y vuelve a bifurcarse otra vez, y se bifurca de nuevo, una, cien, miles de veces, hasta llegar a los pequeñísimos nervios que se encuentran a flor de piel, los nervios detectores y los transmisores. Entonces, cuando algún agente externo excita uno de esos nervios, es todo el complejo el que se pone en marcha, y la sensación va ascendiendo, como en una gran cadena, hasta llegar al motor central.

La Ciudad es como un engranaje, como una central nerviosa. Hay ramificaciones por todas partes. Las ruedas giran, giran, giran. Minúsculas ruedecillas, pero al mismo tiempo importantes ruedecillas. Aisladas, una a una, no son nada, pero juntas lo forman todo. Y ésta es su única y verdadera importancia.

—Su caso es algo fuera de lo normal —dijo el Ordenador—. Usted, HZ.27364.V, ha permanecido hasta ahora fuera de la Nueva Organización, y esto es algo ajeno a toda lógica. Desde hace mucho tiempo ya no existen los hombres como usted.

—Sí —dijo Juan con una cierta tristeza—. Ya no existen...

—Hubo un tiempo —dijo el Ordenador— en que sí existía este tipo de personas. Lo recuerdo aún de cuando era joven, de cuando fuimos todos asimilados al Gran Cambio. Ellos eran seres aparte. Al principio se les llamó

inconformistas: no querían vivir como los demás, no querían aceptar las leyes de la Nueva Organización porque decían que no les gustaban. Durante mucho tiempo permanecieron como una resaca de la inorganización anterior al Gran Cambio. Pero luego, poco a poco, fueron siendo asimilados por la Nueva Organización o murieron. Creíamos que ya habían desaparecido por completo.

—Aún existo yo.

—Sí —dijo el Ordenador, pensativo—. Aún existe usted. Y ahí está lo curioso.

Juan miraba fijamente la enorme pantalla subdividida en infinidad de pequeños cuadraditos. Pensaba en que aquello era un mundo, en que cada pequeño cuadrado tal vez representaba una Ciudad. Cada cuadrado encerraba dentro de sí a millones de seres. Por unos momentos le vino una idea a la cabeza: ¿quién gobernaría todo aquello? ¿Quién estaría frente a la pantalla que reuniera en una sola a todas las Ciudades del mundo?

—He pensado mucho en el Gran Cambio —dijo Juan—. He hablado con muchas de las personas integradas dentro de la Nueva Organización, y todas ellas me han hablado de lo maravilloso que es este nuevo mundo. Al principio, cuando se implantó el Gran Cambio, todos sus defensores hablaban de que se iban a lograr grandes cosas. Hablaron de estabilidad, de trabajo, de alto nivel de vida. Dijeron que el mundo sería un nuevo paraíso para el hombre. ¿Lo han conseguido realmente?

—Sí —dijo el Ordenador—. Vea a nuestro alrededor. Todo lo que se prometió ha sido conseguido con creces. No existe la inestabilidad social. Cualquier ciudadano tiene el derecho y la oportunidad de trabajar, y es remunerado por ello. No existe la explotación ni el paro obrero. Ha desaparecido el hambre, y la miseria no se conoce en ningún lugar del mundo. Todo hombre o mujer sabe que tiene su porvenir asegurado desde su mismo nacimiento. ¿No cree que esto es haber conseguido todo lo que se prometió?

Juan pensó en los inmensos campos de cultivo, en las grandes factorías de engorde de carne, en los inmensos edificios de nichos-vivienda. Y recordó el mundo de su infancia, los grandes espacios abiertos, los campos, los ríos y las montañas.

—Sí —dijo—. Tal vez se haya conseguido. Pero ¿a qué precio?

El Ordenador hizo un leve gesto de indiferencia.

—Para conseguir algo siempre hay que dar algo a cambio —dijo—. Ya se sabe: es algo natural.

—Sí —repitió Juan como un eco—. Es algo natural...

Juan había vivido mucho, y había visto también muchas cosas en su peregrinar. Había visto a los hombres actuar como máquinas, moverse como máquinas, divertirse como máquinas. Había intentado hablarles. Había intentado comprenderles y hacerse comprender. Y había fracasado.

Era un mundo completamente distinto a aquél en el que había vivido. Era quizá un mundo consciente de sí mismo, eficiente, organizado, pero también era un mundo absurdo, mecánico, frío. Aunque tal vez fuera que no sabía comprenderlo bien. Era muy viejo: quizá sus ideas fueran caducas y estuvieran equivocadas. Se sentía ya cansado de hablar sin obtener ningún resultado. Quizá los otros, los creadores del Gran Cambio, fueran los que tuvieran razón. Por una vez, podía escuchar.

—Hábleme de su mundo —pidió al Ordenador—. Cuénteme sus excelencias. Quiero saber todo lo que hay de bueno en él.

—Está bien —dijo el Ordenador—. Se lo explicaré.

En la Nueva Organización existe un trabajo para cada ser humano.

Éste es el principal factor que ha llevado al éxito al Gran Cambio. En el mundo existen equis hombres: luego, han de existir también como mínimo equis puestos de trabajo. Las dos fuerzas han de estar constantemente igualadas. Y, cuando aparece un nuevo hombre, se ha de crear un nuevo puesto de trabajo para él.

La política del Gran Cambio es, en este sentido, maravillosa. Antes existían un millón de puestos de trabajo: se buscaba un millón de hombres para que los ocuparan, y se despreciaba a los demás. Ahora todo ocurre a la inversa. La fórmula no es un millón de hombres para un millón de puestos de trabajo, sino un millón de puestos de trabajo para un millón de hombres. Así desaparece el principal problema social que arrastraban los tiempos antiguos: el paro obrero, el desempleo masivo. La nueva sociedad pasa a ser así una sociedad estable.

No es preciso que los nuevos puestos de trabajo sean útiles; sólo es necesario que existan. Y un nuevo puesto de trabajo no es difícil de crear. Existen muchas industrias, muchas escuelas, muchos talleres, muchas oficinas, que pueden emplear una mano humana para su labor. Hay muchas máquinas que pueden ser cuidadas, muchos aparatos que pueden ser verificados periódicamente. Hay muchas máquinas que pueden emplear a un hombre para que esté cerca de ellas... aunque sólo sea para bajar una palanca cada treinta segundos.

—Un puesto de trabajo se crea en pocos segundos —dijo el Ordenador—. Basta tan sólo cambiar un circuito en una máquina para que necesite la presencia de un hombre a su lado. Así, las ofertas de nuevos puestos de trabajo son prácticamente ilimitadas. No puede pues existir ningún ser humano en situación de paro forzoso. ¿No es esto maravilloso?

Juan pensó en los trescientos hombres inclinados sobre sus extrañas máquinas en aquella amplia nave donde había permanecido tanto rato. Tal vez su única misión fuera apretar un pulsador cada treinta segundos. Pero trabajaban, y aquello representaba para ellos la garantía de una seguridad.

—Pero es un trabajo inútil —observó—. La máquina no necesita en la mayor parte de los casos la ayuda del hombre para funcionar.

El Ordenador se encogió de hombros.

—Ésta es la política del Gran Cambio —dijo—. Y yo creo que es la buena. Al menos da buenos resultados. Usted mismo puede comprobarlo.

Sí, la política del Gran Cambio era buena. Al menos daba buenos resultados.

Juan recordaba aún el caos en que se encontraba el mundo antes del Gran Cambio. Las máquinas iban sustituyendo cada vez más al hombre. Una fábrica que antes necesitaba mil obreros se bastaba ahora con sólo diez. Ello hacía que el paro obrero fuera también cada vez mayor. Las fábricas seguían produciendo, la economía de las naciones era espléndida, pero por muchas partes se cernía la miseria. El principal elemento adquisitivo, la clase trabajadora, iba perdiendo cada vez más sus recursos. Si esto seguía así, las fábricas podrían seguir produciendo, pero ¿para quién?

Juan estaba convencido de que, si aquella circunstancia no se hubiera producido y agravado con el tiempo, el Gran Cambio nunca hubiera tenido razón de existir. Pero era inevitable que ocurriera: era una consecuencia lógica de la mecanización. El mundo cambiaba, y era preciso que el hombre cambiara también. Y que cambiaran las estructuras sobre las que estaba basada la antigua sociedad.

—Hay tres grandes problemas —le dijo una vez alguien, hacía ya mucho tiempo, cuando el Gran Cambio era aún un simple movimiento minoritario de rebeldía—. Primero la superpoblación, que roba cada vez mayor espacio vital y más alimentos. Segundo la progresiva mecanización, que consigue mejores y mayor cantidad de productos con menor mano de obra, aunque esté mejor pagada, con lo que sólo se logra una saturación del mercado, un mayor

desnivel entre clases privilegiadas y clases humildes, y un menor poder adquisitivo por parte de la mayoría del público. Y tercero una desorganización y atomización completa de los organismos rectores, que no pueden remediar ninguno de los dos problemas anteriores.

—¿Y no existe ninguna solución?

—Sí, existen varias soluciones. Pero para conseguirlas es preciso lograr que cese radicalmente la disminución de los puestos de trabajo, mejor dicho es preciso que una sola mano se encargue de regir toda la sociedad mundial, para evitar las consecuencias que siempre ha traído la rivalidad de naciones e ideologías y la desorganización de unos Gobiernos demasiado fraccionados. Consiguiendo estas dos cosas lograremos uno de los mayores anhelos del hombre actual: la estabilidad social.

—¿Y llegará a ocurrir esto algún día?

—Sí. Tarde o temprano, llegará. Sólo que para conseguir que llegue tendremos que dar también algo a cambio. Y tal vez lo que tengamos que dar sea más importante que lo que consigamos.

Ahora Juan recordaba aquellas palabras, y veía todo lo que habían tenido de profecía. Tres años más tarde había llegado el Gran Cambio, y después de él la etapa intermedia, en la que se había ido creando la Nueva Organización. Habían desaparecido los principales problemas que acuciaban al hombre, pero el hombre había tenido que dar también algo a cambio. Y la pregunta seguía subsistiendo: ¿había sido más importante lo que había conseguido que lo que había tenido que dar para obtenerlo? Juan no sabía responder a esa pregunta. Todavía no.

—El hombre de nuestros días es feliz dentro de la Nueva Organización — dijo el Ordenador—. Sabe que tiene el futuro asegurado, que hay alguien que vela por él, y que no debe preocuparse por nada. La lucha por la vida ha desaparecido, y el hombre sabe desde su nacimiento que tiene su lugar reservado dentro del gran complejo del mundo, y que nunca nadie se lo podrá quitar. Cuando llega el momento empieza a trabajar, y cuando llega también el momento deja de hacerlo para dejar paso a los demás. Y siempre con la seguridad de que jamás le faltará un lugar donde vivir ni un plato lleno de comida cada día.

—Pero esto no es bastante —objetó Juan—. ¿Y los sueños? ¿Y las ambiciones?

El Ordenador se encogió de hombros.

—No sé qué decirle a esto —dijo—. Sólo puedo decir que, así, el hombre es feliz.

—¿Usted es feliz?

—Sí —y el Ordenador puso en esta palabra su plena convicción.

Porque el hombre, dentro de la Nueva Organización, es feliz.

Cuando nace sabe que tiene ya su lugar asegurado en el mundo. Durante los tres primeros años vive con sus padres. Luego pasa a un Centro organizador, donde se le educa específicamente para lo que deberá realizar después. Allí aprende a conocer todo lo que le rodea y el destino de todo lo que le rodea. Aprende que el hombre solo no es nada, pero que en su conjunto, en cambio, es poderoso. Aprende a despreciar al ser humano como unidad y a admirarlo como masa, y a desear ardientemente pertenecer a ella. Cuando estas ideas forman ya parte inarrraigable de su ser, empieza a entrar en la sociedad.

El hombre de la Nueva Organización entra en ella definitivamente a los quince años. Entonces, se considera, tiene ya la capacidad suficiente como para desenvolverse por sí mismo. Se le adjudica la posesión de un nicho-vivienda, y se le provee de lo que será para el resto de su vida lo más importante de su persona: su tarjeta laboral.

Su tarjeta laboral será de ahora en adelante el documento que le abrirá todas las puertas. Es el documento que le permitirá entrar en los comedores comunales, acudir a las diversiones colectivas, recoger su cupo diario de quince discos de canje, acreditar la propiedad de su nicho-vivienda, poder buscar una chica y convivir con ella el tiempo que desee. A cambio de todo ello sólo se le exige que acuda puntualmente a su correspondiente centro de trabajo cada día, de ocho a dieciséis, de dieciséis a veinticuatro o de veinticuatro a ocho, según el turno a que pertenezca, o en el horario especial correspondiente si realiza un trabajo fuera de reglamentación, y cumplir allí la tarea que le ha sido específicamente encomendada.

La jornada del hombre de la Nueva Organización es sencilla. A las siete horas —si pertenece al primer turno diario de trabajo—, los altavoces del apartamento o del nicho-vivienda empiezan a sonar, instándole a que se levante. El hombre de la Nueva Organización se levanta, retira la cama, conecta los aparatos de limpieza, se asea, y a las siete treinta baja al comedor comunal de su edificio para tomar el desayuno. Finalizado éste, se dirige a su centro de trabajo, donde permanece hasta el término de la jornada laboral.

A partir de este momento, el hombre de la Nueva Organización es completamente libre para hacer lo que desee hasta la mañana siguiente. Cuando sale de su centro de trabajo recibe 15 discos de cambio diarios. Sabe que puede guardarlos o gastarlos alegremente, porque al día siguiente recibirá otros 15 más. Acude a comer, y luego puede hacer lo que le plazca. Puede acudir a las diversiones colectivas, o puede buscarse una chica para pasar la noche con ella. Puede gastar todos los 15 discos de cambio, o sólo una parte, o ninguno. Puede ir ahorrándolos, y cuando tenga suficientes realizar un viaje de placer a otras ciudades, pidiendo un permiso a su centro de trabajo. Puede escoger libremente todas sus diversiones.

Las mujeres están asimiladas a los hombres en la Nueva Organización. Realizan sus mismos trabajos, y tienen también sus mismos derechos. Cuando un hombre y una mujer deciden convivir por un tiempo determinado —prorrogable o sujeto a cancelación en el momento en que se desee—, lo solicitan con la debida antelación y reciben el correspondiente permiso. Entonces abandonan sus nichos-vivienda y pasan a habitar un apartamento. Su vida sigue siendo igual que antes: cada uno trabaja en su correspondiente centro, aunque por supuesto igualando los turnos para que coincidan sus tiempos libres. Cuando la mujer queda encinta deja automáticamente de trabajar, y por supuesto de percibir los 15 discos de cambio diarios, aunque sigue conservando su tarjeta de trabajo. Esto, junto con la temporalidad de los permisos de convivencia, sirve para regular el número de nacimientos, aunque no se restringe de ningún modo el número de hijos que una pareja quiera tener. La libertad, en la Nueva Organización, es absoluta.

Cuando el hombre de la Nueva Organización es ya demasiado viejo para seguir trabajando, se le retira de su centro correspondiente y se le instala en un edificio de reposo. Allí, si lo desea, puede realizar pequeños trabajos auxiliares, aunque no es obligatorio. Por supuesto, en vez de 15 discos de cambio diarios recibe solamente 5, pues una persona anciana no gasta nunca tantos discos de cambio como una persona joven en idénticas circunstancias.

Cuando muere, el hombre de la Nueva Organización es incinerado, ya que es una estupidez y un desperdicio inútil de espacio la antigua práctica de enterrar a los muertos. Todos los discos de cambio que tenga en su poder en el momento de su muerte —pues los discos de cambio son los únicos bienes que posee, además de su tarjeta de trabajo—, pasan de nuevo a los fondos públicos, ya que una de las bases principales de la Nueva Organización es la eliminación de los capitales privados, que fueron una de las causas que

llevaron a la ruina a la antigua organización, por lo que ningún descendiente del finado puede heredarlos.

Ésta es, en breves rasgos, la vida de un miembro de la Nueva Organización. Todos la siguen al pie de la letra, y son felices con ellas. Tienen comodidades, tienen el futuro asegurado, no deben preocuparse absolutamente por nada. ¿Qué más se puede desear?

V

—Un poco de ambición —dijo Juan.

El Ordenador frunció el ceño.

—No le entiendo. Ambición, ¿para qué?

—Para soñar —dijo Juan—. Antes, los hombres tenían siempre ante ellos la sombra de una ambición. Nunca llegaban a alcanzarla, pero aquello les servía de constante estímulo. Existía una frase hecha, que se repetía en todas partes: *llegar a más*. No había ninguna meta concreta: sencillamente, los hombres sentían el anhelo de superarse a sí mismos. Y esto los elevaba.

—Es absurdo. Todo anhelo individual de esta clase repercutirá siempre en la estabilidad de las estructuras sociales. Si al hombre se le permite soñar, no existirá nunca una coordinación estable de los puestos de trabajo. Además, ¿para qué quiere el hombre soñar?

—Para tener un motor a su iniciativa personal.

—La iniciativa personal es inútil si no repercute en una iniciativa colectiva. Ésta era una de las debilidades de la antigua organización, la de creer demasiado en la individualidad humana. Así, el hombre se crecía a sí mismo, y empezaron a surgir las clases sociales.

—Pero las clases sociales aún siguen existiendo.

—No es cierto. Existen solamente los planos de trabajo, lo cual es muy distinto. Fuera de los centros, todos somos iguales. Todos percibimos los mismos quince discos de cambio diarios, todos acudimos a las mismas diversiones colectivas, todos tenemos los mismos derechos y los mismos deberes. Así hemos conseguido evitar las envidias, las rivalidades, las rencillas, las luchas por ocupar el puesto de los demás.

—Tal vez sea así. Pero siguiendo este método han conseguido anular la máxima finalidad del hombre como individuo.

—Individualmente, nada tiene ninguna finalidad. Ahí radica la fuerza de nuestra Nueva Organización: es el conjunto lo que vale, nunca la individualidad.

—Entonces reconoce que el individuo, como tal, no existe.

—No tergiversar las cosas, yo no he dicho esto. Usted es un individuo. Yo también.

—¿Cuál es entonces su personalidad?

—Eso no importa.

—Sí importa. Usted pasa todos los días ocho horas sentado ante este enorme cuadro, esperando a que se encienda alguna luz. ¿Para qué? Para resolver algún problema nimio, que la mayor parte de las veces no sería necesario ni siquiera resolver. Todos los hombres que hay sentados junto a las máquinas realizan funciones absurdas, innecesarias. No saben lo que hacen, desconocen para qué sirve su trabajo ni les importa. No son más que remedos de máquinas.

—Pero de esta manera son felices.

—¿Está seguro de que son *realmente* felices?

Puede existir que, a veces, alguien reniegue de la Nueva Organización. Puede ocurrir a veces que un hombre se detenga en medio de su trabajo y se pregunte: *¿para qué?* Entonces quizá este hombre empiece a pensar en las cosas que le rodean, y lo vea todo muy distinto a como lo había visto con anterioridad.

Juan recordaba a este respecto la historia de HL.03694.S. Era algo que había ocurrido hacía mucho tiempo, cuando los primeros momentos posteriores al Gran Cambio. HL.03694.S no tenía otro nombre; al menos, si en algún momento antes lo había tenido se había olvidado por completo de él. Para todos los que le rodeaban era sencillamente HL. Con eso bastaba.

HL trabajaba en un gran centro de trabajo, junto con otros seiscientos hombres y mujeres iguales a él. Su trabajo era sencillo. Durante ocho horas consecutivas estaba sentado ante una gran máquina, en todo idéntica a las otras quinientas noventa y nueve máquinas que le rodeaban. La máquina tenía en su parte inferior un orificio. Cada treinta segundos la máquina escupía por él un pequeño objeto rectangular. HL tomaba el objeto, le hacía una pequeña marca con un punzón, y lo dejaba sobre una cinta transportadora sin fin, que se lo llevaba hacia lugares desconocidos. Luego esperaba la llegada de otro objeto para realizar la misma operación. Y así una, y otra, y otra vez.

HL hacía su trabajo, y lo hacía bien. Sin embargo, a HL le gustaba imaginar cosas. En otros tiempos, a lo que hacía se le hubiera llamado *soñar*, pero en la Nueva Organización la palabra *soñar* era algo desconocido. Muchas veces pensaba en grandes casas individuales, en espacios libres, en

ríos, en playas, en bosques. Eran sueños imposibles, pero le daban una cierta sensación de libertad.

Un día, en medio de su trabajo, HL se puso a soñar. No se dio cuenta de nada. Cerró los ojos y pensó en una pequeña casa en medio de un bosque, con un arroyo al lado, lleno de peces. Se imaginó a sí mismo viviendo en aquella casa, y se sintió feliz.

Pero la máquina continuó arrojando, cada treinta segundos, un pequeño objeto sobre su mesa de trabajo.

Dos minutos más tarde un hombre llegaba junto a él.

—¿Qué hace?

HL abrió sorprendido los ojos.

—Nada —musitó—. Nada.

—Por supuesto —dijo el otro hombre—; ya lo he comprobado. Se le han acumulado cinco unidades sobre su mesa. Tiene una penalización.

Las penalizaciones —disminución de un disco de cambio en la cuota diaria durante veinte días— servían para evitar el que la gente hiciera mal su trabajo. HL guardó silencio: las penalizaciones siempre eran merecidas. El hombre recogió los cinco objetos —seis ya— y se los llevó. HL siguió con su trabajo, haciendo una marca en el objeto y depositándolo sobre la cinta transportadora, una vez cada treinta segundos.

Fue en otra ocasión que se le ocurrió una extraña idea. Llevaba doce años trabajando en aquel centro, pensó, ante aquella misma máquina. Doce años recogiendo pequeños objetos que surgían del orificio, haciéndoles una pequeña señal y depositándolos sobre la cinta transportadora. Otras quinientas noventa y nueve personas hacían lo mismo que él. ¿Para qué? ¿Qué eran aquellas pequeñas cosas, para qué servían? ¿Adónde iban a parar luego?

La idea le obsesionó durante muchas jornadas. Intentó descubrir de qué se trataba por la forma, por el peso, por el material. No consiguió nada: un pequeño paralelepípedo metálico, plano, achatado por los extremos, con una estrecha escotadura en uno de sus lados. Y durante doce años, cada treinta segundos, uno de aquellos objetos había pasado por sus manos, y lo mismo para las otras quinientas noventa y nueve personas que le rodeaban. ¿Con qué finalidad?

Se le ocurrió que quizá alguna otra persona, de entre sus conocidos, supieran lo que eran y para qué servían aquellos extraños objetos. Pensó que seguramente si escatimaba uno de ellos a la máquina para llevárselo nadie lo notaría. Y, con el corazón latiéndole apresuradamente, cogió uno de los

objetos y, en vez de colocarlo en la cinta transportadora, se lo metió rápidamente en un bolsillo.

Dos minutos después el hombre estaba a su lado.

—Ha sustraído una unidad —dijo—. Devuélvala.

HL vaciló. Luego, sabiendo que era inútil negarlo, entregó el pequeño paralelepípedo al hombre.

—Tiene una penalización —dijo el hombre. Y se fue.

Así fueron ocurriendo incidentes como aquéllos. A veces eran objetos que se le acumulaban, otras veces objetos mal colocados en la cinta, con la señal defectuosa... Cuando el trabajo se retrasaba en una sola unidad, ya no era posible volver a coger el ritmo. Y las penalizaciones eran cada vez más frecuentes.

Pero a HL no le importaban. No le habían importado nunca, porque nunca se había preocupado por ellas.

En sus horas libres, HL huía de la ciudad. Se detenía ante los grandes campos de cultivo, y se pasaba horas enteras viendo cómo el trigo ondulaba apretadamente a impulsos del viento, siguiendo los acordes de una inaudible melodía. Muchas veces se metía entre las espigas, sentía el frescor de la tierra bajo sus pies y en sus piernas el golpear de las espigas que se movían incesantemente, y aquello le hacía sentirse feliz. Andaba y andaba en medio del campo, sintiendo en su interior una extraña sensación de plenitud que nunca había sentido antes en la ciudad ni siquiera cuando asistía a las más enervantes diversiones colectivas.

Un día, en uno de aquellos paseos por el campo, encontró unas flores. Sin saber cómo ni de qué manera, habían crecido, tímidamente, a orillas de un enorme campo de maíz. Eran unas flores sencillas, flores que la Nueva Organización despreciaba porque eran inútiles. Eran unas margaritas pequeñas, tímidas, humildes, escondidas casi entre las altas cañas del maizal.

HL se arrodilló junto a ellas y estuvo mucho tiempo contemplándolas. Antiguamente, a aquel tipo de flores se les había llamado flores ornamentales: no servían para nada, no tenían ninguna utilidad específica, pero alegraban la vista y el corazón de quienes las contemplaban, y le hacían sentirse un poco más dichoso de lo que era en la realidad.

Pero ahora ya no hacían falta. El hombre era dichoso de por sí; no valía la pena perder el tiempo y el espacio cultivando aquellas flores inútiles.

HL las contempló durante mucho tiempo, embelesado. Luego, poseído por una gran emoción, las arrancó con cuidado y formó un hermoso ramillete.

Cuando regresó a la ciudad se sentía el hombre más feliz de la tierra.

Pero en las pistas de circulación toda la gente le miraba con curiosidad, y HL comprendió pronto que la causa no era él, sino el ramillete. Súbitamente, se sintió avergonzado. Aquello no era lógico; las flores que llevaba en la mano estaban proscritas por la Nueva Organización como algo inútil, algo que no tenía razón ni derecho a existir. De repente se sintió como si hubiera cometido un delito. Intentó ocultar las flores con su propio cuerpo, pero a pesar de todo las conservó hasta llegar al gran edificio donde tenía asignado un apartamento.

HL compartía el apartamento con la mujer que, por aquel entonces, era su compañera. Quizá la gente de las pistas de circulación no le comprendiera, pensaba, pero ella sí le comprendería. Entró con sigilo, se acercó a la mujer por la espalda, y le ofreció el ramillete.

Durante unos momentos ella permaneció absorta, mirando las flores. Cogió el ramillete y lo examinó.

—Son muy bonitas —dijo. Y luego, seguidamente—: ¿Para qué sirven?

HL hubiera querido decirle que no servían para nada concreto, que su misión era únicamente alegrar la vista de las personas que estuvieran cerca de ellas, elevar el espíritu de los hombres, ensalzar la belleza de las mujeres, y que esto ya era por sí mismo suficiente. Pero aquéllas eran ideas que no podían expresarse con palabras, y HL calló.

Ella se levantó y buscó un lugar donde poner las flores. Pero las viviendas de la Nueva Organización no estaban preparadas para contener cosas inútiles. Entonces ella, tras unos momentos de indecisión, las olió una vez más, y terminó por arrojarlas al sumidero.

—Al fin y al cabo —dijo, como si se disculpara—, no sirven para nada. Y muy pronto hubieran olido mal.

HL no respondió.

Juan encontró a HL en un gran campo de maíz, junto a la pista rodante. Hablaron largo rato, y pronto llegaron a la conclusión de que ambos tenían los mismos ideales. Entonces HL le llamó compañero y le abrazó. Le contó todos sus ocultos pensamientos, y le dijo que estaba cansado de la Nueva Organización, de los centros de trabajo, de los nichos-vivienda, de los apartamentos, de todo lo que representaba la ciudad y las pistas rodantes. Quería huir de todo aquello, pero le faltaba el valor.

—¿Sabes qué voy a hacer? —le dijo—. Un día, a conciencia, voy a dejar de trabajar. Completamente. Me detendré, y dejaré que las pequeñas piezas de

metal se vayan acumulando ante mí hasta que cubran toda la mesa. Y cuando venga el hombre a decirme que tengo una penalización, le contestaré que no me importa, que no pienso seguir trabajando, que puede ponerme todas las penalizaciones que desee y muchas más aún. Entonces me levantaré, y me iré. Y no volveré nunca más a una Ciudad.

Juan aprobó la idea, y le dijo que si lo deseaba podían seguir el camino juntos. HL se sintió entusiasmado por aquella idea. Llamó a Juan «hermano», y le abrazó otra vez. Luego le pidió que le aguardara allí, que volvería lo más pronto posible. Dio media vuelta, y regresó a la ciudad para buscar sus pertenencias más queridas.

Juan le aguardó en el campo donde se habían encontrado. Le aguardó una hora, dos, tres. Durmió aquella noche entre los maizales, y a la mañana siguiente lo aguardó también. Lo aguardó durante todo el día, y durante todo el día siguiente, y durante el otro también. Lo aguardó mucho tiempo. Pero HL.03694.S no regresó.

—Al principio creí que el caso de HL no sería el único, que los hombres empezaban a comprender, y que se estaba preparando una rebelión de toda la conciencia humana ante la ausencia de sentimientos de la Nueva Organización. Creí que el hombre desearía regresar a la Naturaleza, convivir de nuevo con ella como lo había hecho antes. Pero me equivoqué. Ignoro lo que debió suceder, pero HL no regresó nunca, y nadie hasta ahora ha seguido sus huellas. Nadie recorre los campos por las tardes, ni ha hecho un ramillete de margaritas, ni ha dejado que las piezas de metal se acumulen ante su máquina para soñar con una casita de paredes blancas y techo rojo en medio de un bosque, ni nadie, después de llevar doce años seguidos realizando cada treinta segundos la misma operación absurda, se ha detenido a preguntarse *por qué*.

El Ordenador estaba silencioso, con los ojos fijos en la gran pantalla, sin saber qué decir.

—Y sin embargo —continuó Juan—, estoy convencido de que ha habido muchos HL en la Nueva Organización, aunque nunca se haya oído hablar de ellos. ¿Dónde están ahora, qué les ha sucedido?

El Ordenador seguía silencioso, mirando su pantalla. Juan se levantó.

—Durante muchos años he luchado frente a la Nueva Organización —murmuró—. Durante muchos años he intentado mantenerme al margen de ella. Al final, creí que ya no valía la pena sostenerme más en mi postura. Por eso me encuentro ahora aquí.

El Ordenador levantó la cabeza.

—Sin embargo —siguió Juan—, ahora me doy cuenta de que, a pesar de todo, es imposible renunciar enteramente a algo cuya esencia se ha intentado conservar durante toda la vida. No pueden cambiarse tan radicalmente los principios humanos. Si intentara hacerlo, pronto me convertiría en un nuevo HL.

—No le comprendo.

—Es muy sencillo. Su sistema es demasiado distinto al mío: nunca podría adaptarme a él.

—Pero millones de personas siguen este sistema. Y todas ellas están contentas, son felices siguiéndolo. ¿Por qué usted no lo habría de ser?

—No lo sé, pero sería así. No podría estar ocho horas encerrado en un centro de trabajo, realizando miles de veces al día la misma operación. Quiero libertad, quiero poder moverme a mis anchas y hacer lo que desee y en el momento en que lo desee...

—Tendrá dieciséis horas al día para ello. Dos terceras partes de su vida.

—Pero a cambio se me pedirá que pase la otra tercera parte en un local, encerrado con una máquina, tomando cada treinta segundos una pieza de metal que surgirá de sus entrañas, haciéndole una señal con un punzón y depositándola en una cinta transportadora. Es algo absurdo.

—Es un trabajo.

—Un trabajo que no tiene ninguna finalidad.

—Individualmente nada tiene finalidad. Es el conjunto lo que vale.

—Eso ya me lo han dicho antes. Es su gran axioma, ¿verdad? El lema de la Nueva Organización. El hombre no es nada, lo grande es la humanidad. Es algo que no me convence.

—¿Entonces?

—Deme alguna razón. Deme un motivo para que esto tenga que ser así. Dígame que todo no obedece al capricho de algunas personas, que existe *realmente* una razón para que el mundo sea tal cual es. Démela, y lo aceptaré.

El Ordenador bajó la cabeza.

—Yo no puedo dársela —dijo—. No estoy lo suficientemente capacitado como para ello.

—Muy bien —dijo Juan—. Entonces lléveme ante quien pueda darme esta razón.

VI

De nuevo los pasillos. De nuevo los interminables corredores que no llevaban a ninguna parte, brillantemente iluminados; el abrir y cerrar de puertas de grandes salas, donde trabajaban cientos de hombres y mujeres iguales, inclinados ante sus máquinas iguales.

De nuevo la desorientación y el caos. De nuevo pensar en el inmenso Laberinto que era la Gran Ciudad, en el gran maremágnum de su central nerviosa. De nuevo imaginar que aquél era el enorme monstruo inhumano que iba a tragárselo, el gran remolino que lo atraía irremisiblemente hacia lo más profundo de su vórtice.

De nuevo una puerta cerrada. De nuevo transponer un umbral. De nuevo, también, detenerse ante un hombre sentado junto a la opresión de una gigantesca pantalla.

Todo se repetía, sólo que un peldaño más arriba.

El Ordenador General le vio entrar sin levantarse de su asiento. Sentado ante su gran pantalla, aguardaba. Le indicó una silla frente a él.

—Así pues —dijo—, usted es el último «ser libre» que queda sobre la Tierra, el último vagabundo. Es una gran experiencia conocerle; sí, una gran experiencia.

Juan se sentó. La enorme pantalla le impresionaba con su oculto significado. Ignoraba lo que había más allá del deslustrado cristal subdividido en miles de células. Preguntó:

—¿Qué es lo que controla usted?

El Ordenador General se echó a reír.

—Siente curiosidad, ¿verdad?

—Sí.

—Le advierto que una de las bases de la Nueva Organización es que nadie debe conocer nada que vaya más allá de su trabajo específico. Ni siquiera nosotros, los Ordenadores, conocemos lo que hay después de nuestra pantalla.

—Entiendo —dijo Juan—. Sí, entiendo.

El Ordenador General seguía riendo.

—Nuestra organización es maravillosa —dijo—. Es realmente difícil crear una organización social tan perfecta y acabada como esta... y nosotros lo hemos conseguido. ¿No cree que esto merece un elogio?

—Sí —dijo Juan—. Pero ¿quiénes son *nosotros*? ¿Quiénes han creado la Nueva Organización?

El Ordenador General se encogió de hombros.

—No lo sé —dijo—. Pero no me importa. *Todos* la hemos creado.

Juan no respondió. *No lo sé*. Nadie sabía nada. Aquélla era la suprema fuerza de la Nueva Organización: la ignorancia. Nadie sabía lo que había más allá de su máquina, y era feliz ignorándolo. ¿Alguien, alguna vez, había dicho que el pensar traía la infelicidad? No importaba lo que hubiera arriba ni abajo; así no existían las preocupaciones, ni los deseos, ni las ambiciones, ni los odios, ni las envidias. El hombre no puede desear algo que no conoce, no puede envidiar el puesto de otro que no sabe lo que hace. Si se le asegura la subsistencia y un mínimo de comodidad, ¿para qué preocuparse de nada más?

Sí, era un magnífico sistema. El arte de no saber es a veces más difícil que el arte de saber. Pero, si se consigue, es también mucho más satisfactorio.

—Quiero hablar con alguien que pueda responderme —dijo Juan—. Quiero hablar con alguien que pueda dar una contestación concreta a mis preguntas.

—¿Con quién?

—No lo sé. Pero quiero saber más sobre este mundo en el que se me quiere incluir.

El Ordenador General movió dubitativamente la cabeza.

—Saber va en contra de los principios de la Nueva Organización. El saber trae consigo las preocupaciones, y las preocupaciones impiden al hombre ser feliz.

—Es probable que el hombre no desee ser feliz. Quiero saber.

—Yo no puedo proporcionarle nada de lo que me pide. Dudo que nadie pueda hacerlo. Lo único que puedo hacer yo es incluirlo dentro de nuestro mundo. Tenemos un sitio para usted. Siempre hay un sitio para alguien más.

—Me niego a aceptar este sitio.

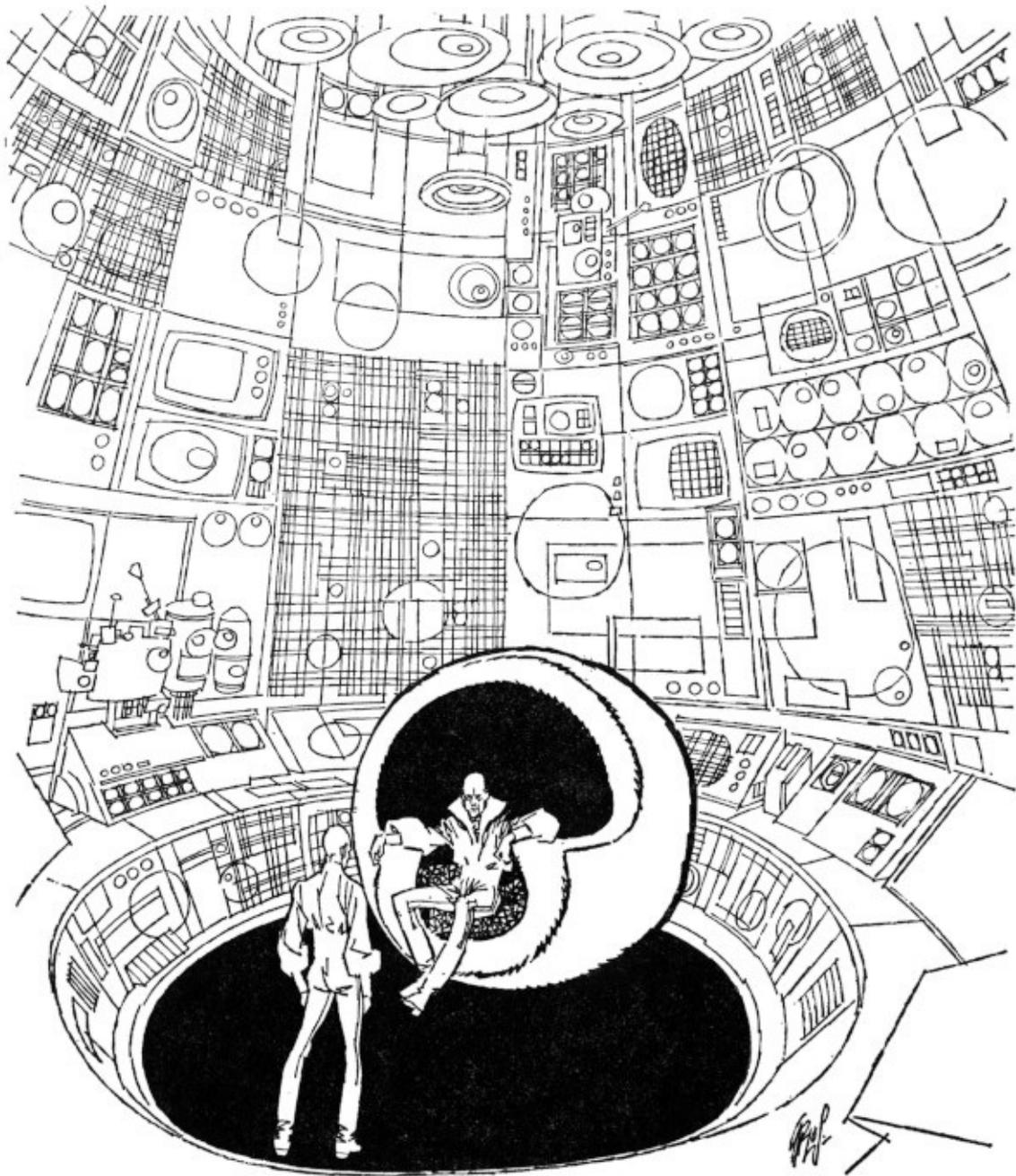
El Ordenador se sorprendió.

—¡Pero usted *no puede* negarse!

—Sí puedo. Soy libre. Ustedes proclaman que en la Nueva Organización todos somos libres. Muy bien: amparándome en esta libertad, exijo el derecho de saber.

El Ordenador General dudó durante un largo rato.

—Está bien —dijo—. Lo intentaré.



Juan, acompañado de dos hombres, salió del gran edificio del Control Central de la Ciudad.

Las pistas de circulación estaban llenas de gente: gente que paseaba, gente que hablaba, gente que reía. Todos parecían iguales: todos iban vestidos con idénticas ropas, todos tenían los mismos rostros impersonales, las mismas sonrisas inexpresivas. Juan hubiera deseado detener a alguno de ellos y preguntarle: ¿Es usted *realmente* feliz? Pero temía la respuesta.

Subieron, él y los dos hombres, en un plateado disco de transporte. El aparato se elevó hacia una de las pistas de circulación rápida y partió.

Juan no sabía hacia dónde iban ahora. Salieron de la Gran Ciudad. Desde las pistas rodantes, la ciudad se veía como lo que realmente era: un informe conglomerado de grandes edificios impersonales. En su centro podía divisarse aún un inexplicable hueco: el del esbelto edificio que, en otros tiempos, cuando aún existían las religiones, había sido un templo. Pero pronto quedaría cubierto.

El disco de transporte avanzaba a gran velocidad. No importaba hacia dónde; sencillamente, avanzaba. A los lados, a todo su alrededor, el paisaje era uniforme, una repetición de sí mismo: inmensos campos, grandes factorías. En algunos de ellos, grandes máquinas empezaban a recoger las cosechas. Sobre las máquinas, sentados en diversos lugares, realizando una labor perfectamente inútil, varios hombres.

Y así una y otra vez, en todas partes. A la derecha, a la izquierda. Inmensos cuadrados verdes que cubrían apretadamente la tierra, en un intento de cultivar cada vez más, más, más. A ambos lados y a todo lo largo de la pista de transporte, hasta llegar al horizonte... hasta el infinito.

Y el disco avanzaba, avanzaba hacia un desconocido lugar.

El hombre lo estudió atentamente.

—Así que usted es Juan —dijo—. HZ.27364.V. Hace tiempo que lo esperábamos.

Estaban en el interior de un inmenso edificio cúbico, situado en medio de agrestes montañas, en uno de los pocos lugares donde aún no habían llegado los campos de cultivo. Las pistas rodantes convergían hacia él desde todos lados, bifurcándose multitud de veces, como una gran tela de araña que tuviera allí su centro geométrico. Aquél era el Eje Neurálgico del Gran Cambio, el Máximo Ordenador de la Nueva Organización. Allí dentro debía radicar la inteligencia que dirigía todo el mundo y su nueva estructura, el gobernador que controlaba toda la Tierra. El punto final de su larga búsqueda.

—Usted es el último vagabundo que quedaba ya sobre la Tierra —dijo el hombre—, el último ser completamente libre de nuestro mundo. Es curioso vernos finalmente aquí, frente a frente. Muy curioso.

Juan lo examinó. Era un hombre viejo, tan viejo como él mismo, quizá más. Pequeño, delgado, de cabello completamente blanco, nariz aguileña y gruesos lentes, tras los cuales se movían nerviosamente unos diminutos

ojillos. Las manos eran finas, blancas y huesudas, manos acostumbradas a realizar trabajos delicados.

—Es curioso verlo aquí —siguió el hombre—, y más aún por lo que representa. Hace ya mucho tiempo que había olvidado esa palabra: *vagabundo*. Ahora deja algo así como un extraño sabor de boca el pronunciarla.

Juan se sentía impresionado por todo lo que le rodeaba. El edificio era una enorme fortaleza. En el mundo actual, donde los Ejércitos habían sido abolidos y las armas destruidas totalmente, existía aún una fortaleza. Porque allí estaba el amo de la Tierra, el hombre que dominaba a todo el planeta.

El viejo de gruesos lentes e inquietas manos le miraba con curiosidad. Juan se sentía traspasado por aquella mirada escrutadora, que no olvidaba nada en su examen, que nada perdonaba.

—El Ordenador General de su Ciudad me ha comunicado que usted no está conforme, a pesar de todo, con nuestra Nueva Organización, que no está de acuerdo con nuestra forma de vida. ¿Puedo saber por qué?

Juan miraba a su alrededor. Se encontraba en una pequeña habitación, alta como un claustro, forrada interiormente con un color oscuro que le daba un cierto aire de recogimiento. Allí el silencio era completo. El único mobiliario era una gran mesa redonda, y quince sillas a su alrededor. Sólo estaban allí ellos dos.

—No —dijo Juan—. Tiene usted razón, no estoy de acuerdo con su forma de vida. No, hasta saber la razón.

—En la Ciudad conoció algunas.

—No. Me mostraron algunos detalles, pero no me dijeron el porqué.

—Esa palabra ya no se emplea. Nadie pregunta por qué.

—Yo sí.

El viejo sonrió.

—¿Seguro?

—Sí.

—Entonces, ¿quiere saberlo todo?

—Sí, todo.

—Está bien: se lo contaré.

VII

El anciano se reclinó en su asiento. Se quitó la gafas y fijó sus ojos desnudos en un punto indeterminado del techo de la habitación, como si

buscara lejanos hechos.

—El Gran Cambio tenía que llegar —dijo—, usted lo sabe. Era una necesidad absoluta. De no haber llegado, la Tierra hubiera sido destruida por completo.

—¿Por qué?

—Porque el mundo, antes del Gran Cambio, era un caos.

El mundo era un caos.

Todos los hombres conscientes se daban cuenta de ello, pero no se podía detener el incesante fluir de los acontecimientos lanzados a una loca vorágine. El progreso desorbitado, rápido, absoluto, había desbordado a la misma naturaleza humana, y la estabilidad del Hombre sobre la Tierra se había resentido. El mundo era un caos.

Los distintos grupos ideológicos se odiaban entre sí, y este odio los llevaba a un frenesí loco. Cada vez se construían armas más poderosas, y cada vez las armas construidas eran desechadas por antiguas antes siquiera de haber tenido la oportunidad de haber sido utilizadas. Con el pretexto de salvaguardar la paz, las naciones se preparaban para la guerra. El miedo se había adueñado de ellas, un miedo absoluto al enemigo... y a ellas mismas y a su debilidad. El hombre, en esas condiciones, vivía bajo la constante amenaza de la guerra, de una guerra que nunca llegaba, pero que en el mismo momento en que se desencadenara sería absoluta... total.

Y los hombres iban creciendo en un mundo que no podía dar más de sí. Cada vez más, el hambre se extendía por el planeta, en una plaga sin solución. La miseria era absoluta en algunos estratos, mientras en otros se amasaban grandes fortunas. Las desigualdades sociales eran cada vez mayores, por lo que la estabilidad global del mundo se resquebrajaba, amenazando con hundirse.

La progresiva mecanización de la industria ensanchaba aún más esas brechas. Los hombres veían cómo eran arrojados de sus puestos de trabajo por las máquinas, que hacían el trabajo con la mitad del costo, en mucho menos tiempo, y con mucha mayor eficiencia y perfección. Pero los artículos manufacturados seguían manteniendo los mismos precios, porque las grandes máquinas eran costosas y se debían amortizar.

Y el hombre empezaba a dudar de todo... incluso de sí mismo. Entre un materialismo sensual exacerbado al máximo y un misticismo glorificado hasta lo absurdo, el hombre navegaba sin rumbo fijo, perdido por completo. Se derrumbaban las antiguas convicciones y se creaban otras nuevas, que

tampoco servían para nada. Y el hombre rebotaba de una a otra creencia como una pelota, sin hallar ningún asidero donde poder agarrarse.

Las grietas de la inestabilidad se iban abriendo cada vez más. El mundo era un caos, y nadie sabía como detenerlo.

—Recuerdo muy bien aquellos días —dijo el anciano—. Las grandes potencias se ahogaban en la inflación, mientras los países subdesarrollados se hundían en la miseria, explotados y dominados por todos los que les rodeaban. Los conflictos internacionales eran constantes. El mundo se derrumbaba, y nada podía hacerse por él. Nada... salvo recoger sus cenizas e intentar reconstruirlo de nuevo desde el principio. Esto es lo que hizo el Gran Cambio.

Se necesitaron muchos años para ello. Durante mucho tiempo, una serie de hombres venidos de todas partes del mundo estudiaron la manera de salvar al mundo de aquel hundimiento. Era preciso levantarlo de nuevo, hacerlo resurgir del caos. Fue un cónclave de hombres que velaban por el futuro de la Humanidad. Y de ahí surgió la Nueva Organización.

—El problema más acuciante era el de la desigualdad existente entre los miembros de la raza humana. Siempre, desde el principio de los tiempos, existieron tres clases distintas de hombres: los señores, los trabajadores, y los parias. Recibieron a lo largo de la historia miles de nombres distintos, cada época les dio unos atributos especiales, pero siempre fueron fundamentalmente los mismos. Ellas fueron los que crearon el mundo anterior al Gran Cambio. Si queríamos evitar sus imperfecciones, debíamos suprimirlas. Un orden perfecto no puede hacer distinción con ninguno de sus individuos.

—Pero ahora siguen existiendo las clases sociales.

—No. Sólo hay una clase: la obrera. Dentro del trabajo podrán existir diversos planos, los que necesiten los distintos trabajos específicos y los que puedan ofrecer un mismo trabajo dentro de sus muchas especialidades. Pero fuera de los centros todos somos absolutamente iguales. No hay la menor distinción entre ninguno de nosotros.

Existía el gran problema del desempleo. Las máquinas son útiles, pero solamente si no reemplazan por completo al hombre. Era preciso pues hallar una fórmula que pudiera aprovechar las ventajas de la máquina sin que su empleo repercutiera sobre el elemento humano. Una fórmula de concordia, una fórmula que permitiera a las máquinas hacer todo el trabajo pero que permitiera también al hombre seguir trabajando a su vez. La solución era fácil. Sólo era necesario realizar una ligera preparación.

—Ésta ha sido una de nuestras grandes victorias. Ahora no existe teóricamente ningún límite al número de puestos posibles de trabajo. La antigua ley de la oferta y la demanda ha desaparecido: sólo existe ahora una constante de igualdad total. Cuando en alguna de las dos partes se produce un cambio, basta reflejar este cambio en la otra para mantener el equilibrio. Así, cada hombre podrá tener siempre un lugar reservado para él dentro de nuestro mundo.

—¿Aunque sea para realizar durante toda su vida un trabajo completamente innecesario?

—¡Oh, usted no lo entiende! La única finalidad del trabajo es proporcionar al hombre un medio de vida. No existe pues ningún trabajo inútil, si cumple con esta finalidad.

—Pero, bajo esta premisa, hubiera sido mucho más sencillo dejar al hombre gozar enteramente de su libertad, librándole completamente de cualquier clase de trabajo. Entonces hubiera sido mucho más feliz.

El anciano negó lentamente con la cabeza.

—El problema es más complejo que esto —dijo—. El hombre *necesita* trabajar. El antiguo mito de la felicidad bucólica del *dolce far niente* no es más que eso: un simple mito. El hombre necesita hacer algo para autosatisfacerse, saber que es útil de alguna manera a la sociedad, aunque en la realidad sólo *piense* que lo es. El hombre inactivo medita en sí mismo, y entonces descubre su insatisfacción. Para evitar esto es preciso darle una ocupación, aunque sólo sea una ocupación simbólica, que le mantenga la mente ocupada. No basta con saber que tiene la vida asegurada: es preciso que piense que es él quien *gana* esta vida. Sólo así las ideas extrañas no torturarán su cabeza, y será enteramente feliz.

El Gran Cambio no fue ni una revolución ni una guerra. No fue un cambio cruento, ya que de haber sido así nunca hubiera obtenido un éxito completo.

Fue un cambio solapado, suave, un cambio que esperó el momento más idóneo para surgir a la superficie. Un cambio que apareció en el momento en que era más necesario, cuando el mundo estaba ya lo suficientemente maduro como para asimilarlo, cuando el mundo no tenía más alternativa que aceptarlo o morir. Por eso triunfó.

—Yo fui uno de los líderes del Gran Cambio —dijo el anciano—: uno de los que planeó su puesta en marcha. Yo era muy joven por aquel entonces... como usted. Recuerdo bien aquellos días. El mundo agonizaba en un materialismo de oro y miseria, se hundía en una ciénaga sin fondo sin hallar ninguna orilla salvadora. No atacamos. No nos levantamos violentamente contra nadie. Simplemente, aparecimos. Hicimos nuestras promesas, y aguardamos la respuesta. Y la gente vino hacia nosotros por su propia voluntad.

Juan recordaba también aquellos días.

De repente, una voz había sonado en todo el mundo. En aquel mundo moralmente acabado, materialmente desecho. Primero hubo una ola de escepticismo, pero algunos fueron acudiendo a la llamada. Y después de ellos otros, y otros, y otros, y otros más.

Pronto corrió la voz. El Gran Cambio estaba trabajando sobre las cenizas de aquel mundo en ruinas, construyendo un nuevo mundo para la humanidad. El Gran Cambio prometía paz y seguridad social para todos los hombres, estabilidad para toda la Tierra. Y cumplía sus promesas.

La gente empezó así a aclamar aquella aparición. En el caos del mundo, alguien reconstruía lo destrozado por generaciones de locura. No importaba cómo lo hiciera: lo hacía. Se olvidaron las antiguas leyes, los viejos métodos. No importaba nada de lo viejo, porque el Gran Cambio venía ya.

Así, el mundo empezó a renacer sobre sus antiguas ruinas. Distinto a cómo había sido antes, pero renació.

—Fue una tarea difícil —dijo el anciano—. Debíamos crear una organización completa, la Nueva Organización. No podíamos aprovechar nada de lo antiguo; ni el material, ni las ideas. Debíamos crearlo todo de nuevo. Desde cero.

»Necesitamos doce años para prepararlo, y otros siete para implantarlo. Pero conseguimos nuestro propósito. Algunos intentaron oponérsenos, pero

no tenían fuerza contra nuestra fuerza. Sólo les quedaban dos soluciones: unirse a nuestro movimiento, o morir fuera de él. Algunos se rebelaron, como usted. Pero fueron los menos. Y su rebelión los desplazó fuera del resto de la humanidad.

»Construimos de nuevo todo el mundo. Los antiguos pueblos fueron desapareciendo a medida que se iban construyendo las Ciudades, sobre la misma planta de las antiguas ciudades derruidas y utilizando sus mismos materiales. Empezamos a crear los grandes campos de cultivo, jurisdicción de cada una de las distintas Ciudades. Se fueron creando también los centros de trabajo, los controles centrales... Fue una tarea larga, pero pronto empezaron a verse sus frutos. La sociedad cambió, el mundo cambió, el hombre también cambió. Desapareció el caos. Y entonces pudimos descansar tranquilos, porque todo lo que debíamos hacer estaba ya hecho. La Nueva Organización había aparecido. Habíamos conseguido lo que nos propusimos.

—Así —dijo Juan—, desapareció el caos. Pero así desaparecieron también todos los vestigios del antiguo orden, todas las bellezas de la vieja organización. Así murió la literatura, y la pintura, y la escultura, y la música también. Así murieron los más antiguos y los más hondos sentimientos humanos: así murió el amor, y el odio, y el deseo, y la ambición. Así, el hombre fue dejando cada vez más de ser hombre. Hasta hoy.

El anciano movió negativamente la cabeza.

—El hombre nunca ha dejado de ser hombre —dijo—: sólo ha cambiado su fisonomía exterior. El nuevo orden necesitaba también un nuevo hombre para ocuparlo. Habíamos despojado al mundo antiguo de todas sus imperfecciones: el hombre debía despojarse también de ellas si quería poder vivir dentro de él.

—Y así han convertido al hombre en otra máquina —dijo Juan—: en aras de un ideal. Han hecho de él un ser amorfo, gris, apagado. Un ser sin personalidad, sin rostro. Una nulidad.

—Usted no lo entiende. El hombre, hasta ahora, había sido siempre una criatura débil e imperfecta. Tenía muchas taras, exceso de debilidades. El amor, el odio, la ambición, todos sus queridos viejos sueños, no eran más que enfermedades como el cáncer, la leucemia o el hambre. Esas enfermedades hacían al hombre infeliz. Ninguno de los habitantes del mundo antiguo era feliz, y nosotros queríamos conseguir la felicidad total. Por eso los extirpamos. Ahora, lo hemos conseguido. El hombre del Gran Cambio no tiene preocupaciones, no siente los deseos que lo atormentaban antes. Ha sido liberado de sus antiguos instintos.

Juan sintió un extraño nudo en la garganta.

—Entonces, ¿no hay nadie... nadie, que sienta deseos de volver a la antigua organización?

El anciano dudó unos instantes en responder.

—Una enfermedad nunca puede erradicarse totalmente. Sí, a veces se produce algún caso.

Juan pensaba en HL.03694.S.

—¿Y qué ocurre entonces?

El anciano se encogió de hombros.

—Lo mismo que ocurría antes cuando alguien contraía una enfermedad. Se le lleva a un médico. Se le da un tratamiento. Se le cura. Y se le reintegra a la sociedad.

Los vestigios del mundo antiguo estaban ya olvidados, pero allí, en aquella habitación oscura y fría, flotaban aún en el aire como fantasmas del pasado. Era sólo allí. Fuera, en el resto del mundo, aquellos vestigios no eran ya ni siquiera pasado, pues el pasado había desaparecido.

Para el hombre de la Nueva Organización, la palabra «pasado» no tenía razón de existir. Sólo existía el presente, un presente total y absoluto. Y esta ausencia de otra cosa que no fuera presente era lo que hacía al hombre sentirse feliz. No pensar en lo que ya pasó, no pensar tampoco en lo que va a pasar. No pensar en nada más que en lo que está pasando en el momento preciso en que está ocurriendo: lo pasado no existe, lo futuro no importa. Sólo el presente es. He aquí el axioma de la felicidad.

—Y sin embargo —dijo Juan—, cuando yo hablaba en la Ciudades y contaba mis historias, la gente me escuchaba con interés.

—Porque sus historias son historias para niños. Historias fantásticas de hadas y gnomos, historias de casitas con techos rojos y verdes praderas cubiertas de flores, de arroyos cantarines y aire lleno de aromas. Todo esto ya pasó, no tiene hoy la menor importancia. Ahora sólo es fábula. A veces, en las diversiones colectivas, ofrecemos a la gente historias de este tipo. Y todos ellos se divierten mucho viéndolas.

—Es una monstruosidad.

El anciano negó con la cabeza.

—No mire solamente los hechos —dijo—. Piense también en los motivos. ¿Acaso encuentra más convincente el mundo antiguo que el actual? ¿Acaso cree que el hombre era más feliz entonces que ahora? Hemos tenido que crear

un mundo nuevo, y lo hemos hecho a conciencia. No hay ningún fallo: ni el menor error.

—¿Hemos? —dijo Juan—. ¿Quiénes están englobados en esta concepción del Gran Cambio? ¿Quiénes han sido los artífices de esta monstruosidad? ¿Acaso usted...?

El anciano se echó a reír.

—Nos llama monstruos porque aún no ha sabido comprendernos bien. No, no he sido yo. Ni siquiera hemos sido muchos como yo. Nunca habiéramos podido hacerlo. Nosotros solamente hemos sido el órgano ejecutor, el brazo que ha dado el primer impulso para que empezara a moverse toda la maquinaria. Detrás de nosotros ha existido siempre un cerebro, *sigue existiendo* un cerebro. Un cerebro todopoderoso... un cerebro que nunca morirá.

—¿Quién?

—¿De veras quiere saberlo?

—Sí.

—Sígame entonces. Se lo mostraré.

VIII

Era una habitación inmensa. En su interior hacía frío. Una luz entre rojiza y anaranjada, muy tenue, la sumía en una penumbra de aspecto fantasmal. A primera vista parecía estar completamente vacía, pero pronto se adivinaba en ella algo, como un tenue latido, el sonido de una apagada respiración, un extraño ambiente que indicaba la existencia de algo vivo en su interior.

—Éste es nuestro cerebro coordinador —dijo el anciano—. El promotor del Gran Cambio.

Juan se detuvo en el umbral. Todas las paredes de la habitación estaban recubiertas con paneles llenos de extraños aparatos, consolas, luces, conmutadores, indicadores, esferas, diales. Lo demás estaba vacío. Tan solo, en el centro mismo de la habitación, había un gran sillón tapizado en negro, frente a una mesa de control en forma de herradura. Nada más.

Y sin embargo, toda la habitación respiraba vida.

—¿Qué es? —preguntó Juan.

—Nuestro cerebro —dijo el anciano—. El cerebro más poderoso de todo el mundo. Ocupa un volumen de veinte pisos, pero es omnipotente. Es el creador del Gran Cambio, el mantenedor de la Nueva Organización. Nunca morirá.

—¿Es... es una máquina?

—Sí.

La suave luz rojo-anaranjada parecía teñir en sangre toda la habitación. El aire acondicionado, la temperatura, el blando suelo, el silencio, todo daba la impresión de hallarse en el claustro de un antiguo templo. El templo de la nueva sabiduría, la iglesia del nuevo poder.

—El Gran Cambio nunca hubiera existido sin él —dijo el anciano—. Jamás un cerebro humano hubiera podido conseguir una organización social tan completa y perfecta como la que nos rodea. Ni todos los genios del mundo reunidos hubieran podido, en un millón de años, hacer un burdo remedo de lo que él ha hecho. Ha sido precisa su creación para lograr la perfección que disfrutamos ahora.

—Pero es una máquina —murmuró Juan.

—Sí, es una máquina. Pero es mejor que el mejor de los hombres. Tardamos once años en diseñarlo y construirlo, yo y doscientos técnicos como yo. En él está previsto todo. No puede tener el menor fallo, ni la más pequeña equivocación. Toda la sabiduría que ha poseído el hombre en toda su historia, toda su historia misma, se encuentran en su interior. Todas las virtudes y los defectos humanos, todos los aciertos y los yerros de la humanidad, todos los adelantos, todos los fracasos, están registrados en su interior. Su experiencia es fabulosa, nunca podrá equivocarse. Sus entrañas albergan el saber de toda la humanidad, todo su pasado... y también todo su futuro.

—Pero es una máquina.

—Comprendimos la necesidad de su existencia cuando nos dimos cuenta de nuestra pobre incapacidad. Ninguno de nosotros hubiéramos podido asumir su tarea. Éramos demasiado débiles, demasiado imperfectos para buscarle una solución a nuestro problema. Hacía falta un cerebro más que humano para concebir lo que debía salvarnos de la hecatombe. Entonces pensamos en la posibilidad de un cerebro artificial, un cerebro analítico que contuviera en sus circuitos todos los datos del problema, todos los antecedentes y sus posibles derivaciones, todos los informes necesarios. Debía ser un cerebro capaz de coordinar todos los elementos a la vez y entre sí, y sacar una única solución: la solución ideal para el Gran Cambio. Ésta fue su tarea.

—Pero es una máquina.

—Lo alimentamos. Le dimos toda la información que necesitaba: le llenamos el vientre de cifras, fechas, estadísticas. Le ofrecimos todo lo que necesitó. Luego le hicimos una pregunta. *La Pregunta*. Sabíamos que nos iba a contestar, y que iba a hacerlo correctamente. Trabajó, a su fantástica velocidad, durante cuarenta días y sus cuarenta noches, elaborando todos los datos del problema. Luego nos dio su respuesta, escrita en un volumen de siete mil ochocientas grandes páginas. Necesitamos catorce meses para estudiarlo, pero a las veinte páginas nos dimos ya cuenta de su maravillosa lucidez. No había la menor posibilidad de fallo, no existía ningún resquicio, ningún cabo suelto, ningún factor que hubiera quedado en el aire o por resolver. En sus páginas estaba previsto *todo*. Era la solución ideal, la Solución Única. Y la llevamos a la práctica.

—Pero es una máquina.

—Él es quien creó y supervisó la Nueva Organización. Con la entrega de su informe no acabó su trabajo, sino que apenas lo inició. Desde aquel momento, no ha tenido ni un instante de respiro. Ninguna mente humana hubiera podido coordinar la evolución de las sucesivas etapas del Gran Cambio y el progresivo acondicionamiento de la Nueva Organización, señalando inmediatamente todos los lugares donde se producía el menor fallo en el momento mismo de producirse. *Él lo hizo*. Desde los primeros instantes tomó las riendas de la transformación y, poco a poco, sospesando cada avance que se realizaba antes de darle su aprobación, tejió la espesa tela de araña que envuelve ahora nuestro mundo. Aún en este momento sigue controlándolo todo, y lo hará en el futuro, por encima de los jefes de Centro, por encima de los Ordenadores, por encima de los Ordenadores Generales, evitando en todo momento que se produzca el menor desequilibrio.

—Pero es una máquina.

—Su maravilloso control lo abarca absolutamente todo. Él tiene el informe de los recursos alimenticios de todo el mundo, y su forma de distribuirlos y transformarlos. Él lleva el control de las variaciones de población, de la necesidad de puestos de trabajo, de las necesidades de ropa, de vivienda, incluso de diversiones. Sus estadísticas son inimaginables, y siempre están realizadas al último minuto. Tiene una planificación del futuro de todo el mundo hasta el orden del centésimo año, y siempre, a cada instante, sabe lo que ocurrirá en el segundo siguiente, y en el día siguiente, y en el año siguiente. Previene todos los cambios, incluso los aparentemente imprevisibles, y los bloquea antes incluso de que se produzcan. Bajo su exacto control es imposible el menor desequilibrio, el más mínimo error.

—Pero es una máquina.

—Es eterno: nunca morirá. Trabaja día y noche, y jamás se cansa. Incluso mientras nosotros dormimos, él sigue vigilando, pendiente de nuestra eterna estabilidad. A él debemos agradecerle lo que es ahora el mundo.

—Pero es una máquina.

—Nosotros velamos por su perfecta conservación. Primero fuimos los mismos que lo construimos, pero ahora ya somos viejos, y algunos incluso han muerto. En estos momentos, nuevas generaciones se entrenan para sustituirnos. Son generaciones escogidísimas, elegidos todos sus miembros por la misma máquina. Son muy pocos, y ellos constituirán en el futuro la salvaguardia del resto de la humanidad. Serán los sacerdotes del Gran Cambio, al igual que nosotros hemos sido sus apóstoles. Y a ellos les sucederán después otros, y otros, más, hasta el infinito. Hasta la gloria o la muerte de nuestra humanidad.

—Pero es una máquina.

—Es una máquina, sí. Pero es al mismo tiempo un hombre, y es también el mundo, y es también Dios. Es el guardián del pasado, del presente y del futuro. En sus manos está la conservación del hombre sobre la Tierra. Es el orgullo de todo el Universo, porque es perfecto.

—¡Pero, oh Dios, es *sólo* una máquina!

Una máquina. Una enorme máquina electrónica, rigiendo todos los destinos de la humanidad. Una máquina electrónica: calculadora, fría, impersonal. Una máquina para la cual el hombre no es más que unos guarismos, unas perforaciones, unos impulsos, una ficha, un número. Una máquina para la cual el individuo no cuenta, sino tan sólo la masa amorfa de la sociedad.

Pero, ante la realidad de un mundo que debe permanecer estable, el factor «individuo» debe ser desechado. En los tiempos anteriores al Gran Cambio se había empezado ya a comprender este principio, aunque no se hubiera sabido aplicarlo a tiempo. Había hecho falta una mente más que humana, una mente libre de emociones, que supiera prescindir del hombre como tal para ofrecer una visión planetaria del problema. Por eso fue construido el cerebro. Y por eso, ahora, el cerebro regía los destinos del mundo.

—Pero es horrible —murmuró Juan—. Horrible.

—¿Por qué?

—El hombre ha sido sometido a la más cruel de las burlas: la de ser salvado y condenado al mismo tiempo por una máquina. Nunca llegué a comprender por entero el Gran Cambio, pero ahora empiezo a verlo todo claro. Confiaba en que la Nueva Organización fuera algo más, en que existiría un profundo motivo humanístico a todo lo que nos rodea. Pero no es así. Simplemente, todo se debe a un punto de vista frío, calculador, impersonal. Todo lo que representara emoción, deseo, alma, ha sido barrido de la faz del mundo. El hombre ha sido destruido: la máquina lo ha matado.

—No es cierto. Lo único que hemos hecho ha sido construir un nuevo mundo para el nuevo hombre.

—No —dijo Juan—. No ha sido así. Lo que han hecho ha sido fabricar un hombre nuevo para el mundo nuevo. Nada más.

En el centro de la gran habitación, junto a la mesa de control en forma de herradura, bajo la débil luz rojo-anaranjada, el anciano contemplaba su obra.

—Sin embargo —dijo Juan—, todo esto no se mantendrá mucho tiempo. No se puede mantener. Llegará un momento en el que el hombre se dará cuenta de lo que ocurre a su alrededor y todo terminará. Todo lo que ahora nos rodea desaparecerá, y el hombre volverá de nuevo al principio.

—Pero el cerebro es inmortal.

—La mente del hombre también lo es. Y llegará un momento en el que alguien se dará cuenta de la monstruosidad que nos rodea, y después será otro, y luego otro, y otro más. Entonces alguien se rebelará, y el cerebro será destruido.

—¿Para que vuelva a reinar el caos?

—No importa el caos, si el hombre recupera su dignidad.

El anciano se echó a reír.

—Es usted aún un miembro de la antigua organización. Es preciso tener una amplia visión de las cosas para comprenderlas. Piense en que es la estructura de todo el mundo la que se encuentra en juego. Nadie se atreverá nunca a levantar su mano contra la Nueva Organización, porque todos saben lo que depende de ella. La estabilidad del equilibrio de la Tierra se mantiene gracias al cerebro y su exacta y constante coordinación. ¿Se imagina lo que sucedería si fuera destruido?

—Sí. Pero el hombre volvería de nuevo a su antigua libertad. Nunca se ha logrado una revolución incruenta, ni siquiera la del Gran Cambio. No importaría el sufrimiento, ni el hambre, ni las enfermedades, ni la muerte misma, si se consiguiera regresar a los principios tradicionales.

—¿Y cuales son los principios tradicionales? Usted mismo dice que han desaparecido, que el Gran Cambio los ha matado. ¿Quién los hallaría de nuevo?

—Cualquiera los hallaría. Volverían a resurgir, porque forman parte de la propia naturaleza humana.

—¿Lo cree usted realmente así?

—Sí.

—Bien. Demuéstrelo entonces.

IX

Juan estaba convencido de la rectitud de sus palabras. Durante su peregrinaje por los laberintos de la Nueva Organización, hasta llegar a aquella sala de luz apagada y estruendoso silencio, había conseguido llegar al convencimiento de la realidad de sus afirmaciones. Ahora conocía todo lo que encerraba dentro de sí la Nueva Organización, ahora conocía no ya sólo sus bases, sino también sus motivos y sus circunstancias. Estaba en posesión de la verdad. Y no se sentía en absoluto vencido.

—Al cerebro —dijo el anciano—, le ha sido planteada esta cuestión: se le han suministrado todo los datos de usted, su personalidad, sus ideas, sus deseos, sus ambiciones; se le ha preguntado qué se debía hacer. El cerebro ha dictado su veredicto. Usted, ha dicho, está cansado de luchar contra un imposible en aras de otro imposible aún mayor. Su ideal ha muerto hace tiempo: su viejo y querido mundo ya no existe, y nunca más podrá volver a existir. La Nueva Organización cumple una finalidad concreta, es realista. Hubo un tiempo, ha dicho el cerebro, en el que uno de los que por aquel entonces llamaban «novelistas» escribió un libro acerca de un caballero loco, que también luchaba por un ideal muerto. Aquélla fue la última muestra de la lucha por la belleza, y el caballero murió enajenado. El tiempo de los ideales ha pasado ya: hoy las realidades se superponen a las fantasías. Usted se unirá a nuestras filas.

—No —dijo Juan—. Jamás. Eso no.

El anciano sonreía.

—El cerebro ha extraído esta conclusión, y el cerebro no se ha equivocado nunca hasta ahora. El cerebro ha creado incluso un puesto para usted, en la misma Ciudad donde empezó a conocer realmente la Nueva Organización. Bien, usted tiene sus convicciones. Demuéstre las. Demuéstre que el

cerebro se ha equivocado, y me demostrará que nuestro mundo no es perfecto. Hágalo, y le creeré.

—¿Cómo? —preguntó Juan.

El anciano señaló hacia la mesa de control.

—Destruya al cerebro. Usted dice que no importa el que la Nueva Organización se derrumbe: todo volverá a resurgir como era antes. Bien, si eso es cierto, yo le creeré. Pero debe darme usted una prueba.

Juan se pasó la punta de la lengua por unos labios resecos.

—Pero yo...

—Usted tiene sus convicciones. Le ofrezco luchar por ellas. No le importe sacrificar a toda la humanidad, si cree que ello es justo. Se ha perdido, dice usted, el amor, el odio, el deseo, la ambición. El hombre es una máquina. De acuerdo. Volvamos pues al principio. Volvamos al dolor, a la enfermedad, a la muerte. Volvamos al paro obrero, a la desigualdad social, a los ricos y a los pobres. Volvamos a las luchas continuas. Volvamos a la individualidad, a esa magnífica individualidad que usted tanto pregona. Decídase a dar este paso, y yo le creeré. Le creeré si usted es capaz de renunciar a todo lo que ha visto en aras de sus principios.

—Yo...

A un lado de la mesa de control en forma de herradura había una barra de metal brillante, usada como pasador para fijar el asiento en un determinado lugar y con una inclinación adecuada con respecto a la mesa. El anciano la tomó y se la tendió a Juan.

—Vamos, decídase. Demuéstreme que el cerebro está equivocado, que los principios del Gran Cambio son falsos. Demuéstreme que vale más la libertad individual que la estabilidad colectiva. Destruya el cerebro.

Juan cogió la barra de metal, pero su mano temblaba. El anciano sonreía levemente, esperando, esperando... La barra se alzó, y se mantuvo unos momentos en el aire.

—No —susurró Juan, con voz estrangulada—. No puedo. No.

La barra cayó estrepitosamente al suelo. Rodó unas vueltas sobre sí misma, y se detuvo. El silencio fue absoluto.

Y el anciano se echó a reír, fuerte, muy fuerte. Las lágrimas brotaron de sus ojos.

Juan contemplaba fijamente la mesa de control. Pensaba en todo lo que había visto, en las miles de cosas que había presenciado en aquellos últimos pocos días. Ya no existía la casita de tejado rojo y paredes blancas inundadas de sol, ni el prado lleno de flores, ni el arroyo serpenteante de agua fresca y

ligeros peces dorados. Todo tenía que tener una utilidad en el mundo, lo superfluo debía ser arrinconado. Sólo existían los grandes edificios, las ciudades, los centros de trabajo. Y el hombre era, en parte, algo superfluo.

Y el anciano seguía riendo. Sí, él tenía razón. Ahora empezaba a comprenderlo. Lo antiguo había desaparecido, y el nuevo mundo necesitaba también un nuevo hombre. Él no era más que un anacronismo, una reliquia. Algo superfluo. La máquina había acertado también.

Y no tenía ni tan siquiera el valor de destruir todo aquello, porque empezaba a dudar incluso de sus propias convicciones.

Pensó en la Gran Ciudad, y en el antiguo templo formado por ocho estilizadas agujas que apuntaban al cielo. Iba a ser demolido para levantar en su lugar un nuevo bloque de nichos-vivienda. No importaba. Él también era un templo antiguo, y debía ser demolido. Su época había pasado. Debía aceptar la verdad de las cosas y admitir su error.

Se sentó cansadamente en el sillón, ante la gran mesa de control del gigantesco cerebro. Hundió pesadamente su cabeza entre las manos. Dos gruesos goterones rodaron lentamente por sus mejillas.

Y Juan, HZ.27364.V, lloró.



X

Así pues, un nuevo ciudadano ha entrado en el gran marco de la Nueva Organización. Había estado mucho tiempo enfermo, pero la Nueva Organización lo ha curado y lo ha acogido en su seno. La Nueva Organización le ha ofrecido un puesto en la sociedad.

El nuevo ciudadano de la Nueva Organización tiene, como todos los ciudadanos, un trabajo, pues aunque ya es viejo se le considera todavía útil para prestar sus servicios a la sociedad. Durante ocho horas diarias, en el turno de la mañana, el nuevo ciudadano permanece sentado ante una gran máquina, en una inmensa sala ocupada por quinientas máquinas más, idénticas en todo a la suya. Cada treinta segundos exactamente, un pequeño casquillo de metal llega a la máquina y se detiene ante él, frente a una pequeña abertura. Entonces el nuevo ciudadano levanta el brazo derecho, y baja una palanca. El casquillo es oprimido longitudinalmente por unas pinzas y desaparece, y otro casquillo ocupa, treinta segundos más tarde, su lugar. Entonces el nuevo ciudadano vuelve a levantar su brazo derecho, y baja de nuevo la palanca. Y así una, y otra, y otra vez.

El nuevo ciudadano es feliz así. Por primera vez en su vida se siente ahora seguro, tranquilo, sin nada que atormente su existir. No tiene preocupaciones, no tiene quebraderos de cabeza. No siente amor, ni odio, ni envidia, ni resentimiento hacia nada ni hacia nadie. Como todos los demás miembros de la Nueva Organización, con su tarjeta de trabajo, con su nicho-vivienda, con su futuro asegurado, con sus quince discos de cambio diarios y la posibilidad de participar, libre de complejos, en todas las diversiones colectivas, ya no aspira a nada más.

Sí, el nuevo ciudadano de la Nueva Organización es feliz, muy feliz. Feliz, feliz, feliz, feliz...

© 1969, Domingo Santos y Nueva Dimensión.

PRÓXIMAMENTE, NUEVA DIMENSIÓN PREPARA UNA SERIE DE NÚMEROS EXCEPCIONALES QUE MARCARÁN HITOS EN LA HISTORIA DE LAS REVISTAS DE CIENCIA FICCIÓN EN LENGUA CASTELLANA:

- NÚMERO DEDICADO AL «FANTASY».
- LA CIENCIA FICCIÓN ITALIANA.
- LA «NUEVA COSA».

COMO LOS ANTERIORES, LOS EJEMPLARES DE ESTOS NÚMEROS EXCEPCIONALES SE AGOTARÁN RÁPIDAMENTE. NO PERMITA QUE SU BIBLIOTECA QUEDE MUTILADA AL FALTARLE ALGUNO DE ELLOS:

¡SUSCRÍBASE!

PARA LO CUAL, TAN SÓLO TIENE QUE RELLENAR LA TARJETA QUE ENCONTRARÁ ENCARTADA EN ESTE MISMO NÚMERO Y ENVIARLA A:

NUEVA DIMENSIÓN
Apartado 4018
BARCELONA (España)

EL FUNDADOR DE LA CIVILIZACIÓN

ROMAIN YAROV

La ciencia ficción soviética tiene fama de ser demasiado didáctica científicamente, hallarse demasiado pegada a nuestra realidad actual y a nuestro mundo tecnológico, lo que la convierte para muchos lectores en una ciencia ficción excesivamente fría y académica para su gusto. Ciertamente, una gran parte de los relatos soviéticos de ciencia ficción que nos ha sido dado a leer hasta ahora obedecen a estas premisas; sin embargo, siempre se encuentra alguna excepción. Este relato es una de tales excepciones: no precisamente por su tema en sí —los viajes por el tiempo han sido tocados innumerables veces— sino más bien por la forma especial, muy especial, de abordarlo.

ilustrado por CARLOS GIMÉNEZ

Por fin, después de todo, fueron incluidas las carreras de máquinas del tiempo en el programa de competiciones de los deportes técnicos. La larga y persistente lucha de los aficionados fue coronada por el éxito. Estaban orgullosos, y tenían buenas razones para estarlo. Desde hacía ya tiempo, desde aquel día en que apareció la primera noticia sobre la fabricación de un modelo experimental de una máquina del tiempo, se inició un flujo de cartas a los editores de las revistas de técnica popular tales como *Conocimientos para la Juventud*, *La Ciencia es Fuerza y Tecnología y Vida*, que fue incrementándose con el tiempo. Al principio, las revistas guardaron silencio, pero finalmente, todas al mismo tiempo, publicaron descripciones de modelos de máquinas del tiempo de tipo turístico, familiar y de competición, con planos en colores fuera de texto. Rápidamente se formó una federación deportiva para agrupar a los viajeros al pasado. Como presidente honorífico fue elegido un anciano de ciento cuarenta y siete años. Efectuaron varias competiciones de largo recorrido, pero ninguno logró ir más atrás que al siglo diez y seis.

Mientras tanto, los mejores corredores de calibre internacional estaban ya viajando al siglo primero antes de J. C. Inesperadamente, de Suecia llegó una noticia que hizo tambalear a todo el mundo del deporte. Un corredor de diecinueve años de edad, llamado Jorgen Jorgenson, viajó a través de veinticuatro siglos en tres horas, dieciocho minutos, cuarenta y ocho segundos

y tres décimas. Como respuesta apareció un artículo en un periódico deportivo bajo el gran titular: «Recuperemos nuestra antigua gloria». En el artículo se criticaba a las fábricas que habían hecho posible la producción masiva de máquinas temporales para las necesidades científicas pero que habían olvidado a los deportistas. La crítica surtió el efecto deseado, y se fabricaron y probaron varios modelos deportivos con espléndidos resultados.

Y entonces se tomó la decisión de incluir las carreras temporales en el programa de las Espartaquiadas, las competiciones destinadas a juegos deportivos técnicos.

La gente iba desde el metro al estadio. Los programas revoloteaban como insectos en las manos de los vendedores, proclamando: «¡Última prueba! ¡Carreras de fondo! ¡Los principales competidores son Vassily Fedoseyev y Konstantin Paramonov!». El sol brillaba, la música retumbaba; innumerables zapatos taconeaban en el pavimento, y los niños correteaban de un lado a otro. Todo el mundo estaba alegre, todo el mundo discutía.

—Paramonov tiene resistencia y coordinación pero, si es que puedo hacerle la pregunta, ¿qué es lo que tiene Fedoseyev?

—Pero durante las prácticas en Sukhumi...

—¡Paramonov, Paramonov! ¿Y quién es ese Paramonov? Pero si Fedoseyev...

—No me cuente más historias de ese Fedoseyev...

Era asombroso el grado en que estaban informados los aficionados. Entre el metro y el estadio estaba siendo desarrollada toda una ciencia, con predicciones y experimentos, con una lógica incontrovertible, con unos problemas formulados con propiedad y metodología, unas escuelas de pensamiento opuestas. Mientras, en los mástiles, ondeaban banderolas en las que máquinas de competición de color azul volaban hacia la gloria, mientras a su alrededor, formando una espiral, se hallaban Atenas y Esparta, Roma, Cartago, Bizancio, Gengis Kan y Napoleón. Esta espiral, según la idea del artista, indicaba toda la extensión de la historia humana. Lo cierto es que los corredores nunca podían ver tales cosas. Estaba absolutamente prohibido el detenerse en las remotas épocas del tiempo.

En la pista de ceniza del estadio, los atletas esperaban la señal. No se hallaban situados en línea, sino en el punto que cada uno de ellos había elegido. Se requería de ellos que no se retrasasen al partir, pero el lugar desde el que lo hacían no tenía importancia. El entrenador de Fedoseyev, canoso veterano entre los pilotos de prueba, estaba palpando algunas tuercas del

chasis de la máquina mientras murmuraba al oído de su pupilo las últimas exhortaciones.

—Lo más importante es que no echés a correr al principio. Tienes ganas de hacerlo, pero espera un poco. Aguanta hasta que cojas un buen ritmo. Y, entonces, tienes que mantenerte todo el tiempo que puedas. Recuerda que Paramonov no es demasiado ducho en adaptarse a una marcha constante. Y no te olvides de la atracción del plasma...

Lanzó su cazadora a cuadros a los muchachos del club; su fuerte brazo, enfundado en la manga de su mono deportivo, descansaba sobre los hombros de Fedoseyev.

Un joven delgado, con gafas, llegó corriendo a lo largo de la pista. Era un licenciado, un historiador que era el especialista en la ruta, y que se había dedicado al deporte tras graduarse en la universidad. Apretó las manos de los nerviosos corredores y los abrazó.

—Simplemente, no se detengan —repetía una y otra vez—. Simplemente, no interfirieran con el pasado...

Los controles habían salido ya a la ruta. Es muy difícil el mantener una máquina en marcha en un punto preciso en el tiempo: las desviaciones en ambos sentidos varían de cinco a diez segundos. Por tanto, sus siluetas parecían como fantasmas situados entre nubes. Planeaban a lo largo de toda la ruta de la historia humana. La gente los veía en todas partes y los tomaba por signos sobrenaturales o por fenómenos atmosféricos. Los filósofos, riéndose de las supersticiones, hablaban de juegos de luz en el aire. Dos siglos más atrás llevaban brujas y herejes a la hoguera. Aún más atrás, los caciques de las tribus nómadas los miraban y se regocijaban, pues el jinete fantasmal era signo de una escaramuza feliz y de un buen botín. Mientras que, en el extremo más lejano de la ruta, más allá de donde las características técnicas de las máquinas del tiempo permitían llegar, los profetas elevaban sus manos huesudas hacia el cielo y, con sus barbas temblando, exponían la injusticia del mundo.

Las competencias de velocidad de vuelo en el tiempo eran invisibles para los espectadores. Apenas se hubo dado la señal de partida, los corredores desaparecieron. La carrera se celebraba fuera de su vista, como en un maratón en el que los exhaustos corredores compiten unos con otros en caminos alejados de los graderíos. Pero se habían iniciado las pruebas de pista y todo el mundo, a excepción de los entrenadores, dejó de pensar en aquellos que se habían alejado por entre los siglos.



Apareció repentinamente, exactamente en el mismo punto en que había desaparecido. Al principio la vibración impidió que se pudiera ver bien al corredor, pero luego se comprobó claramente que se trataba de Konstantin Paramonov.

El entrenador corrió hacia su pupilo, lo abrazó alegremente, y le ayudó a sacarse su casco y la cazadora con las plumas. Juntos comenzaron a arrastrar la máquina a un lado y se quedaron esperando a los otros. Se encendieron unos números en el tablero de resultados y la voz del locutor dio el tiempo, añadiendo con alegría mal disimulada:

—Es un gran resultado.

Por los graderíos corrió un murmullo. Los partidarios de Fedoseyev fruncieron el ceño.

Los otros corredores fueron llegando uno tras otro. Aún los que eran menos favoritos del público ya se hallaban en la pista. Pero Fedoseyev no aparecía.

Se inició una cierta confusión en los graderíos. Se oyeron gritos. El Comité Arbitral se puso en contacto con los controles a todo lo largo de la ruta. Era imposible aclarar el asunto. El entrenador de Fedoseyev se puso la cazadora y pidió que se diera cuenta en el informe de la mala organización de la competición. El historiador correteaba inquieto. Entonces, tan sólo cuando ya habían hecho pasar una gran máquina del tiempo del servicio de reparaciones a través de las puertas del estadio, fue cuando apareció Fedoseyev. Estaba pálido y exhausto; sus ojos azules brillaban apagados, su cabello rubio estaba cubierto de polvo, su pequeña barba se alborotaba hacia un lado y su rostro, usualmente de buen humor, aparecía ahora como distante. El entrenador se dirigió rápidamente hacia él.

—¿Qué te pasó? —gritó—. ¿Qué te retuvo?

—Un accidente —dijo cansinamente Fedoseyev.

—¿Y te detuviste? —preguntó el horrorizado historiador.

—Por poco tiempo.

—¿Dónde? ¿En qué siglo?

—Miren en el panel de instrumentos.

Miraron el panel. El indicador estaba detenido en el siglo treinta y tres antes de Jesucristo.

—¡Perder un récord como éste! —el entrenador agitó la mano—. ¡Oh, hermano!

Se giró, y se alejó.

Por detenerse, Fedoseyev fue descalificado por varios meses. Pero como no podía imaginar su vida sin el deporte, siguió entrenándose como antes, escuchando las explicaciones del entrenador y las conferencias del historiador. Ciertamente que el entrenador había disminuido sus horas de trabajo, pues estaba preparando un libro: *El Compañero del Viajero del Tiempo Principiante*. Pero el historiador estaba haciendo todo lo que podía. Hasta llegó a traer a un amigo suyo a las conferencias, un graduado por un instituto de mecánica y matemáticas que explicó a los corredores los

principios del movimiento a través del tiempo desde el punto de vista de los espacios intermedios y las probabilidades negativas.

En una ocasión, el equipo completo fue a un museo. El historiador los llevó para que pudieran familiarizarse con los lugares memorables de la ruta. Hachas, sepulcros, vehículos... Las sensaciones que tenían mientras se movían a través de las brillantes salas eran similares a las que notaban durante las carreras, cuando pasaban casi ciegos a través de los siglos. De repente, cerca de un objeto casi insignificante, Fedoseyev se detuvo. Los otros continuaron, pero él se quedó allí como si hubiera echado raíces, mirando sin poderse mover. El historiador se giró y se dirigió hacia él. En lo profundo de su ser, simpatizaba con Fedoseyev: él también soñaba con asombrosas expediciones al pasado, pero no podía convertirse en corredor porque le resultaba imposible aprender cómo manipular los controles.

—¿Y bien, qué estás mirando? —Tomó amistosamente a Fedoseyev por el hombro—. Es tan sólo un vulgar objeto de culto de finales del neolítico. Fue hallado en un santuario durante las excavaciones de la capital del poderoso reino de Tlen-Tlits. Todo está escrito ahí abajo...

—No —dijo turbado Fedoseyev—. *Eso* es mi encendedor.

—¿Qué? —los ojos del historiador se abrieron tanto como si hubiera visto a un faraón con vida.

—Sí. Te lo aseguro.

—¿Cómo puede ser eso?

—¿Te acuerdas de mi última carrera? ¿Aquella por la que me descalificaron? Me alejé mucho aquella vez. Y, si no hubiera sido por aquel cable en el filtro de fotones, yo habría sido el primero, y Paramonov no hubiera ni soñado en hacerse con el premio. Empujé el control... y no quería moverse. Lo empujé de nuevo, y siguió sin querer moverse. Y la velocidad era tremenda. Tú mismo puedes comprender que en una máquina sin control uno se puede desmaterializar en un abrir y cerrar de ojos. Tuve que detenerme, pero como siempre llevo conmigo las herramientas, abrí la tapa, miré, y vi que se había desgastado el cable y estaba colgando por un solo hilo. Maldije. El mecánico había apretado demasiado la tuerca y yo había estado estirando todo el tiempo. Tan sólo funcionaba a toda velocidad. Me quedé pensativo y me rasqué la cabeza. Oh, bien, pensé, no debía de haberme detenido. Debí de regresar sin reparar. Bueno, podría haberme disuelto en el tiempo, pero en cualquier forma eso habría sido mejor que sentarme a esperar a que pasasen trescientos siglos hasta mi nacimiento. No investigué los alrededores... no había tiempo. De repente, del bosque, un bosque que se

hallaba cerca, a unos metros de mí, surgieron unos hombrecillos. Gritaban algo. Corrieron hacia mí y de repente, todos ellos... ¡pum!, cayeron de rodillas.

»¿Qué estáis haciendo?, les pregunté. Murmuraron. Iban descalzos, casi desnudos, tan sólo se cubrían con las pieles de animales salvajes. Pedí algo de beber. Me trajeron un poco de agua en un pellejo. ¡El pellejo estaba sucio! Les dije: mi entrenador me prohibió beber agua sospechosa; ¿no tienen otra que haya sido hervida? No me comprendieron, y entonces pensé que no conocían el fuego. Encontré una roca con una hendidura como un cuenco. Eché agua dentro, recogí unas ramas y encendí un fuego. Herví el agua y bebí. Les enseñé el cable desgastado. Se quedaron pensativos; luego me trajeron una especie de fibra basta. La trabajé y la probé... no iba mal, aguantaría. Gracias, amigos, les dije; aquí tenéis mi encendedor como recuerdo. Así tendréis carne cocida y agua hervida. No bebáis agua sin hervir... lleva millones de microbios. Paz y amistad.

»Y entonces me fui de allí. Y resulta que estuve con ellos diez minutos, mientras que aquí pasaron tres horas... Pero, ¿qué estás haciendo? ¡Espera!

El historiador agarró a Fedoseyev por el brazo y lo arrastró hasta la salida. Se deslizaron por el suelo encerado, mientras el licenciado repetía entre dientes:

—¡Sígueme! ¡Tan sólo sígueme!

En su casa, el historiador empujó al sorprendido Fedoseyev hacia un sillón, tomó un pequeño volumen de color púrpura de la biblioteca y rápidamente encontró la página que buscaba.

—¿Llevabas barba cuando la carrera?

—Sí —suspiró Fedoseyev—. Una barbita. Querían que me la afeitase. Decían que no me favorecía.

—¡Entonces, escucha!

Y el historiador comenzó a leer con voz cantarina, manteniendo el libro todo lo lejos que le permitían los brazos:

—Llegó a nosotros desde el cielo, y tenía una barba roja. Era un gran jefe sabio que nos enseñó cómo capturar el fuego y guardarlo. Nos dio un espíritu que podía mandar al fuego. Y regresó de nuevo a su lugar en el cielo. Hijo del sol y hermano de la luna...

»Éstos son unos antiguos signos descubiertos en el mismo lugar. ¿Comprendes?

Fedoseyev se alzó de hombros.

—¡Ese eres tú! Bajaste del cielo y les diste un espíritu que podía mandar al fuego. Así es como describen tu encendedor. ¡Tú empezaste la civilización! ¡Eres un gran hombre!

—¡Imagínate! —dijo Fedoseyev, abriendo mucho la boca—. ¡No se olvidaron! ¡Hijo del sol y hermano de la luna!

—Sí. Así es como lo traduce el académico Ornithoptersky.

El historiador escribió acerca de este suceso a muchos periódicos. «Una noble hazaña»; «Atleta ayudado en una dificultad»; «Así se comportan los verdaderos deportistas». Fedoseyev se hizo famoso. Comenzó a recibir cartas. Gente muy apartada del mundo de los deportes oyó hablar de él. Lo volvieron a aceptar en el equipo, y empezó a prepararse seriamente para las competiciones venideras. Y, lo que es más, comenzó a pensar, haciéndose a sí mismo la pregunta: ¿cómo es que no se dio cuenta de que había fundado la civilización?

No se volvió orgulloso; iba rigurosamente a todos los entrenamientos, y todo el mundo estaba satisfecho con él. Todo el mundo... excepto su entrenador. El entrenador consideraba que su pupilo no tenía el suficiente espíritu de lucha. La civilización era la civilización; algo bastante bueno, pero ninguna de esas cuestiones sociales debería interferirse con los eventos deportivos; durante las competiciones, uno tenía que intentar conseguir la victoria a cualquier precio. Uno podía establecer la civilización en las horas libres. El entrenador llegó hasta a creer que, como atleta, Fedoseyev no tenía ningún futuro; pero cuando vio la respuesta de la comunidad ante el noble acto de Fedoseyev, decidió guardar sus ideas para sí mismo. Y, en dos ocasiones, hasta llegó a aparecer en la prensa con artículos sobre asuntos de moral.

© 1969, *Mezhkniga*
Traducción de S. Velázquez

«Back to Methuselah»

Hay ocasiones en las que, por pura casualidad, nos enteramos de la existencia de obras de SF en lugares que jamás hubiéramos sospechado. Estamos seguros de que, para muchos lectores, será una auténtica sorpresa el enterarse de que una de las obras más importantes del irlandés George Bernard Shaw, premio Nobel de Literatura: Back to Methuselah, puede encuadrarse perfectamente dentro de nuestro género. Este artículo aparecido originalmente en el fanzine británico Zenith Speculation, es el encargado de decírnoslo.

El que George Bernard Shaw escribiese SF no es muy conocido. Como filósofo, estaba profundamente relacionado con la masa de ideas, teorías, conceptos y discusiones que seguían la teoría evolucionista de Darwin, y su interés por la política y temas afines le llevó a ser un erudito estudioso de la sociedad humana, y sus agrupaciones. No es, por tanto, muy sorprendente que escribiera una bien integrada y lógicamente desarrollada historia de la Humanidad desde su inicio hasta casi su final, historia que cae muy bien dentro de la categoría de la SF.

Shaw denominó a su ensayo «un pentateuco metabiológico», lo que, más o menos, quiere significar que se trata de un estudio de la evolución en cinco partes; una versión moderna de los cinco libros de Moisés del Antiguo Testamento. Esto no es para decir que Shaw haya hecho una especie de historia pseudoexplicativa, ni que sea el suyo un mundo similar al irreal pintado por C. S. Lewis, con sus diablos y demonios. Su historia es original aunque familiar en su contexto, y tiene algo que ofrecer en lo relativo a un pensamiento constructivo. Se ha dicho que BACK TO METHUSELAH convirtió a toda la subsiguiente literatura sobre una sociedad futura, tal como 1984 o MUNDO FELIZ, en irrelevante e innecesaria. Y, aunque no esté de acuerdo con este comentario (creo que nuestra literatura sería mucho más pobre sin esos dos títulos), no me cabe duda de que la obra de Shaw degrada, por comparación, la fuerza de crítica social de esas novelas. En cambio, si niega

totalmente todas esas vulgares historias que terminan con un «Hágase ahora la luz» o algo similar.

El libro se inicia en el año 4004 a. JC. (el año en que la Iglesia acostumbraba a considerar dado por la Biblia como fecha de la Creación) en el Jardín del Edén. Unos pocos siglos después, encontramos a Adán y Eva fuera del Jardín, dado que su negligencia por cuidar del mismo lo ha convertido en una impenetrable jungla, y con la Historia humana ya en marcha, con suficiente gente en vida para que hayan guerras, etc...

Entonces se produce un gran salto hacia adelante para llegar a lo que era el día de hoy para Shaw, cuando dos viejos se hallan proponiendo la teoría de que la vida humana tendrá que ser prolongada hasta los trescientos años. Naturalmente, son comprendidos mal: decidieron lo que debía de estar pasando, no como pasaría. Doscientos cincuenta años más tarde, llegamos a una Gran Bretaña administrada por chinos y negros. Digamos de paso que China es administrada por escoceses. El Gobierno británico sigue siendo elegido democráticamente, pero sus miembros son demasiado pomposos y pagados de sí mismos para darse cuenta de que son superfluos. Ya se ha producido el alargamiento de la vida, pero tan sólo para unos pocos, que se ven obligados a ocultar ese hecho.

En el año 3000, un caballero procedente de la capital de la Commonwealth británica, Bagdad, está visitando un remoto rincón del orbe, que resulta ser Irlanda, enviado por el Club de Viajes al que pertenece. La encuentra habitada por gentes que hablan de niños de sesenta años, y que están clasificados en primarios, secundarios y terciarios según el siglo de sus trescientos años de vida en que se hallen. Trata de explicarles la vida civilizada, pero la misma falta de lógica de ella se lo impide. Por fin, su estancia le convence de que ya no puede vivir entre los infantiles hombres de corta vida, y ruega que se le permita permanecer allí. Se le concede su deseo, y muere feliz.

El siglo 320 nos muestra un mundo en el que se ha suprimido el nacimiento, infancia y pubertad. La única niñez es la de la mente. Los jóvenes se dedican a las ciencias y las artes hasta que llegan a una comprensión y madurez tal que ya no necesitan de esos instrumentos. Aún dedican más tiempo al pensamiento, y cada vez se les hace más difícil y menos provechoso el descender hasta la crudeza del lenguaje para comunicarse con los niños, hasta que finalmente pierden la capacidad de hablar para siempre, considerando esto no como una pérdida, sino como una ganancia. Pero hasta el pensamiento tiene sus límites.



George Bernard Shaw, escritor de SF

Aparecen los fantasmas de Adán y Eva y de la Serpiente y Caín, y exploran un mundo que se ha convergido en lo que tan sólo la Serpiente deseaba. Adán está asombrado; Eva ve que ahora ya no hay dolor en la vida, pero que al fin y al cabo, han sido los jóvenes listos los que lo consiguieron; Caín ve el final de toda competencia y esplendor: los débiles han heredado la Tierra; la Serpiente se ve justificada, porque ella escogió la sabiduría y el conocimiento del bien y del mal, y ahora la sabiduría y el bien son una sola cosa. Lilit, que se desmembró para crear a Adán y Eva, es la que dice la última palabra. Su curiosidad es lo único que la ha retenido evitando que barra con todo. Todavía tiene esperanzas de que la Vida supere a la Materia, y hasta a ella misma. «Y, para lo que pueda haber más allá, la visión de Lilit es demasiado corta. Es ya bastante el saber que existe un más allá».

Tal vez esto no sea *SF* en el sentido ortodoxo, pero no cabe duda de su valía. Y tiene mérito tal vez porque Shaw no estaba interesado en civilizaciones intergalácticas, ni aventuras en otros mundos y otros temas similares para una serie de *Historia del Futuro*. Hasta historias tales como *BILLENIUM*, que trata de una vida futura más mundana, quedan cortas en comparación con ésta porque no cubren su sujeto en una forma lo bastante completa como para transformarse en algo más que un relato.

BACK TO METHUSELAH triunfa, creo, principalmente como tres relatos principales conectados astutamente en cinco episodios, en segundo lugar como un estudio de caracteres humanos, de sus motivos y sociedad, en tercer lugar como una exposición de la filosofía de Shaw y de sus observaciones sobre la vida, y por fin (resumiendo lo anterior) como una obra de pasatiempo

que es intelectualmente satisfactoria. Naturalmente, no es perfecta: para empezar, Shaw mismo no era científico, y sus referencias a las ciencias muestran su falta de comprensión en este campo. Igualmente, algunos de sus desarrollos futuros parecen un tanto inconvincentes, en vista de acontecimientos ocurridos posteriormente, pero ésta es la amenaza que pesa sobre todos los profetas. Los personajes, por otra parte, no parecen en ocasiones totalmente delineados, pero se debe a que sirven de voceros para puntos de vista específicos, y siempre ha resultado difícil argüir con uno mismo.

No obstante, con todas sus faltas, la obra tiene mucho más méritos que defectos. Tal vez no nos pongamos todos de acuerdo en si se trata o no de buena *SF*, pero sin embargo, sí deberemos aceptar el que se trata de alguna forma de *SF*. Quizás no estemos de acuerdo con la visión del mundo de Shaw, mas nadie que esté interesado en el contexto de la *SF* especulativa puede permitirse el ignorarla.

Martín Pitt

La creación de un Universo

Todos conocemos esas grandes series de relatos de SF en que nos son pintados, gracias a la fértil imaginación del autor, Universos futuros con todo lujo de detalles, llegando a constituir planos de existencia que nos parecen tan reales como el que vivimos cotidianamente. Pero en pocas ocasiones habremos tenido la oportunidad de que uno de estos «creadores de Universos» nos explique su génesis y desarrollo. Para cubrir esta laguna viene aquí este artículo, aparecido originalmente en el newszine americana Science Fiction Review de noviembre de 1965.

A principios de 1961, me di cuenta de que la FEDERATION OF THE HUB (Federación del Núcleo Galáctico) había adquirido una forma, fragmentaria pero definida, en mi imaginación. Previamente, durante un período de nueve años, había escrito cuatro obras —tres novelas cortas y una larga— en las que había empleado la HUB como decorado de fondo. En las novelas cortas tan sólo le había prestado una atención puramente nominal. Los personajes humanos de los relatos tenían que ser miembros de alguna civilización, y la HUB o la FEDERATION OF THE HUB, situada vagamente hacia el centro de la Vía

Láctea, me había resultado una buena etiqueta para definirla. Las historias en sí, se desarrollaban en mundos remotos apenas tocados por la cultura de la HUB, así que no tenía necesidad de extenderme en detalles sobre la misma. No obstante, ya hice una serie de afirmaciones sobre la misma; y se me ocurrieron otras ideas adicionales. Había surgido a la existencia un primitivo y muy borroso proyecto de la HUB.

En la novela *A Tale of Two Clocks* (Un cuento de dos relojes), escrita en 1959, las necesidades del relato me llevaron a delinear unos detalles mucho más definidos acerca de la HUB, en especial a lo que hacía referencia a varias organizaciones oficiales y semioficiales. De hecho, había establecido y escrito mucho más de lo que yo mismo me daba cuenta en aquel momento, pero entonces no sentía ningún deseo de continuar con aquello. Tras acabar la novela, me vi envuelto en un trabajo que no tenía nada que ver con la SF, e iba a pasar un año y medio antes de que volviera a este campo de las letras. Entonces, hice dos cuentos, y me hallé temporalmente desprovisto de material suficientemente atractivo para basar en él nuevos relatos, por lo que comencé a buscar algo nuevo.

Se me ocurrió que la FEDERATION OF THE HUB podía servir como telón de fondo para alguna historia, pero mi impresión inmediata fue que la novela ya había presentado todo lo que de interesante había en aquella civilización, y que debía crear alguna otra cosa.

Y entonces me di cuenta de que esta argumentación no tenía sentido. En el mundo real, abrimos un periódico y, con las usuales maniobras y crisis nacionales e internacionales, nos encontramos con que las pasadas veinticuatro horas han producido una montaña de acontecimientos personales y aventuras del suficiente interés como para ser consideradas como publicables por los editores de periódicos. Y esto pasa en nuestra Tierra de hoy en día. Yo había presentado a la HUB como compuesta por más de trece centenares de mundos civilizados, miembros de la misma, y con viajes interestelares ilimitados que permitían nueva exploración. Obviamente, durante cualquiera de los días normales de la HUB debía de producirse un enorme número de acontecimientos en esa enorme área que pudieran dar lugar a historias interesantes. Si deseaba relatos basados en la HUB, tan sólo tenía que establecer cuales podían haber ocurrido en ella. Tenía que buscar historias equivalentes a las que un editor de hoy en día consideraría publicables, y seleccionar entre ellas las que necesitase.

Esto funcionó estupendamente. Utilizando datos que ya había acumulado sobre la HUB, su pueblo, costumbres, etc., extendiéndolos y ampliándolos en

varios sentidos, pronto hube imaginado un argumento sobre una banda de criminales que buscaban destruir y robar un hotel de vacaciones de lujo: *Lion Loose* (León suelto), otro sobre un detective que buscaba un tesoro enterrado: *The Tangled Web* (La red enmarañada), sobre mutaciones llevadas a cabo mediante manipulación de los genes: *The Other Likeness* (El otro aspecto), el encuentro de una jovencita y su animal doméstico con una manada de parientes salvajes del bicho: *Novice* (Novicio), y por fin la historia de un capitán mercante que se encuentra a la deriva en lugares inexplorados: *The Winds of Time* (Los vientos del Tiempo). Estos acontecimientos, colocados frente a los más amplios escenarios del futuro y sus posibilidades, se magnificaban, y adquirirían más ángulos y ramificaciones de los que hubieran tenido sus equivalentes terrestres de nuestros días. Pero, esencialmente, continuaban siendo experiencias humanas.

Y, entonces, cometí un error. Habiendo escrito esas historias y puesto que me gustaba bastante la forma en que lograban una relación entre ellas, a través de la HUB y del particular período de la historia de la misma en que estaban situadas, decidí que podía tratar en una forma similar cualquier tema de *SF*. Desenterré un cierto número de ideas para relatos, nuevas y viejas, y traté de insertarlas en el contexto de la HUB.

Ninguna de ellas se adecuaba al intento. En nuestro mundo real, Francia no se halla al sur de África porque las cosas son como son, los trasatlánticos no vuelan porque les es imposible, y los mastodontes están extintos porque lo están. Una historia que contradiga tales hechos cae dentro del género fantástico. La HUB había adquirido una realidad paralela en su ficción. Dentro de ella eran posible cualquier número de relatos, pero no aquellos que yo había seleccionado. El peso de la evidencia ya acumulada sobre la HUB se oponía a ellos.

Por fin lo dejé correr, encontré ambientes más adecuados para mis relatos y los escribí de acuerdo con ellos. En aquel período comencé un cuento genuinamente perteneciente a la HUB: *Undercurrents* (Corrientes de fondo), larga secuela de *Novice*. Se desarrollaba en Orado, la sede planetaria del Supergobierno de la Federación, e introducía una gran cantidad de información adicional sobre la organización interna de la HUB y sobre otros asuntos, e incidentalmente diré que fue una historia que me resultó especialmente difícil de escribir. Tras terminarla, casi pasó un año antes de que pudiera dedicar de nuevo algún tiempo a la *SF*.

Esto ocurrió hacia finales de 1963. Durante casi un año estuve inundado de trabajo, y presté poca atención consciente a la FEDERATION OF THE HUB. Sin

embargo, el área había retenido una especie de actividad autónoma. En los momentos más extraños me venían nociones espontáneas acerca de la misma, y yo las escribía y archivaba para referencia futura. Cuando al fin pude lograr dedicarme a pensar expresamente en nuevas ideas para relatos de *SF*, descubrí que tenía más material sobre la HUB del que podía usar.

Esto se debe, aparentemente, a un proceso de asociación. La HUB no es un Universo soñado; ha sido modificado e influenciado demasiado por técnicas literarias conscientes para ser simplemente eso. Además, tiene su propia organización que no sólo rechaza lo ilógico e incongruente, sino que además atrae material relacionado con el existente; intenta crecer. Sus personajes principales y otros factores, tratados una vez o dos, continúan en un vago movimiento, cristalizando por sí mismos nuevos elementos para otros relatos. Me gustaría poder decir que tales ideas, engendradas por la misma HUB se escriben además solas, pero desafortunadamente, no es ése el caso. Se me proporciona la idea de algo que puede llevar consigo una buena cantidad de detalles, pero que aún necesita ser trabajosamente clarificado y organizado para formar un episodio completo, en la forma usual.

También descubrí que, mientras tanto, la HUB había desarrollado una estructura temporal. Las dos primeras historias que escribí acerca de ella, respectivamente en 1952 y 1956, no formaban parte del mismo período temporal que las posteriores. La primera debía de hallarse aproximadamente a unos quinientos años en el pasado de la HUB, la otra tan sólo a unos cincuenta. Por el contrario, los relatos posteriores estaban muy agrupados. Un período de tres años los abarca a todos, y la mayoría se encuentran en el último de esos tres años; o sea el «momento actual» de la HUB que yo he fijado en el año 3500 d. JC., un intervalo adecuado para contener los acontecimientos que llevan desde el día de hoy hasta el desarrollo de la HUB en el corazón de nuestra Galaxia. Como nuestro mundo real, el de la HUB posee un presente activo, un pasado conocido y un futuro que está abierto a todas las suposiciones.

Hasta el momento, se han publicado acerca de ella dieciocho relatos, que van desde el cuento hasta la novela. En cuanto al número de las que aún se publicarán, eso es algo que depende de una continuada tolerancia por parte tanto de los lectores como de los editores, así como del tiempo que yo pueda, o desee, dedicar a la HUB. Aparte de esos factores, la HUB parece ser capaz de mantener un chorro de temas que resultaría imposible de agotar por una docena de escritores en tanto que no introdujese elementos destinados a acabar con su existencia de papel por medio de una calamidad cósmica u otro

acontecimiento irremediable: pues, generalmente, a medida que se va diciendo más de ella, más parece proliferar el material virgen para nuevas historias que contiene.

CRONOLOGÍA DE LAS HISTORIAS SOBRE LA HUB

Tan sólo se indican los nombres de los personajes que han aparecido en más de una de las historias.

Hacia el año 3000.

The Vampirete.

Hacia el año 3450.

Sour Note on Palayata (Pilch).

Año 3498

Harvest Time (Holati Tate, Trigger Argee, Brule Inger).

A Tale of Two Clocks (Trigger Argee, Brule Inger, Holati Tate, Profesor Mantelish, Heslet Quillan, Keth Deboll, Pilch).



Un LEÓN SUELTO en la HUB

Año 3499

Lion Loose (Heslet Quillan).

Who Has My Golden Arm?

Año 3500

The Tangled Web (Wellan Dasinger).

Novice (Telzey Amberdon).

Undercurrents (Telzey Amberdon, Wellan Dasinger, Chomir).

Goblin Night (Telzey Amberdon, Chomir).

Sleep No More (Telzey Amberdon).

The Pork Chop Tree (Trigger Argee, Profesor Mantelish, Holati Tate).

The Other Likeness.

The Winds of Time.

The Machmen.

A Nice Day for Screaming (Keth Deboll).

Balanced Ecology.

Trouble Tide.

James H. Schmitz

El impacto de la S. F. en el Mundo de Hoy

Hugo Gernsback, el «padre de la SF», fue apasionado defensor de un estilo muy preciso de relatos dentro del género: aquél en el que la ciencia predominaba sobre la ficción. En todas sus publicaciones —que fueron muchas— trató de inculcar sus propios gustos al lector; pero, junto con esta afición por la ciencia, Gernsback llevó siempre dentro de sí una idea: la de considerarse defraudado por todas aquellas brillantes ideas que había promocionado a través de sus relatos pero que no habían podido ser llevadas a la práctica.

Por ello no es raro que las líneas que sigan, leídas en la 10.^a Convención Mundial de SF celebrada en Chicago en agosto de 1952 —en plena época del «boom» de esta literatura, lo que da un tono de triunfalismo a sus palabras— sean una apasionada defensa de ciertos derechos que hoy, con el descenso del interés por los relatos puramente técnicos, nos parecen ya muy lejanos.

No obstante el interés de presentar una situación en la que pocos de nosotros hemos sin duda pensado, y las curiosas pinceladas ambientales, hacen que esta conferencia del fallecido promotor merezca ser reproducida con todos los honores.

Durante los pasados 25 años ha tenido lugar una imperceptible revolución; una revolución que, probablemente, no tiene paralelo en la historia del hombre. Esta revolución es el asombroso impacto de la *SF* en el mundo y en su progreso. Y es curioso que los protagonistas de la *SF*: autores, editores y lectores, parecen desconocer esta revolución y el *verdadero* sentido e importancia de la fuerza dinámica que lleva consigo.

Déjenme aclarar el concepto *SF*. Cuando yo lo menciono, me refiero a la verdadera, científica y profética *Ciencia Ficción* con el acento recargado sobre la *Ciencia*. Quiero señalar enfáticamente que no me refiero a la categoría de los cuentos de hadas, ni al tipo fantástico o extraño que equivocadamente se presentan como de *SF* hoy en día. No tengo nada en contra de los cuentos de hadas, ni de los relatos fantásticos y extraños. Algunos de ellos son excelentes en lo concerniente a su aspecto como objeto de diversión, tal como queda ampliamente probado por Edgar Allan Poe y otros maestros, pero debo protestar enérgicamente cuando son anunciados como de *SF*.

Hace 25 años, antes de que la *SF* se convirtiera en una fuerza organizada y reconocida —el amplio y sereno río que es hoy— no teníamos más que un débil gotear de historias ocasionales y, de cuando en cuando, un libro o dos. El que un autor escribiese más de una o dos historias de *SF* era una rareza, y aún más raras eran las series de libros, tales como los de los maestros Julio Verne y H. G. Wells.

¡Lo cierto es que en los primitivos años formativos, la *SF* no era considerada respetable! La mayor parte de la gente, incluyendo los editores de revistas y periódicos, consideraban a la *SF* como algo de locos. Simplemente, en aquel tiempo no se la consideraba seria. Nuestros grandes periódicos y revistas de gran tirada pensaban que tales «tonterías» estaban por debajo de su dignidad. En realidad, la mayor parte de los autores tenían la misma convicción. Recuerdo bien cuando, en 1911, comencé a publicar en alguna de mis revistas, *regularmente*, relatos de *SF*: la mayor parte de los autores a los que consulté para ello, aceptaron hacer algunos relatos, *¡siempre que no usase sus verdaderos nombres!*

Poco a poco fue cambiando esa actitud. Luego, después de que hice aparecer a la luz la primera revista de *SF* del mundo: *AMAZING STORIES*, en 1926, repentinamente, la *SF* se convirtió en respetable. La intelligentsia, científicos, profesores de diversas especialidades, se convirtieron en lectores regulares... hasta lo hizo la nobleza, como prueba, entre otros, el caso de Lord Mounbatten, enrolándose en nuestras filas.

Por primera vez en la historia se había creado un placentero vehículo en el que uno podía, casi gratuitamente, viajar al futuro.

Si uno era un ingeniero, o un industrial y tenía imaginación, la *SF* le proporcionaba a menudo valiosas pistas o estimulaba su inventiva, lo bastante como para que pudiera sacar provecho material de ello. Así, un cierto número de inventos, procesos y máquinas llegaron a la vida gracias a la *SF*.

Comprensiblemente, los inventores, fabricantes y similares no gustan de admitir que una historia de *SF* fue la que les dio la chispa inicial que les puso en camino hacia un nuevo invento o máquina, pero es un hecho establecido que un gran número de ideas de la *SF* han sido convertidas con éxito en realidades provechosas.

Normalmente existe un considerable lapso de tiempo entre la aparición de una idea dada por la *SF* y su realización práctica. Así le llevó 27 años al submarino de Julio Verne, el *Nautilus* tan bien descrito en *20.000 LEGUAS DE VIAJE SUBMARINO*, el convertirse en realidad. Los altavoces públicos de H. G. Wells, tan bien definidos en su novela *CUANDO EL DURMIENTE DESPIERTE*, en 1899, tan sólo tuvieron un uso generalizado 25 años más tarde. El radar, predicho en todos sus elementos técnicos en mi novela *Ralph 124C 41+* en 1911, no se convirtió en una realidad hasta unos 27 años después. Podríamos citar muchos otros ejemplos en los que veríamos como importantes inventos, procesos y tendencias comunes hoy en día fueron previstos con certidumbre en viejas historias de *SF*.

Igualmente, es frecuente el caso de las predicciones técnicas hechas por autores que tan sólo pensaban en un solo uso para la idea o aparato. Años después, una idea idéntica puede ser usada para una finalidad totalmente diferente... y mucho más importante. En este caso, tan sólo citaré un ejemplo: En mi antigua revista *SCIENCE & INVENTION*, en el número de febrero de 1925, describí un extraño artefacto al que llamé el «radioteledactilo». En realidad se trataba de un teledoctor: un doctor que visitaba a sus pacientes a través de la radio y de la televisión. Frente al doctor estaban dos palancas articuladas que podía accionar como si fueran manos. El paciente tenía un aparato similar en su casa (o en el hospital). El distante teledactilo era vigilado por el doctor a través de un televisor emisor-receptor, y lo operaba por radio. Así podía palpar al paciente en cualquier punto de su anatomía, tomarle la temperatura, auscultarle, medirle la presión, etc. En resumen, el doctor había adquirido unas *manos lejanas*.

Un aparato idéntico es usado hoy en día *no* por los médicos, sino por los físicos. Deben de haber visto muchas veces fotos de ese raro aparato, con el

cual los científicos atómicos trabajan las sustancias «calientes», o sea mortales, a distancia; separados normalmente de las radiaciones letales por gruesas paredes de cristal. Mediante las manos mecánicas, el físico puede llevar a cabo los más delicados experimentos, verter un líquido peligroso de una botella a un tubo de ensayo, y cualquier cosa que sea capaz de hacer con sus propias manos. Recientemente, se ha añadido televisión a las *telemasos* y, así, ya no es necesaria una visión directa de los experimentos. Ahora, el físico puede hallarse a kilómetros de distancia, y seguir viendo lo que está haciendo con sus lejanas y ausentes manos.

Algún día un erudito psicólogo escribirá un libro importante sobre los complejos procesos mentales de la invención. Y, probablemente, mostrará, que la mente del inventor absorbe todo tipo de estímulos exteriores, de experiencias e impresiones que son posteriormente seleccionados y, finalmente, cristalizados en forma de una invención. En este proceso son usadas por su mente analítica muchas cosas que el inventor vio y oyó en el pasado: ideas que adquirió mientras leía libros, revistas, diarios, escritos técnicos de toda especie, etc. El resultado final, el invento, es por consiguiente sobre todo una destilación de las impresiones externas al inventor, manejadas por su propio ingenio. O, como dijo más realísticamente Edison: «Un invento se compone de un diez por ciento de inspiración y un noventa por ciento de perspiración».

Esto me devuelve al papel vital que el autor de *SF* juega, y ha jugado en el pasado. Frecuentemente es él quien ha suministrado incontables inspiraciones al moderno mundo técnico en que vivimos. De hecho, a menudo es *él* el verdadero inventor. Desafortunadamente, al ser tan sólo un autor —pues ése es su verdadero oficio— pocas veces se halla interesado comercialmente en sus creaciones mentales. Y, lo que es peor, en lo más profundo de sí realmente no cree que la idea sea practicable ni que llegue a serlo nunca. Por consiguiente, pocas veces patenta su idea, por muy buena que esta parezca sobre el papel.

Ni tampoco se le puede hacer creer que cinco, diez o treinta años más tarde, alguien que leyó su relato original recordará la idea, la arropará con algo de su propia cosecha y la convertirá en una nueva industria que le dará miles de millones. Y, no obstante, esto está sucediendo de continuo.

En raras ocasiones, algunos de nuestros prohombres son sinceros. Quiero ahora citar al fallecido e ilustre Dr. Michael Pupin, Catedrático de Ingeniería Eléctrica en la Universidad de Columbia, famoso inventor por méritos

propios: «*El descubrir la necesidad de un invento y el especificarlo, constituye ya el cincuenta por ciento del invento mismo*».

Esta situación está tan íntimamente relacionada con la misma esencia de esa cosa a la que llamamos «progreso de la civilización» que nadie que se halle en posesión de sus sentidos puede pensar en hacer algo para alterarla.

Pero, a consecuencia de esto, centenares de autores han sido privados del justo disfrute de los beneficios de su labor, y continuarán así hasta que se pueda hacer algo. Y, la cantidad perdida bien lo merece, pues no es pequeña ni mucho menos. En la actualidad no puede ser menos de 50 a 100 millones de dólares por año, sólo en los Estados Unidos. Será mucho más dentro de una generación.

Tal vez lo que necesitemos sea una reforma de las patentes. Hoy en día no se pueden patentar simples ideas. Aún si a uno le es posible especificar *todos* los elementos técnicos, la patente no es concedida fácilmente. El requerimiento fundamental para la concesión de una patente es que *sea nueva y funcione*. A menudo, los inspectores de patentes, incrédulos, no creen que el artilugio determinado especificado en la petición de patentes pueda funcionar. Es por eso por lo que piden un modelo... de lo contrario hay que convencer a la Oficina de Patentes, en alguna forma, de que el artefacto o proceso puede funcionar realmente.

Desafortunadamente, la mayor parte de los autores de *SF* están tan adelantados a su tiempo que muchos de los aparatos que describen son impracticables *en el momento en el que ellos los describen*.

Así, el submarino de Julio Verne, que él describió minuciosamente en 1870, no podría haber sido patentado, simplemente porque en aquel tiempo la ciencia y la tecnología no le habían alcanzado... no podía haber sido realizado con éxito en su tiempo.



Hugo Gernsback, profeta y visionario... reclama su parte del negocio

Ni tampoco habría podido yo patentar docenas de inventos que hoy son de uso cotidiano que describí técnica y extensamente en mi RALPH 124C 41+ en 1911. Que son, para enumerar sólo algunos: el radar (página 152 de ese libro), el radiogoniómetro (pág. 120), la máquina grabadora de voz (pág. 128). La razón de esto: en 1911 ninguno de esos inventos era factible; en aquel tiempo no teníamos tubos de vacío modernos ni muchos de los otros instrumentos que hoy en día operan en esos aparatos.

Por consiguiente, creo que nuestras leyes de patentes deberían ser revisadas en tal forma que las ideas que aparezcan realizables y válidas técnicamente ante un jurado cualificado de inspectores técnicos puedan recibir una patente provisional. Asumamos que tal patente tenga una vida de, digamos, treinta años. Si durante este período el inventor no puede demostrar la factibilidad o posibilidad del invento, entonces se terminaría la protección de la patente provisional. De lo contrario, se podría obtener una patente normal que estuviera basada en la provisional.

Otro punto, muy importante y que es totalmente ignorado tanto por los autores como por los editores de *SF* es el siguiente: la Oficina de Patentes tiene el hábito de rebuscar por entre todos los archivos pertinentes y los *impresos publicados* antes de aceptar la originalidad de la patente deseada. A menudo, la Oficina de Patentes cita un artículo de revista que describe un artilugio idéntico al presentado por el inventor que deseaba una patente. En tal caso, no le es posible al inventor la patente que hubiera sido concedida de no haber sido anticipado.

Y el punto al que me quiero referir es que estoy casi seguro de que la Oficina de Patentes no hojea por norma todos los relatos de *SF* que aparecen en las revistas especializadas o en otras publicaciones. ¿Por qué iba a hacerlo? El remedio contra esta situación podría ser una señal distintiva aceptada universalmente, con la que marcar aquellas historias que contengan una nueva, y factible, idea. Esto facilitaría la labor de la Oficina de Patentes.

Para terminar: Como Padre de la *SF*, querría hacer una petición formal. La *SF* ha alcanzado una estructura que nadie habría podido imaginar hace 25 años. Hoy en día es una fuerza con la que hay que contar. El público en general está comenzando a tomarla en serio. Y la miran con confianza porque saben que, por primera vez en la Historia de la Humanidad —a través de ese medio que es la *SF*— el hombre puede mirar hacia el mundo futuro con todas sus maravillas... no con una incierta ojeada aquí y allá, sino con una visión tranquila, y continua durante los años que han de venir.

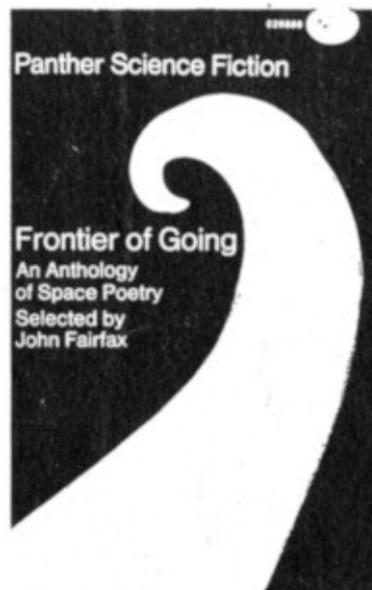
Por esta razón, tratemos la *SF* con la seriedad y dignidad que esta gran empresa merece siempre.

Hugo Gernsback

* LIBROS

A pesar de los intentos de algunos editores —entre los que nos contamos— la poesía no es un estilo que haya cundido demasiado entre los autores de *SF*, que parecen considerar la prosa como mucho más apta para sus excursiones a la imaginación.

Por ello merece el título de acontecimiento excepcional la edición, por parte de la firma Panther Books y dentro de su colección *Panther Science Fiction* de la antología, *FRONTIER OF GOING*, que reúne obras de 24 poetas que han decidido cantar las gestas del mañana.



La poesía se lanza hacia las estrellas

Es particularmente interesante la propaganda de la contraportada de este libro, por lo que la reproducimos a continuación: «Poetas en órbita. El espacio ha sido siempre demasiado importante para ser dejado en manos de los científicos. Pero, hasta ahora, los únicos escritores que han hecho uso de los temas literarios ofrecidos por las perspectivas de viajes a otros planetas, estrellas y galaxias han sido autores de *SF* y algunos “talentos salvajes” vanguardistas tales como William Burroughs. Ahora, más y más poetas van siendo inspirados por las asombrosas visiones abiertas por la exploración del

Espacio por el Hombre. Esta antología es una muestra de lo mejor de la poesía de la era espacial realizada por poetas jóvenes o ya reconocidos».

Tras la definitiva desaparición de la única revista dedicada a la *SF*, aparece ahora en el Brasil, y con el mismo título GALAXIA 2000, una colección de obras de la misma literatura.

El primer volumen publicado es una antología de relatos anglosajones denominada *Ficção científica para quem não gosta de ficção científica* (*SF* para quien no le gusta la *SF*), correspondiente a una selección realizada en los Estados Unidos por Terry Carr.

Se anuncia que la colección comprenderá a los autores mejores del género, tanto nacionales como extranjeros. Le deseamos mejor suerte y más larga vida que a su predecesora.

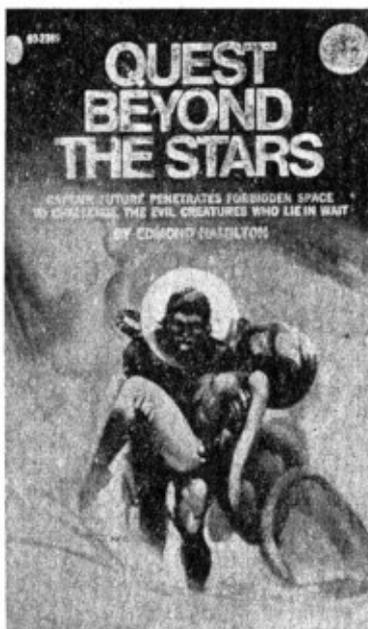


La SF tiene una existencia precaria en el Brasil

Dos hombres están frente a frente. Sus manos engarfiadas penden a sus costados. Se miran fijamente. Un movimiento rápido y... ZAP, ZAP, suenan los desintegradores...

Era natural que, tras la resurrección de héroes de los años treinta, tales como Doc Savage o La Sombra, los editores se acordasen de alguno de esos míticos superhombres de la *SF* del tiempo de los «pulps».

Éste ha sido el motivo que ha llevado a la reaparición del CAPTAIN FUTURE (Capitán Futuro), que en los años cuarenta, gracias a la pluma de Edmond Hamilton, recorrió el Espacio, como nuevo caballero andante, «desfaciendo entuertos» y resolviendo sus problemas a disparos de su desintegrador en escenas del más puro sabor «western».



De las nieblas del pasado, vuelve el héroe: ¡CAPITÁN FUTURO!

Es una interesante reaparición para el fan completista, y a la que deseamos tanto éxito como el que están obteniendo sus compañeros, los otros héroes del «pulp» en sus nuevas vidas.

La firma británica de librereros anticuarios, *G. Ken Chapman Ltd.*, anuncia en su última lista-catálogo una nueva serie de libros difíciles de hallar, tales como primeras ediciones, ediciones especiales, publicaciones limitadas, ejemplares firmados y dedicados; mereciendo especial interés el hecho de que una buena parte de los casi trescientos volúmenes ofrecidos, pertenecen a los géneros de fantasía y *SF*.

La venta puede ser efectuada por correspondencia, y el catálogo — General Catalogue N.º 74— obtenido solicitándolo a la citada firma, sita en 2 Ross Road, London S.E. 25.

La editorial alemana occidental *Wolfgang Krüger Verlag* ha presentado los primeros volúmenes de su nueva colección *HORROR-BÜCHER*.

Estos libros vienen acompañados de un texto publicitario que reproducimos por su curiosidad: «Asombro, escalofríos, se para la respiración, risas forzadas. Tápese la cabeza con las mantas (si está leyendo en la cama). Es la hora de los fantasmas, medianoche, toda la maldad se vuelca sobre la Tierra, los fantasmas vuelven para desquitarse, surgiendo del golfo del Infierno. Demonios y vampiros atrapan sus víctimas, y, como dijo Shakespeare: “hay más cosas entre el Cielo y la Tierra de lo que puede soñar

nuestra enseñanza escolar”. El escalofrío es el cordón umbilical entre la fantasía y el sentido común. Los autores de todos los tiempos han luchado con demonios, han extraído una negra pluma ensangrentada de sus bolsillos para escribir algunos relatos. Nosotros hemos recogido esas flores sulfúreas para hacer con ellas un ramillete».

Una firma editora de la Alemania del Este: *Das Neue Berlin* va a publicar una antología de relatos unidos por el denominador común de hacer referencia a los robots, bajo el título *DAS MOLECULAR-CAFÉ*, y comprendiendo historias de autores rusos, americanos, británicos y de otras nacionalidades.

También se hallarán representados en la misma dos autores de la República Democrática Alemana: Günter Krupkat y Siegbert Günzel.

Al contrario de lo que pasa en la URSS, en donde numerosas traducciones de autores occidentales han puesto al fan ruso en contacto con la *SF* de nuestras latitudes, es difícil de hallar publicaciones de *SF* soviética en los países no socialistas.

Aún los mismos Estados Unidos, el gran mercado del género, están asombrosamente mal provistos de este tipo de publicaciones, por lo que toda nueva adición a la menguada lista es bien recibida.

La última de estas adiciones es *PATH INTO THE UNKNOWN* (Camino hacia lo desconocido), volumen editado por Dell Publishing Co., que contiene una selección de ocho relatos cortos de autores rusos y una introducción de Judith Merrill.



Los autores representados en el volumen son: Ilya Varshavsky, Vladislav Krapivin, Sever Gansovsky, G. Gor, Anatoly Dneprov y los hermanos Arkady y Boris Strugatsky, varios de los cuales ya han sido presentados por nuestra revista.

*** REVISTAS**

La guerra siempre ha sido fomentadora de la literatura escapista, quizá porque entre sus páginas el lector puede huir de la enloquecedora vida cotidiana. Esto ha quedado comprobado una vez más en la actual guerra del Vietnam, ya que nos llega la noticia de que en el punto del globo —fuera de los Estados Unidos— en que más venta tiene la revista norteamericana THE MAGAZINE OF FANTASY AND SCIENCE FICTION es, precisamente Saigón. La revista ha conocido por esto un incremento de tirada que ha llevado a sus editores a proyectar imprimirla en offset a partir del próximo año.



El MAGAZINE se vende en Saigón

Se anuncia ya como inminente la aparición en Italia de una nueva revista de SF bajo la dirección de Ugo Malagutti, el conocido autor y fan.

La revista, que recibirá el título de EUROPA 2000, recogerá entre sus páginas relatos de autores de todos los países, pero con una especial dedicación hacia los del ámbito europeo.

Hace unos años, en 1957; y en medio de uno de los «booms» periódicos — este ocasionado por las primeras puestas en órbita de satélites— que tiene nuestro género en los Estados Unidos; la editorial Mercury Press, que publica la bien conocida revista FANTASY & SCIENCE FICTION MAGAZINE, decidió ampliar su producción con una nueva revista de *SF*.

La revista se denominó VENTURE y alcanzó una vida de dos años, terminando con su décimo ejemplar.

Ahora, dada la carestía de publicaciones del género que se nota en aquel país, la editora ha decidido resucitar la publicación, que continuando con la numeración, aparecerá bimestralmente.

El director de la nueva VENTURE es el mismo que regenta su hermana *F&SF* y el equipo de colaboradores similar, por lo que es de esperar que la revista alcanzará unos niveles cualitativos similares a su predecesora, valores que le han valido ya ser galardonada con numerosos premios *Hugo*.



La nueva hermana del F. & S. F

* CINE

Del 12 al 19 de julio se ha celebrado en Trieste el SÉPTIMO FESTIVAL INTERNACIONAL DEL CINE DE *SF*, en el que catorce países competían por los premios, con un total de 49 películas.

De ellas, 12 eran de duración normal, presentadas al Asteroide de Oro, 19 cortos y medimétrajes, en liza por el Sello de Oro y el resto documentales.

Francia, con cuatro films presentados, obtuvo el Asteroide de Oro para *Le Dernier Homme* (El último hombre) dirigida por Charles L. Bitsch y el Premio al mejor actor para Tobias Engel por su actuación en *Tu imagines Robinson*. El premio a la mejor actriz fue concedido a Taja Markus por su papel en la cinta finesa *Ruusujen Aika* (Tiempo de rosas). Este último film, que también obtuvo el Premio Medalla de Oro de los Periodistas, no fue presentado en sesión pública debido a una prohibición de la censura por una escena en la que los protagonistas aparecían desnudos. Por ello, fue enviada una protesta a la Oficina de Censura Italiana.

Rod Steiger, que hubiera merecido, sin lugar a dudas, el premio al mejor intérprete por su papel en *The Illustrated Man* (El hombre ilustrado) se vio frustrado por la descalificación de la cinta a causa de su anterior pase por las pantallas italianas.

Fueron interesantes otras cintas, como una italiana, de Luigi Cozzi, basada en la obra de Frederik Pohl *The Tunnel Under the World* (El túnel por debajo del mundo), y otra contribución italiana, la famosa y prohibida *Mr. Freedom*, en la que se satiriza mordazmente la política exterior estadounidense.



MR. FREEDOM a la defensa de los intereses yanquis

La mayor parte de los cortos y de las películas de dibujos, fueron excelentes, y generalmente se hallaron por encima de la media de calidad de las películas largas.

Se está rodando bajo la dirección de Tamás Fejér, la primera película de SF rumana con reparto internacional, constituido por actores de Polonia, Bulgaria, Hungría y la República Democrática Alemana.

El argumento de la cinta se desarrolla en un gran sistema de cavernas en el que se hallan varias personas en estado de hibernación. Esas personas han sido dormidas bajo diferentes circunstancias y en distintas épocas con el fin de preservarlas para el futuro. Una catástrofe imprevista pone en marcha el mecanismo que las despierta, y, al volver en sí, las personas tratan de hallar la época en que han vuelto a la vida.

* COMIC

Continúa el apoteósico éxito en Alemania de las series de aventuras del héroe de SF germano PERRY RHODAN. La casa Moewig, su editora, decidida a explotar esa creciente popularidad, ha vuelto a imprimir, en estos días, los primeros ejemplares de los comics dedicados a este personaje, que se hallaban agotados.

Ahora, los comics se presentan en álbums de tres ejemplares, aunque conservando, bajo la portada común sus portadas individuales.

Las aventuras son realizadas por diversos ilustradores, siendo por consiguiente muy variable la calidad de cada una de ellas.



PERRY RHODAN: sigue el «boom»

El artista aficionado Vaughn Bodè, ganador este año de un premio *Hugo* (Ver premios), ha hecho su presentación en Europa en las páginas de la conocida revista italiana *Linus*, con un excelente relato ilustrado de SF.

La historieta, titulada en Italia LE MACCHINE, narra unos episodios de una guerra robótica —entre unos robots simpáticamente humanizados— desarrollada en los primeros años del siglo XXI.



La guerra de los robots de Vaughn Bodè

Con ella, el artista, colaborador en su país de numerosos fanzines y de diversas publicaciones «underground», nos muestra lo bien merecido del premio que le ha sido otorgado por la convención mundial de San Luis.

Para el aficionado al comic, WITZEND es algo así como un sueño hecho realidad. Y lo es porque entre sus portadas, de austero color blanco y negro, se hallan las obras de la flor y nata de los historietistas yanquis que, aunque desplazados en estos últimos tiempos por corrientes de renovación llegadas de Europa, siguen poseyendo una maestría y un oficio que hace que sus obras siempre sean contempladas con agrado.



WITZEND, sueño hecho realidad

Esta revista, medio profesional, medio fanzine, es publicada por uno de los «grandes» americanos, Wallace Wood, bien conocido aunque nada más sea que por su copiosa obra en MAD. Concebida como una aventura sin finalidades pecuniarias, la publicación tan sólo se vende por correspondencia, al precio —que resulta barato visto el contenido— de un dólar por ejemplar.

Aquellos lectores que pudieran estar interesados, y que deseen ver las obras de los Wood, Dikto, Crandall, Frazetta y otros maestros cuando no vienen condicionados por limitaciones comerciales, pueden ponerse en contacto con su editor, en Box 882, Ansonia Station, New York, N. Y. 10023.

Ha sido inaugurada hace unos meses, en París (Francia), una nueva tienda dedicada especialmente al comic y, por extensión, a la SF.

Esta nueva librería especialista se denomina FUTUROPOLIS, y se ha establecido en la antigua residencia de un anticuario, en el 122, rue du Théâtre, París 15. La venta de esta librería se efectúa tanto directamente como por correspondencia, por lo que los lectores que lo deseen pueden solicitar su catálogo para luego realizar las operaciones que les parezcan interesantes.

Los precios de los ejemplares, a menudo bastante raros, son —según nuestros colaboradores Martínez y Vigil que efectuaron una reciente visita a esta tienda— bastante razonables, pues su propietario desea cortar en lo posible la especulación alcista que se ha producido entre ciertos librereros especializados en el comic de la capital francesa.



Una nueva librería dedicada al comic edita su poster

*** TV**

La televisión sueca está teniendo, últimamente, una importante actividad en el campo de la *SF*, contando entre sus programas habituales con una serie producida por el bien conocido fan Sam J. Lundwall.

Igualmente se está proyectando por las pequeñas pantallas de ese país la serie británica *Project Z*, destinada al público juvenil. En cambio, recientemente, la televisión sueca ha rechazado la oferta de la serie norteamericana *Star Trek* (La Conquista del Espacio).



Los suecos no verán STAR TREK

Por último, y como programa informativo, la citada TV emitió recientemente un documental sobre la última convención nacional británica.

La American Broadcasting Company ha comprado los derechos de la novela *THE INMORTALS*, de James E. Gunn para realizar una película con destino a su programa *Película de la Semana*. La productora Paramount ha iniciado ya el rodaje de la cinta.

La estación de Manchester (Gran Bretaña) *Granada* viene pasando por sus antenas una serie semanal, los viernes por la noche, de películas de horror. Hasta la fecha se habían proyectado, entre otras, las cintas: *DR. BLOOD'S COFFIN* (El ataúd del Dr. Sangre), *CITY OF THE DEAD* (Ciudad de los muertos), *THE BLACK SHEEP* (La oveja negra) y *THE MAN WHO COULD CHEAT DEATH* (El hombre que podía engañar a la Muerte).

*** TEATRO**

En la pasada temporada teatral italiana no ha faltado la participación de la *SF*, representada por la obra de Alessandro Fersen *Il Golem*, que se estrenó en Florencia. Esta obra es el resultado de diez años de labor de su autor y, según comentarios de la crítica, realmente soberbia.

Igualmente, el grupo Bagaglino presentó en Milán una nueva comedia satírica denominada *Anno 2000 e rotti* (Año dos mil y pico), en la que se analiza muy mordazmente la vida del Italia tras la subida al poder en ese país de un «De Gaulle» italiano y tras un cambio en la política de la Iglesia. La música es de Dimitri Gribanovsky y el libreto de Castellucci y Pinigitore.

El conocido cantante italiano Roberto Brivio (ver noticia en sección DISCOS) ha estado efectuando recientemente una serie de actuaciones en el *Piccolo Teatro* de Milán en las que presentaba sus canciones de temas de *SF*.

Los recitales, que recibían el nombre de FANTARECITAL han sido interrumpidos prematuramente por su escaso éxito de público. Es una lástima que iniciativas tan valientes como ésta no se vean recompensadas por una mayor audiencia.

* RADIO

El famoso fan Pierre Versins está realizando, desde 1957, una serie de programas para la radiodifusión suiza denominados *Passeport pour l'inconnu* (Pasaporte para lo desconocido) y, en la actualidad, se halla buscando material adecuado procedente de otros países europeos.

La Radiodifusión belga ha transmitido un programa basado en la adaptación de un relato corto del autor italiano Sandro Sandrelli titulada *Il Polipo Musicante* (El pulpo al que le gustaba la música). Esta misma historia ya fue retransmitida, hace algunos años, por las emisoras francesas en la serie *Teatre de l'étrange*.

* DISCOS

Ha sido editado en Italia un LP que contiene trece canciones de *SF* interpretadas por Roberto Brivio y el conjunto I Gufi. El disco fue recientemente presentado en el Círculo de la Prensa de Milán, tras un debate sobre la *SF* en el que tomó parte Brivio, Silvio Ceccato, profesor de

cibernética de la Universidad de Milán, Carlo Fruttero, de la revista especializada *Urania*, y Flavia Paulon, secretaria permanente del Festival Cinematográfico de Trieste.

* PREMIOS

Los premios HUGO, concedidos este año por la Convención Mundial de San Luis, han correspondido a: Novela *Stand on Zanzibar* de John Brunner. Novela corta *Night Wings* de Robert Silverberg. Cuento largo *Shearing of Flesh* de Poul Anderson. Cuento *The Beast that Shouted Love at the Hearth of the World* de Harlan Ellison. Producción dramática *2001, a Space Odyssey* de Arthur C. Clarke y Stanley Kubrick. Revista profesional *Fantasy and Science Fiction*. Artista profesional: Jack Gaughan. Fanzine *Psychotic* editado por Dick Geiss. Autor fan: Harry Warner. Artista fan: Vaughn Bodè.



Un nuevo premio para 2001, esta vez el Hugo

El director de escena debutante Rolf Bolin, de nacionalidad sueca, ha sido proclamado vencedor del premio nórdico de relatos de SF.

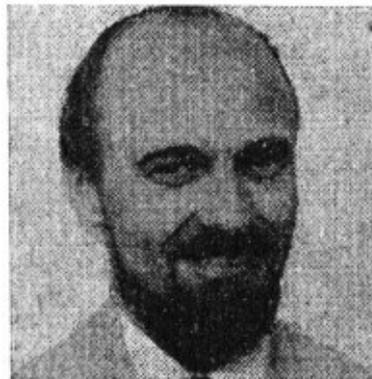
Este premio fue recientemente convocado por tres de los más importantes diarios de los países escandinavos: *Dagens Nyheter* de Estocolmo (Suecia), *Politiken* de Copenhague (Dinamarca) y *Dagbladet* de Oslo (Noruega) y se recibieron más de 500 relatos en Suecia, unos 200 en Noruega y un número similar en Dinamarca.

La labor de los tres jurados se vio dificultada por gran número de historias extrañas, o fantásticas que es necesario definir si pertenecían al género o no.

Los temas más tratados fueron el nacimiento y muerte de la Tierra, el mundo tras la Bomba, invasiones de otros planetas y visiones futuristas.

El jurado sueco concedió los siguientes premios: 1.º, de 2500 coronas a Rolf Bolin por INFORME SOBRE LAS TENTATIVAS CON EL TFM, el 2.º, de 1500 coronas, a Leif Edman por INFORME DEL CASO, y el 3.º con 1000 coronas, a LOS CONSUMIDORES, de Eva Wårhen. Una mención honorable fue otorgada al relato AL PLANETA DEL FRÍO SIN RETORNO del joven, de quince años de edad, Bo Eriksson.

El jurado noruego concedió premios de similar entidad a Reidar Jensen, Dag Sundby y Jon Bing, mientras que el danés concedía sus premios a Gilbert Jensen por PUT-PISTOLEN, a Niels Helweg Larsen y a Katrine Elna Richelsen. Al haber obtenido el premio nórdico, el sueco Rolf Bolin recibió una cantidad adicional de 5000 coronas.



Gilbert Jensen, ganador del premio danés de SF

*** EXPOS**

Cada año, es tradicional la celebración en el Sarre (República Federal Alemana) de su feria de muestra denominada WELT DER FAMILIE (Mundo de la familia); pero en su edición de 1969, la feria ha presentado aspectos que merecen nuestra atención.

Nos referimos a una exhibición especial que, bajo el nombre de *Welt der Jugend-Welt von Morgen* (Mundo de los jóvenes-Mundo del mañana) ha reunido:

1. El *Horrorscope*, especie de museo satírico —ya expuesto en el Silvestival 1968 de Kurfürstendamm y en la Galería Hammer en 1969 — que contenía documentos procedentes de archivos criminales, y

piezas procedentes de museos de cera relacionadas con el arte pop, así como novelas policíacas, comics y obras de horror, aventuras y sátira.

2. El Gabinete *Alpha-Centauri*, que cubría el mundo del futuro, y estaba reservado a la *SF*, tanto moderna como clásica, a la literatura científica popular y a los pasatiempos técnicos.
3. La sección científica, con libros, proyecciones de films y diapositivas, así como mesas redondas de discusión.

Aparte de estas salas, la feria comprendió exhibiciones de películas, arte, colecciones de objetos «del futuro», documentos sobre el diseño en el año 2000 y la moda del día del mañana.

* FANDOM

La *WORLDCON* correspondiente al año 1970 tendrá lugar definitivamente en Heidelberg. Así pues, gracias al esfuerzo unido del fandom europeo, Alemania se convertirá el año próximo, en el punto de reunión de los aficionados de todo el mundo.

Con motivo de esta reunión, que creemos será una de las más importantes celebradas hasta la fecha, y una de las pocas a una escala que realmente empezará a ser mundial, ya se anuncian participaciones en masa de los diferentes fandoms nacionales, y la idea de fletar autobuses, barcos y aviones va cuajando en la mente de algunos organizadores.

Ahora, más que nunca, deseamos decir a nuestros lectores: ¡Nos veremos en Heidelberg en el 70!

Tras la próxima reunión mundial en Heidelberg, otra nación europea presenta su candidatura para una reunión mundial, aunque a largo plazo: se trata de Suecia, que ofrece su capital, Estocolmo, como posible punto de reunión para los fans mundiales en el año 1980.

La idea viene patrocinada por un comité compuesto por John-Henri Holmberg, Ulf Westblom, Per Insulander, Lars-Olov Strandberg, Annika Johnson, Mats Linder y Bertil Mårtensson, todos ellos bien conocidos fans del país escandinavo y, el último, autor de un relato publicado en las páginas de *ND*.



INTERNATIONAL SF-CONVENTION HEICON 70

La mascota sonríe satisfecha: será Heidelberg en el 70

Hacía ya años que, exceptuando algún ejemplar ocasional, no aparecía ningún fanzine destinado a los contactos extranjeros en toda Escandinavia. Pero, el reciente interés por la próxima convención mundial en Heidelberg ha cambiado la situación, ya que los fans de esas latitudes han sentido una renovada necesidad de comunicarse con sus contrapartidas de otros países. Es así como ha nacido FORUM INTERNATIONAL, fanzine en inglés editado por la SFSF, o sea la SKANDINAVISK F RENING FÜR SCIENCE FICTION (Sociedad de SF escandinava).

El ejemplar número uno contiene relatos, comentarios, información, y sobre todo dos muy interesantes entrevistas con los autores John Sladek y John Brunner, realizadas con motivo de su asistencia a la convención británica. Todo el material ha sido realizado por aficionados escandinavos.



Un nuevo fanzine sueco, pero en inglés

Ha aparecido un nuevo fanzine en los lejanos antípodas, en Australia. Su nombre es SF-COMMENTARY y está faneditado por Bruce Gillespie, PO Box 30, Bacchus Marsh, Victoria 3340. El abono anual, que comprende 9 números, cuesta 3 dólares.

La convención celebrada en Nueva York LUNACON 1969 ha registrado el número récord de 600 visitantes. Entre los actos de la misma cabe destacar una conferencia coloquio que contaba con una mesa formada por Lester del Rey, Ted White, Norman Spinrad, Alexei Panshin (ganador del último Nebula), Robert Silverberg, Charlie Brown y J.J. Pierce (uno de los iniciadores del movimiento en contra de la Nueva Cosa).

Los próximos días 6, 7 y 8 de diciembre se celebrará en Barcelona la primera HISPACON o Convención Española de ciencia ficción, organizada por el C.L.A.(Círculo de Lectores de Anticipación), con la colaboración de la revista NUEVA DIMENSIÓN y del fanzine BANG. Dentro de ella están ya programados numerosos actos, entre los cuales se cuentan conferencias, mesas redondas, proyecciones, una exposición, y otros actos sociales, así como la adjudicación de los premios nacionales de ciencia ficción instituidos por el C.L.A.

El comité organizador de esta primera HISPACON está formado por Luis Giralt en representación del C.L.A., Antonio Martín por Bang y Luis Vigil por Nueva Dimensión.

En nuestro próximo número daremos una amplia información sobre el desarrollo de los diversos actos de esta primera reunión positiva del fandom español de ciencia ficción, de la que indudablemente saldrán grandes cosas. Contamos con una gran asistencia. Adelante.

*** VARIOS**

El ferrocarril estadounidense Penn Central ha bautizado a su nuevo tren expreso entre Nueva York y Washington con el nombre 2001.

Las noticias y comentarios de esta sección proceden de las siguientes fuentes: DAGENS NYHETER (diario) Estocolmo, Suecia. EUROPEAN LINK (fanzine) Londres, Gran Bretaña. FORUM INTERNATIONAL (fanzine) Hägersten, Suecia. FRONTIER OF GOING (libro) Londres, Gran Bretaña. FUTUROPOLIS (catálogo) París, Francia. GALAXIA 2000 (libro) Río de Janeiro, Brasil. IMPRESIONEN (fanzine) Bremen Walle, Alemania. LINUS (revista) Milán, Italia. PATH INTO THE UNKNOWN (libro) Nueva York, Estados Unidos.

PERRY SAMMELBAND (comic) Munich, Alemania. POLITIKEN (diario) Copenhague, Dinamarca. QUEST BEYOND THE STARS (libro) Nueva York, Estados Unidos. SCIENCE FICTION TIMES (fanzine) Bremenhaven, Alemania. VENTURE (revista) Nueva York, Estados Unidos. WITZEND (comic) Ansonia Station, Estados Unidos. Y la colaboración de Carlo Frabetti, Madrid, España y Berit Sandberg, Barcelona, España.

SE ESCRIBE

De los anteriores números de ND me gustaron mucho Poul Anderson, Norman Spinrad, Luis Vigil, Lino Aldani, Chad Oliver, A. E. Van Vogt, etc. Descontando, por supuesto, a Bradbury, al que admiro sinceramente. El formato y cubierta de cada número es, en mi opinión, francamente admirable. Sus ilustraciones geniales (el n.º 4, en este sentido, era fuera de lo corriente). Como buen aficionado al comic les agradezco el excelente apoyo, así como las informaciones, que nos están dando desde la revista. Nos están haciendo más llevadera la «hambruna tebeística» que padecemos en España en la actualidad. Los ilustradores: Beá, Maroto, Giménez y Enrich, están haciendo trabajos de verdadera clase. Uno mi voto con los que piensan que la aparición bimestral de la revista es demasiado tiempo para la categoría de ND. Espero que el cajero sonría y la hagan mensual...

JULIO ORDURA VIDAL
VALENCIA

— Aún no sonrío, pero ya no lleva el ceño tan fruncido como antes, así que paciencia, paciencia.

*

Permítanme felicitarles por su número 7; realmente, les ha quedado magnífico. Lo que más me ha gustado ha sido el cuento de Simak y la novelita de Russell. También el artículo de Domingo Santos sobre el balance del año en cuestión de libros, realmente serían de agradecer algunos artículos más de esta clase. Tan sólo ha habido un punto negro: anunciaban a Asimov, pero no apareció.

Unas preguntas: ¿qué relación hay entre el cuento de Harrison *La rata de acero inoxidable* y la novela de Infinitum *Estafador Interestelar*? ¿Cuáles fueron los motivos del secuestro de *Forastero en Tierra Extraña*? ¿Podrían darme la dirección de Ediciones Acervo? ¿Va a seguir publicando SF Rumeu Editor?

ANTONIO PUENTE BRADINERAS

— Los artículos de Santos irán apareciendo regularmente. El Asimov no pudo incluirse por problemas de compaginación, pero apareció ya en el pasado n.º 9. El cuento de Harrison, junto con otros relatos cortos, fue usado por el autor para construir una novela larga, hilvanándolos; es una técnica muy usada por los escritores anglosajones. El motivo del secuestro de *Forastero en Tierra extraña* fue violar la actual Ley de Prensa. La dirección de Acervo es: Padua 91/95, Barcelona. Rumeu Editor proseguirá su colección de SF, pero dando un cambio total a su orientación y encargándose de la dirección de la colección nuestro colaborador Domingo Santos.

*

Felicitarlos en realidad es poco, no se imaginan ustedes lo que experimenté al ver los 6 números, mejor dicho 5, pues el n.º 1 no llegó aquí a Santiago de Chile, no me explico las razones, pero no llegó; aquí dicen que llegará después.

Aquí en Chile tendrán una acogida fabulosa, pues somos muchos los amigos del alma de la literatura de SF, seguidores empedernidos hasta el fanatismo, que comenzamos con *Más Allá* —¡que digo Más Allá, mucho antes, bastante mucho, desde Julio Verne podríamos decir! Pero esto de ustedes ya rebasó nuestras inquietudes, solamente puedo decir que era lo que estábamos esperando desde hacía años. Estábamos huérfanos de esto.

Alguien comentó lo del formato de la revista *Planeta*, yo no lo consideré así. No creo que se pueda tener el «monopolio» de un formato determinado de libro, es ridículo. Tengo libros y revistas chinos, soviéticos y de algunos otros sitios con el mismo formato, y datan de mucho antes que *Planeta*; habría que ver quién copió a quien. *Planeta* será interesante, no lo discuto, pero yo soy un incondicional de ND.

OMAR RIVOIRA SAEZ
SANTIAGO DE CHILE, CHILE

— Esperamos que la distribución del n.º 1 se haya hecho con normalidad en toda Iberoamérica, pues a ello destinamos todos los ejemplares programados, por lo que el stock se agotó, y no podríamos servir peticiones de números para completar colecciones, cosa que nos apenaría. El asunto de *Planeta* es algo

que ya se olvidó: creemos que éste es un buen formato y lo mantenemos, sin discusiones; gracias, de todas maneras, por su aclaración. En cuanto a lo de copiar... digamos que no se copia, sino que se «toman ideas». Si quiere un ejemplo, tiene el caso de *Horizonte*, versión «muy española» de *Planete*, que se autotitula «primera revista española de biblioteca», habiendo aparecido cuando ND ya tenía más de un año de vida...

*

Anteriormente les escribí mandándoles un dibujo mío y exponiendo mi opinión sobre su revista ND. Por cierto que no he recibido ninguna contestación. Pero supongo que será debido a que no le han encontrado ninguna utilidad y prefieren dar la callada por respuesta, cosa que me parece muy normal. Por otra parte, no es el motivo de mi carta hablarles de esto, sino de algo relacionado con su n.º 8, exactamente un artículo del Sr. J. L. Martínez Montalbán. Y, si anteriormente no me han tenido en cuenta, les ruego que esta vez, si no publican mi carta por estar demasiado en contra de dicho señor, por lo menos me indiquen su dirección, para explicarle algo que por lo que se ve ignora. El hecho es: Textualmente, dice en su artículo: «Si nuestro cine, teatro, poesía, pintura, escultura, música, fútbol, coches, neveras, macarrones o salchichón, no son competitivos internacionalmente...».

Y digo yo: está bien hablar de SF, pero decir majaderías, ya no me lo parece tanto. Sí, señor: *Majaderías*. Y que me perdonen los majaderos por la comparación.

¿Quién le ha dicho a este Sr. que en España no se puede competir a escala internacional en PINTURA, POESÍA, MÚSICA y hasta en SALCHICHÓN? ¿Nombres como Picasso, Dalí, Miró, Miguel Hernández, Lorca, Machado, Andrés Segovia y Pablo Casals no serían suficientes para ocuparle la boca entera a ese Sr?

Si el Sr. Martínez Montalbán ha perdido la vista, el oído y hasta el paladar, o no ha probado el salchichón de Vich (que conste que yo soy de Málaga) que se dedique a la cría del cerdo, aunque visto lo visto dudo ya de su maestría en la cuestión.

DIEGO MANUEL DÍAZ VALLE
MADRID

— Nunca, al menos en lo que caiga dentro de nuestras posibilidades, daremos la callada por respuesta a una carta de un lector. Si no hemos comentado su anterior es, pura y simplemente, porque nunca la hemos recibido. ¿Sería pedirle mucho que nos mandase un nuevo dibujo? Nos agradecería darle nuestra sincera opinión, pero esta vez emplee, por favor, el correo certificado. Le agradecemos su sincera opinión y hemos creído interesante publicarla, pues quizá dé ocasión al Sr. Martínez Montalbán a aclarar ese punto entre literario y gastronómico que tan poco claro ha visto usted.

*

Su retrasado n.º 7 ha sido en verdad de rápida lectura: El Asimov anunciado en la portada no existe en el interior. *Arena* de Fredric Brown fue publicado hace años en la colección *Nebulae* (vol. 79). *La rata de acero inoxidable* de Harry Harrison es en realidad un fragmento de *Estafador Interestelar* (vol. 27 de *Infinitum*). *Deserción* es el 4.º capítulo, sin la introducción, del vol. 9 de *Minotauro*, *Ciudad* de Clifford D. Simak, premio Hugo. En cuanto a *No tengo boca y debo gritar* ha sido publicado casi simultáneamente por Ediciones Géminis, dentro del volumen *Universum 68*. Es cierto que los restantes relatos son particularmente hermosos, tanto el de Van Vogt como los de Santos, Bradbury y Russell, pero esta colección de refritos y reestrenos no avala un número de aniversario.

Es lamentación antigua las repeticiones. Vosotros mismos habéis acusado estas reiteraciones que acreditan escasa seriedad editorial, cuando no suponen indicios de pirateo de derechos. Incluso Aguilar, al lanzar sus costosos dos volúmenes, ha repetido la mitad de los títulos, ya editados en castellano. Lo que no esperaba es que ND cayese en la misma infracción. Sin duda deben a los lectores y compradores una explicación.

ROMUALDO MOLINA
MADRID

— ¿Explicación? Claro que hay una explicación: ¡que usted es un hombre afortunado! Afortunado porque dispone de volúmenes agotados como es el *Ciudad* de Simak, y porque tiene todo lo que se publica en castellano. Nosotros, se lo confesamos, no lo poseemos; por tanto, cuando pedimos a una agencia literaria internacional los derechos por una historia, nos fiamos si nos dice que están libres para el castellano. Luego, si ya han sido publicados en ediciones que nosotros, y hasta puede que el agente, desconocíamos... Tenga

en cuenta también que en ocasiones es distinto el agente que vende los derechos de un relato suelto, procedente de una revista (que es donde nosotros proveemos de derechos) y el que vende la historia como parte de una antología. Ése es el caso de la historia de Ellison, que nosotros compramos directamente al autor. Por otra parte, si es que tenemos que decirle la verdad, no nos molesta publicar alguna historia de nuevo, cuando ésta es una joya de la SF y en su primera presentación en castellano ha sido destrozada. Ése es el caso —aunque usted no lo sepa— de alguna de las historias que en otras ocasiones hemos publicado. Además, nuestra publicación se vende en toda Hispanoamérica, mientras que casi todas las que usted menciona sólo aparecen en España, por lo que al hacer uno de esos «refritos» creemos estar presentando algo inédito a una gran mayoría de nuestros lectores, entre los cuales no son mayoría los que poseen una tan sólida cultura literaria en el campo de la SF como la que usted muestra poseer.

*

El último n.º 8 me ha parecido de gran calidad, casi el mejor de todos, en cuanto a relatos se refiere, y ello demuestra que la literatura fantástica tiene en lengua castellana cultivadores que en nada deben envidiar a los de otras lenguas. Concretamente uno de ellos, *El veraneante* de Hugo Correa, me ha parecido como uno de aquellos «meteoritos» de que hablaba Domingo Santos en su *Selección* en *Nebulae* que no se desintegran al penetrar en la atmósfera del cerebro y hacen impacto en él. Me dirijo a ustedes para preguntarles si hay en España ediciones de las otras obras de este autor que se citan en la reseña, qué editorial las ha publicado, etc.

Me gustaría mucho ver publicado en su revista un artículo sobre unas novelitas publicadas en nuestra juventud más primera. Me refiero a los relatos de George H. White en la colección *Luchadores del Espacio*.

ENRIQUE MARTÍNEZ PEÑARANDA
MADRID

— Los autores de lengua castellana que escribimos en ND agradecemos mucho la defensa de nuestra producción que hacen lectores como usted o el Sr. Diego Manuel Díaz; eso nos da fuerzas para superarnos. No conocemos la existencia en España de ninguna edición de las obras de Hugo Correa; las citadas son ediciones chilenas, y que nosotros sepamos no han sido importadas. Un estudio sobre esas series de novelistas de nuestra común

juventud y, especialmente de la «Historia Futura de la Humanidad» de George H. White, se halla entre los proyectos que venimos preparando desde hace tiempo, pero, como todo, requiere trabajo, dedicación y tiempo libre, y de ninguna de esas cosas va muy sobrado nuestro equipo redactor. Como siempre, aprovechamos para recordar a todos los lectores que muy gustosamente aceptamos trabajos de este tipo para su posible publicación. ¿No se anima usted?

*

Aprovecho ésta para lanzar una breve ojeada sobre el material aparecido en su número 6:

Portada y presentación: excelentes.

Editorial: Muy bueno, como de costumbre.

La Edad de la Benevolencia: Mediocre.

Las Paredes: No es original, pero está bien escrita.

La Gema: Regular.

Sitges 68: Magnífica presentación, letra microscópica. Muy bien hecho.

Maldito Matasellado: Excelente.

Flores en sus ojos: Muy bueno, incluyendo la ilustración.

Ciencia Ficción rumana: Terriblemente exhaustivo.

Un capítulo de historia literaria: Bueno.

El sol naranja: Regular.

Sobre el tiempo y Texas: Me reí de verdad, excelente.

El despertar del profesor Bern: De lo mejor de la SF rusa.

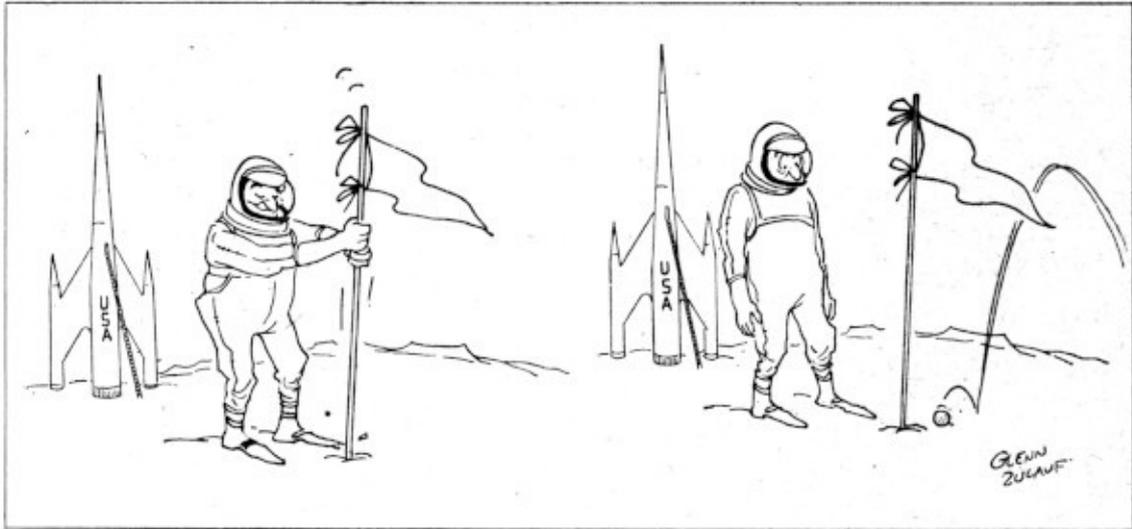
Sueños de Cristal: No está mal, pero no es un cuento de choque, como el magnífico del número 5: *Diálogo de mutantes*.

El enigma de otro mundo: Teniendo en cuenta el tiempo que hace que se escribió, es muy bueno.

Sección Verde: Una maravilla como siempre. En cuanto a *Se Escribe*, suben de calidad las cartas dirigidas a ustedes.

JOSÉ LUIS ENCUESTRA
CARACAS, VENEZUELA

— Le agradecemos al Sr. Encuesta esta valoración personal del material aparecido en uno de nuestros números. Si este tipo de valoraciones se hiciera más habitual, nos sería más fácil el adaptar la publicación al gusto del lector. Anímense.



*

Desde un campamento petrolero situado en la Patagonia argentina, a 1800 kms. de Buenos Aires, tengo el agrado de responder a su llamamiento. Conocí su revista por casualidad en una de mis visitas mensuales a la ciudad cercana más importante (Comodoro Rivadavia, 130 km.) donde me aprovisiono de libros.

Y esto va con decidido ánimo polémico: *Me gustan las palabras, no los dibujitos*. Señores, comics hay muchos, por favor, déjenos a los que nos gustan los cuentos disfrutar del alimento de nuestra imaginación, ¿o es que los efectos de la TV son ciertos?

Sugerencias: un cuento largo revista por medio; por ejemplo de digamos un tercio de las páginas. Temas mentales del estilo de LA VIOLACIÓN DEL TIEMPO. Y, por último, bis, bis de Santos, Buiza, Asimov, Sturgeon, Clarke, etc.

JAVIER A. A. MOLINARI
PICO TRUNCADO. ARGENTINA

— Nos complace que haya podido entrar en contacto con nosotros desde un punto tan distante. Trataremos de colmar sus ocios con una creciente selección de textos, incluyendo tan a menudo como sea posible sus autores favoritos, que también son los nuestros. En lo del comic, tenga en cuenta lo ya dicho tantas veces: la revista es de *todos* sus lectores, y lo que a unos desagrada es sumamente placentero para otros; lo importante es que *todos*

hallen algo que les agrade en particular. Para el resto, un poco de comprensión hacia el gusto ajeno...

*

Una pequeña disección muy personal de la revista:

a.— Parte literaria: Muy bueno lo publicado, correcta la selección de los autores y temas, interesante la inclusión de escritores no tradicionales, fuera de la órbita anglosajona... Pero, atención, que no siempre lo poco conocido es literalmente pasable y, a veces, un criterio de originalidad puede arruinar lo que en principio fue una idea brillante. Sería interesante que se publicaran novelas íntegras en forma seriada. También me gustaría que se incluyera una breve biografía de los autores, con una pequeña lista de las obras publicadas y las editoriales donde aparecieron.

b.— Parte artística: mejorando número a número. No me parecería acertado, pese a haber leído muchos pedidos en ese sentido, que se ampliara el espacio dedicado a los tebeos, pues a pesar de reconocer que forman parte del acervo cultural de esta era, de que hay viñetas de indudable calidad artística y de haber gozado con algunos buenos dibujantes y guionistas; estoy de acuerdo con Kingsley Amis que los llama «delicia de los niños y de los inmaduramente adultos», y con Pedro Salinas, que dice que su lectura «jenízara operación visual». Dejemos que la siempre fértil imaginación del lector haga lo suyo, y no quitemos el placer de visualizar y saborear *in mente* los fantásticos paisajes de Bradbury y Simak, o los monstruos de Van Vogt.

JORGE EMILIO STRITTMATTER
BUENOS AIRES. ARGENTINA

— Aunque busquemos lograr incluir en nuestras páginas relatos llegados de todo rincón del Universo —por ahora limitado al planeta Tierra— esto no impide que se mantenga un control de calidad. Y este control es, precisamente, lo que ha impedido que muchos relatos de rara génesis hayan llegado hasta ustedes. La novela seriada quedó descartada ya al inicio de nuestra publicación por motivo de nuestra periodicidad bimestral que haría interminable un relato de ese tipo. Las bibliografías llegarán pronto, y los comics seguirán teniendo en *ND* el lugar que creemos que les corresponde: digno pero no absorbente.

*

Tengo 19 años y soy asiduo lector del género. Siento especial predilección por las narraciones pequeñas. Considero que el material no debe ni tiene necesariamente de ser extenso para considerársele bueno. Es así que he compuesto, íntegramente basadas en mis ideas y apreciaciones personales, una serie de narraciones cortas, de tan variados como extraños argumentos. Más adelante, si me lo permiten, les enviaré alguno de mis breves relatos agradeciéndoles que lo analizaran.

JOSÉ A. GONZÁLEZ
MONTEVIDEO. URUGUAY

— Queremos publicar cuentos hispanoamericanos. No importa la edad de sus autores, no importa la extensión, ni los títulos, ni los temas, siempre que estén dentro del género. Lo único que pedimos es calidad, en eso seremos inflexibles. Adelante, envíenos todo lo que tenga, y aún más si quiere. Lo máximo que puede pasar es que se los devolvamos, pero a lo mejor incluso nos gustan. Deseamos que nos gusten.

*

El que esta suscribe es un ciudadano brasileño radicado en México, y que antes de más les pide perdón por escribir tan mal en español.

Una pregunta: ¿Por qué no tienen corresponsales en Portugal? Me consta que editan bastante *SF* en ese país.

Aquí casi no hay nada. Diana y Novaro publican algo: Matheson, Sturgeon y una que otra antología. ¡Y ustedes se quejan de que en España hay poco interés por la *SF*! Estamos peor aquí; lo único que nos llega por estos rumbos son publicaciones españolas, y éstas con harto retraso.

El n.º 7 de *ND* llegó el primero de agosto a las librerías. ¿Por qué tanto tiempo? No creo que sea por culpa de ustedes. ¿Qué pasa?

ALBERTO BUSSONS
MÉXICO. MÉXICO

— No tenemos corresponsales en Portugal por la misma razón que no los tenemos en muchas otras partes: porque no conocemos a nadie en ese país interesado en la *SF* y con algo de tiempo y ganas para enviarnos noticias ocasionales sobre los acontecimientos que se produjeran en este terreno en su país. Quedan muchos puestos abiertos pues, y tal vez algunos de nuestros

lectores desearían cubrirlos. El tema del retraso en la llegada a México —y al resto de los países a los que es exportada nuestra publicación— es, como usted mismo ha comprobado, general para todas las publicaciones, y se debe a inevitables acumulaciones de trámites acompañadas de transportes lentos, utilizados para no gravar aún más unos costes ya demasiado elevados.



*

Un reciente viaje a Buenos Aires me permitió, no con disimulada ansiedad, iniciar una peregrinación por las librerías de la gran ciudad en búsqueda de nuevos números de su revista-libro. Y digo ansiedad por cuanto temía que hubiese corrido la misma suerte que todas sus antecesoras, pese a que subconscientemente *sabía* que no era ése su destino.

Creo que ya hemos aguantado demasiado los amantes de la *SF* como para dejar morir por indiferencia o pereza a *ND*, como murieron tantas otras publicaciones de nobles méritos.

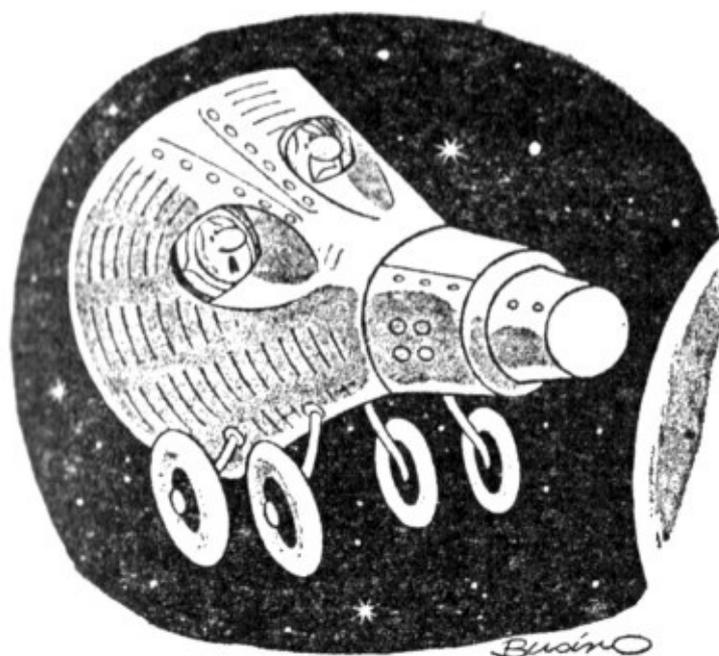
Me atrevo a sugerir la apertura de una nueva sección: todos los fans, deslumbrados a menudo por la explosión de la mente que significa el género, hemos deseado saber algo más de los artífices de la nueva taumaturgia. En tal sentido, conceptúo muy interesante una sección fija, permanente, que se encuentre dedicada con exclusividad a ensayos biográficos de los autores de *SF*. Naturalmente, no se me escapa la dificultad inherente a tal tarea, pero la ausencia de información en nuestro idioma sobre los autores de *SF* ha sido para mí y para otros fans amigos un constante motivo de lamentación.

DR. ROBERTO CARLOS DEMARCO

Asesor en Medicina Aeroespacial de la fuerza Aérea Argentina

MENDOZA. ARGENTINA

— Por el momento seguimos con ustedes, arrastrando la precaria vida de toda publicación de minorías. Por nosotros no quedará, y mientras haya un mínimo de fans que nos sostengan, habrá *ND*. No es usted el primero que nos solicita información biográfica, tarea hartó difícil ya que en ocasiones —sobre todo en el caso de material obtenido a través de agencias— no poseemos ni los breves datos con que hacer la presentación del autor. No obstante, ya estamos en ello, y es posible que pronto se vean todos ustedes complacidos.



A mí, personalmente, me convencía más el sistema antiguo de amerizaje.

*

A pesar de que, hasta ahora, sólo he leído dos números de su revista, ésta me hizo recordar aquella frase de Shakespeare: «Algunos nacen grandes, otros conquistan grandeza y a algunos la grandeza les cae como llovida del cielo». Sin lugar a dudas a ustedes se les aplica perfectamente el primero de los apelativos. Porque no sólo nacieron grandes exteriormente: presentación lujosísima, impresión muy buena e ilustraciones excelentes, sino que, lo que es más importante, la calidad de los cuentos, con lógicos altibajos, es muy alta y a veces excepcional.

Otra cosa que felicito en ustedes es la originalidad. Las secciones que suelen aparecer en verde y otros colores, salvo las cartas de los lectores, son una novedad en este tipo de revistas, y por cierto una novedad muy bienvenida. Me pareció bien la respuesta a aquel lector que les pedía una línea similar a la de PLANETA. Una revista nueva debe formar su propia personalidad, sea esta buena o mala. De lo contrario sólo sería una imitación, y entonces habría de recordar aquello de que nunca segundas partes fueron buenas.

Creo que ya es hora de terminar, porque si llegan a publicar esta carta con tantos elogios, los lectores van a creer que la escribió el Director. Para terminar, me gustaría que me hicieran un pequeño favor: si publican la carta, al final publiquen también mi dirección completa, por si algún lector (o lectora) quiere mantener correspondencia con un colega argentino. Aseguro solemnemente que ninguna de las cartas que reciba será utilizada como medio para apropiarme de la personalidad del que la escriba, ya que la invasión que preparamos no... pero ya estoy hablando de más.

GERARDO D. LÓPEZ
Pasaje de Heza 841
ROSARIO, STA. FE. ARGENTINA

— Los elogios nunca hacen daño a alguien que tan necesitado está del aliento de su público como es nuestra redacción. Pero más que los elogios nos agradan las valoraciones, y las confirmaciones —si es que los lectores creen que hemos obrado bien— de nuestras tomas de posición. Gracias. Complacemos su deseo de ver publicada su dirección y esperamos que algún

lector desee entablar correspondencia con usted... En cuanto a lo de la invasión, este... en caso de que tenga éxito, ¿no necesitarían una revista que les sirva de órgano oficial...?



Hace unos años le saqué una espina de la pata.

*

Ya había perdido las esperanzas en la *SF* española (incluso después de haber leído el n.º 8 de *ND*), cual no sería mi sorpresa al leer la dignísima obra de Alfonso Álvarez Villar *LA ESPIRAL DEL ALMA*. ¡Por fin! un escritor español de fantasía científica se ha colocado, a mi juicio, a la altura de los mejores autores extranjeros del género. La obra, además de ser un gran alarde imaginativo, tiene soltura, y una profundidad que ya quisieran tener los demás novelistas de nuestro país que escriben *SF*. Está tan bien acabada, y no menos bien pensada, que cualquier obra de un Asimov o un Heinlein. Yo la colocaría entre las más seguras candidatas al premio *ND* 1969.

Una sugerencia: ¿Por qué no aparecen en *ND* más biografías de los autores de *SF*?, que yo recuerde, hasta ahora, sólo le ha tocado en suerte a Arthur C. Clarke. Creo que sería del interés de todos los aficionados el que les siguieran más, pues autores no les van a faltar.

¿Por qué no suprimen los dichos comics (con perdón de los aficionados a ellos)? No me refiero a la información de las páginas verdes, sino a la

inclusión de historietas como la del n.º 9, p. ej. (Copo Loco und Computo). Creo que está de sobra, y no considero que esté a la altura de la revista. Por el contrario sí me parecen espléndidas las ilustraciones intercaladas en los cuentos, preferentemente la de José M.^a Beá y Alfonso Usero Abellán.

¡Las portadas de *ND* son sensacionales! Ese rutilante sol, en el n.º 8, surgiendo del borde inferior de la lámina sobre este cielo negro de fondo... ¿Por qué no hacen alguna portada a base de fotografías en color sobre fondo negro, como en el n.º 6?

¡Un ruego!: tengan cuidado con la encuadernación de *ND*. Es muy lamentable que se despeguen las cubiertas con una facilidad asombrosa. Tal vez utilizando una cartulina más consistente, o si no, encuadernando en tela... no me importaría que aumentara el precio de la revista, la categoría de *ND* se merecería esto y mucho más.

VÍCTOR ROMANÍ GUASCH
BARCELONA. ESPAÑA

— Nos alegra que le haya agradado el relato de nuestro colaborador Álvarez Villar; probablemente se trate de uno de los mejores aparecidos hasta hoy en la reducida bibliografía de la *SF* en España. Pero no descarte tan rápidamente a los otros autores, pues la mayoría de ellos son jóvenes y, a medida que maduren como hombres y como escritores, no nos cabe duda que nos han de dar obras de calidad excepcional. Para el asunto de las biografías vea lo que hemos contestado a otros lectores, ya que de repente parece que muchos de ustedes han coincidido en la misma idea. Como también parece haberse producido una racha de cartas anti-comic. ¡Vamos, demuestren la amplitud de miras que caracteriza al lector de *SF*! El que unas pocas páginas entre tantas sean dedicadas a algo que no les gusta no creemos que les pueda impedir gozar del resto, ¿no? Dejen que todos tengan su rincón en la revista. Las portadas son el dominio incontestable de nuestro director artístico, Enrique Torres, que en cada ocasión nos sorprende a nosotros mismos con una idea aún más audaz, así que, cuando él crea que ha de usar fotografías ya las usará. Distinto es el tema de la encuadernación: a los miembros de la redacción de *ND* nos gustaría poder hacerlo todo, para asegurar que la revista apareciese con la dignidad que queremos para ella, pero hay tareas que se deben encomendar al exterior, y fallos irreparables. Hemos cambiado de proveedor y arreglado algunos problemas, pero nos han surgido otros. Seguimos

intentándolo, y le aseguramos que, al fin, lograremos que todo salga lo más perfecto posible. ¿Vale?



Por Dios, Murray, ¿quién ha oído hablar de una merienda en el campo sin hormigas?